



Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino

VOLUMEN 17 | NÚMERO 1

Santiago, 2012

ILUSTRE MUNICIPALIDAD DE SANTIAGO
FUNDACION FAMILIA LARRAIN ECHENIQUE

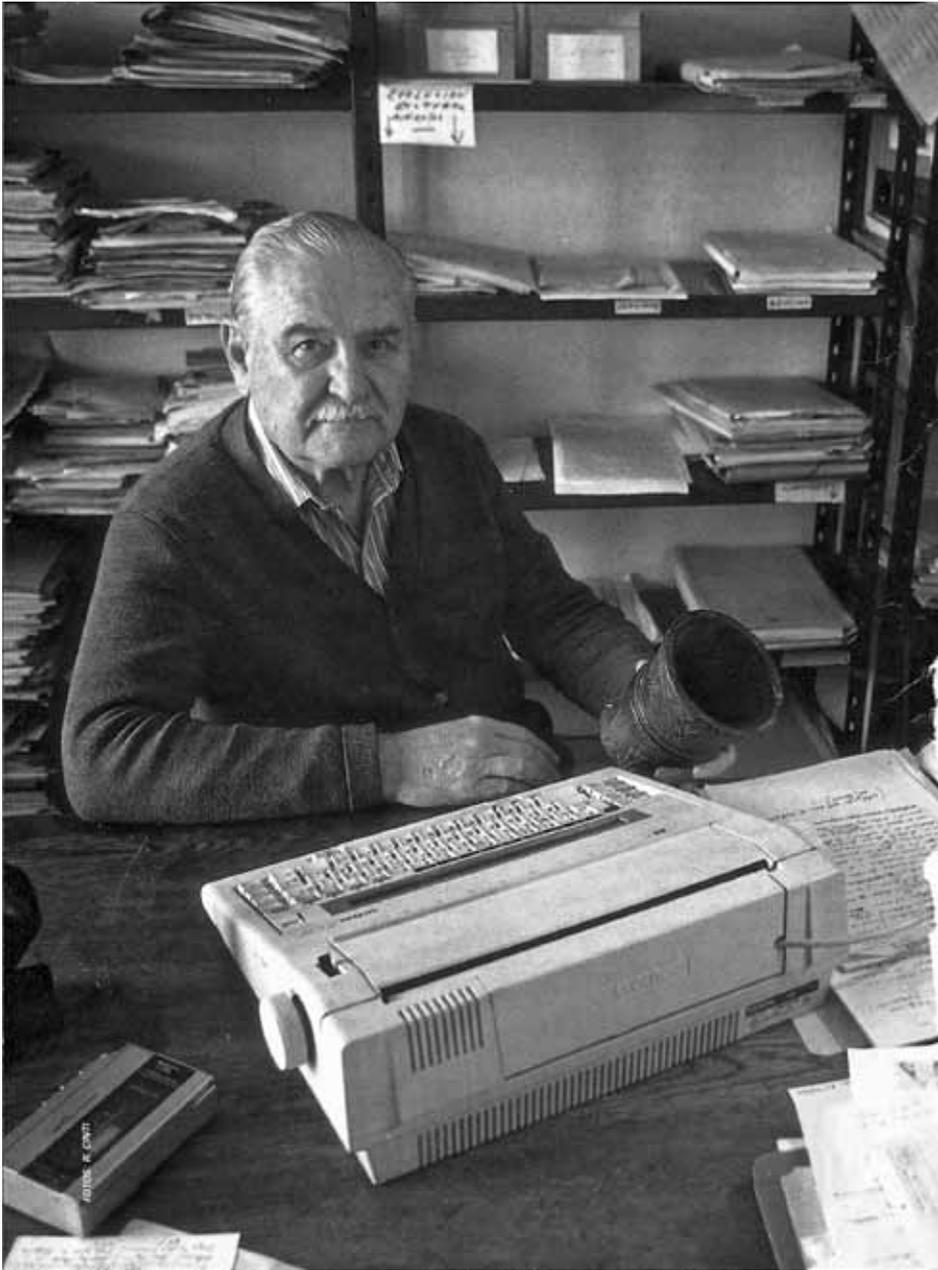




Contenido

- 9-10 Presentación**
Foreword
- 11-30 El hombre y el animal en la Colombia prehispánica. Estudio de una relación en la orfebrería**
Humans and animals in pre-Hispanic Colombia. A study of relationships through goldwork
Enora Gault
- 31-60 Arquitecturas formativas de las quebradas de Guatacondo y Tarapacá a través del proceso aldeano (ca. 900 AC-1000 DC)**
Formative architectures of the Guatacondo and Tarapacá ravines through the village formation process (ca. 900 BC-1000 AD)
Simón Urbina Araya, Leonor Adán Alfaro & Constanza Pellegrino Hurtado
- 61-73 Producción y consumo de vasijas cerámicas en la quebrada de Humahuaca (Provincia de Jujuy, Argentina) durante el Período Inka (1430-1536 DC)**
Production and consumption of ceramic vessels at quebrada de Humahuaca (Jujuy Province, Argentina) during the Inka Period (1430-1536 AD)
María Andrea Runcio
- 75-93 Arte rupestre y camélidos en el Norte Semiárido de Chile: Una discusión desde el valle de Choapa**
Rock art and camelids in the Semi-arid North of Chile: A discussion from the Choapa Valley
Andrés Troncoso M.
- 95-115 Arte rupestre del norte de Guasapampa y Serrezuela. Construcción del paisaje y reproducción social en las sierras de Córdoba (Argentina)**
The rock art of northern Guasapampa and Serrezuela. Landscape construction and social reproduction in the Córdoba hills (Argentina)
Sebastián Pastor
- 117-127 Indicadores de tecnología y etnodinamia: El análisis de pigmentos en el paraje arqueológico Comallo Arriba, Provincia de Río Negro, Argentina**
Indicators of technology and ethnodynamics: Analysis of pigments from the archaeological locality of Comallo Arriba, Río Negro Province, Argentina
Gabriela I. Massaferró, Gloria I. Arrigoni, María Teresa Boschín, Mabel M. Fernández, Eduardo A. Crivelli & José Agustín Cordero

In Memoriam



Fotografía: Roberto Rainer Cinti

Alberto Rex González
(1918-2012)

Presentación

La partida este año de nuestro querido amigo y colega, el arqueólogo argentino Dr. Alberto Rex González, representa una enorme pérdida para el Museo Chileno de Arte Precolombino. Fue amigo de nuestro fundador, Sergio Larraín García-Moreno, y asistió a la inauguración del Museo, en diciembre de 1981. Desde entonces, mantuvo siempre un estrecho vínculo con esta institución. Fue acá donde, a mediados de la década de los noventa, la Sociedad Chilena de Arqueología le hizo un merecido homenaje, cuyo discurso oficial estuvo a cargo de Lautaro Núñez Atencio. Sus libros *Arte y estructura* (1974), *Las placas metálicas de los Andes del Sur* (1992) y *Cultura La Aguada: Arqueología y diseños* (1998) –así como muchos artículos publicados en diferentes revistas– han sido una constante fuente de inspiración para muchos arqueólogos, especialmente para quienes nos interesamos por investigar la cultura visual de las sociedades precolombinas. Esa es la razón principal por la cual en 1987 fue invitado a integrar el Comité Editorial del *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino*, función que desempeñó hasta el momento de su muerte. Los homenajes póstumos que ha recibido destacan diversas facetas de él como investigador y como persona. En el momento de su partida, quisiéramos recordarlo como el colega tremendamente interesante y apasionado por la arqueología, pero, a la vez, sencillo y afable, que siempre supo ser. Por eso, nos unimos en esta hora a quienes lamentan su desaparición y celebran su vida y su obra.

En el primer artículo de este número del *Boletín*, Enora Gault analiza la relación entre la figura humana y la de algunos animales en la orfebrería prehispánica colombiana del Museo del Oro de Bogotá. La autora cuestiona la idea de que esas figuras, ya sea solas o combinadas, representen actores de la religión y los mitos. Para ella, constituyen, más bien, pensamientos complejos comunicados mediante un lenguaje visual metafórico, quizás transmitidos también vía mitos o en el transcurso de los rituales.

En el segundo artículo, Simón Urbina y coautoras investigan tres tradiciones arquitectónicas de la Región de Tarapacá, analizando el registro constructivo de cuatro importantes sitios del Período Formativo. El análisis muestra que mientras los grupos crecen desde unidades residenciales simples hasta conglomerados complejos e intrincados, al mismo tiempo disminuye la inversión en arquitectura comunal y pública, con una pérdida de sus propiedades más cotidianas, centralizadoras e inclusivas, como es el caso de las aldeas de Pircas, Ramaditas y Guatacondo, para favorecer un manejo del espacio intrasitio como recurso de diferenciación

asimétrica, como ocurre en la aldea de Caserones. El proceso reflejaría una experimentación sociopolítica que sustituye las relaciones de parentesco del Período Arcaico, por otra basada en identidades colectivas que se manifiestan en espacios públicos.

En el tercer trabajo, María Andrea Runcio investiga el impacto que produce el Estado Inka en la producción y el consumo de vasijas cerámicas en la quebrada de Humahuaca, Noroeste Argentino. En particular, analiza el impacto tanto sobre la alfarería local como sobre la alfarería inkaica, que comprende vasijas de Estilo Inka, pero también estilos foráneos no inkas distribuidos por el Estado y vasijas que mezclan pautas locales e inkaicas.

En el cuarto artículo, Andrés Troncoso se concentra en la figura del camélido en el arte rupestre del Norte Semiárido, con datos del valle de Choapa. Sobre la base de un análisis formal y de composición de los espacios pictóricos, así como de una evaluación de las dinámicas espaciales del registro arqueológico y de la vida social prehispánica, el autor cuestiona que este tipo de grabados se asocie al Período Alfarero Temprano, como se ha sugerido tradicionalmente, proponiendo que datan de los períodos Intermedio Tardío y Tardío.

En el quinto artículo, Sebastián Pastor analiza los aspectos formales, las prácticas de producción y el contexto paisajístico de los motivos figurativos del arte rupestre de Guasapampa y Serrezuela, ubicados en el oeste de la provincia argentina de Córdoba. La gran variabilidad expuesta por el análisis es interpretada por el autor como una participación diferencial de la práctica de esta clase de materialidad en el establecimiento y la delimitación de las relaciones sociales entre los grupos que la ocuparon en época prehispánica.

El sexto y último trabajo de este número, escrito por Gabriela Massaferró y coautores, reporta un análisis por difracción de rayos X en la cueva Comallo I, en la Provincia de Río Negro, Argentina, que busca determinar si los minerales presentes en los pigmentos verde, rojo, amarillo y blanco empleados en sus pinturas rupestres provienen de afloramientos de las cercanías. Los resultados indican poblaciones cuyo radio de obtención de minerales iba desde una escala local a otra regional.



EL HOMBRE Y EL ANIMAL EN LA COLOMBIA PREHISPÁNICA. ESTUDIO DE UNA RELACIÓN EN LA ORFEBRERÍA

*HUMANS AND ANIMALS IN PRE-HISPANIC COLOMBIA. A STUDY OF
RELATIONSHIPS THROUGH GOLDWORK*

ENORA GAULT*

En el estudio de la iconografía de la orfebrería colombiana prehispánica en las colecciones del Museo del Oro, Bogotá, se observa la constante puesta en escena de la imagen del hombre con la de ciertos animales, a veces separados y otras veces entremezclados en una sola figura. La cosmogonía prehispánica propia de Colombia, así como de otras áreas culturales de América, da cuenta de la importancia de esta relación. No obstante, se sigue pensando que la iconografía prehispánica es simplemente la representación de los protagonistas de los actos religiosos y mitológicos. En este artículo se plantea que las imágenes observadas, en vez de ser figurativas, simbolizan o contienen un pensamiento complejo, el cual se transmitía mediante metáforas visuales, o bien a través de los mitos o durante los rituales.

Palabras clave: iconografía, animal, metalurgia prehispánica, antropología, cosmogonía, chamanismo

Observing the iconography of pre-Hispanic Colombian goldwork in the collections of the Museo del Oro, Bogotá, we note the constant mise-en-scène of human and animal figures, at times presented separately and at others fused into a single figure displaying a mixture of features. The pre-Hispanic cosmogony of Colombian and other American cultural areas reflects the importance of this relationship through its myths and rituals, but the idea persists that pre-Hispanic iconography simply represents the protagonists of religious and mythological activity. In light of those interpretations, this article argues that this iconography is not merely figurative but symbolizes or contains a complex body of thought that was transmitted through visual metaphors as well as through myths and during rituals.

Key words: iconography, animal, pre-Hispanic metallurgy, anthropology, cosmogony, shamanism

PRELIMINAR

El hombre y el animal siempre han creado y mantenido un lazo de proximidad basado en similitudes físicas, biológicas o de comportamiento. La cosmogonía prehispánica de Colombia, así como de otras áreas culturales de América, da cuenta de la importancia de esta relación, tanto a través de los mitos como de los ritos (Lévi-Strauss 1949, 1962, 1964, 1966, 1968, 1971; Reichel Dolmatoff 1971, 1975, 1985, 1988; Ingold 1988; Osborn 1994; Århem 1996; Descola 1996, 2005; Chaumeil 2000; Gutiérrez Usillos 2002: 237-347).

Este fenómeno se observa claramente en la orfebrería prehispánica de Colombia y en la importante iconografía que motivó. Vamos a examinar qué relación se estableció entre ambas figuras, y cómo se manifestó.

Ahora bien, nunca es fácil descifrar una imagen cuando no se posee el contexto que le corresponde y que permite aclarar la finalidad de su mensaje. Esta dificultad es, por desgracia, común en la iconografía prehispánica. La información que nos podría ayudar a entender su significado es infortunadamente escasa y frecuentemente indescifrable.

Varias investigaciones aportaron pistas de trabajo sobre la iconografía amerindia. Podemos citar las de Warburg (2003 [1923]), Boas (2003 [1927]) o Lévi-Strauss (1958, 1962, 1979), las cuales abrieron vías elementales en la

* Enora Gault, Universidad Paris Sorbonne - Paris IV, Ce. R. A. P. (Centre de Recherche sur l'Amérique Préhispanique), EA 3551, 10 rue Monsieur le Prince, 75006 París, email: gault.enora@gmail.com

comprensión de la imagen amerindia como composición visual y simbólica, y como sistema de escritura propio de las culturas estudiadas. Algunos trabajos actuales, resultantes de la antropología estructuralista, estudian la imagen en el contexto ontológico (Descola 2010), mnemónico (Severi 2007), mitológico y etnoastronómico (Karadimas 1999, 2003, 2005). El estudio de la iconografía prehispánica también ha aprovechado este tipo de perspectiva: Duverger (1999) y Magni (1995, 1996, 2003) estudian la imagen en Mesoamérica como escritura, testigo de conceptos cosmogónicos que pueden leerse como códigos semánticos imbricados, claros o metafóricos. Otros trabajos, como el de Gnecco (2005 [1998]), participan hoy en la comprensión de la imagen prehispánica como sustento de poder, en un contexto político-cultural dado. A propósito de la imagen del animal, varios trabajos destacan valores ligados a mitos prehispánicos andinos o mesoamericanos que pueden ayudar en la comprensión de sus simbologías (Favrot Peterson 1990; Benson 1997). Por su parte, Legast (1987, 1989, 1993, 1998, 2000, 2005) aporta un rico panel de clasificaciones taxonómicas y pistas de reflexión sobre el tema de la simbología de las imágenes zoomorfas en Colombia prehispánica.

Así, la impenetrabilidad de las imágenes prehispánicas de Colombia se ve paradójicamente compensada por la existencia de un importante número de teorías interpretativas, frente a una evidente carencia de fuentes etnohistóricas que se refieran a esa iconografía. De las “imágenes del diablo” descritas por varios cronistas del siglo XVI, a las identificaciones de monstruos u otras “criaturas fantásticas” del siglo XIX, es difícil reconocer el contexto simbólico de las imágenes estudiadas.

La obra de Reichel Dolmatoff (1971, 1975, 1985, 1988) sigue siendo, en definitiva, la base científica más usada en la mayoría de los trabajos actuales que tratan de interpretar la iconografía prehispánica de Colombia. El autor confrontó datos antropológicos del siglo XX con imágenes prehispánicas, y destacó la noción de chamanismo en sus interpretaciones iconográficas. Hasta ahora, varios autores lograron diferenciar imágenes del chamán acompañado de sus auxiliares animales (Lleras Pérez 2002), o del chamán disfrazado como un animal (Bouchard & Usselman 2003), así como la representación del “vuelo chamánico” o la representación metafórica del chamán en transformación (Reichel Dolmatoff 1988; Bouchard 2000).

No obstante, algunos puntos permanecen problemáticos. Ya que ciertas concepciones iconográficas pueden ser comprendidas a través de una u otra noción (por ejemplo, la del chamanismo), es difícil todavía interpretar claramente una figura basándose solo en mitos o datos

actuales. Entender una forma antropozoomorfa como la representación fiel de un “chamán en transformación” o de una divinidad astral, son interpretaciones posibles, pero no pueden ser consideradas acríticamente. En nuestra opinión, siguen estando estancadas en el deseo de identificar al personaje representado, siendo más fuerte este que la necesidad de entender el sentido semántico y simbólico de la imagen estudiada.

¿Cómo renovar la comprensión de esas imágenes, gracias al pensamiento prehispánico? Nuestra idea no es reconocer personajes escondidos detrás de imágenes, sino más bien avanzar en la comprensión de su esencia misma a través de la relación establecida entre el hombre y el animal en la cosmogonía prehispánica.

Este análisis es el fruto de un trabajo de maestría elaborado en 2007, para el cual se elaboró una metodología. Por razones circunstanciales y por la importancia de sus datos iconográficos sobre orfebrería, hemos elegido restringir nuestro análisis al Museo del Oro de Bogotá. No obstante, somos conscientes de que no es una selección representativa de las culturas, sino, antes de todo, el resultado de las elecciones museales que fundaron las colecciones. Hemos tomado en cuenta todas las imágenes en las que aparecen juntas las figuras del hombre y del animal sobre el material de orfebrería. Algunas piezas formaban conjuntos iconográficos idénticos: hemos elegido tomar, para cada uno, un solo objeto como ejemplo iconográfico, considerando que se trata de un catálogo de imágenes y no de objetos. Frente a estos parámetros, 269 piezas fueron elegidas en el catálogo informático del Museo (*Archemuse*), compuesto por todas las piezas pertenecientes a su colección.¹

Optamos por trabajar únicamente sobre el soporte oro por dos razones. Primero, es un material de valor simbólico particular para las poblaciones que estudiamos (Reichel Dolmatoff 1981, 1988; Pineda Camacho 2000) y su vínculo con la valorización simbólica de la relación hombre-animal nos pareció interesante. Segundo, hemos elegido delimitar nuestro corpus de investigación, por razones coyunturales.

Este material definió el área sociocultural de nuestro corpus iconográfico: hemos trabajado a partir de las producciones culturales prehispánicas orfebres, geográficamente delimitadas por las fronteras actuales de Colombia, las cuales se desarrollaron aproximadamente desde el 500 AC hasta la llegada de los españoles al territorio colombiano actual (Tabla 1).² Sin embargo, las piezas estudiadas se encuentran, en su mayoría, descontextualizadas; la afiliación cultural de cada una es, ante todo, estilística. En este sentido, debemos avanzar con precauciones en nuestro análisis.

Tabla 1. Cronología de las culturas prehispánicas de Colombia, establecida por el Museo del Oro de Bogotá.
Table 1. Chronology of pre-Hispanic cultures of Colombia, established by the Museo del Oro de Bogotá.

Zonas culturales prehispánicas	Cronología
Costa Pacífica – Tumaco	700 AC-350 DC
Altiplano Nariñense – Nariño Temprano	400-600 DC
Altiplano Nariñense – Nariño Tardío	600-1700 DC
Altiplano Nariñense – Nariño Quillacinga	1300-1700 DC
Región Calima – Período Llama	1600 AC-100/200 DC
Región Calima – Período Yotoco	200 AC-1300 DC
Región Calima – Período Malagana	100 AC-400 DC
Región Calima – Período Sonso	650-1600 DC
Alto Magdalena – San Agustín	100 AC-1600 DC
Alto Magdalena – Tierradentro	200/100 AC-1600 DC
Cauca medio – Quimbaya Reciente	500 AC-700 DC
Cauca medio – Quimbaya Tardío	600/700-1600 DC
Alto Valle del Cauca – Cauca	900-1600 DC
Urabá y Chocó	300-1600 DC
Llanuras del Caribe – Tradición Zenú (Sinú)	200 AC-1600 DC
Sierra Nevada de Santa Marta – Tairona	900-1600 DC
Cordillera Oriental – Muisca	600/700-1600 DC
Valle Medio del Magdalena – Tolima Reciente	1000 AC-0
Valle Medio del Magdalena – Tolima Tardío	0-700 DC

Utilizar una visión macroscópica incumbe a nuestra propia intención; así, no buscamos enfocarnos sobre particularismos culturales, sino entender la unidad de los conceptos cosmogónicos fundamentales de estas poblaciones, así como la subsistencia de estas visiones a través del tiempo y del espacio, más allá de las fronteras políticas actuales, grabada en las selecciones realizadas sobre estos mismos testigos culturales e iconográficos. No obstante, no queremos disminuir la importancia de la identidad y del contexto sociocultural en el cual estas imágenes fueron creadas; cada producción está impregnada por nociones esotéricas, las cuales definen la implementación de una línea de conducta material e iconográfica (Gnecco 2005 [1998]: 24-25). Sugerimos que existen, sin embargo, conceptos básicos propios del pensamiento prehispánico, compartidos por los grupos de Colombia, los cuales queremos estudiar, en vez de enfocarnos en la función ritual y social de estas imágenes, lo que podría ser desarrollado en futuras investigaciones.

Este trabajo intentará proponer una nueva lectura a fin de comprender el significado de las imágenes analizadas, a través de los sistemas de pensamiento propios de sus creadores. Estudiaremos las elecciones iconográficas precisas emitidas por sus productores y,

gracias a la confrontación de estas con datos cosmogónicos prehispánicos y amerindios, intentaremos exponer su simbología propia.

ORGANIZACIÓN Y DISTRIBUCIÓN DE LAS FIGURAS EN EL ESPACIO VISUAL

¿Cómo organizó el orfebre el espacio gráfico de estos objetos, para asociar en ellos la imagen del humano con la del animal? ¿Cuáles opciones de representación y de composición eligió?

Para contestar a estas interrogantes hemos realizado y aplicado un repertorio específico. La obligada reducción del corpus iconográfico, ya que este proviene de un trabajo realizado anteriormente, podrá, más adelante, ser objeto de ampliaciones (Gault 2007).

Diferentes modelos de análisis se refieren al estudio de las composiciones iconografías amerindias. El trabajo de Boas (2003 [1927]) es uno de los primeros estudios sobre la descomposición de imágenes y, recientemente, las investigaciones llevadas por Descola (2005, 2010) han permitido desarrollar métodos antropológicos de clasificación iconográfica. No obstante, hemos elegido basar nuestro índice sobre el modelo construido por

Magni (2003: 278-310) para la iconografía Olmeca, en Mesoamérica. Lo hemos aplicado y modelado a nuestro trabajo, porque siendo únicamente un sistema de descomposición y de clasificación formal de las imágenes, se puede transponer fácilmente a otras regiones prehispanicas, como también permitir un análisis puramente técnico de las imágenes.

En sus modelos de asociación de las imágenes humanas y animales, Magni diferencia un primer tipo de relación titulado “situaciones extremas”. En este, el hombre y el animal pueden estar unidos por medio de una relación de alianza o, al contrario, de antagonismo; la primera considera a los protagonistas como asociados y la segunda, como enemigos.

Un segundo tipo, llamado “situaciones intermediarias”, define el acercamiento fusionado de las dos entidades. Existen tres casos: la *hibridación*, en la cual los rasgos del animal y del hombre están totalmente mezclados; la *identificación mimética de postura*, en la cual el uno imita el otro, tomando una expresión o una posición corporal específica, y, por último, la *identificación mimética por el disfraz* del otro.

Un tercer tipo de situación, que no aparece en el estudio de Magni, nos pareció pertinente. Puede ser considerado como una mezcla de las dos categorías previamente señaladas, que hemos llamado “situación mixta”. De hecho, podemos observar personajes pertenecientes a las “situaciones intermediarias” acompañados de animales; la escena final puede ser definida como una “situación extrema de carácter intermediario”.

Este estudio no intenta resaltar identificaciones animales específicas, sino modos de asociaciones entre la figura del hombre y del animal, con el fin de entender su relación. Por esta razón, no hemos procedido al nombramiento de animales en particular, sino a grupos taxonómicos. Hemos destacado las clases de los batracios, los reptiles, las aves y los mamíferos; para los últimos utilizamos los órdenes de los primates y de

los quirópteros, y la familia de los Felidae. Agregamos también a los invertebrados, tipo que corresponde a los insectos y a los animales marítimos. Los acercamientos zoomórficos que hicimos, uniendo formas y posiciones observadas con cada clase, orden o familia enunciada, no pretenden desarrollar identificaciones sino, más bien, indicar la continuidad de las distribuciones por medio de la proximidad entre posiciones y comportamientos de la fauna colombiana.

Las situaciones intermediarias

Empezaremos por definir cuáles son las imágenes que mezclan los rasgos de los protagonistas. La Tabla 2 demuestra que los casos de hibridación son preeminentes (72%). Gracias al empleo de la metonimia visual, y en particular del sistema *pars pro toto*, o la “parte por el todo”, diferentes animales pueden ser reconocidos. Este método consiste en utilizar solamente una parte de un conjunto, suficiente para figurarlo y entender su identificación final; es una constante en la iconografía que nos interesa, así como en todo el mundo prehispanico (Boas 2003 [1927]: 231-247; Lévi-Strauss 1958: 271; Magni 2003: 122; Severi 2007: 85-86; Descola 2005: 280-320, 2010: 165-172).

En el caso de las situaciones intermediarias, el hombre está asociado con felinos, batracios, quirópteros y aves (Tabla 3). Los rasgos del felino y los del batracio fueron observados tanto en un contexto híbrido como en el del mimetismo con la imagen humana, mientras que la imagen del hombre-ave se encuentra, en su gran mayoría, en las situaciones de hibridación.

Cuando los rasgos humanos y felinos están combinados, se nota la permanencia de la imagen híbrida del hombre dotado de los “colmillos del felino”, análoga a la “expresión felina” mimética tomada por personajes antropomorfos (figs. 1 y 2). Observemos, no obstante, que la utilización de los colmillos como “atributo clave”

Tabla 2. Las situaciones intermediarias (161 casos).
Table 2. Intermediate situations (161 cases).

		Tumaco	Tierradentro	San Agustín	Calima	Nariño	Cauca	Quimbaya	Tolima	Urabá	Sinú	Tairona	Muisca	Total	Porcentaje
Hibridación		2	1	10	15	5	7	16	21	2	11	11	15	116/161	72%
Relación mimética	Misma postura	1	1	4	12	3		5	6	3	1	1		37/161	23%
	Disfraz	1			3							3	1	8/161	5%

Tabla 3. Presencia zoomorfa observada en situación intermedia.
 Table 3. Presence of zoomorphs observed in intermediate situations.

	Tumaco	Tierradentro	San Agustín	Calima	Nariño	Cauca	Quimbaya	Tolima	Urabá	Sinú	Tairona	Muisca	Total	Porcentaje
Felino	3		6	18	5		4	11	5	1	2	2	57/161	35,4%
Ave	1	1	5	3		5	6	14	1	6	2	9	53/161	33%
Quiróptero				9		1	6	3	1	5	7	1	33	20,5%
Batracio		1	3	1	3	3	6	12			2	1	32	19,8%
Pez										5			5	3,1%
Primate					1		2			1			4	2,5%
Reptil (serpiente)											3	1	4	2,5%
Invertebrado (cangrejo)				2									2	1,2%
Invertebrado (insecto)								1				1	2	1,2%
Reptil de pequeño tamaño												2	2	1,2%

sobresale poco sobre la identificación de expresión felina (Tabla 4). Otros rasgos representativos, como las extremidades del felino, sus bigotes y la posición que puede adoptar, se observan igualmente, pero de manera menos frecuente sobre personajes antropomorfos.

De la misma manera, la presencia del batracio y del reptil asociada a la figura humana se ve generalmente figurada a través de una posición frecuentemente utilizada en el mundo prehispánico, que hemos llamado posición “con extremidades abiertas” (figs. 3 y 4), que representa a un personaje adoptando una posición frontal, con los

brazos elevados hacia el cielo y las piernas abiertas. Dos tipos fueron destacados (Tabla 5): un primer tipo (A) de rasgos esquematizados y un tipo (B) con ángulos más redondos, que parece más realista que el primero. En este, el mimetismo entre la imagen del hombre con la del batracio o del reptil sobresale de la hibridación (17 casos miméticos frente a 15 casos híbridos). La constancia del tipo (A) prevalece, sin embargo, sobre el tipo (B) en todos los grupos que nos interesan (22 casos de tipo A frente a 10 casos de tipo B); esta ocurrencia sugiere, tal vez, que esa posición esté destinada a ser genérica y no realista.



Figura 1. Aplicación Malagana, 9,2 x 12,8 cm. Situación intermedia de hibridación entre humano y felino (O33223).
 Figure 1. Malagana appliqué, 9.2 x 12.8 cm. Intermediate human-feline hybridization (O33223).



Figura 2. Máscara Calima, 16 x 20 cm. Situación intermedia de mimetismo entre humano y felino (O03950).
 Figure 2. Calima Mask, 16 x 20 cm. Intermediate human-feline mimicry (O03950).

Tabla 4. Repartición cultural de los rasgos “colmillos” y expresión “felina”, en situación intermedia.
 Table 4. Cultural distribution of “fangs” and “feline” facial features in intermediate situations.

	Tumaco	Tierradentro	San Agustín	Calima	Nariño	Cauca	Quimbaya	Tolima	Urabá	Sinú	Tairona	Muisca	Total	Porcentaje
Colmillos	3		4	9	3		9			2	11	1	42/74	56,7%
Expresión “felina”			2	14	2			10	2	2			32/74	43,3%

Tabla 5. Repartición cultural de la posición “extremidades abiertas”, de tipo A y B.
 Table 5. Cultural distribution of A- and B-type “open extremities” position.

					Tumaco	Tierradentro	San Agustín	Calima	Nariño	Cauca	Quimbaya	Tolima	Urabá	Sinú	Tairona	Muisca
	A	22 casos	68,7%	Mimetismo		1		1			4	5				
				Hibridación				2	1	7						
	B	10 casos	31,3%	Mimetismo			3	1							2	
				Hibridación				1	3							



Figura 3. Pendiente Tolima, 15 x 24 cm. La posición “extremidades abiertas” de tipo A (O05830).
 Figure 3. Tolima Pendant, 15 x 24 cm. Type A “open extremities” position (O05830).



Figura 4. Pectoral Tairona, 12,1 cm. La posición “extremidades abiertas” de tipo B (O14803).
 Figure 4. Tairona Pectoral, 12.1 cm. Type B “open extremities” position (O14803).

Concretamente, si no podemos afirmar que se trata de la representación de un “hombre-batraco” o de un “hombre-reptil” (que sea un híbrido o un hombre imitando al batraco o al reptil), es interesante notar que, en el corpus de imágenes zoomorfas propias de las colecciones colombianas del Museo del Oro, esa postura se atribuye solamente a esas dos clases animales (fig. 5).

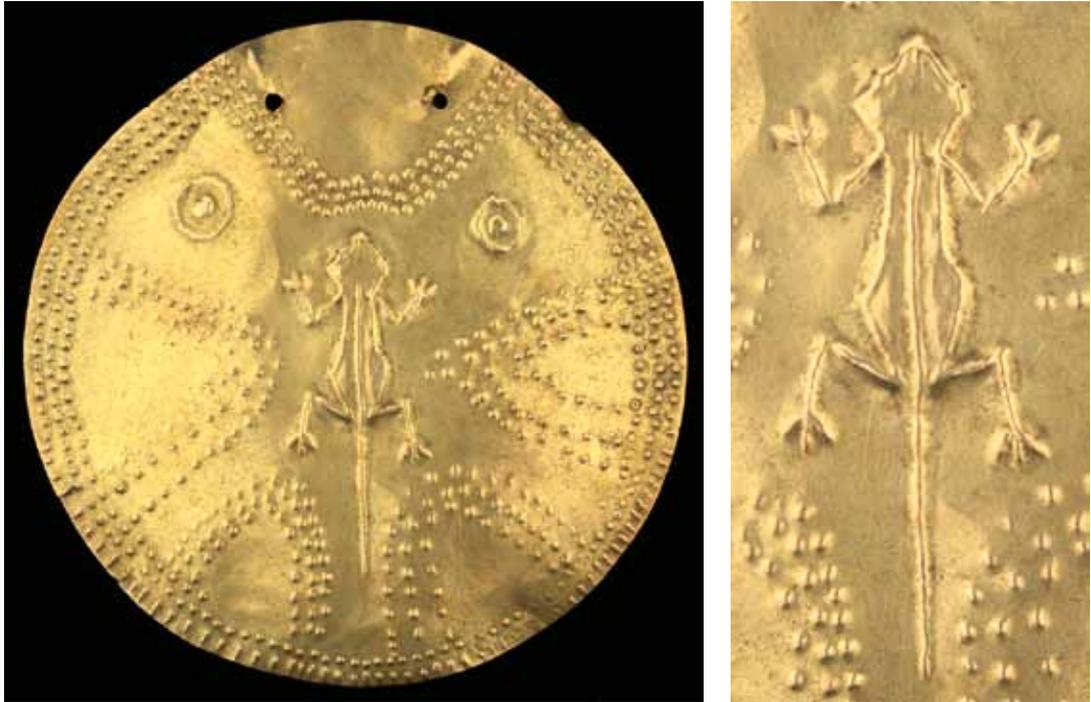


Figura 5. Disco Quimbaya (y detalle), 16,2 cm. Batracio adoptando una posición con extremidades abiertas (O00066).
 Figure 5. Quimbaya Disc (and detail), 16.2 cm. Frog in an open extremities position (O00066).

Podemos así entender que la posición adoptada por el hombre en algunas imágenes remite, antes que todo, a la posición adoptada por la rana, el lagarto o el caimán. La diferencia entre una situación de hibridación y una de mimetismo se reconoce gracias a la presencia de almohadillas al final de los dedos de estos personajes, o de apéndices caudales (fig. 6).

En cambio, tanto en la imagen del ave asociada a la del hombre como en la imagen del quiróptero se observa una gran mayoría en situación intermedia de hibridación. La presencia del ave se manifiesta generalmente por la representación del personaje antropozoomorfo “en vuelo”, con alas y cola desplegadas, en posición frontal.³ Muchas imágenes presentan un pico ganchudo o garras imponentes, refiriéndose a aves del orden de los Accipitres (rapaces) o de los Psittacidae (guacamayos, loros, etc.), dejando de lado otros tipos de aves (fig. 7). Sin embargo, la cola del animal es otro elemento que permite su identificación, confundiendo en pocas imágenes con la del pez o la de algunos crustáceos marítimos (Falchetti de Sáenz 1995: 110-118). Es interesante tabular comparativamente los diferentes tipos de apéndices caudales encontrados en nuestras imágenes, para entender su difusión espacio-temporal (Tabla 6). Este rasgo nos hace entender que una especie puede sustituir a otra sin que la identificación sea claramente definida; de nuevo el objetivo de la imagen no parece



Figura 6. Pectoral Quimbaya, 13,5 cm. Almohadillas y apéndice caudal sobre un personaje en posición “extremidades abiertas” de tipo A (O03126).
 Figure 6. Quimbaya Pectoral, 13.5 cm. Pads and caudal appendage on a figure in the Type A “open extremities” position (O03126).

ser el de reconocer un ave o un pez, sino desarrollar un juego visual con la modelización de sus formas distintas.

La imagen del ave se utiliza también en situaciones que podríamos llamar “intermediarias híbridas complejas”



Figura 7. Poporó Calima, 6,8 x 3,6 cm. Situación intermedia de hibridación entre humano y ave (rapaz) (O05422).

Figure 7. Calima poporó, 6.8 x 3.6 cm. Intermediate human-bird of prey hybridization (O05422).



Figura 8. Pendiente Quimbaya, 6,5 x 5,8 cm. Situación intermedia de hibridación entre humano y quiróptero (O03065).

Figure 8. Quimbaya pendant, 6.5 x 5.8 cm. Intermediate human-bat hybridization (O03065).

(Tabla 7), ensamblando la imagen del hombre a la de una “criatura compuesta”, definida por “atributos clave” (Magni 1996: 65; 2003: 315): los colmillos del felino y la cola del ave. La hibridación compleja puede ser doble o triple, y presenta al hombre con rasgos de ave, felino o batracio y, en dos casos de la Cultura Tolima, quiróptero.

Finalmente, la presencia del quiróptero se manifiesta por el uso de apéndices nasales específicos, de una dentadura larga y poblada que se extiende a veces de manera exagerada hacia afuera del rostro del personaje representado (fig. 8). Se observa esa hibridación con el murciélago en los grupos Calima, Cauca, Quimbaya, Tolima, Urabá, Sinú, Tairona y Muisca (Tabla 3). Subrayemos aquí el lazo entre la demostración de los colmillos del quiróptero y la que hemos observado más arriba para los del felino. Es interesante, sin embargo, detenerse en los apéndices que se extienden en las extremidades de sus mandíbulas: se confunden con las alas del animal, conocidas por englobar su cuerpo entero.

Otras situaciones intermedias poco frecuentes (5%) se observan en los grupos Tumaco, Calima, Tairona, y Muisca (Tabla 2). Son casos de mimetismo en una composición realista, que no incluyen la imitación de rasgos biológicos del animal (ave, felino, quiróptero y batracio), sino la toma de su apariencia a través del disfraz (fig. 9).

Las situaciones extremas

En el caso de las situaciones extremas, la relación visual de alianza entre el hombre y el animal parece tomar un



Figura 9. Pendiente Tumaco, 16,8 x 17,8 cm. Situación intermedia de mimetismo por el disfraz entre el humano y el ave (O00016).

Figure 9. Tumaco pendant, 16.8 x 17.8 cm. Intermediate mimicry owing to the human-bird attire (O00016).

lugar mucho más importante que las de antagonismo. Dos piezas propias del corpus Sinú y Muisca (o sea el 5,5% de las situaciones extremas) podrían ser los únicos testimonios de una relación de oposición sobre orfebrería (figs. 10 y 11). En efecto, aunque la figura 10 se observa verticalmente sobre un remate de bastón, se podría leer de manera diferente en posición horizontal, como lo hemos hecho aquí. De la misma forma, podríamos considerar la ingestión del hombre por un reptil del orden Crocodylia en la figura 11, en vez de pensar la imagen como una representación “hombre-reptil”.

En las relaciones de alianza, el animal preferido es el ave, dotado de un pico a veces largo, a veces ganchudo (24 casos sobre 34 casos extremos de alianza, Tabla 8). Otros también emplean el mamífero de pequeño tamaño (6/34 casos), el batracio (3/34 casos) o el primate (2/34 casos). El felino y el reptil (serpiente), muy presentes en la iconografía zoomorfa, ocupan, al lado del hombre, un lugar muy restringido (2/34 casos). Notemos la ausencia del quiróptero, muy presente en situaciones intermedias.

Diferentes distribuciones pueden ser observadas y clasificadas según cuatro situaciones (Tablas 9 y 10). La más frecuente representa un personaje antropomorfo en cuya cabeza se disponen uno a cinco animales (Situación 2: 64,7%). Eso nos introduce a la simetría de las composiciones: el personaje central siempre se ve de frente, y los animales asociados se encuentran generalmente en parejas, con o sin otro animal central. El ave toma otra vez un lugar bastante importante, y aparece hasta ocho veces en una misma composición; otros animales, como primates de cola encorvada, y en casos restringidos, batracios, felinos o quirópteros,



Figura 10. Remate de bastón Sinú, 4,6 x 3,6 cm. Situación extrema de antagonismo entre humano y rapaz (O20288).
Figure 10. Sinú staff head, 4.6 x 3.6 cm. Extreme human-bird of prey antagonism (O20288).



Figura 11. Tunjo Muisca, 5,5 x 1,9 cm. Situación extrema de antagonismo entre humano y saurio (O01119).

Figure 11. Muisca tunjo figurine, 5.5 x 1.9 cm. Extreme human-saurian antagonism (O01119).

pueden ser destacados. En la situación 3 se nota la misma simetría, con excepción de los *tunjos* muisca.

Las situaciones mixtas

En la última situación, que hemos denominado “situación mixta”, se observan claramente los “atributos clave” expuestos hasta ahora, y los animales utilizados se reparten igualmente a los observados de forma separada en las dos primeras situaciones (Tabla 11). Así, el “hombre-felino”, el “hombre-ave”, el “hombre-quiróptero” y el “hombre-batracio” se encuentran en su mayoría aliados con aves, distribuidos alrededor de la figura central, de manera simétrica.

En el caso de las situaciones mixtas utilizando el mimetismo, se vuelve a observar de manera repetida la “posición del batracio” o “con extremidades abiertas” evocada para las situaciones intermedias, así como las situaciones de asociación de tipo 2 y 3, en las cuales los animales aliados son generalmente aves de pequeño tamaño. Esta asociación se extiende a los grupos Quimbaya, Sinú y Tairona, demostrando así que el uso del mimetismo aparece luego más en las situaciones mixtas que en las situaciones intermedias. En las imágenes Tairona, el “hombre-batracio” no está solamente acompañado por aves, sino por un trinomio “ave-pequeño mamífero o ser antropomorfo-reptil (“dragón” o serpiente)”.⁴ Pero, otra vez, la composición dualista y simétrica de la imagen prima y está apoyada por la posición “con extremidades abiertas”.

Tabla 6. Repartición cultural de los tipos de apéndice caudal observables en situación intermedia.
 Table 6. Cultural distribution of the types of caudal appendages observed in intermediate situations.

	Tumaco	Tierradentro	San Agustín	Calima	Nariño	Cauca	Quimbaya	Tolima	Urabá	Sinú	Tairona	Muisca
 A		1										
 B												6
 C	1					1			2		1	2
 D						2						
 E							1	4				
 F			5			2	1			1		2
 G									1	1		
 H								9		1		
 I										2		
 J										2		1

Tabla 7. Asociaciones de rasgos zoomórfos en situación intermedia híbrida compleja.
 Table 7. Associations of zoomorphic features in complex hybrid intermediate situations.

	Tumaco	Tierradentro	San Agustín	Calima	Nariño	Cauca	Quimbaya	Tolima	Urabá	Sinú	Tairona	Muisca
Ave / felino								4	1	1		
Ave / batracio						2	1	1				
Ave / felino / batracio								4				
Felino / batracio								2				
Ave / quiróptero								2				

Tabla 8. Presencia zoomorfa observada en situación extrema de alianza (37 ocurrencias, 34 casos).
 Table 8. Presence of zoomorphs observed in extreme alliance (37 occurrences, 34 cases).

	Tumaco	Tierradentro	San Agustín	Calima	Nariño	Cauca	Quimbaya	Tolima	Uraba	Sinu	Tairona	Muisca
Ave				2			2		1	4	8	7
Pequeño mamífero (indeterminado)				3		1					2	
Batraco				1						1	1	
Primate					1						1	
Felino										1		
Reptil (serpiente)											1	

Tabla 9. Los tipos de situaciones de alianza.
 Table 9. Types of allied situations.

Nombre	Descripción	Total	Porcentajes
Situación 1	La figura animal está puesta sobre la figura humana	8/34 casos	23,5%
Situación 2	La figura humana está rodeada por la figura animal, en binomio	22/34 casos	64,7%
Situación 3	La figura humana lleva la figura animal en la mano	5/34 casos	14,7%
Situación 4	La figura humana está puesta sobre la figura animal	4/34 casos	11,8%

Tabla 10. Repartición cultural de los tipos de situaciones de alianza.
 Table 10. Cultural distribution of allied types.

	Tumaco	Tierradentro	San Agustín	Calima	Nariño	Cauca	Quimbaya	Tolima	Urabá	Sinú	Tairona	Muisca
Situación 1				5		1				1	1	
Situación 2					1		2			6	10	3
Situación 3										1		4
Situación 4				1					1		1	1

Tabla 11. Repartición cultural de los elementos “extremos” e “intermediarios” zoomorfos, en situación mixta.
 Table 11. Cultural distribution of “extreme” and “intermediate” zoomorphic elements in mixed situations.

Elemento intermedio	Elemento aliado (extremo)
Felino Ave Quiróptero Batraco Animal “compuesto” ave / felino Animal “compuesto” batraco / ave Animal “compuesto” batraco / felino	Ave Quiróptero Reptil (“dragón” o serpiente) Reptil (Crocodilia) Primate Pequeño mamífero (indeterminado) Batraco Felino Animal “compuesto” Humano

El hombre disfrazado de felino o de quiróptero, gracias a adornos sublabiales y narigueras, puede también ser acompañado de aves o reptiles aliados, pero existen algunos casos que ponen en escena también al quiróptero.

Las situaciones mixtas de carácter híbrido son producciones culturales mayoritariamente tardías y corresponden al número más alto de piezas. Esto implica tomar precauciones particulares con los grupos menos representados.

La Tabla 12 nos permite observar nuevamente la fuerte utilización de la imagen del ave, animal de predilección tanto como aliado que como híbrido. La alianza de un personaje híbrido con la imagen del reptil (“dragón” o serpiente) y del quiróptero llega aquí en segunda posición, mientras era mucho menos utilizada en situación extrema; las situaciones mixtas amplifican, de hecho, su importancia iconográfica. Los rasgos del batracio también son utilizados en las imágenes híbridas mixtas, implicando la alianza del ave, del reptil (“dragón” o serpiente) y del

conjunto quiróptero-reptil. También se observa la alianza con el primate, el pequeño mamífero o el humano. Al contrario, los rasgos felinos híbridos son más escasos en situación mixta que en situación intermedia: se contabilizaron 15 casos sobre 72 mixtos, o sea, 20,8% en comparación a 35,4% de casos intermediarios.

Observación de los rasgos antropomorfos

En todas las situaciones estudiadas, el hombre ocupa un lugar central. Ciertos rasgos que se refieren a su imagen se observan de manera repetitiva, revelando, de nuevo, la homogeneidad de las producciones que nos interesan.

La asexualización del personaje antropomorfo prima tanto en situación intermedia como en extrema o mixta, y se observa en el 91,1% de nuestro corpus (Tabla 13). La confusión de los géneros entre hombre y mujer, sin embargo, se observa bastante y se puede ilustrar, por ejemplo, a través de dos piezas Sinú. La

Tabla 12. Las asociaciones mixtas (72 casos).
Table 12. Mixed associations (72 cases).

		Asociaciones intermediarias						
		Hombre / ave	Hombre / quiróptero	Hombre / batracio	Hombre / felino	Hombre / ave / batracio	Hombre / ave / felino	Hombre / batracio / felino
Elementos extremos	Ave	Sinú: 7 Muisca: 6	Tairona: 5 Quimbaya: 2	Quimbaya: 2 Sinú: 3	Calima: 3 Tairona: 2	Cauca: 1		
	Reptil (“dragón” o serpiente)	Muisca: 1 Tairona: 1	Tairona: 4 Calima: 1	Tairona: 3	Tairona: 2 Calima: 2			
	Quiróptero	Tairona: 1	Tairona: 3				Tairona: 1	
	Reptil (Crocodylia)				Calima: 3			
	Primate	Nariño: 1		Nariño: 1	Calima: 1			
	Pequeño mamífero (indeterminado)	Cauca: 1 Sinú: 1 Tairona: 1		Sinú: 3 Tairona: 1		Sinú: 1		
	Indeterminado	Sinú: 1	Calima: 1 Sinú: 1		Calima: 2			
	Batracio	Sinú: 1	Sinú: 1					
	Felino							Sinú: 1
	Humano	Muisca: 1		Tairona: 2				
	Quiróptero + reptil (serpiente)			Tairona: 1				
	Reptil de pequeño tamaño / ave + Pequeño mamífero (indeterminado)	Cauca: 2						

primera representa a una mujer acompañada por dos aves y la segunda, un supuesto “hombre-ave” u “hombre-langosta” acompañado por aves invertidas (figs. 12 y 13). La dualidad de la segunda figura se lee claramente: su forma se asimila a la de un pene, pero su extremidad uretral podría estar relacionada con el sexo femenino.

La posición generalmente tomada por los personajes antropomorfos es la actitud frontal. Se encuentran de pie, pero este aspecto vertical se observa también en personajes con miembros abiertos, de rodillas, o sentados en un banco o en el suelo, con las piernas flexionadas hasta el pecho.

Pueden ser dotados de atributos de diferentes tipos (ornamentos o herramientas). El más recurrente es el bastón, observándose solo o en pares. Algunos palillos Calima, por ejemplo, son adornados con la imagen de un hombre llevando un bastón cuando está acompañado de un pequeño mamífero en la espalda; solo, parece llevar atributos identificables como lanzas, hachas, cuchillos sacrificiales o abanicos. Las figuras que llevan dos bastones en las manos son frecuentemente afiliadas al Estilo Darién, propio de los grupos culturales Calima, Quimbaya y Sinú (Falchetti de Sáenz 1995: 97-104). Se trata de “hombres-quirópteros” en situación intermediaria y mixta (fig. 8). En general, llevan una diadema dotada de dos extremidades semiglobulares de las cuales pueden salir apéndices similares a brotes vegetales, o asimilarse a dos vasijas con asas-puente.

En el grupo Tairona, otras figuras llevan un bastón en posición horizontal con extremidades exteriores curvadas. Ocasionalmente, las dobles volutas del bastón son reemplazadas por un reptil bicéfalo y con lengua bífida, a veces dotado de colmillos. Consideramos, entonces, que el bastón de dobles volutas podría ser dependiente o resultante de la imagen del “dragón” con dos cabezas.

Es posible encontrar otros tipos de atributos identificables, como flechas y tiraderas, aunque se encuentran

de manera muy ocasional comparándolas con las iconografías en las cuales estos están asociados a personajes antropomorfos.

ELECCIONES INTENCIONALES, REFLEJOS DE UN PENSAMIENTO COMPARTIDO

¿Por qué existen tales elecciones y repeticiones, en todas esas culturas? ¿Por qué se empleó un rango reducido de especies, una organización del espacio tan precisa, y tales maneras de representar al hombre?

Los atributos de poder del alter ego

Dentro del panel de las relaciones sociales establecidas entre las esferas humanas y animales, la de la depredación puede parecer la más evidente: ambos son depredadores y mantienen entre sí relaciones conflictivas (Descola 1992, 1996: 89-90). Pero nos parece difícil entender la iconografía analizada en un contexto de agresividad, siendo que no poseemos representaciones antagónicas claras. ¿Deberíamos entender esa ausencia iconográfica como testigo de la ausencia de relaciones antagónicas?

La relación de oposición o, más bien, de distanciación, podría ser entendida a través de otros subterfugios iconográficos. Es importante darse cuenta de que una gran parte de los “atributos clave” elegidos en las situaciones intermediarias para representar animales dentro de nuestra iconografía, son rasgos propios de sus capacidades de cazadores: mencionemos los colmillos del felino, del quiróptero o del reptil, así como las garras y el pico ganchudo del ave del orden de los rapaces (Bouchard & Usselman 2003: 88-89). Otros picos, como el del ave Psittacidae, pueden ser reconocidos; no se trata de un predador sino de un comedor de pepas. Sin embargo,

Tabla 13. Repartición cultural de los géneros observados sobre personajes antropomorfos (269 piezas).
Table 13. Cultural distribution of gender in antropomorphs observed (269 pieces).

	Tumaco	Tierradentro	San Agustín	Calima	Nariño	Cauca	Quimbaya	Tolima	Urabá	Sinú	Tairona	Muisca	TOTAL	Porcentaje
Asexuado	4	2	14	44	11	9	26	26	5	30	41	33	245/269	91,1%
Masculino				1		2		1	1	4	6		15/269	5,6%
Femenino				1			1			4	3		9/269	3,3%



Figura 12. Pendiente Sinú, 3,5 x 2,8 cm. Situación extrema entre un personaje femenino y aves (O01870).

Figure 12. Sinú pendant, 3.5 x 2.8 cm. Extreme female-bird situation (O01870).

la utilización iconográfica de su pico podría tener otra explicación; haría referencia a la facultad del habla como marcador de su poder, valorizada, por ejemplo, en ciertos ritos sacrificiales muiscas (Zamora 1980 [1701] T. 1: 279; Clastres 1974: 133-136). Sin embargo, en muchas sociedades amerindias la posición del batracio utilizada por algunas figuras en situaciones intermedias no es un elemento ligado a la depredación, ni al poder, sino a la fertilidad (Reichel Dolmatoff 1981: 22; Legast 1987: 63-64; Favrot Peterson 1990: 46; Benson 1997: 93). Recordemos, además, que algunas especies de batracio llevan un veneno tóxico utilizado en el ámbito guerrero (Evans Schultes & Bright 1981: 40; Gutiérrez Usillos 2002: 284-285). El batracio se vuelve aquí de un peligro para el hombre a un aliado poderoso del cazador, siendo capaz de proveerle un elemento para matar a sus presas.

La elección de estos atributos particulares se refiere a las cualidades precisas que les son propias, las de guerreros o de emblemas poderosos, como álter ego del humano. Reconocer el animal como vínculo simbólico, tal como lo hizo Lévi-Strauss (1964, 1966, 1968, 1971) en el caso de los mitos amerindios, es muy interesante; pero entender qué elemento de representación fue elegido en cada especie, permite esclarecer las razones de su aparición junto a la imagen del hombre.



Figura 13. Pendiente Sinú, 6,2 x 3,7 cm. Situación mixta híbrida entre un personaje masculino y aves (O06025).

Figure 13. Sinú pendant, 6.2 x 3.7 cm. Mixed hybrid of male human and birds (O06025).

Composición de la imagen y reciprocidad

Si Lévi-Strauss (1949: 61-79) define la relación de reciprocidad entre las sociedades humanas, Descola (1996, 2005, 2010) la reutiliza para definir, también, uno de los tipos de relación entre el hombre y el animal. Incluido en el concepto animista, el animal se ve considerado como un ser social dotado de los mismos atributos y de las mismas posiciones sociales que el hombre (Århem 1996: 185; Descola 1996). Así, es capaz de entablar con este último una relación basada en el intercambio recíproco. La naturaleza es un mundo vivo, una “ecología simbólica” (Descola 1996: 87). Los mitos amerindios ponen en escena seres zoomorfos y fitomorfos percibidos como individuos capaces de comunicación y de intercambio, y a los cuales se debe respeto. En Mesoamérica, por ejemplo, este fenómeno se observa en el concepto de *nabualismo*, definido como un lazo de equivalencia entre el hombre y el animal, materializado por la capacidad de intercambiar o permutar sus formas, compartir rasgos comunes, una piel, un disfraz (Furst 1976: 152).

Esas nociones ponen en juego la identificación, en la cual el animal lleva dentro de él capacidades propias de las que el hombre quiere apoderarse.

El animismo recíproco toma, por supuesto, un papel mayor en la elaboración de las composiciones de nuestras imágenes. Los animales estudiados en las situaciones extremas podrían, así, ser entendidos como aliados del ser humano con quien están representados. Además, los atributos zoomorfos observados en situaciones intermedias podrían ser portadores de capacidades que el humano desearía lograr utilizar, a través del empleo de disfraces o de la confusión visual. Esto adquiere todo su sentido si volvemos a referirnos al poder que podrían traer al hombre. Pero la repartición de las especies, según las dos situaciones analizadas, podría residir en otros aspectos, siendo que hemos aceptado que sus utilidades diferían de una a otra.

Imágenes energéticas

Paralelamente a la oposición frente al otro depredador, un sentimiento de respeto frente a una naturaleza fértil parece, entonces, destacarse. Eso es propio de un principio típicamente prehispánico que es la dualidad, en la cual se “piensa los contrarios en un modo único” (Duverger 1999: 64), implicando que el otro es generoso, pero sigue siendo peligroso (Lévi-Strauss 1949: 80-97). Por cierto, es un punto fuerte de la relación de reciprocidad, que hace resaltar el principio de reciclaje de las energías según el cual la caza practicada por el humano genera una falta en las sociedades animales, que el primero debe subsanar mediante el aprovisionamiento simbólico de los últimos (Descola 1996: 89).

En Colombia prehispánica, varios rituales y mitos destacan este aspecto dual energético. Las mitologías de fundación de los muiscas, por ejemplo, exponen a diversas parejas divinas y demuestran la importancia de la dualidad creadora (Simon 1953 [1625] T. 3: 367). La organización de sus guerras, así como de sus ritos sacrificiales, remite a un orden dualista en el cual la destrucción del otro engendra fertilidad para el que sacrifica y se inscribe, así, en un ciclo de regeneración de las fuerzas naturales (Lévi-Strauss 1962: 270; Cazeneuve 1971: 282-305).

Iconográficamente, este principio básico prevalece en la oposición del carácter “destructor” de las especies estudiadas frente a las nociones de fertilidad que vinculan, presentándolas como “creadoras”. Este tipo de pensamiento se puede aplicar, así, al caso de los felinos y de los rapaces. En la mitología mesoamericana, se identifican como guerreros ligados al trayecto del sol y, así, al ciclo de la regeneración vital (Duverger 1999: 144). Para los Yaguas de la Amazonía colombiana, el rapaz

es igualmente percibido como el “simétrico celeste del jaguar” (Chaumeil 2000: 205). En los mitos kogis, a la imagen del sol, ambos son “ser(es) muy ambivalentes, a la vez genitores y creadores, y a la vez carnívoros y agresivos” (Reichel Dolmatoff 1981: 24).⁵

La postura con “extremidades abiertas”, ligada al batracio, nos aparece más clara. Siendo un animal utilizado y entendido como portador de nociones destructoras, está también ligado al agua y al dominio acuático como fertilizante, o generador de vida (Favrot Peterson 1990: 46). El hecho de que se utilizara un rasgo de postura que refiere iconográficamente al parto aclara tal empleo: se trata de una posición de fertilidad, la cual impone que sean imágenes energéticas, y no simples representaciones de hombres-batracios.

Esta investigación nos llevó a pensar que el quiróptero podría ser un símbolo tanto del felino como del ave, sintetizados en una misma imagen. En efecto, comparte con el felino el hecho de ser nocturno. La especie *Desmodus rotundus*, identificable en algunas imágenes Tairona, comparte también con el felino la atracción por la sangre, enfatizada iconográficamente por la protuberancia de sus colmillos (Legast 1987: 36; Bouchard & Usselman 2003: 89). Algunos mitos revelan la misma asociación. El grito de la divinidad kogi *Hései*, definida como un hombre con cabeza de felino, se relaciona al del quiróptero (Legast 2005: 40). Sería entonces un “felino” capaz, como el ave, de desplazarse en el cielo por su vuelo, y llevando sus valores de depredadores. Sin embargo, no es imposible que este animal fuera también relacionado a nociones de fertilidad, debido a que está ligado a la cueva, concebida como un símbolo de la Madre Tierra, de renacimiento: entrando solo en este lugar, y saliendo de ella generalmente en grupo, convierte así la cueva en procreadora fértil de la especie (Reichel Dolmatoff 1985: 164 y 249). Estos mismos conceptos se entrevén dentro de varias mitologías amazónicas (Karadimas 2005: 179-196). En el norte colombiano, la imagen del murciélago está divinizada y asociada a la del sol: en kogi, sol se dice “nui” o “nyui”; murciélago, “nyuñji” (Reichel Dolmatoff 1985: 165; 229).

El felino, el ave, el batracio y el quiróptero fueron los cuatro grupos animales más empleados en las situaciones intermedias. Su elección, dentro de un amplio rango de especies, resulta de sus valores energéticos propios. Por su parte, la utilización reducida de rasgos de crustáceos, como la imagen supuesta de la langosta en las producciones zenúes, podría remitir al ámbito geográfico en el que fueron creadas.

En situaciones extremas, la noción energética se entiende también a través de elecciones específicas. A veces, los picos prominentes de las aves se pueden

entender como metáforas de tipo fálico o de fuerza viril (fig. 14). También podemos hacer resaltar, en la composición iconográfica de las situaciones extremas, una disposición dualista de los elementos (Lévi-Strauss 1958: 269-294). La Tabla 10 demuestra que la situación 2, referente a la presentación del animal aliado en binomio, es mayoritaria (22/34 casos, o sea 64,7%).

El hombre en el centro del mundo y de la imagen

El principio de dualidad se refleja igualmente en nuestras imágenes a través del aspecto simétrico de cada una de sus composiciones. Nos lleva a hablar del lugar central que piensa tomar el hombre en el sistema natural, así como en la composición de la imagen.

Estando inestable, la naturaleza debe ser regulada, para el bienestar del hombre. Él mismo toma este papel de elemento equilibrante de los recursos, en una óptica antropocéntrica, principalmente a través del principio de regeneración cósmica, por medio de la ofrenda o del sacrificio. El hombre se representa, así, como fuerza central y necesaria al buen funcionamiento del ritual (Duverger 1999: 53).

La composición simétrica de las imágenes estudiadas, que exponen al hombre en el centro de imágenes binarias, la relaciona a la noción del antropocentrismo. El hombre se sitúa cosmogónicamente en el centro de los movimientos naturales y de los diferentes estratos e iconográficamente toma este mismo lugar.



Figura 14. Pendiente Urabá, 4,7 x 3,9 cm. Personaje dotado de un pene en forma de pico de ave (032333).
Figure 14. Urabá pendant, 4.7 x 3.9 cm. Figure with penis in the shape of a bird's beak (032333).

Desplazamiento cósmico a través de la tripartición del espacio

Si el hombre prehispánico se sitúa como personaje central en el buen funcionamiento de las cosas de la naturaleza, se sitúa también en el centro físico y mediador en el mundo simbólico en el que evoluciona. Podemos evocar la idea, como lo hace Furst (1976: 151), de un *axis mundi* uniendo generalmente tres mundos –el mundo aéreo, terrestre y subterráneo– conectados gracias a la reciprocidad existente entre los seres que los componen. Esta visión todavía es común a una gran mayoría de grupos indígenas, como por ejemplo entre los u'was del norte de la cordillera Oriental colombiana (Osborn 1994: 141-142).

Además de ser símbolos energéticos, parece que la mayoría de los animales representados fueron elegidos por su facultad de moverse entre diferentes ambientes o espacios naturales, como símbolo de su movilidad cósmica.

Debido a la capacidad del felino de poder subir a los árboles, desplazarse en medio acuático, utilizar su pelaje moteado para esconderse en el medio terrestre, y a su relación mitológica con el mundo subterráneo y nocturno, es entendible que haya sido considerado como capaz de “unir los tres registros del mundo y los elementos naturales” (Magni 2003: 311). Siendo que el ave llega a las cumbres más altas de la cordillera, mientras tiene también la posibilidad de cazar en el suelo, el rapaz hubiera podido ser el objeto de tales asimilaciones. La cueva, relacionada al quiróptero, es conocida en varios grupos prehispánicos por ser un vector hacia los diferentes estratos del mundo cósmico, especialmente al mundo subterráneo, haciendo entonces de este animal un mediador perfecto (Legast 1989: 36-41; Bouchard & Usselman 2003: 89). El batracio, finalmente, está relacionado en primer lugar al medio acuático, pero también se mueve sobre la tierra o en los árboles, de la misma manera que el felino. Además, nace diferente del aspecto que se observa al final de su metamorfosis. Del estado de renacuajo exclusivamente acuático adquiere posteriormente patas que le permiten desplazarse fuera del agua.

En situaciones extremas, observamos el mismo fenómeno. La utilización, aunque reducida, de pequeños mamíferos, podría remitir a estas mismas consideraciones. Algunos autores reconocen la marmota, el coaímundi (*Nasua nasua*), el primate de pequeño tamaño y, a veces, un elemento antropomorfo (Legast 1987: 34). El primero posee la capacidad de desplazarse verticalmente, tanto en el mundo terrestre como subterráneo, pero también en una óptica horizontal gracias a la red de galerías que

cava. El segundo se mueve en el suelo de día y llega a las cimas de los árboles al caer la noche. Ambos podrían haber sido percibidos como medios de comunicación entre los diferentes estratos cosmológicos. El primate, también asociado a una destreza en los árboles y en el suelo, pudo haber sido percibido como una especie tanto humana como animal, debido a su gran parecido con el hombre (Favrot Peterson 1990: 52). Podría ser la imagen de un estadio intermedio entre el hombre y el animal y, así, presentar todas las cualidades necesarias para ser el mediador entre estos dos mundos.

Finalmente, en el contexto Tairona, la imagen de la serpiente está frecuentemente situada debajo de la figura antropomorfa, rodeándola o englobándola como un asiento o un palanquín. Repetidas veces, la barra formada por su imagen se encuentra al nivel de los hombros, de la cintura, o de la cofia del personaje central. Así, se forma una separación visual entre tres niveles, que podría ser entendida como una metáfora del mundo en el cual los seres vivos se desplazan de manera vertical para delimitar los planos, y para significar un horizonte o una limitación entre el mundo de arriba y el mundo de abajo (fig. 15).

Magni (2003: 322) evoca la permutabilidad entre estas diferentes especies, por la imbricación de sus rasgos en una misma imagen, y a la unificación de sus capacidades. La difícil distinción de las formas es, según la autora, el medio de acceder a diferentes estratos, la manera técnica de demostrar la capacidad de este acceso. Ahora bien, nuestro análisis permite también revelar una confusión entre especies, géneros y formas, la cual parece deliberada.

En situación extrema, habíamos notado la asexualización de los personajes antropomorfos, pudiendo ser el sexo femenino fácilmente confundido con el masculino, haciendo resaltar elecciones claras de representación. Esta confusión podría relevar un mismo principio, mezclando o anulando los rasgos del hombre y de la mujer en una misma imagen, para que sea impregnada de ambas simbologías.

La utilización de la metonimia iconográfica, lo habíamos enunciado, permitía la creación de personajes antropozoomorfos en los cuales se podían observar ligeros detalles indicando, a veces, una especie en particular. No se debe entender como falta de habilidad o de técnica del orfebre, sino como un acto intencional. Hablando del felino y el quiróptero, existe la elección evidente de mezclar los rasgos de ambos y nublar las pistas de reconocimiento, gracias a sus colmillos. El caso del batracio también es interesante: no se trata de representaciones del animal, sino de la utilización de su posición por el humano. La definición clara del



Figura 15. Pectoral Tairona, 15 x 14,7 cm. Delimitación estratigráfica de tres espacios cosmológicos (por la presencia de serpientes bicéfalas), antropocentrismo y dualismo de la composición (O12562).
 Figure 15. Tairona pectoral, 15 x 14.7 cm. Stratigraphic delimitation of three cosmological spheres (owing to the presence of bicephalic snakes), with anthropocentrism and dualism in the composition (O12562).

animal, pudiendo ser rana, sapo, o también reptil del orden Crocodylia, no está resaltada.

En el contexto puramente Tairona, la imagen reptil de tipo “compuesta” llamada “dragón” es omnipresente. Se mezclan rasgos zoomorfos del orden Serpente y Crocodylia, ligando los rasgos de los colmillos al valor acuático y fértil en donde evolucionan. Son órdenes animales capaces de desplazarse entre diferentes estratos, y ambos pierden sus pieles en período de muda, haciendo de ellos símbolos de regeneración. El “dragón” Tairona está representado bajo la forma de una serpiente de doble cabeza, implicando igualmente la noción de dualismo. Se completa, de esta manera, el panel de las características enunciadas hasta ahora.

¿Representaciones del chamán?

El papel del chamán en la sociedad amerindia, ciertamente, se acerca a las nociones cósmicas evocadas. Siendo el único capaz de hacer el puente entre los diferentes estratos, se convierte así en el elemento esencial para el buen funcionamiento del ciclo antropocentrista de regeneración. En efecto, la relación entre el humano y la naturaleza debe ser llevada por un mediador, papel generalmente asumido, en las sociedades actuales, por la figura del chamán (Perrin 1995: 8-9; Chaumeil 2000: 224). Sus conocimientos especializados de la naturaleza,

y particularmente de las plantas alucinógenas, le dan la facultad de viajar entre los diferentes estratos cósmicos y encarnar, así, la clave de bóveda necesaria en las relaciones hombre-animal. Se puede también definir una relación de equivalencia, ya que el chamán puede desplazarse entre diferentes niveles cósmicos. El juego de la transformación está, por cierto, muy presente en esta relación: adoptando la imagen de un animal en particular, o sintiéndose como tal, utilizando conceptos de transmisión y de dualidad, el chamán se apropia sus capacidades. Es parcialmente gracias a estas facultades particulares que el chamán puede ejercer su función. Más allá de una distribución de capacidades entre él y el animal, puede existir también una relación de alianza entre ambos; en esta, el chamán está escoltado de uno o varios animales, con el propósito de acompañarse de la fuerza necesaria para obtener lo que necesita en el contexto de su función (Chaumeil 2000: 220-224, 276). Los conceptos observados en nuestra iconografía están completos.

En las sociedades actuales indígenas, el lazo del chamán con los animales es primordial. Para los Kogi, por ejemplo, algunos alucinógenos, compuestos gracias al veneno de algunos batracios, propician la transformación metafórica en felino, permitiendo devorar carne y ponerse en contacto con las esferas no humanas (Reichel Dolmatoff 1975: 108; Evans Schultes & Bright 1981: 41). El hecho de que los quirópteros puedan ver al revés puede estar ligado con la visión invertida que el chamán busca obtener por la utilización del *yopo* (*Anadenanthera peregrina*) (Bouchard 2000: 58; Legast 2005: 43). La utilización de imágenes de aves podría también darse en unión directa, tras la experiencia del “vuelo chamánico” (Reichel Dolmatoff 1988: 78; Pineda Camacho 2000: 40; Lleras Pérez 2002: 17). El ave, el quiróptero, el felino y el batracio pudieron ser elegidos gracias a sus poderes en el ámbito de la esfera chamánica. La utilización de sus rasgos, o el acompañamiento por ellos, forma parte de la teoría interpretativa característica de Reichel Dolmatoff.

Al mirar más de cerca la imagen del hombre, existe una postura identificada por Reichel Dolmatoff (1988: 44) como una posición chamánica básica: el hombre sentado con sus brazos alrededor de las rodillas. Se observa únicamente en seis piezas de nuestro corpus, o el 2,2%. No se identificó ningún artefacto característico de la función chamánica, mientras que, por el contrario, tablas chamánicas, *poporos* o bolsas de coca son muy empleados en imágenes antropomorfas sin figuras animales.

¿Por qué entonces haber dado más importancia a la identificación de la figura del chamán cuando está

representado solo, mientras su poder y sus capacidades se basan en gran parte en las de los animales que lo rodean? ¿No hubiera sido más lógico permitir su reconocimiento en las imágenes exponiendo los dos personajes juntos? La respuesta podría revelarse en la pregunta misma.

CONCLUSIÓN: DESCIFRAR LA IMAGEN EN VEZ DE IDENTIFICARLA

En situaciones intermediarias, hemos destacado una utilización importante de la hibridación (72%) en comparación a representaciones más realistas de tipo mimética (23%) o de disfraz (5%; Tabla 2). Contrariamente a lo que generalmente se admite, estas imágenes podrían no querer definir especies o personajes específicos, porque el objetivo no es reconocerlos. El estudio de la “posición con extremidades abiertas” lo demostró también: los casos geométricos (68,9%) prevalecían sobre los realistas (31,3%). La predominancia de imágenes de personajes antropomorfos asexuados (91,1%) sobre las representaciones masculinas (5,6%) y femeninas (3,3%) entra en esta misma perspectiva (Tabla 13). La aparición tardía, en situaciones mixtas, de “criaturas compuestas” como el “dragón”, o la utilización más importante del quiróptero como animal combinando rasgos del felino y del ave, se pueden entender de la misma manera.

Así, no serían fieles representaciones del chamán asistido de sus aliados animales o transformándose en tal especie con el fin de cumplir su papel social. Tampoco tendríamos que buscar la imagen de una especie particular, o entender que el hombre imita a tal animal o adquiere la capacidad de transformarse en él. Antes de identificar especies, divinidades o personajes sociales, nos pareció esencial entender por qué se eligieron ciertos rasgos específicos o composiciones precisas.

La observación de la utilización de la metonimia visual hizo resaltar características propias a cuatro grupos animales mayoritarios: el felino (35,4%), el ave (33%), el quiróptero (20,5%) y el batracio (19,8%; Tabla 3). Pero los atributos o las posiciones elegidas en cada uno corresponden a capacidades precisas, y no a todas: remiten al ámbito del poder, modelado y demostrado. Estas elecciones permiten entender que el valor del atributo podría prevalecer sobre el querer identificar especies animales en particular, haciendo de ellas imágenes energéticas.

El estudio de las composiciones de las imágenes, en situaciones extremas, dio luz sobre los tipos de asociaciones favorecidas entre el hombre y el animal. La alianza entre ambas figuras (94,5%) apareció claramente

más importante que las asociaciones antagónicas (5,5%), exponiendo una relación iconográfica de reciprocidad. Pero, otra vez, las imágenes suelen ser concebidas de forma más idealizada que realista: 64,7% de estas exponen al animal de manera simétrica en la cabeza del hombre.

La posición central tomada por la figura humana en la composición simétrica de las imágenes demostró finalmente la importancia del concepto antropocentrista en la elaboración iconográfica. La verticalidad de la imagen, asociada a veces con la separación visual en diferentes espacios horizontales, remite a una visión estratificada del mundo, propia de muchos grupos amerindios.

En consecuencia, las imágenes del hombre y del animal en un mismo soporte podrían no ser interpretadas como identificaciones, porque no fueron creadas con este objetivo. Esto no significa, sin embargo, que cada cultura no haya podido reutilizar estos valores como le parezca, según contextos culturales, sociales o políticos específicos. Los rituales, el chamanismo, los mitos y la iconografía de cada cultura dependen, obviamente, de estos parámetros. Pero el estudio de sus iconografías se podría entender también a partir de su base misma, es decir, de sus maneras propias de concebir el mundo que los rodea.

De este modo, entender una imagen –o modelización técnica– cotejándola con la acción y la persona del chamán –otra creación “técnica” de la sociedad, diríamos, director de orquesta o traductor de la cosmogonía– no nos parece adecuado. En cambio, sí lo es entender que el principio fundamental del rol chamánico está expuesto. Igualmente, comprender estas iconografías inspirándose directamente en los mitos, a veces incluso pertenecientes a contextos culturales totalmente diferentes, focaliza también los estudios en la identificación. Esto podría llevar a confundir las pistas de comprensión de una imagen, ya que oculta su significación intrínseca y sus valores propios.

Si las iconografías de las culturas prehispánicas de Colombia varían en muchos aspectos, respecto a sus contextos socioculturales propios, su intención primera no fue el querer representar las sociedades humanas y animales. Siendo estas iconografías soportes del pensamiento, retransmitieron este más allá de las diversidades estilísticas y políticas, o de los intervalos cronológicos y geográficos.

RECONOCIMIENTOS Agradezco a Roberto Lleras Pérez por su colaboración en la elaboración de mi catálogo iconográfico, por su atención, sus consejos y la corrección concienzuda de mi manuscrito; agrego una mención especial para Aicha Bachir Bacha y Juliette Testard, quienes me ofrecieron consejos valiosos en la redacción de este artículo. Gracias también a Christian Duverger y Oscar D. Llanos Jacinto por su tiempo y paciencia en la corrección

del texto. Todas las fotografías pertenecen a la colección Museo del Oro-Banco de la República de Bogotá, Colombia, y fueron tomadas por Clark M. Rodríguez.

NOTAS

¹ El catálogo del Museo del Oro está compuesto por exactamente 33.947 piezas de orfebrería. Nuestro corpus representa, entonces, el 0,79% del catálogo entero.

² Reichel Dolmatoff (1965) define estos períodos como “Desarrollos regionales” y “Estados incipientes”. No obstante, la cronología utilizada y presentada en la Tabla 1 está sujeta a cambios en el futuro.

³ Esta imagen es descrita por Reichel Dolmatoff (1988: 78) como el “Icono A”.

⁴ Labbé Armand (1998) describe el “dragón” como un “animal compuesto”, con un cuerpo de serpiente y colmillos de felino.

⁵ Traducción: E. Gault.

REFERENCIAS

- ÅRHEM, K., 1996. The cosmic food web. Human nature relatedness in the Northwest Amazon. En *Nature and Society. Anthropological Perspectives*, P. Descola & G. Palsson, Eds., pp. 185-204. London / New York: Routledge.
- BENSON, E., 1997. *Birds and Beasts of Ancient Latin America*. Gainesville: University Press of Florida.
- BOAS, F., 2003 [1927]. *L'art primitif*. París: Adam Biro Éditions.
- BOUCHARD, J.-F., 2000. Esprits, transformations et passages dans la culture Tumaco-La Tolita. En *Les Esprits, l'Or et le Chamane*, C.-I. Botero Cuerva & J.-F. Bouchard, Eds., pp. 55-62. París: Réunion des Musées Nationaux.
- BOUCHARD, J.-F. & P. USSELMAN, 2003. *Trois millénaires de civilisation entre Colombie et Equateur: la région de Tumaco La Tolita*. París: CNRS Éditions.
- CAZENEUVE, J., 1971. *Sociologie du rite*. París: Presses Universitaires de France.
- CHAUMÉL, J.-P., 2000. *Voir, Savoir, Pouvoir. Le chamanisme chez les Yagua de l'Amazonie Péruvienne*. Genève: Georg Éditions.
- CLASTRES, P., 1974. *La société contre l'état*. París: Éditions de Minuit.
- DESCOLA, P., 1992. Societies of nature and the nature of society. *Conceptualizing Society*, A. Kuper, Ed., pp. 107-126. London / New York: Routledge.
- 1996. Constructing Natures. Symbolic Ecology and Social Practice. En *Nature and Society, Anthropological Perspectives*, P. Descola & G. Palsson, Eds., pp. 82-102. London / New York: Routledge.
- 2005. *Par-delà nature et culture*. París: Gallimard.
- 2010. *La fabrique des images: visions du monde et formes de la représentation*. París: Somogy Éditions d'Art / Musée du Quai Branly.
- DUVERGER, C., 1999. *La Meso Amérique, l'art préhispanique du Mexique et de l'Amérique Centrale*. París: Flammarion.
- EVANS SCHULTES, R. & A. BRIGHT, 1981. Ancient Gold Pectorals from Colombia: Mushrooms effigies. En *Sweat of the Sun and Tears of the Moon: Gold and Emerald Treasures of Colombia*, pp. 37-43. Los Angeles: Terra Magazine Publications.
- FALCHETTI DE SÁENZ, A. M., 1995. *El oro del gran Zenu: Metalurgia prehispánica en las llanuras del Caribe colombiano*. Bogotá: Banco de la República / Museo del Oro.
- FAVROT PETERSON, J., 1990. *Pre-Columbian Flora and Fauna: Continuity of Plant and Animal in Mesoamerica*. San Diego: Mingei International Museum of World Folk Art.
- FURST, P. T., 1976. Shamanistic Survivals in Meso-American Religion. En *Actas del XII Congreso Internacional de Americanistas 3*, pp. 149-157. México, D. F.: I.N.A.H.

- GAULT, E., 2007. L'homme et l'animal: Étude d'une relation à travers l'iconographie de l'orfèverie préhispanique de Colombie. Memoria para optar al título de Maestra en Arqueología, UFR Histoire de l'Art et Archéologie, Université Paris IV-Sorbonne.
- GNESCO, C., 2005 [1998]. El poder en las sociedades prehispanicas de Colombia: Un ensayo de interpretación. *Boletín del Museo del Oro* 53, En-Dic. 2005 [online], pp. 10-34 <<http://www.banrep.gov.co/museo/esp/boletin/53/bmo53gnesco.pdf>> [Citado 13-05-2012].
- GUTIÉRREZ USILLOS, A., 2002. *Dioses, símbolos y alimentación en los Andes: Interrelación hombre-fauna en el Ecuador prehispánico*. Quito: Editores Abya-Yala.
- INGOLD, T., 1988. *What is an animal?* London: Unwin Hyman.
- KARADIMAS, D., 1999. La constellation des quatre singes. Interprétation ethno-archéoastronomique des motifs de El Carchi-Capuli (Colombie, Équateur). *Journal de la Société des Américanistes* 85: 115-145. París: Société des Américanistes.
- 2003. Le masque de la raie. Étude ethno-astronomique de l'iconographie d'un masque rituel miraña. *L'Homme* 165: 173-204. París: LAS / CNRS.
- 2005. *La raison du corps: idéologies du corps et représentations de l'environnement chez les Miraña d'Amazonie colombienne*. París: Selaf.
- LABBÉ ARMAND, J., 1998. Symbols, themes, context and meaning in the art of Prehispanic Colombia. En *Shamans, gods, and mythic beasts: Colombian gold and ceramics in antiquity*, pp. 21-115. New York: American Federation of Arts, University of Washington Press.
- LEGAST, A., 1987. *El animal en el mundo mítico Tairona*. Bogotá: Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, Banco de la República.
- 1989. The bat in Tairona art. En *Animals into Art*, H. Morphy, Ed., pp. 270-286. London: Unwin Hyman.
- 1993. *La fauna en el material precolombino Calima*. Bogotá: Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, Banco de la República.
- 1998. Feline symbolism and material culture in prehistoric Colombia. En *Icons of Power, Feline Symbolism in the Americas*, N. J. Saunders, Ed., pp. 122-154. London / New York: Routledge.
- 2000. L'homme-animal. En *Les Esprits, l'Or et le Chamane*, C.-I. Botero Cuerva & J.-F. Bouchard, pp. 63-71. París: Réunion des Musées Nationaux.
- 2005. ¿Retratos de chamanes o de ancestros míticos? En *Chamanismo y sacrificio. Perspectivas arqueológicas y etnológicas en sociedades indígenas de América del Sur*, J.-F. Bouchard, J.-P. Chaumeil & R. Pineda Camacho, Eds., pp. 35-46. Bogotá: Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, Banco de la República, Instituto Francés de Estudios Andinos.
- LÉVI-STRAUSS, C., 1949. *Les structures élémentaires de la parenté*. París: Presses Universitaires de France.
- 1958. *Antropologie structurale*. París: Plon.
- 1962. *La pensée sauvage*. París: Plon.
- 1964. *Mythologiques 1: Le cru et le cuit*. París: Plon.
- 1966. *Mythologiques 2: Du miel aux cendres*. París: Plon.
- 1968. *Mythologiques 3: L'origine des manières de table*. París: Plon.
- 1971. *Mythologiques 4: L'Homme nu*. París: Plon.
- 1979. *La voie des masques*. París: Plon.
- LLERAS PÉREZ, R., 2002. El chamán orfebre: Una exploración en torno de los artesanos y la religión. En *Actas del Simposio Chamanismo: Tiempos y Lugares Sagrados*, pp. 1-25. Salamanca: Universidad de Salamanca.
- MAGNI, C., 1995. Identification et fonction de l'animal dans l'art olmèque. *Lares* 60 (3): 339-356. Florence: Léo Olschki.
- 1996. La créature composite dans l'art mésoaméricain, essai d'interprétation iconographique. *Recherches Amérindiennes au Québec* XXVI (3-4): 65-73. Montréal: Recherches Amérindiennes au Québec.
- 2003. *Les Olmèques, des origines au mythe*. París: Seuil.
- OSBORN, A., 1994. Eat and be eaten: animals in U'wa (Tunebo) oral tradition. En *Signifying Animals, Human Meaning in the Natural World*, R. Willis, Ed., pp. 140-158. London: Routledge.
- PERRIN, M., 1995. *Le chamanisme*. París: Presses Universitaires de France.
- PINEDA CAMACHO, R., 2000. Le labyrinthe de l'identité. Orfèverie, symboles de transformation et de pouvoir dans les sociétés indigènes préhispaniques de Colombie. En *Les Esprits, l'Or et le Chamane*, C.-I. Botero & J.-F. Bouchard, Eds., pp. 35-54. París: Réunion des Musées Nationaux.
- REICHEL DOLMATOFF, G., 1965. *Colombia*. London: Thames & Hudson.
- 1971. *Amazonian cosmos, the sexual and religious symbolism of the Tukano Indians*. Chicago / London: University of Chicago Press.
- 1975. *The shaman and the jaguar: a study of narcotic drugs among the Indians of Colombia*. Philadelphia: Temple University Press.
- 1981. Things of Beauty Replete with Meaning. Metals and Crystals in Colombian Indian Cosmology. En *Sweat of the Sun and Tears of the Moon: Gold and Emerald Treasures of Colombia*, pp. 17-33. Los Angeles: Terra Magazine Publications.
- 1985. *Los Kogi, una tribu de la Sierra Nevada de Santa Marta, Colombia*, T. II. Bogotá: Procultura.
- 1988. *Orfèverie et chamanisme: une étude iconographique du Musée de l'or*. Medellín: Colina.
- SEVERI, C., 2007. *Le principe de la chimère. Une anthropologie de la mémoire*. París: Rue d'Ulm/Musée du Quai Branly.
- SIMON, P. (fray), 1953 [1625]. *Noticias historiales de las conquistas de tierra firme en las indias occidentales*. Bogotá: Editorial Kelly.
- WARBURG, A., 2003 [1923]. *Le rituel du serpent: récit d'un voyage en pays pueblo*. París: Macula.
- ZAMORA, A. DE (fray), 1980 [1701]. *Historia de la Provincia de San Antonino del Nuevo Reino de Granada*, T. 1. Bogotá: Editorial Kelly / Instituto Colombiano de Cultura Hispánica.



ARQUITECTURAS FORMATIVAS DE LAS QUEBRADAS DE GUATACONDO Y TARAPACÁ A TRAVÉS DEL PROCESO ALDEANO (ca. 900 AC-1000 DC)

FORMATIVE ARCHITECTURES OF THE GUATACONDO AND TARAPACÁ RAVINES THROUGH THE VILLAGE FORMATION PROCESS (ca. 900 BC-1000 AD)

SIMÓN URBINA ARAYA*, LEONOR ADÁN ALFARO**
& CONSTANZA PELLEGRINO HURTADO***

INTRODUCCIÓN

A partir de la variabilidad e historicidad de tres tradiciones arquitectónicas del Período Formativo (ca. 900 AC-1000 DC), se plantea un proceso aldeano caracterizado por (1) modos de crecimiento competitivo de los grupos parentales, desde unidades residenciales simples hasta conglomerados/complejos e intrincados barrios/sectores, y (2) una inversión decreciente y planificada en arquitectura comunal y pública, la cual pierde sus propiedades más cotidianas, aglutinantes, centrales e inclusivas (Pircas, Ramaditas y Guatacondo), para ser manejada como recurso de distinción asimétrica intrasitio (Caserones). Estos asentamientos documentan una conspicua y prolongada experimentación sociopolítica que interviene y reorganiza las relaciones de parentesco heredadas del Arcaico, ahora al servicio de identidades colectivas en tensión que se expresan y escenifican públicamente.

Palabras clave: arqueología de asentamiento, arquitectura pública, Período Formativo, desierto de Atacama

Based on the variability and historicism of three architectonic traditions of the Formative Period (ca. 900 BC-1000 AD), it is proposed village formation process characterized by 1) competitive modes of growth of the kinship groups from simple residential units to conglomerates/complexes and intricate neighborhoods/districts, and 2) an intentional and diminishing investment in public communal spaces, which lose their more everyday purposes of being central, inclusive and cohesive (Pircas, Ramaditas, Guatacondo) in favor of the more asymmetrical use of this resource within the site (Caserones). These settlements document a conspicuous and lengthy sociopolitical experiment that intervenes in and reorganizes kinship relations inherited from the Archaic period to serve collective identities in tension that are expressed and played out in the public sphere.

Key words: settlement archaeology, public architecture, Formative period, Atacama Desert

La arquitectura aglutinada ubicada en la región geográfica de Tarapacá (Niemeyer 1989) ha sido materia de importantes contribuciones, las que, manteniendo su vigencia, han motivado nuevos estudios sobre sus primeras y notables expresiones en los inicios del Período Formativo o Intermedio Temprano. Desde las investigaciones de Grete Mostny en la aldea de Guatacondo (1970 y de 1980; véase también De Bruyne 1963) y de Núñez en Caserones (1966), así como el primer estudio comparativo entre ambos sectores realizado por Meighan y True (1980), un tema aún vigente es la forma en que se ha estudiado la arquitectura formativa en el proceso aldeano. Tradicionalmente utilizados para enfatizar los cambios en el modo de vida cazador-recolector y la emergencia de sociedades más complejas, el estudio arqueológico de estos asentamientos ha intentado comprender las razones y las determinantes por las cuales dichas poblaciones optaron por los beneficios de la vida aldeana, a veces aparentes, en relación con los estímulos de las economías productoras de alimentos (Núñez 1982, 2006; Núñez & Santoro 2011).

Ahora bien, los cambios en el patrón de asentamiento durante este período (900 AC-1000 DC) pueden ser percibidos también por el establecimiento de cementerios colectivos fuera de los poblados (Ayala

* Simón Urbina Araya, Facultad de Filosofía y Humanidades, Instituto de Ciencias Sociales, Universidad Austral de Chile, Casilla 567, Valdivia, Chile, email: simon.urbina@uach.cl

** Leonor Adán Alfaro, Dirección Museológica, Universidad Austral de Chile, Casilla 586, Valdivia, Chile, email: ladan@uach.cl

*** Constanza Pellegrino Hurtado, Av. Kennedy 9590, Depto. 202, email: cony_france@yahoo.es

2001), infraestructura productiva, caminos y paraderos, señalética monumental e instalaciones ceremoniales asociadas (Briones et al. 2005). Por esta razón, es necesario preguntarse si estas instalaciones responden únicamente al impacto económico de la agricultura y la vida aldeana y cómo se relacionan con las aldeas de las quebradas de Guatacondo y Tarapacá. Hasta el momento disponemos de respuestas solo parciales sobre la diversidad de asentamientos con arquitectura entre el 900 AC y 1000 DC, pues nuestra disciplina ha asumido una definición rígida del Formativo como aquel tiempo propio de las formaciones aldeanas, aislando el estudio de un conjunto amplio de tipos de sitios sincrónicos. A pesar de la escasa relevancia que, hasta hace poco, tuvo en los círculos arqueológicos americanos discutir aquella noción del Período Formativo como análogo al del Neolítico europeo (Blanton et al. 1996), Lumbreras (2006: 12-13) ha indicado que la evidencia histórica pone el concepto de "Formativo" en cuestión, puesto que no posee valor cronológico, histórico, evolutivo, ni es indicador de período o de época.

Retomando lo anterior, en el presente artículo intentamos relativizar aquel criterio evolucionista arbitrario, según el cual el cambio del modo de producción de las sociedades andinas arcaicas es el fundamento de su progreso y bienestar material. Según nuestros resultados, las distintas modalidades de vida aldeana en ámbitos desérticos no señalan necesariamente el fin de la arquitectura temprana o Arcaica durante el Período Formativo (Adán & Urbina 2007). El tránsito hacia asentamientos altamente aglutinados, localizados solo en ciertos puntos de la región de estudio, es un aspecto que participa e incide desigualmente en el patrón de asentamiento tarapaqueño regional; por ello, constituye un ámbito muy excepcional de la ocupación humana en estas zonas desérticas andinas. Complementariamente, el análisis a continuación permite distinguir ejes donde apreciamos significativos cambios e innovaciones en la arquitectura y patrones constructivos: el ámbito doméstico, los edificios públicos y la traza aldeana. En estos términos, abordaremos el estudio descriptivo y comparativo de la arquitectura aglutinada de las quebradas de Guatacondo y Tarapacá.

EL PERÍODO FORMATIVO EN TARAPACÁ Y SU ARQUITECTURA

En el presente artículo retomaremos el estudio de las aldeas de Tarapacá (Núñez, P. 1983; Núñez, L. 1989). Nuestro objetivo es entender mejor la complejidad social de sus comunidades (*sensu* Castro et al. 1993) para discutir y problematizar algunos aspectos significativos de

la historia cultural de este crucial período (Formativo) en los Andes Centro Sur (Adán & Urbina 2007: 22). Se tratará individualmente el comportamiento cualitativo y cuantitativo de la arquitectura bajo parámetros que luego son comparados y discutidos a nivel intersitio. Con este propósito se utilizarán algunos indicadores constructivos que facilitan este análisis, los cuales hemos detallado en trabajos previos (Urbina & Adán 2006; Adán & Urbina 2007, 2008, 2010; Urbina et al. 2011, 2012; Urbina 2010). Los cuatro asentamientos ubicados en las quebradas de Guatacondo (aldea de Ramaditas y aldea de Guatacondo) y Tarapacá (aldea de Caserones y Pircas) documentan una significativa variabilidad y cambio de los sistemas aldeanos tarapaqueños.

El estudio de la arquitectura del Período Formativo que hemos desarrollado en Atacama (Adán & Urbina 2007) y Tarapacá (Adán et al. 2007) recoge las propuestas metodológicas formuladas por Castro y colaboradores (1993), Adán (1999) y Romero y Briones (1999). De esta forma, discriminamos un conjunto de variables descriptivas principales que permiten una caracterización sincrónica y morfofuncional de los asentamientos (p. ej., superficie de los sitios, tamaño y forma de las plantas, tipos de paramentos), conscientes de que la planta final de los sitios es resultado de una historia ocupacional dinámica, difícil de definir únicamente con estudios superficiales.

Una de las ventajas del análisis morfofuncional desarrollado es que provee de indicadores comparables sobre la organización social de los habitantes de cada sitio. Las convergencias y las divergencias relativas a la tecnología y las opciones de diseño que existen usualmente entre un conjunto de asentamientos coetáneos indican grados de autonomía, áreas de integración directa o a distancia, coresidencia, conflicto o límites espaciales, étnicos y políticos que los distinguen o acercan a otras regiones. Por esta razón, los tipos de asentamiento formulados al nivel de la comunidad han sido utilizados operacionalmente para analizar y reunir modelos estructurales de conductas culturales y sociales en comunidades particulares y proveer una base comparativa intercomunitaria dirigida hacia la determinación de relaciones históricas (Trigger 1967: 151; Chang 1968: 5).

Previamente hemos aplicado los índices de Densidad Ocupacional o Edilicia (cfr. Uribe et al. 2002), Inversión de Trabajo (Urbina & Adán 2006; Urbina 2010) y Factor de Ocupación de Suelo (FOS, *sensu* Raffino 1990; Urbina et al. 2011, Tabla 2: 70), intentado comparar en forma sistemática datos originalmente relevados para el estudio descriptivo intrasitio (*sensu* Cornejo 2007: 9-12). El primer índice permite resumir el grado de dispersión o aglutinamiento de las estructuras, si esta es proyectada

sobre un terreno ideal de 100 x 100 m, y se obtiene dividiendo el número total de las estructuras por la superficie en hectáreas (ha) del asentamiento (Urbina 2007: nota 7, 34). El segundo índice refiere a la superficie construida (SC) que totalizan las áreas internas de las estructuras, el cual se utiliza para entender el grado de inversión y diferenciación arquitectónica entre sitios. Sea esta inversión dirigida a la reducción, la ampliación o la habilitación de los espacios intramuro, debe estimarse que opera y representa un indicador de “energía humana” involucrada en la producción y/o modificación de los edificios durante su vida útil (McGuire & Schiffer 1983). El tercer índice señala la proporción ocupada por la superficie construida (SC) de todas las estructuras dentro de la superficie total del asentamiento (ST), la cual incluye vías de circulación, espacios no edificados y entre recintos (Urbina et al. 2011: 67, nota 9). Los tres indicadores aportan sustancialmente a evaluar en forma sincrónica y diacrónica los patrones y las recurrencias espaciales en sitios de un mismo período y región, y especialmente a identificar tendencias sectoriales intrasitio y criterios normados de crecimiento, distancia y proximidad entre las unidades domésticas, o entre estas y espacios públicos.

Necesariamente, a la par de este razonamiento cuantitativo, se debe reflexionar sobre los procesos sociales relacionados con la organización espacial y las tecnologías constructivas identificadas, especialmente sus continuidades, variaciones y rupturas (Urbina & Adán 2007: 19-20). Esto implica evaluar los modos de producción, uso y mantenimiento de la arquitectura en distintos ambientes o estaciones, ya sean espacios domésticos, productivos, públicos o funerarios (Willey 1968; McGuire & Schiffer 1983). No menos importante es atender a las restricciones, las capacidades y los privilegios que las clases funcionales (p. ej., viviendas, talleres, plazas, monumentos funerarios, templos u otros) y sus atributos constructivos imponen u otorgan a sus usuarios dentro de un asentamiento o en una red de ellos (Moore 1996). En fin, se deben considerar estas cualidades físicas y simbólicas de los edificios como elementos transmisores de información que identifican, al modo de “diacríticos culturales”, a sus ocupantes en la vida cotidiana y que, en la práctica, aluden a cierto “poder de acción” o “capitales” (*sensu* Nielsen 1995, en referencia a Bourdieu 1977) que ciertos grupos o individuos poseen o aspiran poseer dentro del ámbito social mayor al de su propia familia o red de parentesco más cercana.

Debido a que nuestra investigación contempla un amplio espacio geográfico del norte de Chile –delimitado por las cuencas de los ríos Camiña y Loa, así como por la costa Pacífico y el altiplano de la región–,

hemos impuesto una lectura de la historia local de los asentamientos y sus unidades domésticas de acuerdo a la propuesta elaborada por Trigger (1967, 1968). Esta mirada, que se define como de abajo-arriba en términos de la estructura del patrón de asentamiento (Aldunate et al. 1986), considera también la ubicuidad, la envergadura y la posición de los espacios públicos, ceremoniales y productivos dentro de regiones formativas más amplias en los Andes Centro Sur (Raffino 1977).

En el presente trabajo planteamos un enfoque denominado “historia arquitectónica”, el cual nos permite abordar el estudio de diversos espacios habitados por las sociedades tarapaqueñas (Adán & Urbina 2008). Este se centra en el proceso diacrónico en el cual la arquitectura toma parte como un elemento singular (inmueble) y, a la vez, contenedor de otras manifestaciones de la cultura material y de la interacción humana en sí. Junto a las modalidades constructivas tempranas (Urbina et al. 2011, 2012), la “arquitectura formativa de tierras altas o temprana” y la denominada “arquitectura formativa en barro del ámbito de oasis” constituyen las dos tradiciones arquitectónicas definidas para entender la historia cultural del Período Formativo en el norte de Chile (Adán & Urbina 2007: 24-26), permitiéndonos dar cuenta justamente de aspectos conservadores, innovadores y promocionales de la arquitectura aldeana y sus relaciones históricas.

Con todo, las construcciones de este lapso temporal (900 AC-1000 DC) más que reflejar puramente la adaptación a un clima –costa, valle o altiplano–, expresan también las habilidades y la tecnología de sus habitantes, las preferencias estéticas arraigadas, las innovaciones importadas (exóticas) u otras innovaciones promovidas desde ámbitos rituales (Parker Pearson 1982; Urton 1988; Hodder 1990), las cuales lentamente pudieron ser integradas como rasgos conspicuos de las estructuras domésticas o públicas (Adán & Urbina 2007). En estos términos, es esperable que las poblaciones costeras y de valles interiores de Tarapacá promovieran desde el Período Arcaico Tardío (2000-1000 AC) distintas modificaciones arquitectónicas en sus espacios habitacionales, producto de factores socioculturales, factores secundarios físico-climáticos u otras modificaciones (cfr. Rapoport 1969: 46-47).

CUATRO CASOS DE ARQUITECTURA TARAPAQUEÑA AGLUTINADA

Nuestra metodología busca avanzar en el tratamiento de los inmuebles Formativos en los valles interiores de Guatacondo y Tarapacá, implementando un análisis

sistemático de los datos relevados,¹ homólogo al efectuado previamente en siete asentamientos de la costa tarapaqueña (Urbina et al. 2011). Con este propósito, se efectuó el registro superficial de cuatro sitios ubicados en dos cuencas aledañas a la Pampa del Tamarugal (fig. 1): en Guatacondo, aldea de Ramaditas (Rivera et al. 1995-1996; Graffam et al. 1996; Martindale 2005) y aldea de Guatacondo (De Bruyne 1963; Mostny 1970; Meighan 1980), y en Tarapacá, aldea de Caserones (Núñez, L. 1966, 1982, 2006; True 1980; Adán et al. 2007) y el campamento de Pircas (Núñez, L. 1984).

En la escala de nuestro análisis hemos considerado el procedimiento utilizado por Trigger (1967: 151, 1968: 55, 74), efectuando un análisis del patrón de asentamiento en tres niveles: a) los edificios individuales o estructuras como indicadores de la organización familiar, especialización productiva y variación de la organización social; b) la manera en que dichas estructuras se ordenan en un asentamiento o comunidad, información relacionada con la organización de los linajes y la adaptación de

la comunidad a su entorno natural y cultural, y c) la distribución de los asentamientos o comunidades en el paisaje, indicadores generales de la clase de organización sociopolítica, intercambio y conflicto interfamiliar o intercomunitario.

Con fines comparativos, junto con documentar las tradiciones constructivas presentes, se enfatizó la interacción entre labor y costo social de construcción, uso, mantenimiento de las estructuras, a través de variables e indicadores relacionados: envergadura o superficie total (ST) superficie construida intramuros (SC), densidad edilicia (N° est. / ha [ST]) y porcentaje o factor de suelo ocupado ($SC \cdot 100 / ST$) por distintos tipos de recintos (Tabla 1). La energía invertida en cada sitio ha sido estimada considerando la superficie construida intramuros (SC) en m², ponderando el trabajo que demandó el emplazamiento de las estructuras, los tipos de paramentos utilizados, el aparejo, el trabajo de los materiales y el acabado de superficie interior y fachadas (Tabla 2).²

Tabla 1. Índices arquitectónicos por sitio.

Table 1. Architectonic indexes, by site.

Sitio	N° estructuras	Superficie construida (m ²)	Superficie acumulada plazas (m ²)	Superficie (ha)	Densidad edilicia	Factor de ocupación de suelo (%)	Factor de ocupación de suelo espacios públicos (%)
Ramaditas	83	2369,5	1148,0	9,23	9,00	2,56	48,45
Guatacondo	177	4215,1	1838,0	0,78	227,00	53,91	43,61
Pircas	562	6594,1	2058,0	89,89	6,25	0,73	31,21
Caserones	646	15996,2	3415,0	3,75	172,27	42,65	21,35

Tabla 2. Características de los paramentos por sitio.

Table 2. Wall features, by site.

Sitio	Hilada						Aparejo						Materiales			Ancho muro		
	Simple	Doble	Doble/relleno	Doble/simple	N/O	Total	Rústico	Revestido	Rústico/sedimentario	Sedimentario	N/O	Total	Piedra	Mortero	Otros	Mín. (m)	Máx. (m)	
Ramaditas	n	14	34	6	4	25	83	1		7	2	73	83	x	x	x	0,12	0,6
	%	16,86	40,96	7,22	4,81	30,12	100,00	1,20		8,43	2,40	87,95	100,00					
Guatacondo	n	41	12		7	117	177			2	175	177	x	x	x	0,12	1,1	
	%	23,16	6,77		3,95	66,10	100,00			1,12	98,87	100,00						
Pircas	n	233	59	27	4	239	562	128			434	562	x	x	x	0,1	1,38	
	%	41,45	10,49	4,80	0,71	42,52	100,00	22,77			77,22	100,00						
Caserones	n	245	30	226		135	636	124	94		159	259	636	x	x	x	0,07	1,57
	%	38,50	4,70	35,50		21,20	100,00	19,50	14,70		25,00	40,70	100,00					



Figura 1. Región de Tarapacá con los principales sitios Formativos mencionados en el texto.

Figure 1. Tarapacá Region showing the main Formative sites mentioned in the text.

Quebrada de Guatacondo

Ramaditas

El sitio Ramaditas se ubica a 1115 msnm y 150 m al norte de la quebrada de Guatacondo. Ha sido estudiado intensivamente por Rivera y su equipo desde el año 1990 (Rivera et al. 1995-1996; Graffam et al. 1996; Rivera 2005), los cuales la describen como una aldea de tres hectáreas compuesta por tres conjuntos arquitectónicos –un montículo, estructuras domésticas individuales y una importante área dedicada a campos de cultivo–, asociados con el acceso a cursos de agua y aprovechamiento de obras hidráulicas, como queda representado en las inmediaciones del yacimiento (Rivera et al. 1995-1996: 220-222). El sitio (UTM 7.675.673 N; 462.024 E, figs. 2a y b) se ubica en las proximidades de un extenso sistema agrohidráulico al norte del curso inferior de la quebrada de Guatacondo, ocho kilómetros al suroeste de las minas de cobre del cerro Challacollo (Graffam et al. 1996). Se encuentra a menos de una jornada de camino a pie de otros asentamientos formativos de la quebrada, como G-VII y G-I (12 km) (Mostny 1980), por lo cual documenta una secuencia ocupacional con grados de sincronía aún poco establecidos por las dataciones absolutas publicadas (Tartaglia 1980; Rivera 2005).

Según nuestros registros, el asentamiento se compone de 83 estructuras organizadas en tres grandes conglomerados, asimilables a los conjuntos antes descritos por Rivera y colaboradores (1995-1996) y Martindale (2005), un montículo con estructuras, conglomerados menores y estructuras dispersas. Todas ellas delimitan un perímetro cuya superficie alcanza las 9,23 ha con una bajísima densidad edilicia de nueve estructuras por hectárea de terreno. La superficie construida intramuros es de 2369,5 m², de tal manera que el Factor de Ocupación de Suelo alcanza un 2,6% de superficie destinada a construcciones (Tabla 1).

Nuestro registro identifica en términos formales que las estructuras de muros curvos son efectivamente predominantes, con un 62,6% de representatividad, y dentro de estas dominan las plantas ovales con una frecuencia cercana al 29%, seguidas por aquellas de forma circular con el 16,86% (Tabla 3). Las plantas irregulares poseen un 33,7% de presencia, usualmente configurando espacios entre recintos, vestíbulos o vías de circulación cuyas formas pueden ser compuestas o poligonales. Destaca la relativa ausencia de plantas con ángulos rectos (rectangulares, cuadrangulares), las cuales solo alcanzan una mínima representación estadística, bajo el 4%.

Los tamaños registrados oscilan entre 1,5 m² y 489,5 m², ubicándose un 60,24% en el segundo y tercer

rango de tamaño (5-20,1 m²), mientras un 15,7% en el primer rango (0-5,1 m²). Es significativa la ocurrencia de estructuras (8,4%) en el rango de plantas con superficies mayores a 60,1 m² (Tabla 4). De acuerdo a esta información, Ramaditas constituye un asentamiento internamente disperso, más bien segmentado, el cual demuestra un amplio espectro funcional coherente con lo planteado en investigaciones previas. Posee un carácter eminentemente doméstico de patrón oval y circular –donde debieron ocurrir funciones de bodega, dormitorio, cocina y patios como áreas de actividad diaria– y en torno a espacios mayores de congregación de las unidades domésticas, como plazas o patios comunales (E.1, 22, 54). Los espacios domésticos, considerando su ubicación en el segundo y tercer rango de tamaño, debieran ascender a 49 o 50 unidades dentro del asentamiento. También debieron existir espacios de almacenaje y basurales, quizás amparados junto a los muros, al interior y exterior de los conglomerados principales.

Los paramentos entregan relevante información sobre elementos constructivos de Ramaditas (Tabla 2), los cuales se agregan a los previamente descritos por Martindale (2005: 146-147). En primer lugar, del total de paramentos registrados (N=83) se detectaron mayoritariamente muros dobles, dobles con relleno o que presentan en alguna sección del muro estas características (52,9%) y una baja frecuencia de muros simples, con un 16,86% de representación. La piedra, los adobes irregulares de barro y el mortero de barro utilizado con mayor o menor cantidad de inclusiones han sido los elementos principales de la arquitectura de Ramaditas. Aunque gran parte del sitio combina estos elementos, un 18,1% de las estructuras han sido edificadas exclusivamente en piedra y corresponden a aquellas dispersas en torno al conglomerado 1 y 2. Los aparejos solo pudieron ser evaluados en aquellos recintos excavados por Rivera y su equipo (1995-1996) en una proporción cercana al 12% del total, dentro de lo cual se constata un 10,8% de muros con hiladas de adobes de barro y/o guijarros dispuestos horizontalmente o de forma sedimentaria.

Los paramentos por el interior presentan revestimiento del tipo enlucido de barro, aplicado en estado húmedo como queda demostrado en la impronta de diversas figuras decorativas u ornamentales en el conglomerado 1. Un grabado antropomorfo y zoomorfo sobre un pilar fundacional ha sido registrado en la estructura 17, próxima al conglomerado 2. En ciertas estructuras excavadas también se documentó el uso de grandes bloques o pilares verticales de piedra en doble hilera, a modo de fundaciones; aunque esta técnica no fue utilizada en estructuras circulares de menor tamaño (p. ej., conglomerado 2, estructuras 26 y 27, en Martindale

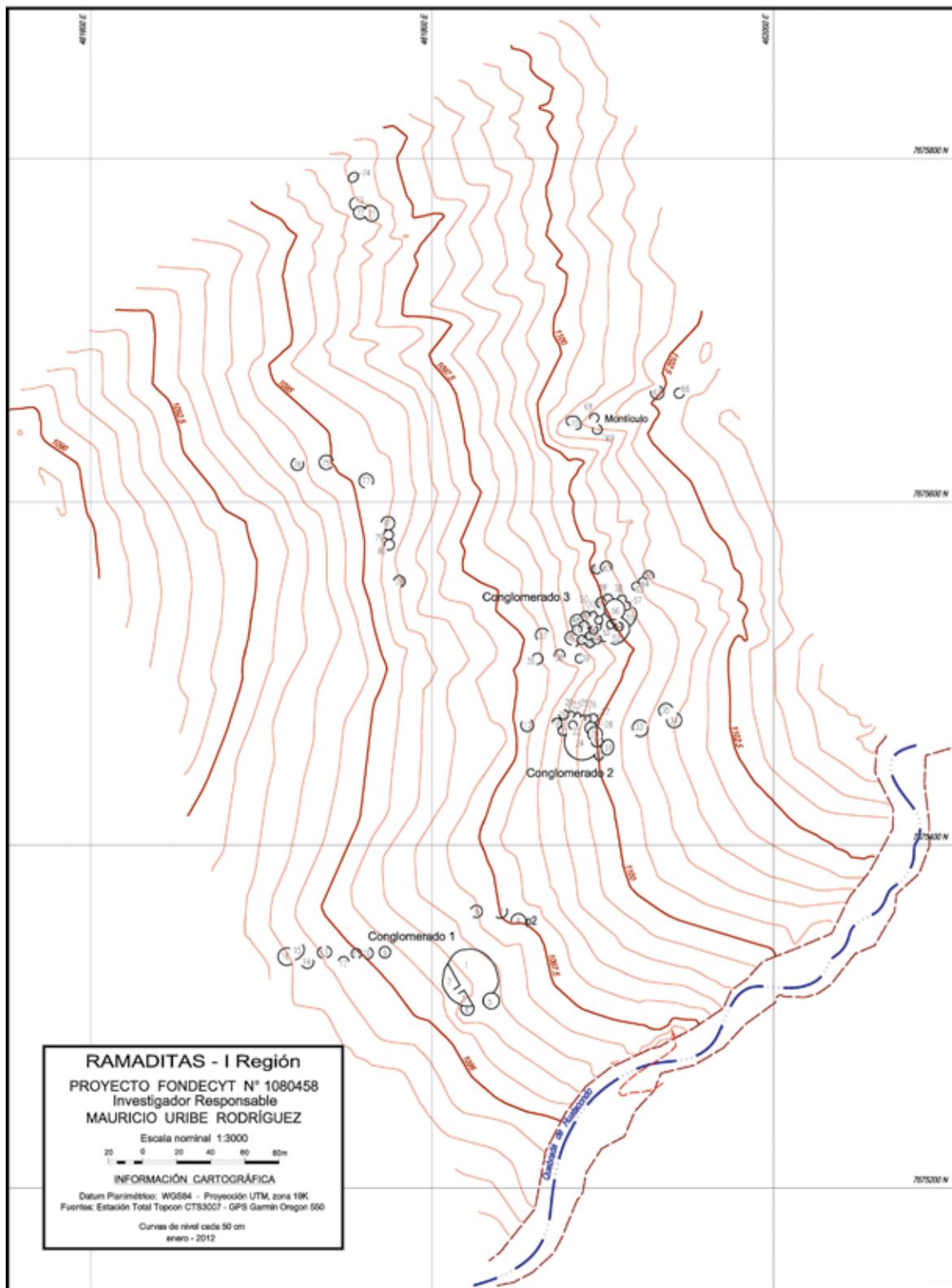


Figura 2a. Levantamiento topográfico aldea de Ramaditas.
Figure 2a. Topographic map of the village of Ramaditas.

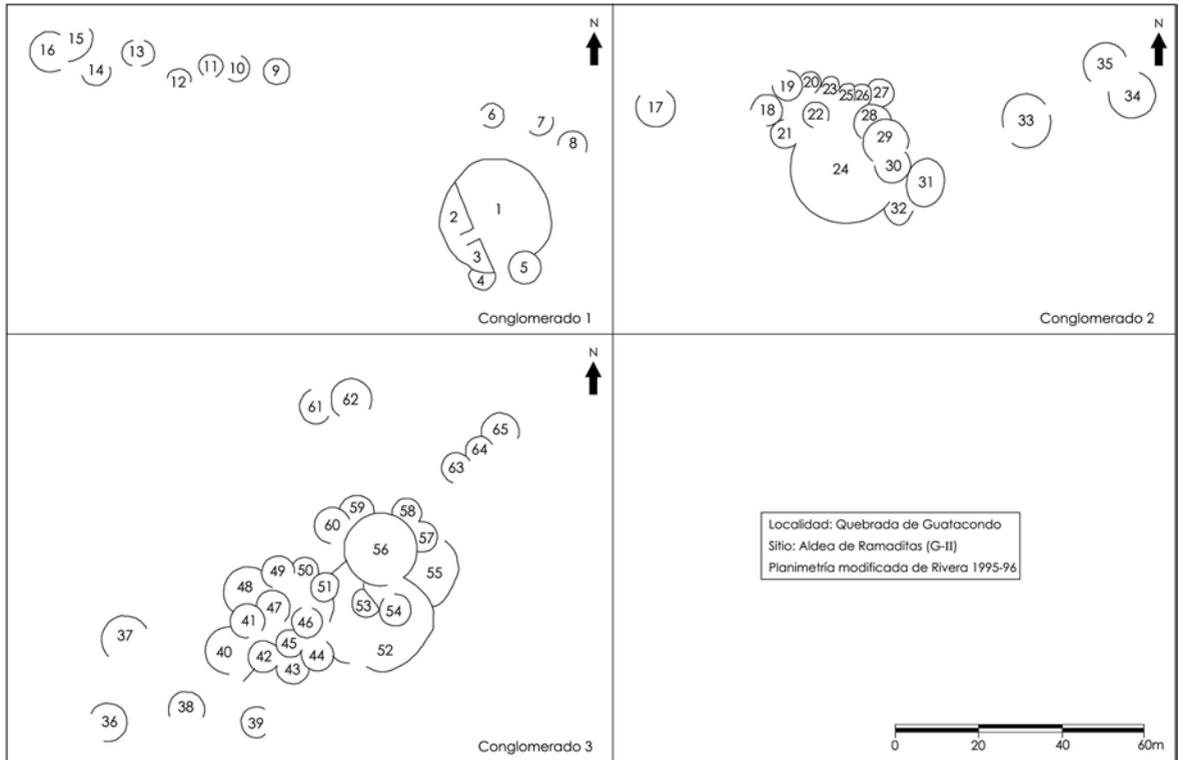


Figura 2b. Planimetría conglomerados 1, 2 y 3, aldea de Ramaditas.
 Figure 2b. Planimetric map of conglomerates 1, 2 and 3, Ramaditas village.

Tabla 3. Distribución de forma de planta por sitio.
 Table 3. Distribution of footprint shape, by site.

Sitio	Forma recintos	Rectangular	Subrectangular	Cuadrangular	Subcuadrangular	Circular	Subcircular	Elipsoidal	Ovoidal	Trapezoidal	Triangular	Irregular	N/O	Total
Ramaditas	n		2	1		14	9	5	24			28		83
	%		2,40	1,20		16,86	10,84	6,02	28,91			33,73		100
Guatacondo	n	1	9	1	6	17	20		21			98	4	177
	%	0,56	5,08	0,56	3,38	9,60	11,29		11,86			55,36	2,25	100
Pircas	n	26	6	12	2	122	57	173	10	7		145	2	562
	%	4,62	1,06	2,13	0,35	21,70	10,14	30,78	1,77	1,24		25,80	0,35	100
Caserones	n	379	76	84	5	21	9		9	4	2	53	3	645
	%	58,75	11,78	13,02	0,77	3,25	1,39		1,39	0,62	0,31	8,21	0,05	100

2005: 147). En los muros expuestos pudo registrarse también un 13,3% aplomado y medidas máximas de ancho en 0,6 m y de altura en 2,2 m; este último registro tomando en cuenta la sección semisubterránea.

De los 76 vanos registrados, se aprecia una oscilación entre estructuras con cinco accesos (E.1) y un gran número con acceso único (48,2%, N=40). También se documentaron pasillos de acceso, ventanas e improntas

Tabla 4. Distribución de rangos de tamaño por sitio.
 Table 4. Distribution of size ranges, by site.

Sitio	Rangos de tamaño	Hasta 5 m ²	5,1–10 m ²	10,1–20 m ²	20,1–40 m ²	40,1–60 m ²	más de 60 m ²	n/o	Total
Ramaditas	n	13	22	28	9	4	7		83
	%	15,66	26,51	33,73	10,84	4,82	8,43		100,00
Guatacondo	n	30	54	57	26	3	3	4	177
	%	16,95	30,51	32,20	14,69	1,69	1,69	2,26	100,00
Pircas	n	338	90	76	32	12	14		562
	%	60,14	16,01	13,52	5,69	2,14	2,49		100,00
Caserones	n	160	141	142	94	54	46	9	646
	%	24,77	21,83	21,98	14,55	8,36	7,12	1,39	100,00

de apoyo de vigas sobre los cabezales de los muros. Los elementos mejor representados en los vanos son las jambas, aunque también fueron registrados alféizares, en ciertos casos a modo de escalinatas, y dinteles compuestos de ramas paralelas, como ocurre con una ventana en la estructura 17. Es significativo el hecho de que no se encuentren dinteles en puertas y accesos a las estructuras (Martindale 2005).

Guatacondo I o Aldea de Guatacondo

La aldea Guatacondo-I se ubica a 1379 msnm, 300 m al sur de la quebrada homónima. Se emplaza junto a un curso inactivo, que se origina en la quebrada principal. La aldea de Guatacondo se encuentra sometida a intensos procesos de deflación y erosión eólica, debido a lo cual hemos registrado un total de 177 estructuras y no 183, como consigna Meighan en 1980. El sitio (UTM 7.678.869 N; 470.113 E, figs. 3a y b) conforma un asentamiento aglutinado con arquitectura pública de 0,78 ha de superficie total, lo cual indica una densidad edilicia de 227 estructuras por hectárea de terreno, la más alta de los cuatro sitios analizados. La superficie calculada intramuros es de 4215,1 m², de tal manera que las estructuras ocupan más de la mitad del área interna de la aldea (FOS: 53,9%, Tabla 1).

A nivel general, el registro de las formas de plantas expuesto en la Tabla 3 indica el predominio de recintos de muros curvos (circulares, subcirculares y ovales) con el 32,75% de representación. Estructuras de planta irregular, cuya definición se dificulta por la presencia de

acumulaciones de arena junto a los muros, constituyen más del 55% de la muestra a lo que se suma un 2,3% de estructuras sin información confiable. Se observa en Guatacondo una presencia menor de estructuras con muros formando ángulos, bajo el 10%, con preponderancia de plantas subrectangulares (5,1%, Tabla 3).

Los tamaños oscilan entre 0,2 m² y 1838 m², concentrados en su mayoría (62,7%) en el segundo y tercer rango de tamaño (5–20,1 m²); mientras un 16,9% se ubica en el primer rango (0–5,1 m²) y de forma similar, con un 14,7%, edificios con tamaños entre 20,1 y 40 m². Destaca la escasa presencia de estructuras en el rango de mayor tamaño, sobre 60,1 m², solo con un 1,7% de representación (Tabla 4). En consecuencia, en la aldea de Guatacondo vemos representado un espectro morfofuncional amplio, eminentemente doméstico de patrón circular y oval, nucleado en torno a una plaza central. Funcionalmente, se identifican espacios tipo bodega o depósitos, los cuales –junto a los pozos cavados– sugieren una importante capacidad de almacenaje del asentamiento; capacidad que se ve reflejada en los numerosos espacios de dormitorio, cocina y, probablemente, patios en torno a los cuales se organizan las viviendas. Respecto de las habitaciones, las que Meighan (1980) ubica acertadamente en el rango 4–20 m², representarían aproximadamente 110 unidades del total (N=177). Considerando la baja ocurrencia de espacios de grandes dimensiones, utilizados evidentemente para la congregación de las unidades domésticas, es probable que el sitio no tenga una orientación ganadera como otros contemporáneos de tierras altas o más tardíos, como Caserones (Adán

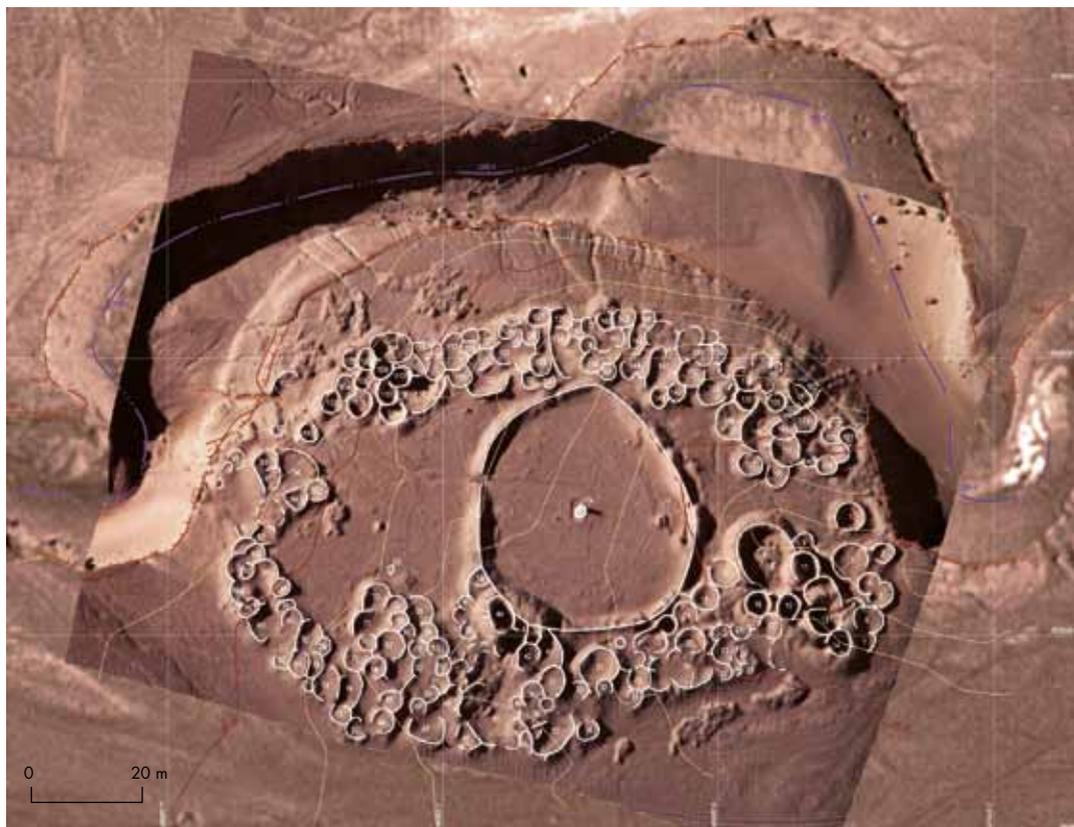


Figura 3a. Levantamiento topográfico de Guatacondo. Escala nominal 1:750.
 Figure 3a. Topographic view of Guatacondo. Nominal scale 1:750.

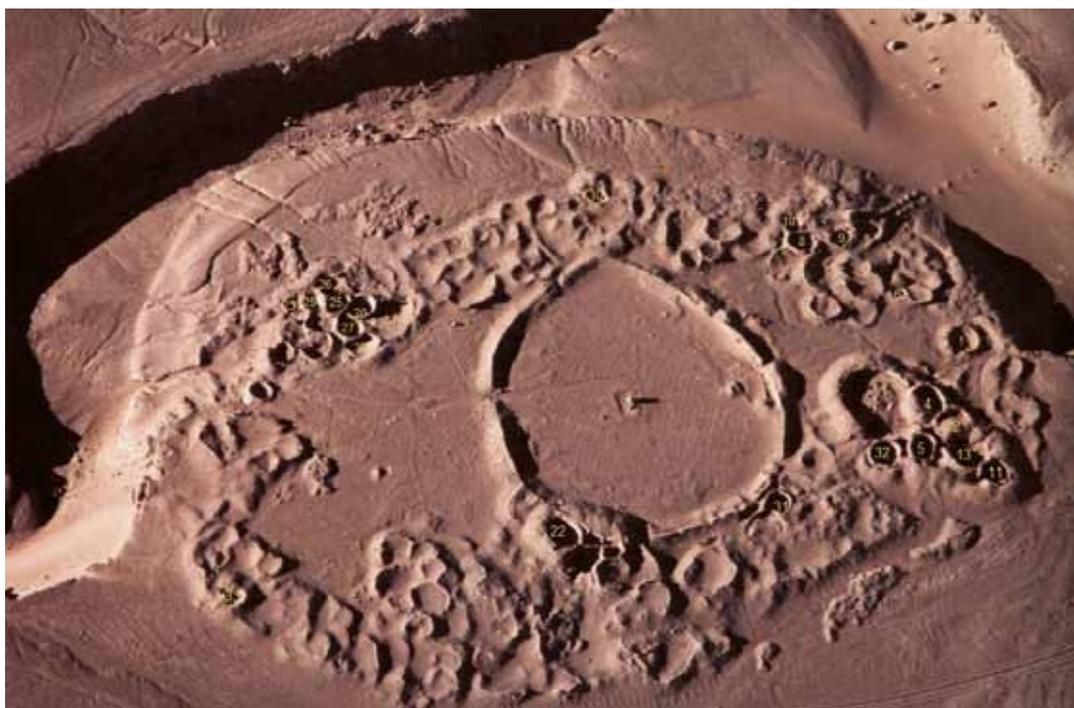


Figura 3b. Fotografía aérea aldea de Guatacondo y recintos excavados por Grete Mostny en 1970 (Anónimo, antes de 1970).
 Figure 3b. Aerial photograph of the village of Guatacondo with sites excavated by Grete Mostny in 1970 (Anonymous, pre-1970).

et al. 2007). Espacios entre recintos, vías de circulación o espacios muertos producto del crecimiento de los conglomerados, también son evidentes en la presencia de espacios irregulares de diversos tamaños (55,4%).

La información superficial que registramos en los paramentos indica el predominio de muros simples (23,2%) y, en una baja frecuencia, muros dobles y dobles con relleno con un 10,7%. La baja visibilidad de los paramentos debido al relleno eólico de arena hace suponer que esta última proporción puede aumentar hacia las secciones inferiores de los muros. Respecto de los aparejos no es posible entregar información confiable por la misma razón, aunque en la plaza (E. 174) se aprecian paños sedimentarios y rústicos vinculados al tipo de factura de los adobones. La oscilación de los anchos de los muros se da entre 0,1 y 1,1 m (Tabla 2). Difícil definición presenta el registro de vanos dentro de la aldea, no obstante en el caso de la plaza central se registran cuatro accesos –sin elementos como jambas–, cuyos anchos oscilan entre 0,6 y 1,3 m, mientras sus

orientaciones lo hacen entre 92° E, 133° SE, 167° SE y 290° NW.

Al integrar la información provista por las excavaciones previas, los paramentos de adobe presentan alturas que oscilan entre 2,2 y 2,9 m y un ancho entre 0,2 y 1 m, mientras las techumbres habrían sido elaboradas mediante un sistema de postación interior para el apoyo de vigas cubiertas con ramadas y, sobre ellas, una capa de barro fino (Meighan 1980: 102). En su base, los muros poseen grandes pilares de piedra dispuestos en intervalos y en ciertos casos bloques más pequeños dispuestos en las hiladas superiores, inclusive morteros reutilizados en los paramentos. Complementariamente, las excavaciones efectuadas en los sectores NW, NE y SE del asentamiento (Mostny 1980; Meighan 1980: Mapa 1:100), expusieron ciertas diferencias en el espesor de los muros y la cantidad de postes al interior de las viviendas, entre otras. Por ejemplo, el conglomerado en torno a la estructura 7 (SE) presenta mayor cantidad de muros dobles que aquel en torno a la estructura 25



Figura 4a. Pircas: vista conglomerado en torno a estructura 184 (patio).
Figure 4a. Pircas: conglomerate view around structure 184 (patio).



Figura 4b. Pircas: vista registro arquitectónico de conglomerado desde la estructura 193.
Figure 4b. Pircas: architectural register of conglomerate from structure 193.



Figura 4c. Pircas: vista conglomerado en torno a estructura 207 (patio).
Figure 4c. Pircas: conglomerate view around structure 207 (patio).

(NW); mientras en el sector NE los adobes son esféricos, probablemente moldeados con la mano, en el sector SE poseen forma rectangular de tamaños regulares. Al despejar completamente los pisos se pudo constatar en los sectores SE y NE que las habitaciones circulares poseían pisos interiores hundidos o semisubterráneos, fosos cavados en el calcáreo a modo de silos, cimientos de piedra (pilares) y sobre ellos adobes o, en menor medida, piedras más pequeñas en hiladas sedimentarias, postes de madera en las puertas a modo de jambas, en el centro y diametralmente opuestos, empleados para el soporte de la techumbre, posiblemente cónico y de totora (Mostny 1970, 1980). La estructura 12 es la única que posee una decena de pozos cavados en el piso, utilizados como silos o bodegas, y en sus paramentos muestra en el enlucido un rostro humano modelado similar a los de Ramaditas. También se aprecian improntas de manos y dedos sobre el revestimiento fresco que cubre los muros en ciertos sectores.

Quebrada de Tarapacá

Campamento de Pircas

Según el primer estudio efectuado, el sector más aglutinado del sitio Pircas (1230 msnm) se compone de un total de 56 conjuntos arqueológicos (Núñez 1982, 1984) donde sería posible apreciar estructuras habitacionales y de servicio, cementerios acotados, áreas ceremoniales delimitadas por muros periféricos, zonas de fosos de ofrendas en las proximidades a las estructuras habitacionales y en espacios abiertos, así como geoglifos elaborados como círculos de piedras con promontorio central, líneas paralelas, aserradas, líneas y círculos simples.

De manera más amplia, el asentamiento de Pircas (UTM 7.791.543 N; 441.170 E, figs. 4a, b y c) posee un patrón disperso de notable extensión. Nuestro registro arquitectónico fue realizado por transectas N-S, definiendo un polígono de alrededor de 90 ha donde se registran cientos de estructuras de distintas características, por lo cual es evidente la existencia de más de un componente arquitectónico en el lugar. Otro elemento notable es la intervisibilidad que se logra en el borde sur de Pircas con la aldea de Caserones, especialmente donde se concentran sus conglomerados más importantes (Núñez 1984: 168-169, figs. 1 y 2).

Considerando lo anterior, hemos identificado un total de 562 estructuras de piedra distribuidas sobre 89,89 ha, lo cual redundaría en una alta dispersión del asentamiento con 6,3 estructuras por ha, la más baja de los sitios analizados. La inversión de trabajo calculada mediante la suma de las superficies interiores arroja un total de

6594 m², de tal manera que el índice FOS señala que un 0,7% de la superficie total del asentamiento ha sido destinada a recintos (Tabla 1).

Las estructuras de Pircas, en general, se presentan de manera aislada y en conglomerados con subdivisiones internas, además de aquellas que corresponden a los llamados “geoglifos”, alineamientos perimetrales a otras estructuras, amontonamientos de piedras, parapetos semicirculares aislados o adosados a bloques mayores y, por último, depresiones con hileras laterales tapadas por relleno eólico de arena.

La distribución de las formas de planta (Tabla 3) indica el predominio de aquellas de muros curvos con un 64,4% de representación y especialmente de estructuras elipsoidales (30,8%) y circulares (21,7%). A continuación se registran estructuras de forma irregular con un 25,8%, usualmente de difícil definición por el estado de conservación en el que se encuentran o el relleno de arena que las cubre. Por último, y en una baja frecuencia, se encuentran los espacios de factura rectangular, cuadrangular y sus derivados, los cuales alcanzan un 8,2% del total, con predominio de aquellas rectangulares, cuya frecuencia no supera el 5%.

La clasificación de los tamaños (Tabla 4) permite apreciar una significativa presencia de pequeñas estructuras de menos de 5 m², las cuales alcanzan una frecuencia de 60,1%, posiblemente sobrerrepresentada por la presencia de varias ocupaciones transitorias de diversos períodos en el lugar. Las estructuras ubicadas en el rango de espacios domésticos o asociados a estos, entre 5,1 y 20 m², alcanzan un 29,5%. A continuación se encuentra un pequeño conjunto de estructuras medianas y grandes (20,1-60 m²) que pudieron servir de espacios habitacionales, patios o corrales. Finalmente, un 2,5% de espacios muy grandes identificados como recintos de uso comunal o público, alineamientos perimetrales y geoglifos. Tomando en cuenta el tramo más confiable para espacios domésticos, usualmente ubicado entre 5,1 y 20 m², es posible estimar un total de 166 viviendas, las cuales evidentemente podrían ser más si se consideran aquellas destinadas a residencias o pernocte transitorio a modo de refugios (*sensu* Niemeyer & Rivera 1983), ubicadas en el tramo bajo los 5 m².

La información obtenida del registro de paramentos (Tabla 2) indica el predominio de hileras simples de piedra en un 41,5% de los casos, seguido de muros dobles y dobles con relleno que en conjunto totalizan un 15,3%. Los aparejos han sido elaborados normalmente de forma rústica, aunque solo se pudo registrar este elemento de diseño en un 22,8% de las estructuras. Las excavaciones practicadas por Núñez (1984) y nuestro equipo detectaron el uso de fundaciones a modo de pilares o

grandes bloques de piedra dispuestos horizontalmente. El uso de mortero solo se observa en ciertos recintos, no obstante lo común es percibir el relleno de los muros dobles, saliendo entre los bloques de piedra de mayor tamaño. El ancho máximo registrado en los muros es 1,38 m, mientras el alto máximo es de 0,8 m. Los vanos registrados son difíciles de definir si no ocurren excavaciones sistemáticas futuras. No obstante, de acuerdo a la presencia de jambas pudieron ser identificados ocho accesos, ubicados de forma individual como dos vanos en ciertas estructuras. Sus anchos varían entre 0,5 y 1,1 m y sus altos pueden alcanzar máximo 0,4 m.

Aldea de Caserones

Los estudios dirigidos por nuestro equipo a partir del año 2005 se han propuesto reevaluar la arquitectura del asentamiento (Núñez 1966, 1982), mediante una metodología que permita comparaciones con otros sitios del Período Formativo. De acuerdo a nuestros primeros resultados describimos la aldea de Caserones (UTM 7.790.970 N;

441.400 E, figs. 5a y b), ubicada a 1290 msnm, como un conjunto edificado compuesto de 636 estructuras sobre una superficie de 37500 m², lo que señalaba un patrón aglomerado de 170 recintos por hectárea (Adán et al. 2007). La excavación de diversos recintos como la evaluación de las diversas vías de circulación que el sitio presenta ha aumentado el número total de estructuras a 645 (Pellegrino 2011), por lo cual la densidad edilicia se elevaría sobre 172,3 estructuras por ha. La superficie acumulada entre todas las estructuras indica que la inversión de trabajo ascendió hasta 15.996 m², por lo cual la ocupación efectiva de la superficie de la aldea ha ocurrido en un porcentaje cercano a 43% (Tabla 1).

En términos estrictos, el asentamiento está formado por tres macrosectores o grandes conglomerados que se van aglutinando por muros contiguos o colindantes. En el extremo NE, separado por una vía de circulación, se define un conjunto compuesto por los recintos 1 al 83, y el segundo, por los recintos 84 al 179. Un tercer conglomerado es el que se localiza hacia el W del sitio definido por un sector central sumamente aglutinado

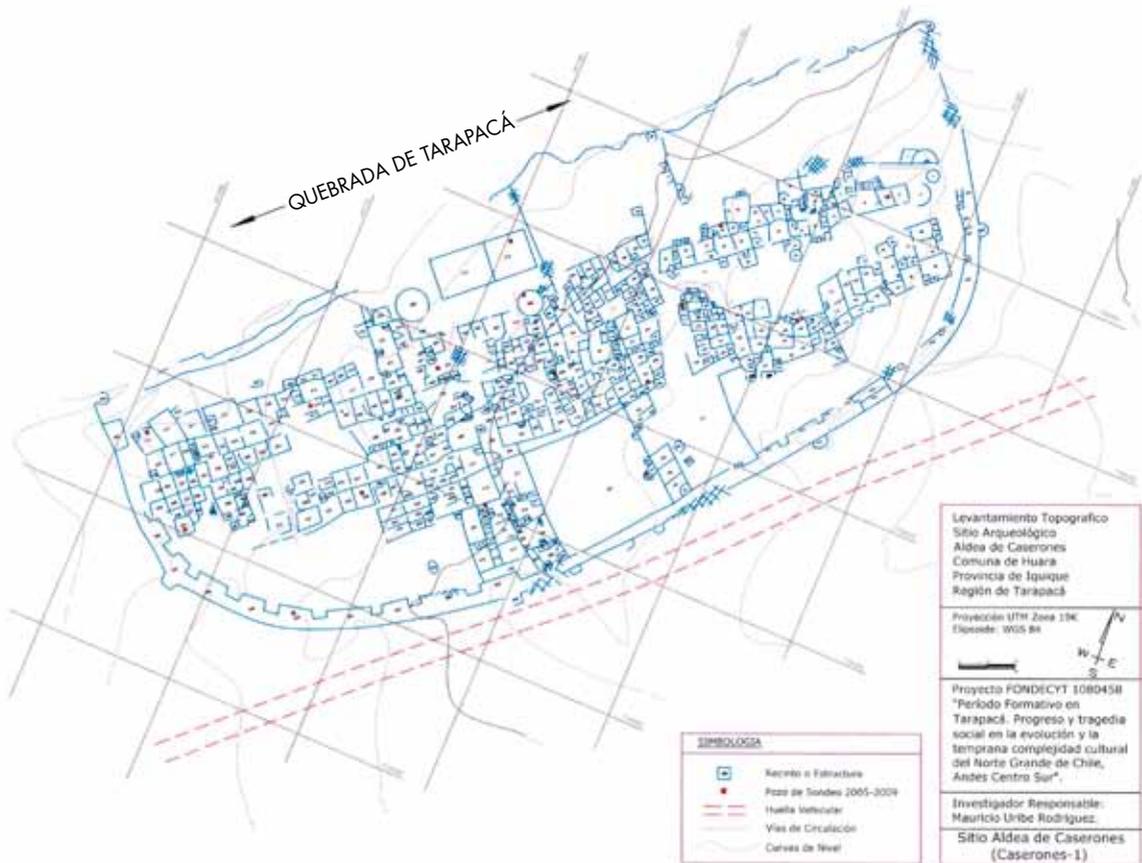


Figura 5a. Levantamiento topográfico aldea de Caserones.
 Figure 5a. Topographic map of Caserones village.

PLAZAS Y MURO PERIMETRAL

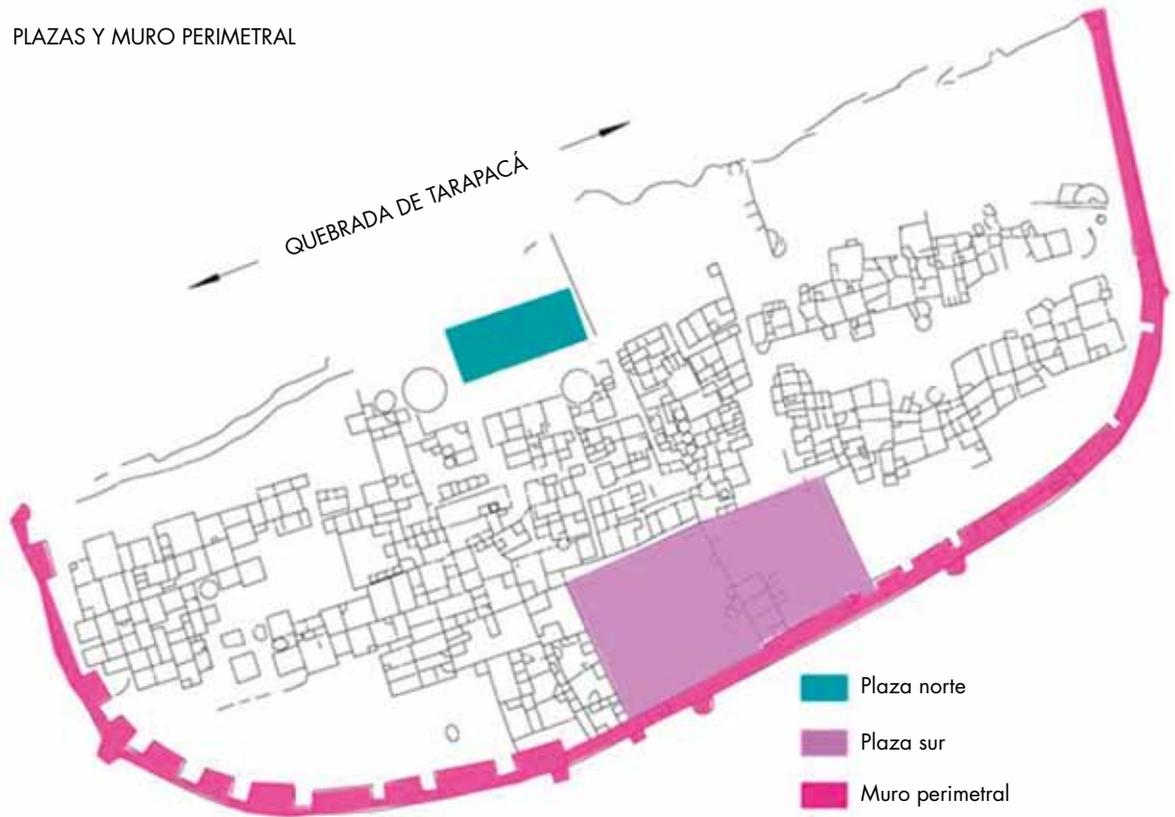


Figura 5b. Planimetría con plazas y muro perimetral de Caserones (Pellegrino 2011).

Figure 5b. Planimetric map of Caserones, with plazas and perimeter wall (Pellegrino 2011).

conformado por los recintos 180 al 351; un sector contiguo, con una disposición más longitudinal al sitio, entre los recintos 354 y 504 y, por último, un sector organizado luego de una formación de túmulos, recintos 511 al 593, el cual se proyecta hasta empalmar con el muro perimetral (Adán et al. 2007). Para efectos del presente trabajo hemos propuesto una división más detallada de tales grandes conglomerados, mediante el registro de las trabas y apoyos entre muros con el objeto de evaluar la inversión de trabajo implicada en al menos siete conglomerados menores (fig. 6, ver también más adelante Tabla 9).

A nivel global, las formas de planta dominantes son la rectangular, subrectangular y cuadrangular, presentando un 84,6% de frecuencia acumulada. Le siguen las plantas irregulares, con un 8,2% de ocurrencia, y tan solo con un 6%, estructuras de planta circular o de muros curvos, las cuales pese a su escasa frecuencia son interesantes por su clara definición y diferencia con el conjunto en general (Tabla 3). Respecto de los tamaños (Tabla 4), el registro acusa una importante variabilidad: la mayor cantidad de recintos presenta dimensiones entre 5,1 y 20 m² con un 43,8%, seguido por recintos menores a 5 m², cuya

frecuencia alcanza el 24,8% del total. Entre 20 y 40 m² se agrupan 148 estructuras que constituyen un 22,9% de la muestra, al igual como ocurre con aquellos de más de 40 m², que representan el 7,1% del asentamiento. La comparación de los tres principales conglomerados de la aldea señala una importante uniformidad funcional en la configuración final del asentamiento (Adán et al. 2007). Considerando la frecuencia de estructuras entre 5,1 y 20 m², se infiere un mínimo de unidades habitacionales cercano a 283 estructuras.

Los paramentos se construyeron en bloques de caliche o anhidrita (Tabla 2), con inclusiones ocasionales de bloques seleccionados de andesita y basalto en la sección inferior de muros, a modo de fundaciones (E.37 y 344). Un dato interesante es la presencia de grandes piedras como pilares estructurales, así como una profusa utilización de postes de madera configurando parte integral de los muros, rasgo presente en los diversos conjuntos de la aldea (p. ej., E.6, 114, 288 y 598). Se observan muros simples (37,9%), dobles y dobles con rellenos que alcanzan una proporción algo mayor de 40,2%. Entre estos últimos dominan los muros dobles con relleno (39,9%), indicación de una mayor inversión

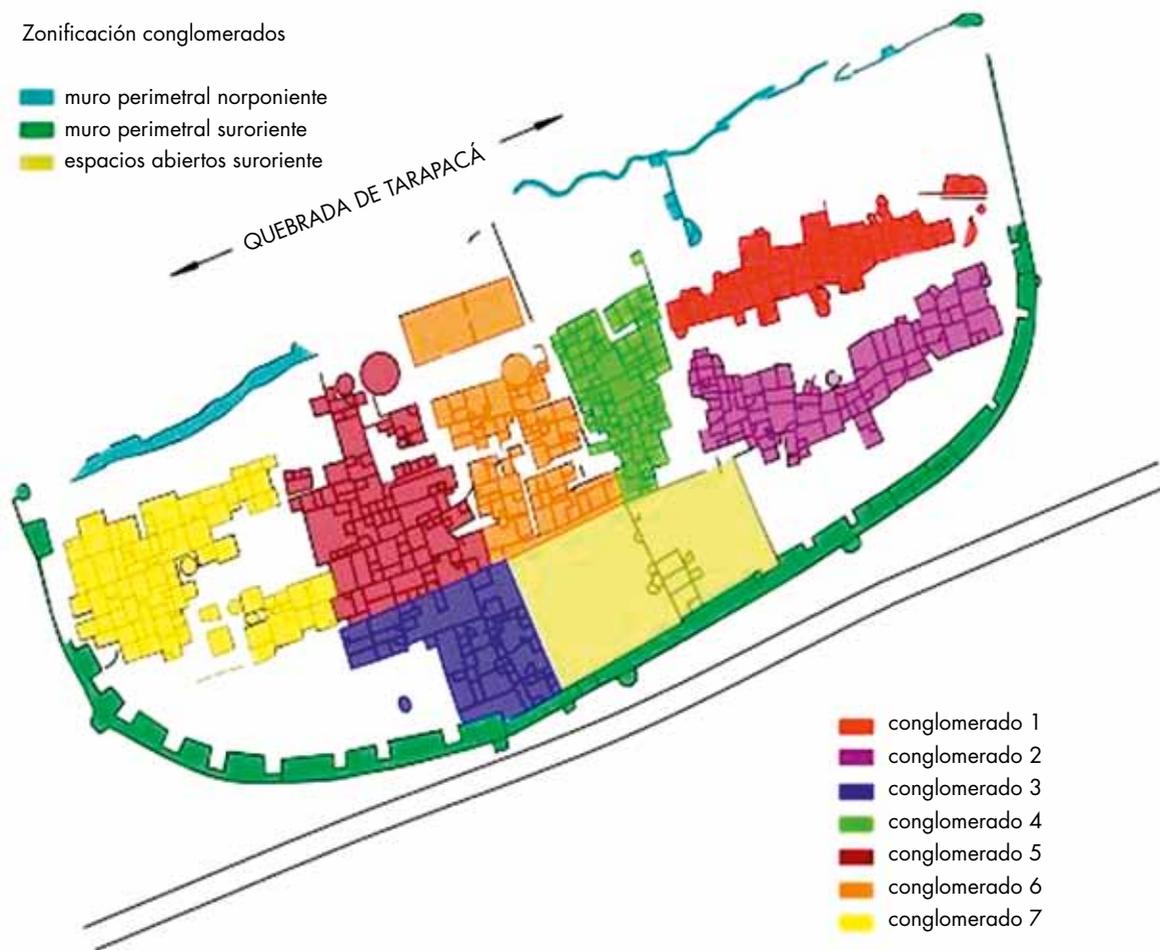


Figura 6. Propuesta de sectorización superficial de los conglomerados de Caserones (Pellegrino 2011).
 Figure 6. Proposed sectors of Caserones conglomerates (Pellegrino 2011).

de energía en la edificación de ciertos recintos. Sobre el aparejo, ellos tienden a ser sedimentarios (24,6%) y rústicos (19,2%) en frecuencias cercanas, con una importante ocurrencia de muros con revoque de barro o revestidos (14,5%), característica que podría ser aun mayor considerando las condiciones de conservación que afectan este rasgo. El ancho de los muros oscila entre 0,1 y 1,6 m, en tanto que las alturas señalan un máximo de 1,98 m. El registro de vanos, solo considerando como seguros aquellos que presentan elementos como jambas, alféizares y dinteles, elevan el número de unidades a 112, entre las que se cuentan accesos, ventanas, hornacinas y posiblemente hoyos de postes perpendiculares a los muros, los cuales distorsionan la muestra general.

DISCUSIÓN

Sobre los tipos de unidades domésticas

Un primer aspecto que nos interesa destacar es la edificación de tipos preferentes de unidades domésticas en los sitios, donde los inmuebles y los espacios de la vida cotidiana conforman un escenario de experimentaciones ambiciosas y altamente visibles. Los espacios, interiores, fachadas y las techumbres son enriquecidos inclusive con decoraciones en paredes y postes en el caso de Ramaditas y Guatacondo. Junto con la extracción, el uso y el modelamiento del barro, ocurre la extracción masiva y desbaste de costras salinas como la anhidrita o caliche en Caserones y mínimamente en Pircas (sector nuclear). La selección de materiales constructivos por tamaño, color, durabilidad y propiedades térmicas, es

especialmente importante en los guijarros y pilares fundacionales monolíticas en Pircas; de igual modo que en la extracción de anhidrita (caliche) o en la selección de maderas para postes y/o soportes estructurales de muros y techumbres.

En este aspecto, las innovaciones arquitectónicas referidas distinguen a Ramaditas y Pircas, donde los complejos residenciales parecen sostener una disputa reforzada por una cuidada distancia entre sí. Los agregados familiares en estos asentamientos mediante espacios domésticos pareados e interconectados –señal de cohabitación de familias extensas, pequeños clanes o segmentos de linajes, como usualmente los entendemos–, sugieren que los cambios en la estructura de parentesco responden no solo a un crecimiento demográfico o al sedentarismo.

La conformación de ambientes más protegidos ocurre no exenta de tensiones, puesto que se ha establecido un pacto político de vida gregaria. Las familias invierten en espacios domésticos sólidos, de gran volumen, trabajan cuidadosamente en el acabado y enlucido de los muros, urden techumbres que requieren postación interna y periférica, cantidades enormes de vegetales y amarras, vigas, etc. En Pircas esta situación se percibe en la disposición de enormes hiladas de pilares de piedra en conglomerados de esquinas curvadas (Núñez 1982), lo cual sugiere un intenso diálogo y competencia en el vecindario, el cual considera también una restauración del pasado “Arcaico” mediante el uso de prácticas constructivas en piedra. Dichos elementos constructivos y de diseño, propios de la tradición temprana (Adán & Urbina 2007), continúan por siglos siendo utilizados en otros asentamientos de la región. En esta medida, haciendo referencia, o no, al pasado y al presente, la arquitectura doméstica aglutinada vincula, iguala o distingue a las familias a nivel intrasitio e intersitio.

Estas consideraciones pueden ser discutidas cruzando la información de tamaño y forma proveniente del registro de planta. Tomando en cuenta los antecedentes arcaicos que presenta la quebrada de Tarapacá, vemos primero en Pircas una clara manifestación de los patrones constructivos conocidos para esta época, presentes tanto en la costa desértica como en las tierras altas circumpuneñas (Adán & Urbina 2007; Urbina et al. 2011, 2012). De acuerdo a la distribución de formas según rangos de tamaño (Tabla 5), observamos un patrón constante de planta, principalmente, elipsoidal (1249 m² construidos) y circular (937 m² construidos) para estructuras bajo los 5 m². En aquellas que probablemente fueron utilizadas como viviendas (5,1 a 20 m²) predominan las construcciones elipsoidales (N=67) por sobre las circulares (N=19). Es probable que exista un tipo de unidad

doméstica de planta rectangular representada en menor medida (N=11) y en una cantidad significativa, plantas que no han podido ser adscritas a una forma definida (irregulares, entre 5,1 y 20 m²; N=45).

En Ramaditas –sitio que probablemente inaugura la tradición arquitectónica en barro en el ámbito oasis y quebradas de Tarapacá–, la preferencia por formas de muros curvos, circulares y ovoidales es más manifiesta que en Pircas, no obstante esta diferencia puede ser poco significativa debido a que las estructuras en general se hallan cubiertas de arena hasta sus cabezales. Además, en Ramaditas el uso de la piedra se restringe “conmemorativamente” a las fundaciones, con la típica configuración de pilares verticales empotrados en el suelo sobre el que se traban adobones de barro o guijarros en hiladas sedimentarias. Ambos sitios también comparten el uso de viviendas semisubterráneas de muros curvos. Espacios pequeños (menos de 5,1 m²) en Ramaditas utilizan preferentemente plantas subcirculares (46,2%) y ovoidales (23,1%) (Tabla 6). En el segundo y tercer rango (5,1 a 20 m²), hipotéticamente asociado a actividad residencial, observamos una tendencia similar con una mayoría de plantas ovoidales (N=16) y circulares (N=9), así como una pequeña cantidad de viviendas de planta elipsoidal (N=4) y subcircular (N=3). En los edificios de mayor tamaño se mantiene la presencia de este binomio oval-circular, al menos entre 40,1 y 60 m² y con predominancia del primer tipo de planta. En términos generales, el patrón circular acumula la principal cantidad de m² construidos (785 m²), mientras las plantas ovoidales (356 m²) y elipsoidales (200 m²) le siguen con cantidades menores.

La aldea de Guatacondo, la cual manifiesta clara relación con Ramaditas en cuanto al profuso manejo del barro y sus propiedades plásticas y estéticas, ejemplifica un patrón arquitectónico también apegado a los cánones circulares y ovoidales como consta en las superficies edificadas con estas formas (194 y 2109 m²) respectivamente. En el caso de pequeñas estructuras (menos de 5 m²) se han privilegiado plantas subcirculares en un 43,33% de los casos, usualmente para cerrar espacios entre dos estructuras de mayor tamaño. En el segundo y tercer rango (5,1-20 m²) plantas circulares y subcirculares dominan (N=22) frente a sus símiles de planta oval (N=12), no obstante, hacia los rangos de mayor tamaño, las estructuras ovoidales son dominantes (Tabla 7). La ocurrencia divergente de unidades espaciales de planta subrectangular es un rasgo que diferencia sutilmente a Guatacondo de Ramaditas; con un total edificado de 103 m² y con especial representación en el segundo rango de 5,1 a 10 m² en el que empata a las plantas circulares con un 11,1%, lo cual podría argumentarse

Tabla 5. Pircas: distribución de formas de planta según rangos de tamaño.

Table 5. Pircas: distribution of footprint shape by size ranges.

Pircas	0-5,1 m ²	%	5-10,1 m ²	%	10- 20,1 m ²	%	20- 40,1 m ²	%	40- 60,1 m ²	%	+ 60,1 m ²	%	Total	Superficie m ²
Rectangular	7	2,07	4	4,44	7	9,21	4	12,50			4	28,57	26	763,36
Subrectangular	2	0,59	1	1,11			1	3,13	2	16,67			6	128,73
Cuadrangular	5	1,48	2	2,22	1	1,32	1	3,13	2	16,67	1	7,14	12	349,12
Subcuadrangular	2	0,59											2	4,99
Circular	90	26,63	13	14,44	6	7,89	8	25,00	2	16,67	3	21,43	122	937,74
Subcircular	46	13,61	6	6,67	4	5,26	1	3,13					57	194,04
Elipsoidal	98	28,99	40	44,44	27	35,53	6	18,75	1	8,33	1	7,14	173	1249,72
Oval	4	1,18	4	4,44	2	2,63							10	59,79
Trapezoidal	3	0,89			4	5,26							7	54,32
Triangular														
Irregular	79	23,37	20	22,22	25	32,89	11	34,38	5	41,67	5	35,71	145	2852,27
n/o	2	0,59											2	
Total	338	100,00	90	100,00	76	100,00	32	100,00	12	100,00	14	100,00	562	
Superficie m ²	755,17		657,58		1056,03		917,34		592,32		2615,67			6594,13

Tabla 6. Ramaditas: distribución de formas de planta según rangos de tamaño.

Table 6. Ramaditas: distribution of footprint shapes by size ranges.

Ramaditas	0-5,1 m ²	%	5-10,1 m ²	%	10- 20,1 m ²	%	20- 40,1 m ²	%	40- 60,1 m ²	%	+ 60,1 m ²	%	Total	Superficie m ²
Rectangular														
Subrectangular			2	9,09									2	14,43
Cuadrangular	1	7,69											1	2,90
Subcuadrangular														
Circular	1	7,69	5	22,73	4	14,29	1	11,11	1	25,00	2	28,57	14	785,42
Subcircular	6	46,15	3	13,64									9	42,42
Elipsoidal			1	4,55	3	10,71					1	14,29	5	200,88
Oval	3	23,08	6	27,27	10	35,71	4	44,44	1	25,00			24	356,04
Trapezoidal														
Triangular														
Irregular	2	15,38	5	22,73	11	39,29	4	44,44	2	50,00	4	57,14	28	967,36
n/o														
Total	13	100,00	22	100,00	28	100,00	9	100,00	4	100,00	7	100,00	83	
Superficie m ²	44,98		172,36		385,82		239,75		199,70		1326,86			2369,47

como cierta tendencia bimodal en las viviendas más pequeñas dentro de la aldea (Tabla 7).

En Caserones, por último, se aprecia un notable alejamiento de los tipos de edificios residenciales señalados previamente; no solo basado en la enorme inversión arquitectónica en estructuras de planta rectangular (11.205 m²), cuadrangular (1746 m²) y subrectangular (1458 m²) (Tabla 8), sino también en una renovación e innovación tecnológica en cuanto a la utilización del caliche, ausencia de plantas semisubterráneas y el uso diestro de los sistemas de postación periférica, ahora empotrados en los muros para techumbres del tipo ramada (True 1980). Aquí el dominio de las plantas rectangulares y cuadrangulares se evidencia a lo largo de todos los rangos de tamaño, lo cual implica asumir que estas formas fueron utilizadas en todo el espectro funcional que el asentamiento contempló a través de su larga historia ocupacional (True 1980; Núñez 1982, 2006; Adán et al. 2007).

Particularmente en los rangos asignados a funciones domésticas (5,1-20 m²) las estructuras rectangulares (N=186) superan holgadamente a aquellas cuadrangulares (N=27) e inclusive a plantas subrectangulares (N=33). Observadas a modo de tendencias, las estructuras cuadrangulares han sido privilegiadas para usos más bien de almacenaje o bodega (Adán et al. 2007), decreciendo

en forma constante hacia los rangos de mayor tamaño. Mientras los edificios rectangulares describen una curva ascendente a partir del primer rango (menor a 5 m²) con un 48,13%, alcanzan su primer *peak* en el tercer rango (10,1-20 m²) con un 66,9% y, luego de un descenso leve, retoman un segundo *peak* en el último rango (mayores a 60 m²), que inclusive se eleva sobre el 71% (Tabla 9). Es necesario no pasar por alto cantidades menores de espacios posiblemente domésticos de planta circular (N=4) y ovaloidal (N=3), registrados en el segundo y tercer rango de tamaño de la Tabla 8. En términos globales, ambos formatos comprometen 263 y 108 m² edificados del total, respectivamente, lo cual permitiría argumentar cierta variabilidad mínima dentro del conjunto, aunque no sabemos si aquello tiene connotaciones cronológicas, o si se vincula con funciones distintas a las residenciales (p. ej., almacenaje a gran escala).

Los conglomerados y los espacios comunales/públicos

Un segundo paso analítico ha supuesto considerar la existencia de al menos tres tipos de conglomerados: (1) conglomerados aislados de baja escala, los cuales comprometen un espacio mayor a modo de patio y otros menores a su alrededor; (2) conglomerados aislados de

Tabla 7. Guatacondo: distribución de formas de planta según rangos de tamaño.
Table 7. Guatacondo: distribution of footprint shapes by size ranges.

Guatacondo	0-5,1 m ²	%	5-10,1 m ²	%	10-20,1 m ²	%	20-40,1 m ²	%	40-60,1 m ²	%	+ 60,1 m ²	%	Total	Superficie m ²
Rectangular			1	1,85									1	5,21
Subrectangular			6	11,11	2	3,51	1	3,85					9	103,51
Cuadrangular					1	1,75							1	12,77
Subcuadrangular	1	3,33	3	5,56	1	1,75	1	3,85					6	67,30
Circular	1	3,33	6	11,11	9	15,79	1	3,85					17	194,45
Subcircular	13	43,33	5	9,26	2	3,51							20	98,09
Elipsoidal														
Oval	3	10,00	4	7,41	8	14,04	5	19,23			1	33,33	21	2109,29
Trapezoidal														
Triangular														
Irregular	12	40,00	29	53,70	34	59,65	18	69,23	3	100,00	2	66,67	98	1624,43
n/o													4	
Total	30	100,00	54	100,00	57	100,00	26	100,00	3	100,00	3	100,00	177	
Superficie m ²	93,13		418,84		771,21		726,17		130,87		2074,81			4215,05

Tabla 8. Caserones: distribución de formas de planta según rangos de tamaño.
Table 8. Caserones: distribution of footprint shapes by size ranges.

Caserones	0-5,1 m ²	%	5-10,1 m ²	%	10- 20,1 m ²	%	20- 40,1 m ²	%	40- 60,1 m ²	%	+ 60,1 m ²	%	Total	Superficie m ²
Rectangular	77	48,13	91	64,54	95	66,90	50	53,19	29	53,70	33	71,74	379	11.205,70
Subrectangular	18	11,25	14	9,93	19	13,38	13	13,83	9	16,67	3	6,52	76	1458,80
Cuadrangular	27	16,88	14	9,93	13	9,15	15	15,96	10	18,52	6	13,04	85	1746,40
Subcuadrangular			3	2,13			1	1,06	1	1,85			5	80,80
Circular	13	8,13	2	1,42	2	1,41	1	1,06	1	1,85	1	2,17	21	263,30
Subcircular	7	4,38	2	1,42									9	27,88
Elipsoidal														
Oval	4	2,50	2	1,42	1	0,70	2	2,13					9	108,80
Trapezoidal	2	1,25	1	0,71	1	0,70							4	29,20
Triangular	2	1,25											2	8,90
Irregular	10	6,25	11	7,80	11	7,75	12	12,77	4	7,41	3	6,52	53	1058,40
n/o			1	0,71									3	8,00
Total	160	100,00	141	100,00	142	100,00	94	100,00	54	100,00	46	100,00	646	
Superficie m ²	487,50		1031,10		2017,40		2783,00		2588,00		7089,20			15.996,18

mayor envergadura y con mayor número de estructuras, siguiendo el patrón anterior, y (3) grandes agrupaciones de conglomerados formando barrios o sectores con numerosos recintos adicionados y contiguos de diversos tamaños, asociados a un lapso ocupacional más prolongado e intenso. Los tipos 1 y 2 involucran estructuras de planta elipsoidal, oval y circular en piedra y barro. El tipo 3 considera estructuras de muros curvos aunque mayormente con esquinas en ángulos rectos, vale decir, rectangulares y cuadrangulares.

Intentaremos, siguiendo este esquema, calificar algunas situaciones diagnósticas de integración y competencia en los aglomerados residenciales a nivel intrasitio e intersitio. Adicionalmente se considerará la ocurrencia de estructuras de mayor capacidad donde estimamos usos comunales o públicos, ya sea por varias unidades domésticas dentro de un asentamiento, o debido a una participación más extensa de agregados familiares o multifamiliares que habitaron sincrónicamente uno o varios asentamientos emparentados.

En Pircas, el cual hemos caracterizado como aquel sitio con un patrón arquitectónico disperso predominante y cuyas raíces tempranas son más evidentes (p. ej., uso de piedra, pilares verticales, muros curvados, unidades domésticas de planta elipsoidal y circular), presenta cinco conglomerados de estructuras con superficies construidas, que oscilan entre 124 y 1146 m² (Tabla 9). Los de mayor tamaño se ubican en el sector nuclear

estudiado por Núñez en 1984, aunque se distinguen otros hacia los extremos del asentamiento (SW y NE).

Lo importante en este caso es documentar la variación intrasitio según la inversión de trabajo (SC), diseño de planta entre estos conglomerados y respecto de la escala de aquellos más amplios donde se infieren distintos usos/funciones (ceremoniales, funerarios, comunales, etc.). Por ejemplo, los espacios de gran tamaño se asocian a conglomerados cuyas dimensiones varían entre 65 y 970 m², reforzando la idea de espacios multifamiliares comunes de distintas características (patios interiores o pequeñas plazas) (Tabla 10). Estos espacios de uso comunal identificados dentro de diversos conjuntos (p. ej., E.184, 198, 207, 240, 249 y 250) o como un negativo entre dos conglomerados (E.145), representan una superficie construida de 2058 m², por lo tanto, ocupan cerca del 31,2% de la superficie construida en todo asentamiento que hemos registrado (Tablas 1 y 10).

En Pircas se observan tres variantes de conglomerados asociados con esta clase de espacios comunales o plazas. En primer lugar, en el conglomerado 1 se aprecian dos conjuntos alineados de pequeñas estructuras colindantes, los cuales dejan un patio interior de forma irregular (E.145: 970 m²), al modo de una plaza y pequeñas habitaciones y/o depósitos laterales. Luego, en los conglomerados en torno a pequeñas plazas o patios comunales (numerados como 249: 176 m² y 184: 234 m²), usualmente de forma rectangular o irregular,

Tabla 9. Superficie constructiva de los conglomerados domésticos.
Table 9. Built area of domestic conglomerates.

Sitio	Sector/Conglomerado	N° estructuras (correlativo)	Superficie constructiva (m ²)
Ramaditas	Conglomerado 1	1 a 5	950
	Conglomerado 2	18 a 32	315
	Conglomerado 3	40 a 60	850
Guatacondo	Sector sur	1 a 93	1382
	Sector norte	94 a 173	995
Pircas	Conglomerado 1	112 a 162	1146
	Conglomerado 2	185 a 209	440
	Conglomerado 3	238 a 240	124
	Conglomerado 4	250 a 252	614
	Conglomerado 5	247 a 249, 488 a 492	246
Caserones	Sector noreste	1 a 83	1250
	Sector sureste	84 a 179	1682
	Sector centro-este	180 a 239, 254 a 267	972
	Sector centro	270 a 351	1705
	Sector centro-oeste	352 a 370, 398 a 412, 419 a 460, 477 a 500	2245
	Sector centro-suroeste	371 a 396, 413 a 417, 462 a 476, 501 a 507	1562
	Sector oeste	509 a 593	2079

Tabla 10. Superficie constructiva y forma de espacios públicos.
Table 10. Built area and shape of public spaces.

Sitio	Plaza (N° estructura)	Superficie constructiva (m ²)	Forma de planta	Total edificado (m ²)
Ramaditas	1	701	Circular	1148
	24	148	Elíptica	
	52	299	Irregular	
Guatacondo	10	123	Irregular	2075
	45	114	Irregular	
	174	1838	Ovalada	
Pircas	145	970	Irregular	2058
	184	234	Rectangular	
	198	65	Irregular	
	207	79	Rectangular	
	240	90	Rectangular	
	249	176	Cuadrada	
	250	444	Irregular	
Caserones	313	254	Rectangular	3415
	314	229	Rectangular	
	607	1482	Rectangular	
	611	1450	Rectangular	

se ejemplifica una modalidad también observada en Ramaditas, con un patio principal en torno al cual se adosan o agregan estructuras de menor tamaño interconectadas con la primera. Esta situación también se aprecia, como se verá más adelante, en el sector sur de Guatacondo. Una tercera modalidad la representa el conglomerado de 614 m² en total, distribuido en torno a la estructura N° 250 (444 m²), la cual constituiría una plaza subcircular delimitada por grandes bloques líticos colocados discontinuamente con un monolito al centro, junto al que se edificaría un pequeño conjunto de estructuras que totalizan 170 m² intramuro. Esta modalidad recuerda directamente el formato de plaza ovalada con monolito central que en la aldea de Guatacondo alcanza características monumentales.

Ahora, observando el plano de Ramaditas, se definen tres conglomerados segmentados, los cuales siguen un patrón formalmente análogo a la segunda modalidad de Pircas. No obstante, en Ramaditas esta presenta una tecnología constructiva sumamente sofisticada en barro modelado y piedras seleccionadas por tamaño y color, cuyo aspecto final es de gran elaboración y durabilidad, con un trabajo cuidadoso para las fachadas exteriores, así como en el trabajo plástico, decorativo y ceremonial grabado en sus muros internos. El barro imprime una presencia más robusta y sólida de los edificios en un ámbito inclinado con amplia visibilidad hacia la pampa. De igual modo, el tamaño de los postes asociados al tamaño de las estructuras y su cobertura con techumbres extensas indican el despliegue de una amplia sombra artificial que ofrece una alternativa doméstica y cotidiana a aquella disponible en los bosques de Prosopis aledaños.

La oscilación en el tamaño de los conglomerados se registra entre 315 y 950 m² (Tabla 9); una diferencia menos abrupta que aquellos conglomerados de Pircas. Más aun, cada conjunto cuenta con un espacio público o comunal propio que oscila entre 148 y 701 m². Allí destaca la gran plaza con subdivisiones internas que presenta el conglomerado 1 (E-1 y E-5). Una evidente distinción entre Ramaditas y Pircas la vemos pues en la envergadura y el trabajo invertido en la edificación de los conglomerados residenciales (muros más anchos, más altos, con mayor diversidad de materiales, y elementos de ornamentación interna, etc.); suponemos resultado de una inspirada innovación que se fundamenta en el conocimiento acabado de las propiedades de las arcillas y los sedimentos en estado húmedo, como en un gesto conservacionista hacia los elementos de piedra y sus propiedades fundacionales, los cuales se mantienen en uso.

Según el estudio comparativo de Martindale (2005), el conglomerado 1, en términos de la integración espacial y accesibilidad entre sus nodos, no sería tan distinto a los

otros dos conjuntos o complejos; incluso podría constituir un espacio público compartido por los conglomerados 2 y 3. De acuerdo a lo anterior, vemos que los conglomerados 2 y 3 de Ramaditas se acercan a la segunda modalidad descrita para Pircas. En tanto el conglomerado 1 representaría un aumento notable en la superficie apta para ceremonias y la capacidad de audiencia máxima, singularizado por la complejidad interna (subdivisiones) del espacio respecto del resto de los sitios analizados. Los tres espacios comunales o públicos identificados (E-1, E-22 y E-54) ostentan una superficie constructiva acumulada de 1148 m², lo cual indicaría que un porcentaje significativo de la inversión de trabajo (48,5%) fue destinado a estos edificios (Tablas 1 y 10).

En tanto, la construcción de la aldea de Guatacondo resulta sumamente paradigmática al asemejarse al estilo constructivo de Ramaditas, manteniendo las fachadas interiores con pilares líticos fundacionales, adobones de distintas características, elementos modelados en sus muros interiores y la inclusión de hiladas de guijarros en aparejos sedimentarios. Además en ambos asentamientos predomina un patrón doméstico con viviendas circulares y ovales. Sin embargo, aquí el planeamiento aldeano ha alcanzado una alta densificación residencial (227 estructuras por ha) y la intensidad edificatoria revela que más de la mitad del perímetro ha sido aprovechado con construcciones que respetan el patrón formal o semblante del conjunto, sin irrupciones constructivas disonantes. Más bien, se constatan diferencias internas sectoriales (barrios) propias de estos nuevos espacios aldeanos (Tablas 9 y 10). En términos de inversión de trabajo, el sector sur posee una superficie construida mayor (1382 m²) que el sector norte (995 m²), situación que junto a una consideración diacrónica del crecimiento de los conjuntos, percibimos relacionada con la edificación de la plaza central (E.174) a partir de una estructura del sector sur (Meighan 1980). Esta diferenciación interna entre ambas mitades o barrios no sería relevante en términos constructivos según Meighan (1980); sin embargo, debemos agregar que la distinción sur-norte también se percibe en la ocurrencia de patios comunales solamente en el sector sur (E.10: 123 m² y E.45: 114 m²). Esta última situación acerca esta clase de conglomerados a lo registrado en el conglomerado 2 de Ramaditas y en la modalidad 2 de Pircas (conglomerados 3 y 5) (Tabla 9).

A partir de la situación de Ramaditas, es evidente que el tamaño alcanzado por los conglomerados en la aldea de Guatacondo ha compelido a la comunidad a organizar sectorialmente sus barrios en torno a un gran espacio central, el cual representa probablemente una solución a las condiciones de alta densidad de habitantes

presentes a partir del crecimiento de los conglomerados sureños. Aquí aparecen próximos, en términos de inversión de trabajo, el conglomerado 3 de Ramaditas (850 m²) y al sector norte de Guatacondo (995 m²) (Tabla 9), aunque la clase de asentamiento que integran es evidentemente distinta. En términos globales, las estructuras definidas como espacios comunales (E.10 y E.45) y públicos (E.174) presentan una superficie acumulada de 2075 m², dentro de lo cual la plaza central representa el 88,6%. Por lo tanto, el porcentaje edificado que presentan estos amplios edificios alcanza un 43,6% del total construido respecto a los espacios intramuros de toda la aldea (Tablas 1 y 10).

Por último, en Caserones el crecimiento de los conglomerados residenciales alcanza un punto notable dentro de los cuatro sitios analizados. A pesar de ciertas diferencias –además de aquellas propiamente tecnológicas o constructivas–, que distinguen a Caserones de los sitios previamente descritos, sostendremos la ocurrencia de relaciones históricas perceptibles en el crecimiento diacrónico de sus barrios o sectores, al igual que lo referido en el caso de la aldea de Guatacondo. En primer lugar, en Caserones los barrios se perciben más ordenados o con una propuesta formal que les permite una expansión del espacio habitado más orgánica, eficiente y más práctica en cuanto a la inversión de trabajo realizada (McGuire & Schiffer 1983). La zonificación que hemos realizado de los sectores (barrios) en Caserones (fig. 6) permite segregar siete conglomerados cuyas superficies constructivas oscilan entre 970 y 2245 m² (Tabla 9). Esta variabilidad y segmentación debe tener necesariamente una lectura diacrónica, aunque también debe percibirse como la presión y el interés por habitar densamente el asentamiento (densidad: 172 estructuras por ha) en desmedro de sectores vacíos fuera de su perímetro. El uso intenso del suelo interno del asentamiento para las construcciones (FOS: 42,65%) se acerca porcentualmente en este plano a la aldea de Guatacondo (Tabla 1).

Destacan entre los agregados sectoriales aquellos definidos como este-norte y este-sur, los cuales se asemejan espacialmente a la modalidad 1 descrita en Pircas, esto es, dos conglomerados que dejan un patio negativo interior entre ellos o análogamente, aunque a otra escala, lo que ocurre con la distribución bipartita norte y sur de Guatacondo en torno a un espacio central. A diferencia de lo que plantea Núñez (2006), esto hace pensar que el sector este (N y S) se relaciona con un planeamiento aldeano compartido –probablemente más temprano que el resto del asentamiento (macrosectores central y oeste)–, puesto que comparte características identificadas en Pircas y Guatacondo, tanto en la distribución como en el crecimiento de estos barrios en particular.

Los espacios públicos rectangulares (E.313-314 y E.607-611), en tanto, aparecen como conjuntos dobles de plazas laterales al eje NE-SW del asentamiento. La primera, en el centro norte, representa un espacio techado posiblemente reconstruido en las diversas fases ocupacionales del asentamiento (True 1980). Discrepamos con Núñez (1984 y 2006) sobre que este conjunto correspondería a edificios inkaicos o históricos, debido a que los desechos recuperados en excavación como la mampostería y circulación se correlacionan con el resto de la aldea (Vidal 2012). Dos elementos notables de estos patios ceremoniales “gemelos” en gran parte techados, es su acceso restringido y lineal desde la estructura 313 (254 m²), como antesala a la estructura 314 (229 m²) y, en segundo lugar, el tratamiento con un revestimiento exterior de ambas estructuras, con pequeños bolones de anhidrita de menos de 10 cm de diámetro (huevillos), que le otorgan un aspecto notablemente más cuidado que el resto de la aldea. En el lado opuesto de la aldea, hacia el sur, se registran dos plazas abiertas de gran tamaño, las cuales además se encuentran vinculadas, mediante el apoyo y la traba de muros, a la construcción del cierre perimetral de la aldea. Ambas (E-607: 1482 m² y E-611: 1450 m²) unidades presentan cualidades de diseño replicativas y constructivas similares (Tabla 10). En superficie, la primera (poniente) se registra sumamente limpia o despejada de desechos, en tanto la segunda (oriente) cubierta con basurales monticulares. Esta plaza abierta oriental presenta varias estructuras rectangulares adosadas a su interior, las cuales han sido construidas a partir del muro divisorio con plaza poniente (E.607).

No sabemos si estas plazas funcionaron de forma paralela (una limpia y otra como receptora de las basuras) o la segunda (E.611) fue la plaza abierta más antigua, siendo abandonada al momento de la instalación de una nueva (E.607). Debido a que incluimos en nuestra evaluación tanto los dos recintos techados del sector centro-norte, como aquellos dos patios o plazas abiertas del centro-sur, los espacios públicos definidos acumulan una superficie constructiva de 3415 m², es decir un 21,4% de la superficie total del asentamiento (Tablas 1 y 10), mucho menor proporcionalmente al resto de los sitios analizados.

Recapitulando, los cuatro asentamientos que hemos caracterizado demuestran un crecimiento singular y a la vez constante de los conglomerados residenciales (Tabla 9), los cuales estimamos se ordenan diacrónicamente desde Pircas, pasando por Ramaditas y Guatacondo hasta Caserones. Vemos, en este sentido, un notable crecimiento y perdurabilidad de modalidades arquitectónicas practicadas en los espacios residenciales, especialmente en Pircas, Ramaditas y Guatacondo.

Allí, en Pircas y Ramaditas, los conglomerados estarían vinculados a sus propios espacios comunales o públicos en modalidades diversas dentro de cada asentamiento, mientras que en la quebrada de Guatacondo sus habitantes innovarían mediante un pacto de fusión política, creando un verdadero espacio aldeano integrado. Es en estas circunstancias que el espacio público o la plaza de Guatacondo resulta ser un cohesionador del conjunto, adquiriendo características formales centralizadoras, al modo de una gran vivienda colectiva para la comunidad que en torno a ella habita y que en cierto modo ha destinado concertadamente una fuerza de trabajo mayor proporcionalmente a la inversión en espacios domésticos que se han construido previamente a su alrededor. Visto en una línea de cambio decreciente, en Ramaditas el 48,45% de la superficie del asentamiento está destinado a espacios comunales o públicos, mientras en Caserones ese porcentaje se reduce a 21,35% de la superficie del asentamiento (Tabla 1); tendencia a la cual se contrapone aquella ascendente que manifiesta el crecimiento, la inversión de trabajo y las modalidades de conglomerados, sectores y barrios residenciales en los cuatro sitios estudiados (Tabla 10).

Elementos de diseño arquitectónico y fisonomía de la traza resultante

La información relevada en términos morfofuncionales y tecnológicos –aquella relativa a los tipos de unidades domésticas, conglomerados y espacios públicos existentes en los cuatro asentamientos analizados y sus relaciones–, nos permite establecer relaciones y distinciones de acuerdo a nuestra consideración inicial acerca de las tradiciones y los ámbitos de desarrollo de los asentamientos formativos en el área (Duke 1996; Urbina et al. 2011).

Debido a la envergadura de los sitios, hemos privilegiado una mirada macro sobre ciertos elementos del diseño arquitectónico, como las formas de planta, los tamaños y los índices constructivos (Tablas 1, 2, 3 y 4). Por otra parte, vemos concatenados ciertos elementos constructivos en la serie Pircas-Ramaditas-Guatacondo-Caserones, establecida con fines analíticos. En los tres primeros sitios se mantienen rasgos tempranos, como la socavación del terreno seleccionado para los edificios, el uso de pilares fundacionales y muros curvos; mientras que entre Pircas y aquellos de la quebrada de Guatacondo se observa una evidente distancia relacionada con el uso versátil del barro, elementos ornamentales como modelados al interior de viviendas y espacios públicos. En cuanto a la orgánica de los asentamientos existe un tránsito de conglomerados

segmentados hacia asentamientos de carácter aldeano con barrios residenciales de mayor envergadura centralizados por arquitectura pública, cuyo ejemplo es Guatacondo. En los cuatro sitios se observa un uso sostenido de la infraestructura de almacenaje mediante pozos cavados en el sustrato interior de las viviendas o los patios a modo de bodegas o silos, aunque sus usos y volúmenes proporcionales de almacenaje pudieron variar entre unos y otros. El tamaño de los sectores norte y sur de Guatacondo tiene más que ver con aquellos sectores más pequeños de Caserones (E-S y E-N), que con aquellos conglomerados de Pircas.

En términos cuantitativos, hemos agrupado familias de formas según la presencia de muros curvos (circulares, subcirculares, ovoidales, elipsoidales) y muros con ángulos (cuadrangulares, rectangulares y sus derivadas), así como plantas no determinables en la familia irregular que incluyen formas no adscribibles a las anteriores. De este modo, según lo indica el Gráfico 1, Pircas y Ramaditas se encontrarían claramente emparentados según el diseño resumido de sus formas de planta, de hecho la familia circular supera en ambos el 60%, mientras la familia cuadrangular alcanza un 8,2% en Pircas y un 3,6% en Ramaditas. La aldea de Guatacondo señalaría una ruptura relativa con ambos asentamientos, en tanto la tendencia correspondería a las plantas de forma irregular (55,4%), seguramente por el estado de conservación del sitio, pero también por el alto índice de aglutinamiento o proximidad de las estructuras. De hecho, Meighan (1980) destaca que ciertas estructuras han sido concebidas edificando varios segmentos de muros. A pesar de lo anterior, la disposición de diseño principal continúa siendo la familia circular con un 32,8%, mientras la familia cuadrangular asciende hasta casi un 10%. Caserones, por su parte, modifica radicalmente el patrón de Guatacondo, con una familia cuadrangular cuya representación es significativa (84,3%), mientras de lejos se perciben las influencias y la utilidad de los espacios de muros curvos (6%); inclusive este tipo de diseño de planta es capaz de minimizar la presencia de estructuras de formato irregular por debajo del 10%.

Respecto de los tamaños, el Gráfico 2 señala las curvas descritas por las frecuencias relativas que ostentan los rangos de tamaño en cada sitio dentro. La lectura de este gráfico refuerza ciertas pautas funcionales y distinciones intersitios anteriormente enunciadas. En primer lugar, aparece nuevamente Pircas con una trayectoria que señala la ocurrencia mayoritaria de pequeñas estructuras, aisladas o integrando conglomerados dentro de su extensa superficie. Es posible que la presencia de ocupaciones arcaicas, como también posteriores formativas, en forma de paraderos, parapetos o refugios, estén incidiendo en

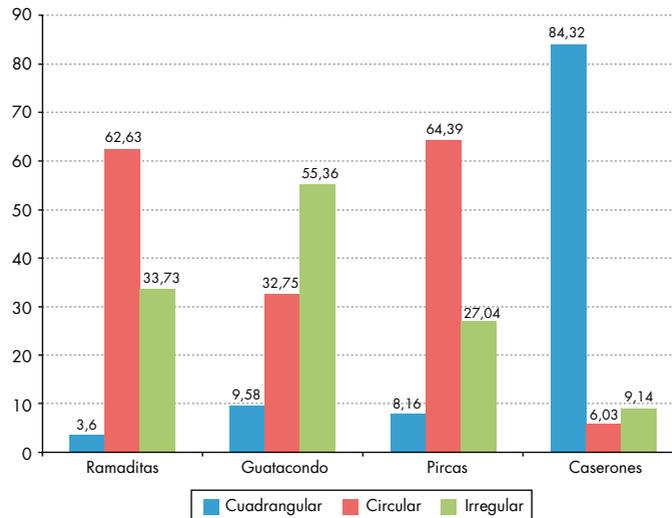


Gráfico 1. Distribución porcentual patrones de planta por sitio.
 Graph 1. Percentage distribution of floor plan patterns by site.

una sobrerrepresentación del primer rango de tamaño. Luego se observa una capacidad habitacional deprimida respecto a los tres sitios restantes. De igual modo que en la presencia de espacios de gran tamaño, Pircas se acerca a la situación de Guatacondo en el quinto y sexto rango de tamaño.

Las curvas de Ramaditas y Guatacondo son similares, especialmente en la proporción de espacios de almacenaje y capacidad habitacional, aunque el primer asentamiento se distingue de la aldea en una mayor presencia de estructuras mayores a $40,1 \text{ m}^2$ que corresponden a patios o plazas. Ambos sitios, sin duda, forman parte de una misma tradición arquitectónica, con distintas expresiones funcionales o sociales, las cuales

podieron ser contemporáneas y a la vez manifestar cierta transformación, desde Ramaditas a Guatacondo, en la estructura de los grupos sociales de la quebrada. Esta transformación, que hemos enunciado, ocurre desde conglomerados residenciales más pequeños pero con mayor inversión en espacios comunales o públicos, hasta asentamientos o sectores residenciales de mayor envergadura con espacios públicos comunes a todos ellos. La curva de Caserones señala una funcionalidad notable del asentamiento dedicada al almacenaje, casi a la par con los espacios habitacionales. El descenso en los últimos tres rangos de tamaño ($20,1 \text{ m}^2$ hasta mayores de 60 m^2) es un rasgo común en los cuatro asentamientos, aunque en Caserones sería de mayor

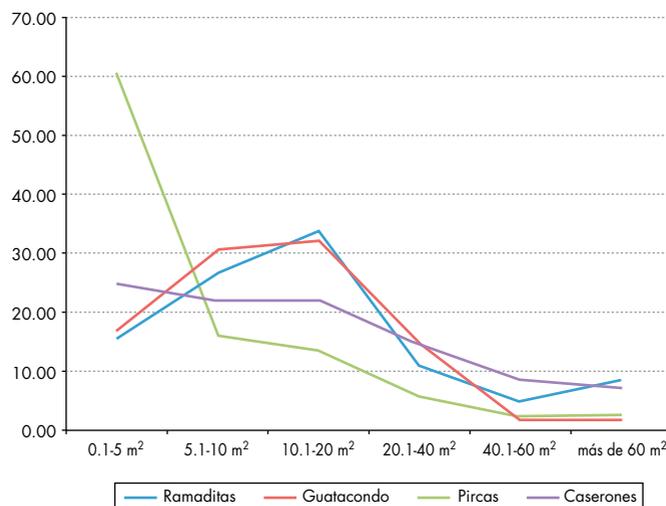


Gráfico 2. Curvas rangos de tamaño por sitio.
 Graph 2. Curves showing size ranges for each site.

significación ya que refiere en estas circunstancias a la presencia de espacios a modo de patios, corrales y plazas públicas como parte inherente al diseño de los distintos sectores o barrios del sitio.

RECAPITULACIÓN

Considerando la calibración de los fechados por radiocarbono obtenidos por nuestro proyecto (Tabla 11), los lapsos ocupacionales de los sitios analizados plantearían grados de sincronía y longevidades distintas para los modos constructivos referidos anteriormente. En primer lugar, considerando que hasta la fecha la quebrada de Tarapacá es la única que presenta antecedentes Arcaicos datados en 6000 AC (Núñez 1979), disponemos de mayores argumentos para comprender la continuidad de dicha ocupación en los conglomerados de Pircas entre el siglo VII AC (Meighan & True 1980; Tartaglia 1980) y hasta el siglo VI DC (Tabla 11). Además, Pircas presenta un lapso ocupacional sincrónico con Caserones, este último estimado entre el siglo VI AC (Meighan & True 1980; Tartaglia 1980) y el XI DC (Tabla 11), siendo ambos contemporáneos entre los siglos VI AC y VI DC. Aquí las diferencias entre Pircas y Caserones recaen más en las tecnologías constructivas, la densificación, el tipo de agregación y los tipos de conglomerados y sectores, así como las relaciones establecidas tempranamente (siglos IV AC-I DC) con otros asentamientos como Ramaditas y Guatacondo (Tabla 11).

A pesar de lo anterior, ambas tradiciones arquitectónicas serían parte del Período Formativo con elementos iniciales, remanentes o más conservadores en Pircas (tradicción temprana en piedra), y más tardíos e innovadores, respecto de la respuesta o diseño que exhibe Caserones frente a su vecino en la quebrada. Esta coexistencia repercutirá sin duda en las relaciones que se establezcan con la costa o las competencias que establecieron entre dichos agrupamientos de personas, familias, linajes, lo cual parece evidente en la ubicación de sus cementerios (Tr-40 y Pircas 2 y 6) (Núñez 2006; Núñez y Santoro 2011), y que interpretamos como cierta pugna, "manteniendo las distancias", por el lecho de la quebrada de Tarapacá.

Internamente en Pircas, la secuencia ocupacional estaría determinada por la aparición de nuevos conglomerados por fisión y segmentación, los cuales no se aglutinan sobre los 614 m², o por la reutilización del asentamiento mediante estructuras dispersas en torno al núcleo central. En Caserones (siglos VI AC y XI DC), en cambio, la secuencia constructiva se iniciaría en el sector este, pero continuaría de forma abigarrada, y

competitiva, hacia el oeste del asentamiento, mediante al menos cinco nuevos conglomerados que se acomodaron sin una planificación rígida a un ordenamiento aldeano paralelo a la quebrada (figs. 5a y 6). Los cuatro conglomerados centrales definen, en cierta manera, la ocurrencia de arquitectura pública al norte (E.313-314 y E.607-611), a la vez que las plazas abiertas al sur se relacionan constructivamente con la edificación del muro perimetral (fig. 5b). Por esta razón, es posible plantear que los sectores centro-oeste y oeste habrían sido los últimos en ser edificados, respetando los límites impuestos por el cierre perimetral y la plaza abierta más occidental. La clausura del asentamiento mediante su muro perimetral doble, señala un momento político y territorial álgido, situado hacia el siglo VI DC (True 1980).

En la quebrada de Guatacondo, Ramaditas exhibe un lapso ocupacional entre el siglo IX AC (Rivera 2005) y I DC (Tabla 11), algo más temprano que el de Guatacondo, entre el VII AC (Meighan & True 1980; Tartaglia 1980) y el siglo I DC (Tabla 11), no obstante, en el cementerio (G-12) aledaño a la aldea de Guatacondo existe una fecha calibrada con un lapso aún más temprano entre los años 1129 y 843 AC (Meighan & True 1980). En este sentido, ambos asentamientos muestran atributos de contemporaneidad y probablemente de complementariedad funcional asociadas a la ocupación de la quebrada antes de su desecamiento y abandono (siglo I DC?); la organización de sus habitantes debió ocurrir habitando ambas clases de sitios. En efecto, se debe recalcar la existencia de dos modalidades de organización de los espacios domésticos entre ambos asentamientos, segmentado en Ramaditas y aglutinado, pero conservando una diferenciación sectorial o barrial en Guatacondo, aunque en este último, la presencia de arquitectura pública imprime un sello distintivo y aglutinante en el conjunto aldeano a una escala no registrada con anterioridad en la historia tarapaqueña.

Entre las quebradas analizadas, vemos que la mayor correlación cronológica en los lapsos ocupacionales se registra entre la aldea de Guatacondo y Caserones (entre los siglos VI AC y I DC). Por otra parte, existirían además elementos más específicos, que acercarían funcional y temporalmente a los cuatro asentamientos, por ejemplo, la ocurrencia de la modalidad 1 de conglomerados de Pircas, los cuales dejan un patio o explazo interior, el que se aprecia también en los sectores este-norte y este-sur de Caserones, así como en los sectores norte y sur de Guatacondo. Esta organización pudo comprometer una diferenciación social en mitades o parcialidades según plantea Meighan (1980). La modalidad 2 de Pircas aludiría al formato de los conglomerados de Ramaditas, con un espacio comunal o público, en torno al que se

Tabla 11. Fechados radiocarbónicos de los sitios analizados (Proyecto FONDECYT 1080458).
Table 11. Radiocarbon datings of the sites analyzed (FONDECYT Project 1080458).

Código	Sitio	Recinto	Nivel	Muestra	Rango de edad calendárica (P_0,95)
Beta-314509	Ramaditas	17	Superficie	Madera	390-340 cal. AC
	Ramaditas				320-200 cal. AC
Beta-314510	Ramaditas	41	4	Madera	390-340 cal. AC
	Ramaditas				320-200 cal. AC
Beta-314512	Ramaditas	9	3/Rasgo 1	Carbón	350-320 cal. AC
	Ramaditas				210-90 cal. AC
	Ramaditas				80-50 cal. AC
Beta-314511	Ramaditas	41	1	Carbón	110 cal. AC-30 cal. AC
	Ramaditas				40-50 cal. DC
Beta-314508	Ramaditas	51 exterior	1/Rasgo 1	Carbón	40-80 cal. DC
Beta-294697	Guatacondo	153	7	Carbón	340-330 cal. AC
	Guatacondo				200 cal. AC-20 cal. DC
Beta-294696	Guatacondo	99	Rasgo 1	Carbón	200-10 cal. AC
	Guatacondo				160-130 cal. AC
Beta-314501	Guatacondo	3	5	Vegetal	120 cal. AC-10 cal. DC
	Guatacondo				10-20 cal. DC
Beta-294698	Guatacondo	164	4	Carbón	160 cal. AC-60 cal. DC
	Guatacondo				90-80 cal. AC
Beta-314500	Guatacondo	153	7	Vegetal	50 cal. AC-60 cal. DC
Beta-314502	Guatacondo	3	4	Carbón	50 cal. AC-70 cal. DC
Beta-294700	Guatacondo	232	3	Carbón	370-150 cal. AC
	Guatacondo				140-110 cal. AC
Beta-294701	Pircas	251	3B	Carbón	80-230 cal. DC
	Pircas				350-440 cal. DC
Beta-294699	Pircas	198	Rasgo 2	Madera	490-520 cal. DC
	Pircas				380-450 cal. DC
Beta-294702	Pircas	269	3B	Madera	450-460 cal. DC
	Pircas				480-530 cal. DC
Beta-294695	Caserones	61	7	Carbón	20-240 cal. DC
Beta-220919	Caserones	526	5C	Carbón	80-250 cal. DC
Beta-220918	Caserones	468	3A	Madera	110-410 cal. DC
Beta-294694	Caserones	433	2A	Carbón	250-420 cal. DC
Beta-220917	Caserones	7	3	Carbón	890-1020 cal. DC

Nota: Fechados calibrados a dos sigmas con el programa INTCAL 04 e INTCAL 09 (Oeschger et al. 1975; Stuiver & Braziunas 1993; Heaton et al. 2009; Reimer et al. 2009).

Fuente: Uribe & Vidal 2012, Tabla 2: 232.

agregan celularmente otros de menor tamaño (Adán et al. 2010), el cual se emparentaría con el típico patrón de Tierras Altas identificado en la subárea Circumpuneña (Adán & Urbina 2007). Este sería apreciable de igual modo en los sectores NW y SE de Guatacondo (Mostny 1970; Meighan 1980) donde se plantea el crecimiento progresivo de los conglomerados a partir de estructuras primarias. Por último, el conglomerado en la modalidad 3 de Pircas establece una sugerente conexión entre ambas quebradas, mediante el uso de espacios circulares despejados con un monolito al centro (Núñez 1984: 154, 172, fig. 5b), análogo a lo descrito en la plaza central de Guatacondo, la cual podría ser previa al siglo I DC.

PALABRAS FINALES

Hemos considerado necesario documentar distintos patrones residenciales aglutinados que permitan comprender la singularidad y la relación arquitectónica de asentamientos ubicados en el sector más desértico de los Valles Occidentales. Aunque poco se ha tratado la inserción y el manejo de estos espacios en relación con sus potencialidades agrícolas, forestales y silvícolas –provistos además con importantes recursos hídricos, vegetacionales y faunísticos en torno a la pampa del Tamarugal–, debido a su localización es evidente la valoración que tales poblaciones han hecho de ambas quebradas, no solo en términos habitacionales, sino también en una fuerte expresión simbólica asociada a situaciones de identidad territorial y étnica durante esta época (Núñez 1984: 165-166).

Es por ello que a partir de expresiones iniciales y que contienen mayor variabilidad, las tradiciones arquitectónicas de Tarapacá son objeto de notables transformaciones sociales. El caso de Caserones representaría un momento culminante referido al crecimiento demográfico y la complejidad política ostentada por sus residentes y autoridades (siglos VI y XI DC), pero también situaciones de innovación, competencia y readecuación histórica las cuales permitieron soluciones aparentemente distintas o casi imposibles de comparar con otros asentamientos contemporáneos y vecinos (Núñez 1984). En este sentido, nuestro argumento –basado en una mirada intrarregional– ha identificado un conjunto de elementos constructivos, de diseño, rasgos conspicuos o únicos, los que a su vez relacionan cada asentamiento y sus poblaciones no solo considerándolos como una comunidad cerrada en sí misma, sino vinculándolas al espacio y el tiempo histórico en los que se han desarrollado fuertemente “modos de habitar” y ocupar el ámbito de tierras bajas interiores, las quebradas

bajas endorreicas y la pampa. Visto de otro modo, estos asentamientos junto a aquellos de la costa desértica y las quebradas altas adyacentes, integran y configuran desde este período la región formativa de Tarapacá.

RECONOCIMIENTOS A los equipos integrantes de los proyectos FONDECYT 1030923 y 1080458, especialmente a Mauricio Uribe, Carolina Agüero y Antonio Maldonado. A Andrés Velásquez y Roberto Izaurieta por los levantamientos topográficos. A todos los que realizaron el lento fichaje de arquitectura en las campañas de 2005 y 2009.

NOTAS

¹ El estudio consideró la aplicación de la ficha de registro arquitectónico propuesta para el Pukara de Turi por Castro y colaboradores (1993: 86-87, Anexo 2: 103-105) con modificaciones. La aplicación de esta ficha de registro, junto con la utilización de instrumentos de medición (GPS-Datum WGS '84, brújula y huincha métrica), permitió relevar la totalidad de las estructuras de los sitios seleccionados (100%). Cada ficha arquitectónica consigna la siguiente información: 1) Croquis: sin escala y a mano alzada; 2) Planta: forma, dimensiones y superficie (medidas en metros); 3) Paramentos: hilada, aparejo, aplomo, materiales; 4) Vanos: puertas, acceso, ventanas; 5) Estructuras y elementos complementarios, y 6) Observaciones generales (materiales en superficie, rasgos, etc.). Finalmente se realizó el levantamiento topográfico de los asentamientos.

² Para la comparación de los asentamientos, fue tabulada la información de estos atributos de acuerdo al enfoque regional definido por Willey (1968: 217) según el cual “[...] la data del asentamiento se integra sincrónicamente mediante el estudio y la demostración de la relación entre ciudades, pueblos y estancias del patrón zonal”. La presente investigación se apoya en una estrategia metodológica cuya unidad de análisis histórica y sociológica es el asentamiento (Chang 1976). Su objetivo primario, basado en el registro de arquitectura y áreas de actividad, es el análisis intra e intersitios para realizar inferencias sobre la organización social de las culturas y sus relaciones sociales “utilizando datos arqueológicos [...] y la investigación de los aspectos sincrónicos o estructurales y diacrónicos o del desarrollo de esas relaciones” (Trigger 1967: 151). Las traducciones del inglés son nuestras.

REFERENCIAS

- ADÁN, L., 1999. Aquellos antiguos edificios. Un acercamiento arqueológico a la arquitectura prehispánica tardía de Caspana. *Estudios Atacameños* 18: 13-34.
- ADÁN, L. & S. URBINA, 2007. Arquitectura Formativa en San Pedro de Atacama. *Estudios Atacameños* 34: 7-30.
- 2008. Historia arquitectónica de la localidad de Pisagua (I Región, Chile): Una tradición olvidada en los períodos tardíos del área Pica-Tarapacá. En *Problemáticas de la arqueología contemporánea*, A. Austral & M. Tamagnini, Eds., vol. 2, pp. 723-734, Universidad Nacional de Río Cuarto.
- 2010. Arquitectura quebradeña del Complejo Pica Tarapacá: Modos de hacer, opciones de diseño, rasgos significativos, decisiones funcionales. En *Actas del XVII Congreso Nacional de Arqueología Chilena*, pp. 865-876. Valdivia: Sociedad Chilena de Arqueología, Dirección Museológica, Universidad Austral de Chile.
- ADÁN, L.; M. URIBE & S. URBINA, 2007. Arquitectura pública y doméstica en las quebradas de Tarapacá: Asentamiento y dinámica social

- en el Norte Grande de Chile. En *La vivienda, la comunidad y el territorio*, A. Nielsen, C. Rivolta, P. Mercolli, M. Vásquez & V. Seldes, Eds., pp. 183-206. Córdoba: Editorial Brujas.
- ALDUNATE, C.; J. BERENGUER, V. CASTRO, L. CORNEJO, J. L. MARTÍNEZ & C. SINCLAIRE, 1986. *Cronología y asentamiento en el Región del Loa Superior*. Dirección de Investigación y Bibliotecas de la Universidad de Chile, Santiago.
- AYALA, P., 2001. Las sociedades formativas del Altiplano Circuntitica y Meridional y su relación con el Norte Grande de Chile. *Estudios Atacameños* 21: 7-39.
- BLANTON, R.; G. FEINMAN, S. KOWALEWSKI & P. PEREGRINE, 1996. A dual-processual theory for the evolution of Mesoamerican civilization. *Current Anthropology* 37 (1): 1-14, Chicago.
- BORDIEU, P., 1977. *Outline of a Theory of Practice*. Cambridge: Cambridge University Press.
- BRIONES, L.; L. NÚÑEZ & V. STANDEN, 2005. Geoglifos y tráfico prehispánico de caravanas de llamas en el desierto de Atacama (norte de Chile). *Chungara* 37 (2): 195-223.
- BRUYNE, E. DE., 1963. Informe sobre el descubrimiento de un área arqueológica. En *Publicación ocasional del Museo Nacional de Historia Natural* 2: 1-16, Santiago.
- CASTRO, V.; F. MALDONADO & M. VÁSQUEZ, 1993. Arquitectura del pukará de Turi. En *Actas del XII Congreso Nacional de Arqueología Chilena*, pp.79-106. Temuco: Sociedad Chilena de Arqueología, Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, Museo Regional de la Araucanía.
- CHANG, K., 1968. *Settlement archaeology*. Palo Alto, California: National Press Book.
- 1976. *Nuevas perspectivas en arqueología*. Madrid: Alianza Editorial.
- CORNEJO, L., 2007. Contando y pesando: Un ensayo sobre las bases para el razonamiento cuantitativo contemporáneo en arqueología. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 40: 7-14, Santiago.
- DUKE, P., 1996. Braudel and North American Archaeology: An example from the Northern Plains. En *Contemporary Archaeology in theory*, R. W. Preucel & I. Hodder, Eds., pp. 240-257. Oxford: Blackwell Publishers.
- GRAFFAM, G.; M. RIVERA & A. CAREVIC, 1996. Ancient Metallurgy in the Atacama: Evidence for Copper Smelting during Chile's Early Ceramic Period. *Latin American Antiquity* 7: 101-113, Washington D. C.
- HEATON, T. J.; P. G. BLACKWELL & C. E. BUCK, 2009. A Bayesian approach to the estimation of radiocarbon calibration curves: The IntCal09 methodology. *Radiocarbon* 51, 1151-1164, Arizona.
- HODDER, I., 1990. Textos de cultura material y cambio social: Una discusión teórica y algunos ejemplos arqueológicos. *Boletín de Antropología Americana* 21: 24-39, México, D. F.
- LUMBRERAS, L., 2006. Un Formativo sin cerámica y cerámica preformativa. *Estudios Atacameños* 32: 11-34.
- MARTINDALE, A., 2005. A Method for Analyzing Vernacular Architecture: A Case Study from the Ramaditas Site, Chile. En *Arqueología del desierto de Atacama: La etapa formativa en el área de Ramaditas/Guatacondo*, M. Rivera, Ed., pp. 133-173. Santiago: Editorial Universidad Bolivariana Colección Estudios Regionales y Locales.
- MCGUIRE, R. & M. SCHIFFER, 1983. A theory of architectural design. *Journal of anthropological archaeology* 2: 227-303.
- MEIGHAN, C., 1980. Archaeology of Guatacondo, Chile. En *Prehistoric trails of Atacama: Archaeology of Northern Chile*, Monumenta Archaeologica 7, C. W. Meighan & D. L. True, Eds., pp. 99-126. Los Angeles: The Institute of Archaeology, University of California.
- MEIGHAN, C. & D. TRUE, 1980. *Prehistoric trails of Atacama: Archaeology of northern Chile*. Monumenta archaeologica 7. Los Angeles: The Institute of Archaeology, University of California.
- MOORE, J., 1996. *Architecture and power in the Ancient Andes: The Archaeology of Public Buildings*. Cambridge: Cambridge University Press.
- MOSTNY, G., 1970. La subárea arqueológica de Guatacondo. *Boletín del Museo Nacional de Historia Natural* 16: 271-289, Santiago.
- 1980. The archaeological zone of Guatacondo. En *Prehistoric trails of Atacama*, C. Meighan & D. True, Eds., pp. 91-97. Monumenta Archaeologica 7, University of California, Los Angeles.
- NIENSEN, A., 1995. Architectural performance and the reproduction of social power. En *Expanding Archaeology*, J. Skibo, W. Walker & A. E. Nielsen, Eds., pp 47-66. Salt Lake City: University of Utah Press.
- NIEMEYER, H., 1989. El escenario geográfico. En *Prehistoria de Chile. Desde sus orígenes hasta los albores de la Conquista*, Hidalgo, J., V. Schiappacasse, H. Niemeyer, C. Aldunate & I. Solimano, Eds., pp. 1-12. Santiago: Editorial Andrés Bello.
- NIEMEYER, H. & M. RIVERA, 1983. El Camino del Inka en el Despoblado de Atacama. *Boletín de Prehistoria de Chile* 9: 91-193, Santiago.
- NÚÑEZ, L., 1966. Caserones-I, una aldea prehispánica del Norte de Chile. *Estudios arqueológicos* 2: 25-29, Antofagasta.
- 1979. Emergencia y desintegración de la sociedad tarapaqueña: Riqueza y pobreza de una quebrada del norte chileno. *Atenea* 439: 163-213, Concepción.
- 1982. Temprana emergencia del sedentarismo en el desierto chileno. Proyecto Caserones. *Chungara* 9: 80-122.
- 1984. El asentamiento Piracas: Nuevas evidencias de tempranas ocupaciones agrarias en el norte de Chile. *Estudios Atacameños* 7: 152-167.
- 1989. Hacia la producción de alimentos y la vida sedentaria (5000 AC-900 DC). En *Culturas de Chile. Prehistoria. Desde sus orígenes hasta los albores de la Conquista*, J. Hidalgo, V. Schiappacasse, H. Niemeyer, C. Aldunate & I. Solimano, Eds., pp. 81-105. Santiago: Editorial Andrés Bello.
- 2006. Asentamientos formativos complejos en el centro-sur andino: Cuando la periferia se constituye en núcleo. *Boletín de Arqueología PUCP* 10: 321-356, Lima.
- NÚÑEZ, L. & C. SANTORO, 2011. El tránsito arcaico-formativo en la circumpuna y valles occidentales del centro sur andino: hacia los cambios "neolíticos". *Chungara* 43: 487-530.
- NÚÑEZ, P., 1983. Aldeas tarapaqueñas, notas y comentarios. *Chungara* 10: 29-37.
- OESCHGER, H.; U. SIEGENTHALER, U. SCHOTTERER & A. GUGELMANN, 1975. A box diffusion model to study the carbon dioxide exchange in nature. *Tellus* 27: 168-92, Berns.
- PARKER PEARSON, M., 1982. Mortuary practices society and ideology: An ethnoarchaeological study. En *Symbolic and structural archaeology*, I. Hodder, Ed., pp. 99-114. Cambridge: Cambridge University Press.
- PELLEGRINO, C., 2011. Propuesta de intervención de sitios arqueológicos en la quebrada de Tarapacá: el caso de la aldea de Caserones. *Revista Werkén* 14 (1): 87-104, Santiago.
- RAFFINO, R., 1977. Las aldeas del Formativo inferior en la Quebrada del Toro (Provincia de Salta, Argentina). *Obra del Centenario del Museo de La Plata, II, Antropología*: 253-300, La Plata.
- 1990. *Poblaciones indígenas de la Argentina*. Buenos Aires: Editorial TEA.
- RAPOPORT, A., 1969. *House Form and Culture*. New Jersey: Prentice-Hall, Englewood Cliffs.
- REIMER, P. J.; M. G. L., BAILLIE, E. BARD, A. BAYLISS, J. W. BECK, P. G. BLACKWELL, C. BRONK RAMSEY, C. E. BUCK, G. S. BURR, R. L. EDWARDS, M. FRIEDRICH, P. M. GROOTES, T. P. GUILDERSON, I. HAJDAS, T. J. HEATON, A. G. HOGG, K. A. HUGHEN, K. F. KAISER, B. KROMER, F. G. McCORMAC, S. W. MANNING, R. W. REIMER, D. A. RICHARDS, J. R. SOUTHON, S. TALAMO, C. S. M. TURNER, J. VAN DER PLICHT & C. E. WEYHENMEYER, 2009). IntCal09 and Marine09 radiocarbon age calibration curves, 0-50,000 years cal BP. *Radiocarbon* 51 (4): 1111-1150, Arizona.
- RIVERA, M., 2005. *Arqueología del desierto de Atacama: La etapa formativa en el área de Ramaditas/Guatacondo*. Santiago: Editorial Universidad Bolivariana Colección Estudios Regionales y Locales.

- RIVERA, M.; A. SHEA, A. CAREVIC & G. GRAFFAM, 1995-1996. En torno a los orígenes de las sociedades complejas andinas: Excavaciones en Ramaditas, una aldea formativa del desierto de Atacama, Chile. *Diálogo andino* 14/15: 205-239, Arica.
- ROMERO, A. & L. BRIONES, 1999. Co-37: Estado y planificación inca en Collahuasi (Provincia de Iquique, I Región, Chile). *Estudios Atacameños* 18: 141-149.
- STUIVER M. & T. F. BRAZIUNAS, 1993. 14C Ages of Marine Samples to 10,000 BC *Radiocarbon* 35 (1) 137-189, Arizona.
- TARTAGLIA, 1980. A revised chronology for northern Chile. En *Prehistoric trails of Atacama: Archaeology of Northern Chile*, C. Meighan & D. True, Eds., pp. 5-22, Monumenta Archaeologica 7. Los Angeles: University of California, The Institute of Archaeology.
- TRIGGER, B., 1967. Settlement archaeology-its goals and promise. *American Antiquity* 32 (2):149-160, Washington D. C.
- 1968. The determinants of settlement patterns. En *Settlements archaeology*, K. C. Chang, Ed., pp. 53-78. Palo Alto, California: National Press Books.
- TRUE, D., 1980. Archaeological investigations in Northern Chile: Caserones. En *Prehistoric trails of Atacama: Archaeology of Northern Chile*, Monumenta Archaeologica 7, C. Meighan & D. True, Eds., pp. 139-178. Los Angeles: The Institute of Archaeology, University of California.
- URBINA, S., 2007. Estudio arquitectónico del Pucara de Topaín (Región de Antofagasta, norte de Chile). *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 40: 29-46, Santiago.
- 2010. Asentamiento y arquitectura: Historia prehispánica tardía de las quebradas altas del río Loa. En *Actas del XVII Congreso Nacional de Arqueología Chilena*, pp. 865-876. Valdivia: Sociedad Chilena de Arqueología, Dirección Museológica, Universidad Austral de Chile.
- URBINA, S. & L. ADÁN, 2006. Construcciones de uso público y su distribución en las quebradas tarapaqueñas durante el período Intermedio Tardío (900-1450 DC). *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 39: 19-34, Santiago.
- URBINA, S.; L. ADÁN, C. MORAGAS, S. OLMOS & R. AJATA, 2011. Arquitectura de asentamientos de la costa de Tarapacá, norte de Chile. *Estudios Atacameños* 41: 21-348.
- URBINA, S.; L. ADÁN & E. VIDAL, 2012. Architecture in the Coastal Desert. *Andean Past* 10: 289-294, Ithaca, Nueva York.
- URIBE, M.; L. ADÁN & C. AGÜERO, 2002. El dominio del Inka, identidad local y complejidad social en las tierras altas del desierto de Atacama, Norte Grande de Chile (1450-1541 DC). *Boletín de Arqueología PUCP*: 301-336, Lima.
- URIBE, M. & VIDAL, E., 2012. Sobre la secuencia cerámica del Período Formativo de Tarapacá (900 AC-900 DC): estudios en Pircas, Caserones, Guatacondo y Ramaditas, norte de Chile. *Chungara* 44 (2): 209-245.
- URTON, G., 1988. La arquitectura pública como texto social: la historia de un muro de adobe en Pacariqtambo, Perú (1915-1985). *Revista Andina* 6: 225-261, Lima.
- VIDAL, E., 2012. Etnoarqueología de la fiesta andina: El caso de la región cultural de Tarapacá. *Actas del XVIII Congreso Nacional de Arqueología Chilena*, pp. 229-240, Valparaíso: Sociedad Chilena de Arqueología, Departamento de Antropología, Universidad de Chile.
- WILLEY, G., 1968. Settlement Archaeology: An appraisal. En *Settlement Patterns*, K. Chang, Ed., pp. 208-226. Palo Alto: National Press Books.



PRODUCCIÓN Y CONSUMO DE VASIJAS CERÁMICAS EN LA QUEBRADA DE HUMAHUACA (PROVINCIA DE JUJUY, ARGENTINA) DURANTE EL PERÍODO INKA (1430-1536 DC)

PRODUCTION AND CONSUMPTION OF CERAMIC VESSELS AT QUEBRADA DE HUMAHUACA (JUJUY PROVINCE, ARGENTINA) DURING THE INKA PERIOD (1430-1536 AD)

MARÍA ANDREA RUNCIO*

La quebrada de Humahuaca (Provincia de Jujuy, Argentina) fue incorporada al estado inkaico en la primera mitad del siglo xv. A partir del nuevo contexto sociopolítico instaurado por el Tawantinsuyu en la región, se procurará evaluar el impacto estatal sobre la producción y el consumo de la cerámica local y de la cerámica inka presente en la quebrada, que incluye vasijas de Estilo Inka, de estilos distribuidos por el Estado y vasijas que combinan pautas morfológicas y decorativas locales con aquellas introducidas por los inkas.

Palabras clave: producción, consumo, vasijas cerámicas, quebrada de Humahuaca, Período Inka

Quebrada de Humahuaca (Jujuy Province, Argentina) was incorporated into the Inka state in the first half of the 15th century. The state's impact on the production and consumption of local ceramics and Inka vessels from the area—which include Inka style vessels, styles distributed by the Inka State, and vessels that combine local and Inka morphological and decorative aspects—are analyzed considering the new political context established by Tawantinsuyu in this region.

Key words: production, consumption, ceramic vessels, quebrada de Humahuaca, Inka period

INTRODUCCIÓN

El proceso de dominación del estado inka sobre los territorios conquistados no fue homogéneo sino que dependió, en gran medida, de las características propias de las poblaciones dominadas. Como consecuencia, el Estado empleó diferentes estrategias en cada caso, aunque existieron modos reiterativos a lo largo del vasto territorio imperial. Ciertas políticas y prácticas, junto con el uso de determinadas materialidades como la arquitectura, los tejidos y la cerámica, fueron comunes en la mayoría de los territorios conquistados y esenciales para la articulación de las nuevas relaciones sociales y la dominación, aunque cada escenario social conlleva sus particularidades.

La quebrada de Humahuaca (Provincia de Jujuy, noroeste de Argentina) (fig. 1) fue incorporada al Estado inkaico en la primera mitad del siglo xv. Las políticas estatales instauradas incluyen la intensificación de las actividades agrícolas junto con la instalación de la red vial y una serie de asentamientos necesarios para cumplir con las actividades del Estado. Asimismo, como parte de las estrategias de integración y dominación, se produce la incorporación de cerámica inkas proveniente de otras regiones del Imperio, así como la producción de vasijas que combinaban formas y motivos decorativos locales con aquellos introducidos por los inkas.

* María Andrea Runcio, Centro de Investigaciones Precolombinas, Instituto Superior del Profesorado "Dr. Joaquín V. González" (Buenos Aires, Argentina), Casilla Postal 1191, Correo Central de Trujillo (Trujillo, Perú), email: andrearuncio@hotmail.com

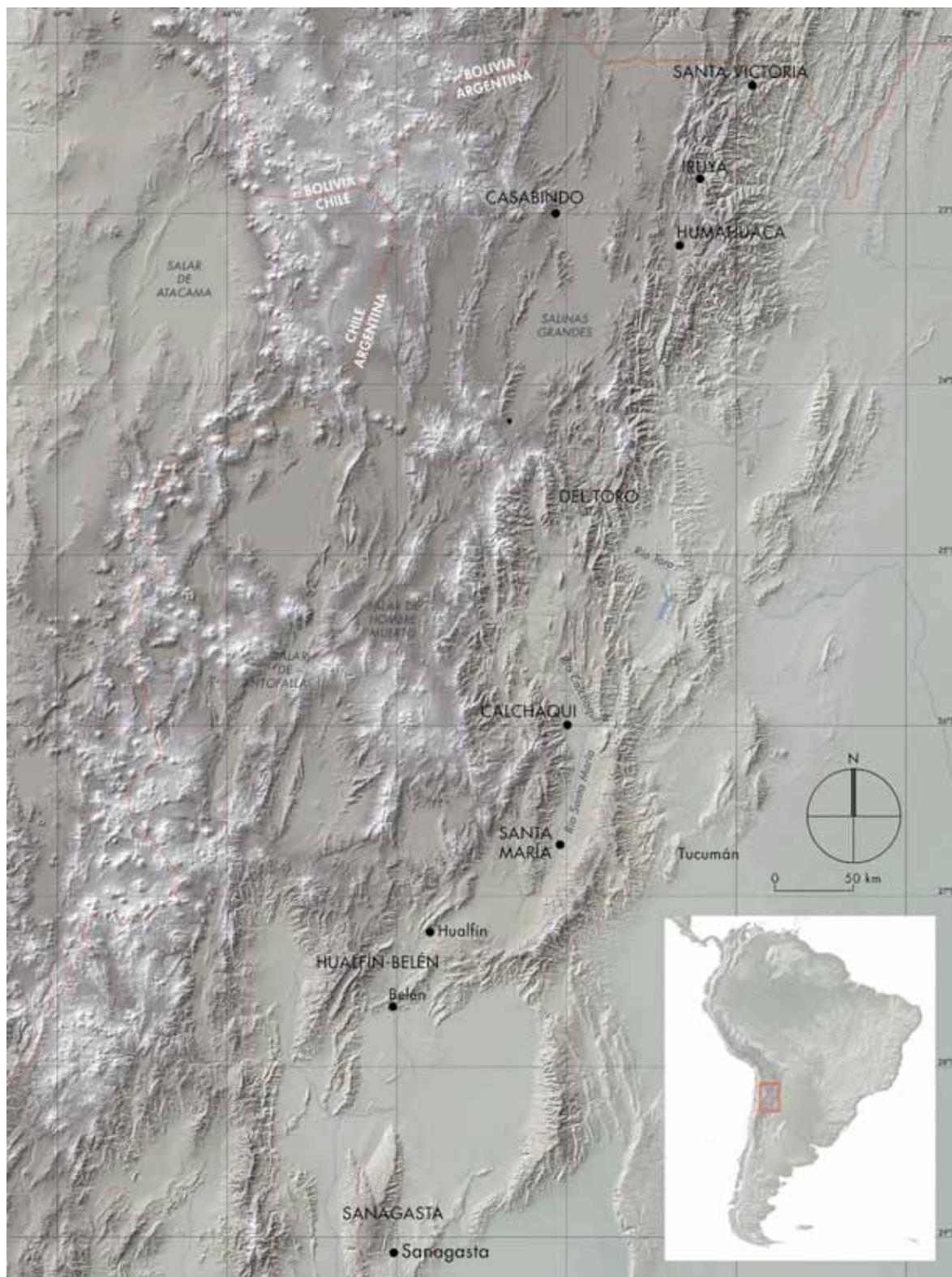


Figura 1. Quebrada de Humahuaca, Noroeste de Argentina.

Figure 1. Quebrada de Humahuaca, Northwest Argentina.

En este trabajo, entonces, se procurará evaluar la influencia estatal sobre la producción y el consumo de cerámica local, especialmente de los denominados *pucos* Poma Negro sobre Rojo (Bennett et al. 1948) y de las vasijas inkas presentes en la quebrada. Con la denominación de “vasijas o cerámica inkas” designamos de manera general un conjunto de piezas que incluye: vasijas de Estilo Inka, es decir similares a las de los estilos cusqueños (Pardo 1939; Rowe 1944; Fernández Baca 1953); vasijas en estilos valorados y distribuidos por el Estado (Williams 2004: 231), como el Pacajes o Saxámar (procedente del área circuntitica; Munizaga 1957), el Yavi Chico Policromo (procedente del sur de Bolivia y puna de Jujuy, Argentina; Krapovickas 1975) y el Inka Paya o Casa Morada Policromo (procedente de sitios inkas del Noroeste Argentino) (Bennett et al. 1948), y vasijas que combinan pautas morfológicas y decorativas locales o quebradeñas e inkaicas.

LA QUEBRADA DE HUMAHUACA EN MOMENTOS INKAICOS: INFORMACIÓN ARQUEOLÓGICA Y ETNOHISTÓRICA

En la primera mitad del siglo xv, la quebrada de Humahuaca fue incorporada al Estado inkaico, produciéndose algunos cambios con relación al Período Tardío (900-1430 DC).

En algunos de los asentamientos preinkaicos (Tilcara, La Huerta) se emplazaron grandes complejos arquitectónicos que fueron edificados en sectores privilegiados de los mismos. Otros sitios fueron total o parcialmente abandonados (Juella, Los Amarillos) y se instalaron, también, sitios construidos bajo supervisión estatal, vinculados a la administración (santuarios de altura, postas de enlace, sitios de almacenaje; Nielsen 2001).

Asimismo, la producción agrícola experimentó un gran incremento producto de la tecnificación introducida por el Estado en algunos sitios de cultivo preinkaicos (Coctaca, Rodero; Nielsen 1996).

Por su parte, la red vial inkaica –que recorre la quebrada longitudinalmente– permitió articular las instalaciones relacionadas con la administración imperial.

Es interesante destacar también que algunos investigadores (González 1982; Krapovickas 1994; Zanolli 2003; Raffino et al. 2004) señalan el traslado de *mitimaes* chicha (grupo étnico asociado al Estilo alfarero Yavi de la puna de Jujuy y sur de Bolivia) hacia la quebrada de Humahuaca para cumplir funciones agrícolas y militares. En relación con esto, Raffino (1993: 308) indica que la cerámica Yavi que aparece en la quebrada podría ser manufacturada por estos individuos trasladados.

Finalmente, Sánchez (2004) revisa el tema de las identidades étnicas de los grupos que habitaron el espacio comprendido por el sector centro-sur de la quebrada de Humahuaca. Dos cuestiones mencionadas en el trabajo son de importancia para nuestro análisis del período inkaico. En primer lugar, indica que el vocablo *puruamarca* proviene de la unión de las palabras quechuas *purum auca*, que denominan a las poblaciones que fueron renuentes a ser conquistadas por los inkas. Por lo tanto, sostiene que los habitantes de esta zona (actualmente Purmamarca, en el sector sur de la quebrada de Humahuaca) primero resistieron a la conquista inkaica –de ahí su denominación– y luego los españoles conservaron el nombre por lo que connotaba (Sánchez 2004: 118-120). A su vez, destaca que los documentos mencionan a *Viltipoco* y los subsiguientes dirigentes étnicos de Tilcara (en el sector central de la quebrada) con relación a *Puruamarca*, como base del poder de la jerarquía política en momentos inkaicos (2004: 121-122). De esta forma, Purmamarca y Tilcara aparecen unidas a través de la figura del cacique *Viltipoco* que se desplazaba con autoridad entre ambos territorios. De acuerdo con la autora, el vínculo entre ambas regiones se habría dado a través del parentesco mediante el intercambio de mujeres, asociado a la posesión de tierras. Posteriormente, los inkas se valieron de esta organización sociopolítica y de alianzas, aprovechando o distorsionando el juego de poder local para amalgamar bajo un único sistema de jerarquía las sociedades del centro-sur de la quebrada de Humahuaca, donde los habitantes de Tilcara habrían tomado parte en la reorganización política mientras que los grupos del sur lucharon hasta el final para no perder su autonomía frente a la estructura estatal (2004: 127-128).

Entonces, en el marco de este nuevo contexto sociopolítico instaurado por el *Tawantinsuyu*, procuraremos evaluar el impacto sobre la producción y el consumo de vasijas locales, así como de aquellas vinculadas al Estado a partir de su llegada a la región.

PRODUCCIÓN Y CONSUMO DE VASIJAS CERÁMICAS EN LA QUEBRADA DE HUMAHUACA EN MOMENTOS INKAICOS

La cerámica de la quebrada de Humahuaca para el Período Tardío se caracteriza por un conjunto de formas abiertas y cerradas de color rojo con decoración geométrica pintada en negro y minoritariamente en blanco y negro que, en general, se presenta sobre superficies pulidas. Los diseños característicos comprenden líneas,

reticulados, triángulos, espirales, entre otros, que se combinan formando diferentes motivos. Estos aparecen tanto en las superficies internas de *pucos* y otras formas abiertas, como en el exterior de ollas y cántaros de cuerpos globulares y, en algunos casos, también en el borde interno de los mismos. Se presentan, asimismo, *pucos* con la superficie interna pulida de color negro, las ollas conocidas como Angosto Chico Inciso que presentan filas de incisiones en sus cuellos –y, a veces, en el labio– y un conjunto de vasijas ordinarias, sin decoración y con sus superficies alisadas. También son característicos los denominados *pucos* Poma que presentan una decoración estandarizada consistente en una “banda curvilínea negra” en la superficie externa mientras que la interna no presenta diseños.¹

En primer término, es importante destacar que estas vasijas características del Período Tardío continuaron siendo utilizadas y no presentan mayores variaciones durante el momento de ocupación inkaica de la quebrada. El análisis estilístico realizado por nosotros (Runcio 2010) revela un conjunto homogéneo en el cual no parece existir un quiebre en la morfología y/o decoración que podría atribuirse a la influencia del Estado sobre la producción de cerámica local. Este hecho también ha sido observado por otros investigadores. Cremonte y colaboradores (2007: 65) señalan que en Volcán (sitio del sector sur de la quebrada) no se presentan diferencias de manufactura entre la cerámica correspondiente a los períodos Tardío e Inka, lo que indicaría que el Estado no habría impactado en la producción alfarera local. Por su parte, López (2004) observa que en La Huerta (sitio ubicado en el sector central) no habrían ocurrido modificaciones lo suficientemente importantes en la secuencia total de producción como para sostener que esta fue altamente modificada. Finalmente, Nielsen (1997a, 2007a) menciona que no hay cambios significativos en los conjuntos cerámicos locales que continuaron siendo utilizados en momentos inkaicos.

Entonces, el Estado inkaico parece no haber intervenido sobre la producción y el consumo de vasijas locales a nivel de las comunidades asentadas a lo largo de la quebrada.

Sin embargo, pueden hacerse algunas reflexiones en torno a aquellos *pucos* conocidos como Poma Negro sobre Rojo (Bennett et al. 1948) (fig. 2).

En primer término, es interesante notar que hay coincidencia en atribuir estas vasijas a los últimos momentos del Período Tardío. En el cuadro cronológico propuesto por Bennett et al. (1948: figura 7), el Estilo Poma Negro sobre Rojo se ubica casi al finalizar el Período Tardío, hecho que posteriormente parecen corroborar los fechados radiocarbónicos. En este sentido, Nielsen

(2001: 213, 2007b: figura 1.7) señala la aparición de estos *pucos* alrededor del 1350 DC, correspondiendo a lo que anteriormente definió como Fase Pukara (1350-1430 DC; 1997a: 112). También en el basural PS.1 del sitio La Huerta, la cerámica Poma aparece a partir de la capa XII (Raffino & Alvis 1993: Cuadro 2.1) fechada en 1326 DC (Palma 1997/1998: Cuadro 2). Asimismo, los investigadores coinciden en señalar que se continuaron usando en momentos inkaicos.

En cuanto a su decoración, destaca el uso recurrente de una “banda curvilínea negra” en la cara externa como diseño altamente visible y estandarizado y la ausencia de diseños pintados en la cara interna, mientras que la decoración en los restantes *pucos* de la quebrada se plasma mayoritariamente en la cara interna (Runcio 2010).

Por último, estos *pucos* están ampliamente distribuidos en la quebrada en tanto que de 14 sitios estudiados, se presentan con al menos un ejemplar en 11 de ellos (Yacoraite, Los Amarillos, Campo Morado, La Huerta, Angosto Chico, Juella, Huichairas, Tilcara, Hornillos, Ciénaga Grande y Volcán; Runcio 2010).

Recapitulando, hay tres características a destacar de estos *pucos*: su aparición hacia finales del Período Tardío y la continuidad de su uso en el Período Inka, la recurrencia en la utilización de la “banda curvilínea negra” en la cara externa y su presencia en gran parte de los sitios de la quebrada.

Podría plantearse, entonces, que por algún motivo –probablemente relacionado con el desarrollo de ceremonias públicas en el marco del establecimiento de vínculos políticos, integración y alianzas entre comunidades que comienza a desarrollarse a partir del 1300 DC (Palma 2000; Nielsen 2001, 2007b; Sánchez 2004)– las



Figura 2. Poco Poma Negro sobre Rojo (pieza N° 4289, Colección Museo Etnográfico, FFyL, UBA).

Figure 2. Black on Red poco bowl (piece N° 4289, Collection of the Museo Etnográfico, FFyL, UBA).

sociedades quebradeñas de finales del Tardío comenzaron a producir estas vasijas con características distintivas en su decoración. Como señala Tarragó (2000: 287), estas pudieron desempeñar un papel socialmente emblemático con una funcionalidad específica como recipiente para beber chicha y tapa de las vasijas que la contenían, usadas en distintos eventos sociales.

Posteriormente, con la llegada inkaica se habría enfatizado la producción y el consumo de estas vasijas que –por su decoración estandarizada– ya se distinguían entre el repertorio de cerámica utilizada hasta ese momento. En este sentido, varios autores señalan que el uso de un estilo distintivo y generalizado constituye una forma de manifestar integración grupal y expresar pertenencia e identidad, especialmente en situaciones de negociación del poder como el contacto con un estado expansivo (Wells 1998; Schjellerup 2002; Sillar & Dean 2002; Stovel 2005).

De esta forma, los *pucos* con “banda curvilínea negra” se habrían constituido en un medio material adecuado para comunicar aspectos vinculados a la identidad regional en momentos de reconfiguración del orden sociopolítico a partir de la presencia del Estado inkaico. De acuerdo con Cantarutti y Mera (2002-2005: 202), la alfarería empleada por las sociedades relacionadas con el Estado Inka debió comportarse como soporte propicio para comunicar conceptos vinculados no solo al Estado, sino también referidos a los propios grupos integrados.

Entonces, la producción y el consumo de estas vasijas distintivas por su decoración en momentos inkaicos habrían reforzado el rol estilístico emblemático (en el sentido de Wiessner 1983: 257) que ya desempeñaban desde el Tardío. Además de la cerámica local que continuó siendo utilizada, también se incorpora cerámica inkas en varios sitios de la quebrada (Tabla 1).

Anteriormente (Runcio 2010) hemos estudiado 97 piezas enteras y fragmentos de partes diagnósticas que forman parte de las colecciones del Museo Etnográfico “Juan B. Ambrosetti” y del Museo Arqueológico “Eduardo Casanova”, dependientes de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.

La muestra está constituida por un conjunto de formas de adscripción inka, como platos ornitomorfos, pelikes, aríbalos, aribaloides, platos, puchuelas, *aysanas* y ollas de pie (Bingham 1915; Pardo 1939), con diferentes tratamientos de superficie (Negro/Rojo, Negro/Ante, policromo) y una amplia variedad de diseños pintados plasmados sobre las mismas. Como antes se mencionó, estos incluyen aquellos similares a los de los estilos cusqueños, aquellos correspondientes a los estilos valorados y distribuidos por el Estado (Pacajes, Yavi Chico Policromo, Casa Morada Policromo) y aquellos diseños locales presentes en las vasijas producidas en la quebrada (Tabla 2).

Con el propósito de realizar un análisis más detallado, estas vasijas fueron divididas en cinco grupos:

Tabla 1. Distribución de las formas inkas en los sitios de la quebrada de Humahuaca.
Table 1. Distribution of Inka forms in sites of the quebrada de Humahuaca.

Sitios	Platos ornitomorfos	Pelikes	Aríbalos o aribaloides	Platos	Puchuelas	Aysanas	Ollas de pie	Total
Coctaca	19	2	3	2	1	1	3	31
Peñas Blancas	–	–	–	–	1	–	–	1
Yacoraite	1	2	–	1	–	–	–	4
Los Amarillos	1	5	1	–	–	–	–	7
Campo Morado	–	–	–	–	–	–	–	–
La Huerta	–	2	3	–	–	–	–	5
Angosto Chico	1	4	–	–	–	–	–	5
Puerta de Juella	–	–	–	–	–	–	–	–
Juella	–	–	–	–	–	–	–	–
Huichairas	–	–	–	–	–	–	–	–
Tilcara	12	9	14	1	2	3	–	41
Hornillos	–	–	–	–	–	–	–	–
Ciénaga Grande	–	–	3	–	–	–	–	3
Volcán	–	–	–	–	–	–	–	–
Total	34	24	24	4	4	4	3	97

Tabla 2. Formas inkas y diseños pintados que presentan.
Table 2. Inka forms and painted designs identified.

Formas	Platos ornitomorfos	Pelikes	Aribalos o aribaloides	Platos	Puchuelas	Aysanas	Ollas de pie	Total
Con diseños pintados de la quebrada	4	6	12	4	1	–	1	28
Con diseños pintados Yavi	2	15	–	–	–	2	–	19
Con diseños pintados inkas (sobre tratamientos negro/rojo y negro/ante)	21	–	1	–	–	1	–	23
Con diseños pintados inkas (sobre tratamiento policromo)	–	–	8	–	–	1	–	9
Sin diseños	4	3	2	–	3	–	2	14
Inka Pacajes	3	–	–	–	–	–	–	3
Casa Morada Policromo	–	–	1	–	–	–	–	1
Total	34	24	24	4	4	4	3	97

1. Formas inkas con tratamiento de superficie Negro/Rojo y diseños pintados, que se presentan habitualmente sobre las vasijas de la quebrada antes descritas. En este caso, las formas más abundantes son los aribaloides Negro/Rojo con “banderines” (Runcio 2010) (fig. 3).

2. Formas inkas con tratamientos de superficie Negro/Rojo y Negro/Ante con diseños pintados característicos del Estilo Yavi (Krapovickas 1965, 1973, 1975; Ávila 2006). Aquí, las formas más abundantes son los pelikes Negro/Rojo y Negro/Ante con una combinación de diseños que incluyen, principalmente, “banda recta con reticulado”, “triángulo con espiral” y “triángulo con apéndices paralelos” (fig. 4).

3. Formas inkas –fundamentalmente platos ornitomorfos– que exhiben diseños inkas como “triángulos unidos por sus vértices combinados con líneas paralelas verticales”, “bandas cruzadas con damero reticulado”, “diseño cruciforme con terminación en forma de peine”, “rombos concéntricos”, “filas de triángulos”, entre otros (Pardo 1939; Rowe 1944; Fernández Baca 1953) sobre tratamientos Negro/Rojo y Negro/Ante (fig. 5).

4. Vasijas en estilos asociados y distribuidos por el Estado, que incluyen principalmente platos ornitomorfos que corresponden al Estilo Inka Pacajes (Munizaga 1957) y un aríbalo Casa Morada Policromo (Bennett et al. 1948) (fig. 6).

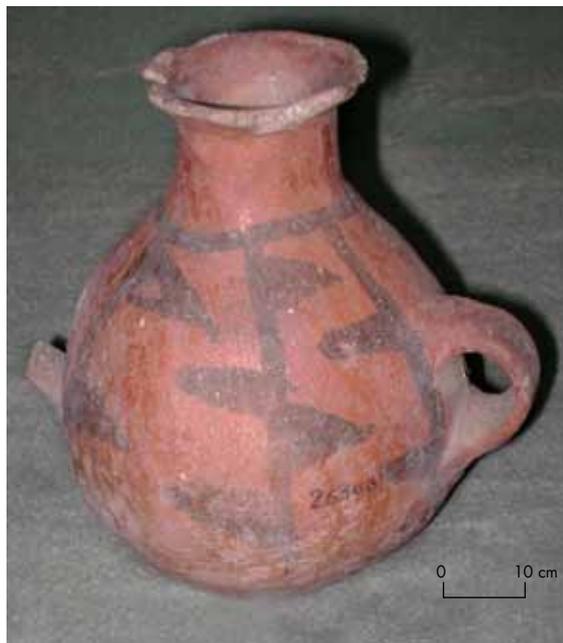


Figura 3. Aribaloide Negro/Rojo con “banderines” (pieza N° 26308, Colección Museo Etnográfico, FFyL, UBA).

Figure 3. Black and Red aribalo vessel with “pennants” (piece N° 26308, Collection of the Museo Etnográfico, FFyL, UBA).



Figura 4. Pelike Negro/Rojo (pieza N° 3675, Colección Museo Etnográfico, FFyL, UBA).

Figure 4. Black and Red pelike vessel (piece N° 3675, Collection of the Museo Etnográfico, FFyL, UBA).

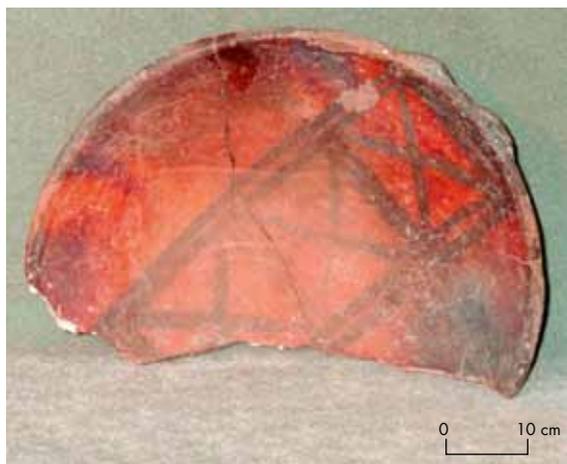


Figura 5. Plato ornitomorfo Negro/Rojo (pieza N° 3345, Colección Museo Etnográfico, FFyL, UBA).

Figure 5. Black and Red bird-shaped plate (piece N° 3345, Collection of the Museo Etnográfico, FFyL, UBA).

5. Un conjunto de piezas (aribalos, aribaloides, *aysana*) y fragmentos que muestran tratamiento policromo con diseños que conforman motivos complejos, similares a los de las piezas cusqueñas (Pardo 1939; Rowe 1944; Fernández Baca 1953) (figs. 7 y 8).

En primer término, es interesante destacar la amplia variabilidad que presentan los tres primeros grupos recién mencionados en cuanto a la combinación de los diseños pintados.



Figura 6. Plato ornitomorfo Inka Pacajes (pieza N° 7438, Colección Museo Etnográfico, FFyL, UBA).

Figure 6. Bird-shaped plate, Inka Pacajes (piece N° 7438, Collection of the Museo Etnográfico, FFyL, UBA).

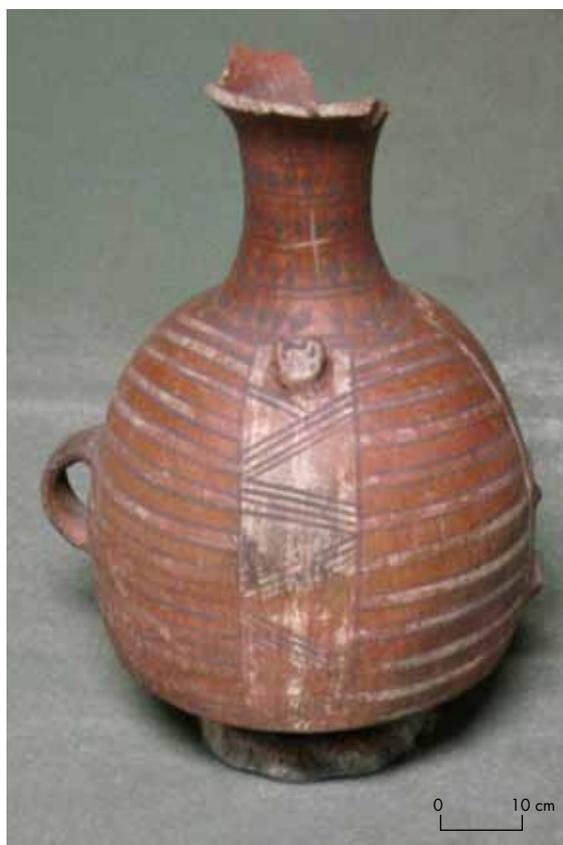


Figura 7. Aribalo policromo (pieza N° 35100, Colección Museo Etnográfico, FFyL, UBA).

Figure 7. Polychrome aribalo vessel (piece N° 35100, Collection of the Museo Etnográfico, FFyL, UBA).

En el caso de los aribaloides con “banderines”, si bien este es el diseño pintado más recurrente, algunos pueden incluir “línea recta” en el labio mientras que otros no la presentan y lo mismo sucede con diseños como “bandas paralelas rectas” o “líneas paralelas rectas” en el borde interno.



Figura 8. Fragmento de cuerpo de aríbalo policromo (pieza N° 8732, Colección Museo Etnográfico, FFyL, UBA).

Figure 8. Body fragment of a polychrome aríbalo vessel (piece N° 8732, Collection of the Museo Etnográfico, FFyL, UBA).

Algo similar ocurre con los pelikes del segundo grupo, en que los tres diseños principales (“banda recta con reticulado”, “triángulo con espiral” y “triángulo con apéndices paralelos”) están representados frecuentemente, se combinan entre sí y con otros diseños pintados en formas diversas. En algunos casos también se combinan con “línea recta” en el labio y pueden presentar “bandas paralelas rectas”, “líneas paralelas rectas” u otros diseños pintados (“triángulo con espiral”, “semicírculo negro”) en el borde interno.

Asimismo, algunos de los platos ornitomorfos del tercer grupo muestran “línea recta” o “líneas paralelas rectas” en el labio mientras que unos pocos no las poseen.

Esta importante variabilidad en los diseños utilizados podría llevar a pensar, como ya se propuso para la manufactura de cerámica local en momentos inkaicos, en un escaso control de la producción de la cerámica inkas por parte del Estado como ocurrió en otros ámbitos del Imperio (Morris 1988: 241-245). Sin embargo, esta producción debió haberse realizado en diferentes contextos de acuerdo a los distintos tipos de vasijas.

En el caso de las formas inkas con diseños locales (en que las más abundantes son los aribaloides Negro/Rojo con “banderines”), podemos plantear un escenario en el cual los artesanos locales habrán imitado las formas inkas a las que incorporaron motivos locales, en un contexto donde el Estado no intervenía sobre la manufactura y el consumo de estas vasijas en diferentes sitios de la quebrada.²

En cuanto a las formas inkas con diseños pintados característicos del Estilo Yavi, que corresponden principalmente a pelikes Negro/Rojo y Negro/Ante con una combinación de “banda recta con reticulado”, “triángulo con espiral” y “triángulo con apéndices paralelos”, podrían plantearse dos escenarios. Primero, debe mencionarse que

por ser zonas contiguas geográficamente, el intercambio de piezas entre la quebrada y el área de procedencia de la cerámica Yavi fue frecuente y se remonta al Período Medio (700-900 DC) (Pérez 1973). Para momentos tardíos, Nielsen (2007c: 407) interpreta la presencia de una escudilla Yavi en un sepulcro sobreelevado en el sector central del sitio Los Amarillos como una forma de significar la integración multiétnica, en tanto que una de las obligaciones de los curacas era establecer relaciones con otras colectividades para lograr acceso a espacios y recursos distantes. La circulación de piezas constituye, entonces, un proceso de importancia entre ambas regiones, hecho que se evidencia a través de la presencia de cerámica Yavi en muchos de los sitios de la quebrada (Ávila 2006; Runcio 2010).

En momentos inkaicos, el Yavi es uno de los estilos que los inkas valoraron y distribuyeron junto con cerámica inkas policroma en el Noroeste Argentino y zonas de Chile y Bolivia (Williams 2004: 231). Asimismo, es sugerente el planteamiento del traslado de *mitimaes* Chicha a la quebrada. La información etnohistórica indica que su función principal fueron las tareas agrícolas y militares, aunque Raffino (1993: 308) propone que la cerámica Yavi de la quebrada podría haber sido manufacturada por estos individuos trasladados, lo cual ha sido comprobado que sucede en otras regiones del Noroeste Argentino (Williams & Cremonte 1992-1993) y posiblemente en el norte chileno (Cantarutti & Mera 2001).

Entonces, dada la importancia que tenía este estilo desde momentos preinkaicos para las poblaciones de la quebrada, es probable que los inkas –ya sea a través de la circulación de piezas manejada por el Estado o producidas por *mitimaes* trasladados a la quebrada, hecho que por el momento no podemos dilucidar– hayan controlado la distribución y el consumo de un bien de importancia simbólica para las poblaciones locales como forma de desestructurar las alianzas y establecer diferencias de estatus entre los curacas locales a través de un acceso diferencial a estos bienes.

Para las formas inkas con tratamientos Negro/Rojo y Negro/Ante y diseños inkas (que comprenden fundamentalmente platos ornitomorfos) resta evaluar en qué contexto se desarrolló esta producción y el grado de control del Estado sobre la misma, cuestión que con la información disponible no es posible definir.³

Sin embargo, puede observarse que sobre estas vasijas –tanto las que tienen tratamiento Negro/Rojo como Negro/Ante– se plasman diseños inkas en su mayoría aislados que claramente se diferencian de los complejos motivos que habitualmente presentan estas piezas, lo que podría indicar que no hay un importante grado de intervención estatal en la producción aparte de

la reproducción de ciertas formas y quizás tratamientos de superficie.

Más allá de su contexto de producción, lo cual por el momento no es posible definir con claridad debido a la ausencia de estudios específicos que permitan dilucidarlo, la presencia mayoritaria de estas vasijas en los sitios Tilcara y Coctaca podría conducir a pensar que el control del Estado se establece sobre la distribución y su consumo por parte de cierto sector de la población local, más que sobre la producción.

Finalmente, se presentan un conjunto de piezas de producción no local, algunas de las cuales pueden identificarse como procedentes de regiones cercanas (platos ornitomorfos Inka Pacajes, aríbalo Casa Morada Policromo) mientras que otras (aríbalos, aribaloides y una *aysana* con motivos complejos similares a los de las piezas cusqueñas) podría pensarse que fueron producidas en alguno de los centros de producción estatal y trasladadas hacia la quebrada.

Además de considerar los diferentes posibles contextos de producción de estas vasijas, analizaremos más específicamente la distribución de las piezas y su consumo en los diferentes sitios.

La Tabla 2 muestra la distribución de la cerámica inka en los sitios de la quebrada donde puede observarse que se presentan, en ocho de los 14 estudiados (Runcio 2010), siendo Tilcara y Coctaca los que muestran la mayor concentración de vasijas, con 41 y 31 respectivamente. A su vez, Coctaca es el sitio que presenta la mayor cantidad de piezas con diseños inkas sobre tratamientos Negro/Rojo y Negro/Ante (principalmente platos ornitomorfos), mientras que en Tilcara se concentran las formas inkas con tratamientos de superficie y diseños que corresponden al Estilo Yavi (principalmente pelikes) así como las piezas Inka Pacajes y aquellas con motivos complejos similares a los cusqueños. Finalmente, en Ciénaga Grande, si bien la cantidad de piezas inkas no es muy abundante, destaca la presencia de un aríbalo Casa Morada Policromo y otros dos con motivos inkaicos que imitan los cusqueños.

La presencia de cerámica con diseños inkas sobre tratamientos Negro/Rojo y Negro/Ante en Coctaca, podría vincularse al hecho de que una parte de ese complejo agrícola fue utilizada por el *Tawantinsuyu*, lo cual se evidencia en la ampliación y la complejización de las áreas de cultivo por parte del Estado. Los trabajadores debieron ser movilizados desde las comunidades locales para trabajar allí (Nielsen 1997b, 2001) y usado esa cerámica ya que, como sostiene Murra (2002: 292), “cuando los campesinos cumplían con su *mit'a* estatal, utilizaban los recursos y herramientas del estado, inclusive sus vasijas”.

Por otro lado, varios investigadores señalan la importancia de Tilcara y su vínculo con el Estado inkaico (González 1982; Palma 2000; Nielsen 2001). La presencia de vasijas en estilos asociados al Estado (Yavi, Pacajes) así como de piezas con motivos cusqueños, daría cuenta de la estrecha relación de este asentamiento con el Estado. Como señala Nielsen (2001: 221), estas vasijas podrían funcionar como marcadores de rango, llegando a la región bajo la forma de presentes destinados a la jerarquía política quebradeña en retribución por los servicios prestados al Estado.

Aquí resulta interesante reiterar la información presentada por Sánchez (2004). La autora indica que el vocablo *puruamarca* proviene de la unión de las palabras quechuas *purum auca*, que denominan a las poblaciones que fueron renuentes a ser conquistadas por los inkas y, entonces, sostiene que los habitantes de esa zona (actualmente Purmamarca, donde se ubica Ciénaga Grande) habrían resistido a la conquista inkaica. También menciona un estrecho vínculo entre los territorios de Tilcara y *Puruamarca* señalando que los documentos mencionan a *Viltipoco* y los subsiguientes dirigentes étnicos de Tilcara en relación con *Puruamarca* como base del poder de la jerarquía política en momentos inkaicos y que –posteriormente– los inkas se habrían valido de esta organización sociopolítica, aprovechando o distorsionando el juego de poder local, para amalgamar bajo un único sistema de jerarquía a las sociedades del centro-sur de la quebrada.

Asimismo, es importante notar que Ciénaga Grande se asocia a la red vial (Raffino et al. 1986; Palma 1998) y presenta vestigios de arquitectura inka (Raffino 1978; Raffino et al. 1986).⁴

La cerámica inka formaba parte del conjunto de objetos preciados como regalos y como bienes de intercambio en los gestos de reciprocidad hacia los curacas sometidos (D'Altroy 2001; Matos 1999; Bray 2004). Dado el vínculo que parece existir entre Tilcara y Ciénaga Grande a partir de la autoridad que ejercía el curaca de Tilcara en ambas regiones y el uso de esta organización previa a favor del Estado, la presencia en ambos sitios de cerámica con simbología estatal estaría relacionada con las estrategias de dominio inka en la región a través de la entrega de objetos como reciprocidad por la participación en la estructura de poder estatal y la colaboración en el dominio sobre las poblaciones locales.⁵

De esta forma, podríamos plantear diferentes contextos de producción y consumo de cerámica inka en la quebrada.

En cuanto a los contextos de producción, si bien la información disponible no es abundante, esta podría

estar a cargo de los artesanos locales en sus propios asentamientos y de los *mitimaes* que manufacturarían cerámica como complemento de las actividades principales que desarrollaban, de acuerdo al planteamiento de D'Altroy (2001) para las zonas periféricas –como la quebrada de Humahuaca– donde el Estado exigía a las poblaciones locales la entrega de vasijas terminadas, sin tener entonces la capacidad de controlar la “calidad” del producto.⁶ Parecería que, en estos casos, lo importante es la reproducción de la forma de las vasijas como símbolo distintivo de la presencia estatal mientras que no hay un estricto control sobre la decoración. La importante variabilidad presente en los conjuntos de vasijas inkas analizados apoya esta idea del escaso control estatal sobre la producción de cerámica inka. Los artesanos reproducían ciertas formas, pero plasmaban sus propios diseños, así como imitaban algunos diseños inkas, hecho que es frecuente en otras regiones del Imperio (Hayashida 1994, 1999; Williams 1999; Cantarutti & Mera 2002-2005; González Carvajal 2004, entre otros). En este sentido, Hyslop (1993, citado en Uribe 2004: 322), en relación con la variabilidad de los materiales inkaicos, señala que en la cerámica se copiaron las formas más que la decoración y esto no es contradictorio con la conquista y la incorporación al Imperio sino que, al contrario, se trataría de construcciones sociales particulares en las que se involucran conceptos significativos para ambas partes y que implicaban una representación del mundo en cuya construcción participaban conquistadores y conquistados.

De acuerdo a la distribución de las piezas en los diversos sitios, podrían plantearse distintos circuitos de consumo. Uno más restringido, de piezas en estilos asociados al Estado (Pacajes, Casa Morada Policromo, Yavi) y piezas con motivos cusqueños en ciertos sitios (Tilcara, Ciénaga Grande, Coctaca) vinculados a la administración estatal en la región y uno más generalizado, de piezas inkas con tratamiento y diseños de la quebrada en mayor cantidad de sitios.⁷

Los inkas emplearon la alfarería, más allá de su función utilitaria, para crear y reforzar relaciones hegemónicas con las poblaciones dominadas, siendo un medio para comunicar y materializar las nuevas relaciones sociopolíticas impuestas por el poder estatal. En este contexto, una serie de estrategias habrían sido utilizadas en función de las necesidades estatales en la región.

Por un lado, la distribución y el consumo de vasijas en estilos asociados al Estado (Yavi, Pacajes, Casa Morada Policromo) y con motivos cusqueños en el marco de una estrategia que implicaba el acceso restringido a bienes con simbología estatal altamente reconocible por parte de un sector de la población local involucrado en la administración estatal. Como sostienen Cantarutti y Mera

(2002-2005: 209), el Estado requería popularizar estos símbolos materiales entre quienes reconocía como más estrechamente vinculados a él y servían eficientemente al sistema, mientras que los usuarios se identificaban o por lo menos aceptaban su uso en tanto les reportaba un reconocimiento especial.

Por el otro, una política estatal que procuraba la reproducción de las formas, pero permitía a los alfareros locales imitar los diseños inkas o plasmar sus propios diseños en vasijas que circulaban entre los distintos asentamientos de la quebrada como parte de su integración en el orden sociopolítico más amplio promovido por el *Tawantinsuyu* a nivel regional. En este contexto, la alfarería se convierte en uno de los medios empleados por el Estado para materializar nuevos conceptos y significados y, de esta forma, el uso de la misma se enmarcaba en un contexto ideológico más amplio que hacía participar a las poblaciones locales en el nuevo orden político, social y económico impuesto por el Estado (Cantarutti & Mera 2002-2005: 209).

En este punto, es necesario retomar la reflexión sobre la producción y el consumo de los *pucos* con “banda curvilínea negra” con relación a la presencia estatal. Se planteó que estos *pucos*, en momentos inkaicos, habrían jugado un rol estilístico emblemático como manifestación de la identidad regional frente al Estado. ¿Por qué el Estado consintió que continuara la producción y el uso de estas vasijas?

En primer término, la expresión de la identidad de los grupos dominados era permitida por el Estado (Decoster 2005; Hayashida 2003). Específicamente, respecto a la producción cerámica, Hayashida (2003) señala que el Estado fomentaba la producción de estilos locales ya sea para señalar la contribución de un grupo en particular con las políticas o el trabajo estatal o como símbolo de la identidad y el respeto a la autoridad tradicional de las regiones dominadas.

Además de su rol en la materialización de la identidad en la quebrada, se postuló que estas vasijas se usarían en contextos especiales, como celebraciones públicas en momentos anteriores a la llegada inkaica. Una de las prácticas comunes a los territorios conquistados es el desarrollo de ceremonias de hospitalidad y generosidad efectuadas por el Estado, en las que se usaba cerámica con simbología estatal. Probablemente, el uso de referentes simbólicos significativos para la población local –como los *pucos* con “banda curvilínea negra”– junto con la cerámica distintiva del *Tawantinsuyu* en celebraciones que ahora propiciaba el Estado, constituyó una forma de apropiación ideológica que le permitió materializar las nuevas relaciones sociopolíticas establecidas. La resignificación de estas vasijas a través de su uso en nuevos

contextos vinculados a las ceremonias estatales facilitó la integración al nuevo orden instaurado en la región.⁸ Como señala Patterson (1992, citado en Schjellerup 2002: 45), las entidades políticas incorporadas al Estado ya no pudieron reproducir las estructuras de relaciones preinkaicas en tanto el Imperio formó identidades colectivas nuevas que materializaron y deformaron los antiguos patrones culturales para dar la ilusión de continuidad de antiguas instituciones y prácticas en nuevos contextos.

PALABRAS FINALES

El aspecto visual de las vasijas de Estilo Inka, fácilmente reconocible por sus formas y motivos decorativos estandarizados, hace que se constituyan en objetos de gran eficacia simbólica para representar los vínculos que el Estado establecía con las poblaciones dominadas. En este marco general, se desarrollaron diversos contextos de producción, circulación y consumo de vasijas en función de las particularidades que asumía la ocupación inka en los diferentes territorios conquistados.

En el caso de la quebrada de Humahuaca, la producción y el consumo de vasijas se complejiza a partir de la intervención estatal –especialmente en el manejo de la circulación y consumo de ciertas piezas–, desarrollándose diferentes escenarios donde los artesanos locales incorporaron formas y diseños inkas a sus producciones, donde parte de la población tenía acceso a materialidades vinculadas al Estado cuyo uso implicaba un “estatus” especial y donde el Estado se apropia de un referente material de importancia para las poblaciones locales.

De esta forma, los cambios en la producción, la distribución y el consumo de vasijas cerámicas seguramente complejizó los vínculos entre grupos e individuos y conllevó la reconfiguración de las antiguas relaciones entre las comunidades locales como parte del nuevo contexto de reorganización sociopolítica impuesto por el Estado Inka en la región.

RECONOCIMIENTOS A Gabriela Amirati, Silvia Manuale, Victoria Coll y Alejandra Reynoso (Depósito de Arqueología, Museo Etnográfico) y Armando Mendoza (Museo E. Casanova) por haberme facilitado el acceso a las colecciones.

NOTAS

¹ Esta cerámica fue clasificada en una gran cantidad de estilos (ver Bennett et al. 1948; Cigliano 1967; Pérez 1973; Pelissero 1969; Deambrosis & De Lorenzi 1975; Raffino et al. 1986, entre otros) que fueron posteriormente criticados por mostrar contradicciones en la definición de los mismos (Palma 1996; Nielsen 1997a; Rivolta 1997).

² En relación con esto, cabe señalar la presencia de *pucos* subhemisféricos –una forma característica de la quebrada en el

Período Tardío– con diseños que pueden adscribirse como inkas, lo cual podría indicar que los artesanos locales también reprodujeron algunos diseños vinculados al estilo estatal (Runcio 2010).

³ El Negro/Rojo es utilizado en los estilos de la quebrada y en el Yavi y el Negro/Ante es característico de este último estilo; también son colores utilizados en la decoración de las piezas inkas (Matos 1999: 133), por lo tanto es difícil evaluar, sin análisis tecnológicos específicos, el grado de intervención del Estado con respecto a la mayor o menor autonomía que pudieron tener los artesanos frente a las elecciones en la decoración, el desarrollo de la producción en sus propios asentamientos o en un contexto especializado con mayor control estatal, así como su posible manufactura a cargo de los *mitimaes* o su traslado desde el área vecina.

⁴ Salas (1945: 178-179) también reporta el hallazgo de dos *keros* grabados de adscripción inkaica en el sitio.

⁵ Es significativo, en este sentido, que los otros sitios considerados de importancia en el Tardío (Los Amarillos, Yacoraite), incluso algunos con arquitectura inka (Peñas Blancas, La Huerta), no presenten el tipo de piezas inkas que hay en Tilcara y Ciénaga Grande, hecho que quizás se vincule con el rol que jugaron estos dos sitios en el proceso de dominación inkaica en la región.

⁶ También es necesario evaluar la posibilidad de que las vasijas inkas con tratamiento y/o diseños Yavi hayan sido traídas a la quebrada como parte de la circulación de piezas manejada por el Estado y no producidas por los *mitimaes*.

⁷ Dado que las piezas estudiadas proceden de colecciones de museos, solo ha sido posible conocer el sitio de procedencia de las mismas, mientras que no se pudo acceder a contextos de uso más específicos, como diferentes espacios dentro de los sitios o por parte de los diferentes grupos de la población que los habitaban.

⁸ Al respecto, mencionaremos que los *pucos* Poma se presentan en aquellos sitios residenciales considerados de mayor importancia sociopolítica en el Período Tardío como Los Amarillos, Yacoraite, La Huerta y Tilcara (Nielsen 1996; Palma 2000) en los cuales también se presenta cerámica inka. Particularmente, la mayor abundancia de *pucos* Poma se presenta en Tilcara (Cremonte 1994) cuyo vínculo con el Estado Inka ya fue explicado. Por último, la ausencia de *pucos* Poma en Coctaca, a pesar de la abundancia de cerámica inka en el sitio, podría deberse a la funcionalidad del mismo en tanto no se trata de un asentamiento residencial, sino de producción agrícola.

REFERENCIAS

- ÁVILA, M. F., 2006. Un mundo Ante sobre Morado. Estudio sobre el estilo cerámico Yavi de la puna oriental de Jujuy. Tesis de Licenciatura en Ciencias Antropológicas con orientación en Arqueología, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.
- BENNETT, W.; F. BLEILER & F. SOMMER, 1948. *Northwestern Argentine Archaeology*. New Haven: Yale University Publications in Archaeology N° 38.
- BINGHAM, H., 1915. Types of Machu Picchu pottery. *American Anthropologist* 17: 257-271.
- BRAY, T., 2004. La alfarería imperial inka: una comparación entre la cerámica estatal del área de Cusco y la cerámica de las provincias. *Chungara* 36 (2): 365-374.
- CANTARUTTI, G. & R. MERA, 2001. Alfarería de la Fase Inka en el valle de Limarí: evidencias de influencia Yavi o Chicha en jarros antropomorfos. En *Actas del IV Congreso Chileno de Antropología* [online] <www.antargo.cl/doc_arqueologia/alfareria.de.la.base.pdf> [Citado 20-09-10].
- 2002-2005. Variabilidad estilística alfarera y reflexiones sobre la dominación inkaica en el valle de Limarí a la luz del sitio Estadio Fiscal de Ovalle. *Xama* 15-18: 199-215. Mendoza: Unidad de Antropología, Centro Regional de Investigaciones Científicas y Tecnológicas.

- CIGLIANO, E., 1967. Investigaciones en el yacimiento de Juella. *Revista del Museo de La Plata. Sección Antropología* (NS) 6 (34): 123-249, La Plata.
- CREMONTE, M. B., 1994. Tendencias en relación a la producción y distribución de la cerámica arqueológica de la quebrada de Humahuaca. En *Taller "De Costa a Selva: Producción e intercambio entre los pueblos agroalfareros de los Andes centro sur"*, M. E. Albeck, Ed., pp. 177-197. Tilcara: Instituto Interdisciplinario Tilcara, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.
- CREMONTE, M. B.; A. RAMÍREZ & S. PERALTA, 2007. Identificación de manufacturas cerámicas no locales del pukará de Volcán. Petrografía de pastas y fluorescencia de rayos. En *Cerámicas arqueológicas. Perspectivas arqueométricas para su análisis e interpretación*, M. B. Cremonte & N. Ratto, Eds., pp. 49-71. San Salvador de Jujuy: Universidad Nacional de Jujuy.
- D'ALTROY, T., 2001. State goods in the domestic economy: The Inka ceramic assemblage. En *Empire and domestic economy*, T. D'Altroy & C. Hastorf, Eds., pp. 243-264. New York: Kluwer Academic/Plenum Publishers.
- DEAMBROSIO, M. S. & M. DE LORENZI, 1975. Definición de nuevos tipos cerámicos (análisis de materiales procedentes de Peña Colorada, provincia de Jujuy). En *Actas y Trabajos del Primer Congreso de Arqueología Argentina*, pp. 451-461, Rosario.
- DECOSTER, J., 2005. Identidad étnica y manipulación cultural: La indumentaria inka en la época colonial. *Estudios Atacameños* 29: 163-170.
- FERNÁNDEZ BACA, C., 1953. La cerámica Inka Cusco y sus motivos de ornamentación. *Revista del Museo e Instituto Arqueológico* 15: 141-201, Cusco.
- GONZÁLEZ, A. R., 1982. Las provincias inka del antiguo Tucumán. *Revista del Museo Nacional* XLVI: 317-380. Lima: Museo Nacional de la Cultura Peruana.
- GONZÁLEZ CARVAJAL, P., 2004. Arte visual, espacio y poder: Manejo inkaico de la iconografía cerámica en distintos asentamientos de la fase Diaguita Inka en el valle de Illapel. *Chungara* 36 (2): 375-392.
- HAYASHIDA, F., 1994. Producción cerámica en el imperio Inka. En *Tecnología y organización de la cerámica prehispánica en los Andes*, I. Shimada, Ed., pp. 443-475. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial.
- 1999. Style, technology and state production: Inka pottery manufacture in the Leche Valley, Perú. *Latin American Antiquity* 10 (4): 337-352.
- 2003. Leyendo el registro arqueológico del dominio inka: Reflexiones desde la costa norte del Perú. *Boletín de Arqueología PUCP* 7: 305-319. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.
- KRAPOVICKAS, P., 1965. La cultura Yavi, una nueva entidad cultural puneña. *Etnia* 2: 9-10. Olavarría: Instituto de Investigaciones Antropológicas.
- 1973. Arqueología de Yavi Chico (puna de Jujuy, República Argentina). *Revista del Instituto de Antropología* IV: 5-22. Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba.
- 1975. Algunos tipos cerámicos de Yavi Chico. En *Actas y Trabajos del I Congreso de Arqueología Argentina*, pp. 293-300, Rosario.
- 1994. Algunas observaciones respecto a los vínculos entre el noroeste de la puna de la Argentina y las regiones colindantes. Síntesis. En *Taller "De Costa a Selva: producción e intercambio entre los pueblos agroalfareros de los Andes centro sur"*, M. E. Albeck, Ed., pp. 7-15. Tilcara: Instituto Interdisciplinario Tilcara, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.
- LÓPEZ, M., 2004. Tecnología cerámica en La Huerta, quebrada de Humahuaca, Provincia de Jujuy. Tesis Doctoral, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.
- MATOS, R., 1999. La cerámica inka. En *Los inkas. Arte y símbolos*, pp. 109-165. Lima: Banco de Crédito del Perú.
- MORRIS, C., 1988. Progress and prospect in the archaeology of the Inka. En *Peruvian Prehistory*, R. Keatinge, Ed., pp. 233-256. Cambridge: Cambridge University Press.
- MUNIZAGA, C., 1957. Secuencias culturales de la zona de Arica. En *Arqueología chilena. Contribuciones al estudio de la región comprendida entre Arica y La Serena*, R. Schaedel, Ed., pp. 77-122. Santiago: Centro de Estudios Antropológicos, Publicación 2, Universidad de Chile.
- MURRA, J., 2002. Los olleros del Inka: Hacia una historia y arqueología del Qollasuyu. En *El mundo andino. Población, medio ambiente y economía*, pp. 287-293. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial e Instituto de Estudios Peruanos.
- NIELSEN, A., 1996. Demografía y cambio sociocultural en la quebrada de Humahuaca. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* XXI: 307-385, Buenos Aires.
- 1997a. *Tiempo y cultura material en la quebrada de Humahuaca, 700-1650 DC*. Tilcara: Instituto Interdisciplinario Tilcara, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.
- 1997b. Nuevas evidencias sobre la producción agrícola inka en el sector norte de la quebrada de Humahuaca. *Estudios Sociales del NOA* 1: 31-57. Tilcara: Instituto Interdisciplinario Tilcara, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.
- 2001. Evolución social en quebrada de Humahuaca (AD 700-1536). En *Historia argentina prehispánica, Tomo I*, E. Berberían & A. Nielsen, Eds., pp. 171-264. Córdoba: Editorial Brujas.
- 2007a. El Período de Desarrollos Regionales en la quebrada de Humahuaca: aspectos cronológicos. En *Sociedades precolombinas surandinas. Temporalidad, interacción y dinámica cultural del NOA en el ámbito de los Andes Centro-Sur*, V. Williams, B. Ventura, A. Callegari & H. Yacobaccio, Eds., pp. 235-251. Buenos Aires: Taller Internacional del NOA y Andes Centro Sur.
- 2007b. *Celebrando con los antepasados. Arqueología del espacio público en Los Amarillos, quebrada de Humahuaca, Jujuy, Argentina*. Buenos Aires: Mallku Ediciones.
- 2007c. Bajo el hechizo de los emblemas: Políticas corporativas y tráfico interregional en los Andes circumpuneños. En *Producción y circulación prehispánicas de bienes en el sur andino*, A. Nielsen, M. C. Rivolta, V. Seldes, M. V. Vázquez & P. Mercolli, Comps., pp. 393-412. Colección Historia Social Precolombina 2. Córdoba: Editorial Brujas.
- PALMA, J., 1996. Estructuras de descarte en un poblado prehispánico de la quebrada de Humahuaca. *Arqueología. Revista de la Sección Arqueología. Instituto de Ciencias Antropológicas* 6: 47-67. Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.
- 1997/1998. Ceremonialismo mortuorio y registro arqueológico: Apuntes sobre complejidad social. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* XXII-XXIII: 179-202, Buenos Aires.
- 1998. *Curacas y Señores. Una visión de la sociedad política prehispánica en la quebrada de Humahuaca*. Tilcara: Instituto Interdisciplinario Tilcara, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.
- 2000. Urbanismo y complejidad social en la región Humahuaca. *Estudios Sociales del NOA* 2: 31-57. Tilcara: Instituto Interdisciplinario Tilcara, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.
- PARDO, L., 1939. Clasificación de la cerámica cusqueña. *Revista del Museo e Instituto Arqueológico* 6-7: 3-27. Cusco: Universidad Nacional de Cusco.
- PELISSERO, N., 1969. *Arqueología de la quebrada de Juella: Su integración en la cultura Humahuaca*. San Salvador de Jujuy: Dirección Provincial de Cultura.
- PÉREZ, J., 1973. Arqueología de las culturas agroalfareras de la quebrada de Humahuaca (Provincia de Jujuy, República Argentina). *América Indígena* 33 (3): 667-679. México, D. F.: Instituto Indigenista Interamericano.
- RAFFINO, R., 1978. La ocupación inka en el Noroeste Argentino: Actualización y perspectivas. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* XII: 95-121, Buenos Aires.
- 1993. Sobre conquistadores y conquistados. En *Inka. Arqueología, historia y urbanismo del altiplano andino*, R. Raffino, Ed., pp. 299-318. Buenos Aires: Editorial Corregidor.

- RAFFINO, R.; R. ALVIS, D. OLIVERA & J. PALMA, 1986. La instalación Inka en la sección andina meridional de Bolivia y extremo boreal de Argentina. En *El imperio Inka. Actualización y perspectivas por registros arqueológicos y etnohistóricos*. Volumen Homenaje al 45° Congreso Internacional de Americanistas. Bogotá, Colombia (1985). *Comechingonia Número Especial* Tomo I: 63-131. Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba.
- RAFFINO, R. & R. ALVIS, 1993. Las "ciudades" Inka en Argentina: Arqueología de La Huerta de Humahuaca. El sistema de poblamiento prehispánico. En *Inka. Arqueología, historia y urbanismo del altiplano andino*, R. Raffino, Ed., pp. 37-76. Buenos Aires: Editorial Corregidor.
- RAFFINO, R.; C. VITRY & D. GOBBO, 2004. Inkas y chichas: Identidad, transformación y una cuestión fronteriza. *Boletín de Arqueología PUCP* 8: 247-265. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.
- REVOLTA, M. C., 1997. Revisión crítica de la obra de Bennett y colaboradores sobre la definición y asignación cronológica de algunos estilos cerámicos de la quebrada de Humahuaca. *Avances en Arqueología* 3: 131-145. Tilcara: Instituto Interdisciplinario Tilcara, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.
- ROWE, J., 1944. An introduction to the archaeology of Cuzco. *Papers of the Peabody Museum of American Archaeology and Ethnology* Vol. XXVII, N° 2. Cambridge: Harvard University.
- RUNCIO, M. A., 2010. Estilos e identidades: producción y consumo de vasijas cerámicas en la quebrada de Humahuaca durante los períodos Tardío e Inka (900-1536 DC). Tesis Doctoral, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.
- SALAS, A., 1945. *El antigal de Ciénaga Grande*. Buenos Aires: Museo Etnográfico, Publicaciones de la Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.
- SÁNCHEZ, S., 2004. Discursos y alteridades en la quebrada de Humahuaca (provincia de Jujuy, Argentina): Identidad, parentesco, territorio y memoria. *Boletín de Arqueología PUCP* 8: 111-132. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.
- SCHJELLERUP, I., 2002. Reflections on the Chachapoya in the Chinchasyu. *Boletín de Arqueología PUCP* 6: 43-56. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.
- SILLAR, B. & E. DEAN, 2002. Ethnic identity under inka rule: An archaeological and ethnohistoric assessment of the effects of the inka state on the Canas ethnic group. *Boletín de Arqueología PUCP* 6: 205-264. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.
- STOVEL, E., 2005. The archaeology of identity construction. Ceramic evidence from northern Chile. En *Global archaeology theory. Contextual voices and contemporary thoughts*, P. Funari, A. Zarankin & E. Stovel, Eds., pp. 145-166. New York: Kluwer Academic/Plenum Publishers.
- TARRAGÓ, M., 2000. Chacras y pukara. Desarrollos sociales tardíos. En *Nueva historia argentina, Tomo I: Los pueblos originarios y la conquista*, M. Tarragó, Dir., pp. 257-300. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.
- URIBE, M., 2004. El Inka y el poder como problemas de la arqueología del Norte Grande de Chile. *Chungara* 36 (2): 313-324.
- WELLS, P., 1998. Identity and material culture in later prehistory of Central Europe. *Journal of Archaeological Research* 6 (3): 239-298. New Mexico: University of New Mexico.
- WIESSNER, P., 1983. Style and social information in the Kalahari San projectile points. *American Antiquity* 48 (2): 253-276.
- WILLIAMS, V., 1999. Organización de la producción de cerámica inka en los Andes del sur. *Arqueología. Revista de la Sección Arqueología, Instituto de Ciencias Antropológicas* 9: 71-111. Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.
- 2004. Poder estatal y cultura material en el Kollasuyu. *Boletín de Arqueología PUCP* 8: 209-245. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.
- WILLIAMS, V. & M. B. CREMONTE, 1992-93. ¿Mitmaquna o circulación de bienes? Indicadores de la producción cerámica como identificadores étnicos. Un caso de estudio en el Noroeste Argentino. *Avances en Arqueología* 2: 9-21. Tilcara: Instituto Interdisciplinario Tilcara, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.
- ZANOLLI, C., 2003. Los chichas como mitimaes del inka. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* XXVIII: 45-60, Buenos Aires.



ARTE RUPESTRE Y CAMÉLIDOS EN EL NORTE SEMIÁRIDO DE CHILE: UNA DISCUSIÓN DESDE EL VALLE DE CHOAPA

ROCK ART AND CAMELIDS IN THE SEMIARID NORTH OF CHILE:
A DISCUSSION FROM THE CHOAPA VALLEY

ANDRÉS TRONCOSO M.*

Los camélidos son un tipo de representación que se reitera frecuentemente en el arte rupestre del Norte Semiárido. Si bien ellos han sido tradicionalmente asociados al Período Alfarero Temprano (ca. 0-1000 DC), no se han efectuado estudios específicos sobre su composición visual con el fin de discutir tanto su homogeneidad/heterogeneidad como su filiación cronológica. El presente trabajo realiza tal labor con los camélidos del arte rupestre del valle del Choapa. Tras un análisis formal y de composición, se discute la cronología de estos motivos, proponiendo su asignación mayormente a los períodos Intermedio Tardío y Tardío (ca. 1000 a 1540 DC), evaluando tales datos con la dinámica espacial del registro arqueológico y la dinámica de la vida social prehispánica.

Palabras clave: Norte Semiárido, valle del Choapa, arte rupestre, camélidos, cronología

Camelids are one of the most ubiquitous motifs in the rock art of the prehispanic Semi-arid North of Chile. Although traditionally associated with the Early Ceramics Period (0-1000 AD), no studies have examined the visual composition of these carvings to determine their homogeneity or heterogeneity, or even their chronological association. In this paper we attempt such a task by considering the camelids depicted in the Choapa River Valley. A formal and compositional analysis is employed to discuss the chronology of these designs and suggest their association with the Late Intermediate and Late Periods (1000-1540 AD). The data is evaluated in relation to the spatial dynamics of the archaeological record and to prehistoric social life dynamics.

Key words: Semi-arid North, Choapa Valley, rock art, camelids, chronology

INTRODUCCIÓN

A partir del estudio de un conjunto de petroglifos provenientes del valle del Choapa (32° Lat. S), extremo meridional del Norte Semiárido (fig. 1), este trabajo tiene como finalidad discutir y proponer una asignación cronológica para uno de los motivos más reconocidos en el arte rupestre de tal región: los camélidos.

La representación de estos animales en arte rupestre es un hecho recurrente en diferentes regiones de los Andes del Sur, como por ejemplo, el Norte Grande chileno y Noroeste Argentino, respondiendo ello a la importancia simbólica y económica que presentan estos animales dentro de la vida social de las comunidades andinas (Niemeyer et al. 1989; Aschero 1999; Berenguer 2004a, 2004b; Gallardo 2004, entre otros).

Sin embargo, mientras en el Norte Grande chileno y Noroeste Argentino, así como en otros espacios del mundo andino, se han realizado amplios esfuerzos por sistematizar estas representaciones en conjuntos estilísticos y desarrollar estrategias para identificar las especies reproducidas en los soportes rocosos (Berenguer 1998; Aschero 1999; Klanch & Aldenderfer 2001; González 2003; Gallardo & Yacobaccio 2005, 2007; Berenguer et al. 2007), este ejercicio no se ha efectuado en el Norte Semiárido.

* Andrés Troncoso M., Departamento de Antropología, Universidad de Chile, Av. Ignacio Carrera Pinto 1045, 2° Piso, Ñuñoa, Santiago, email: atroncos@uchile.cl

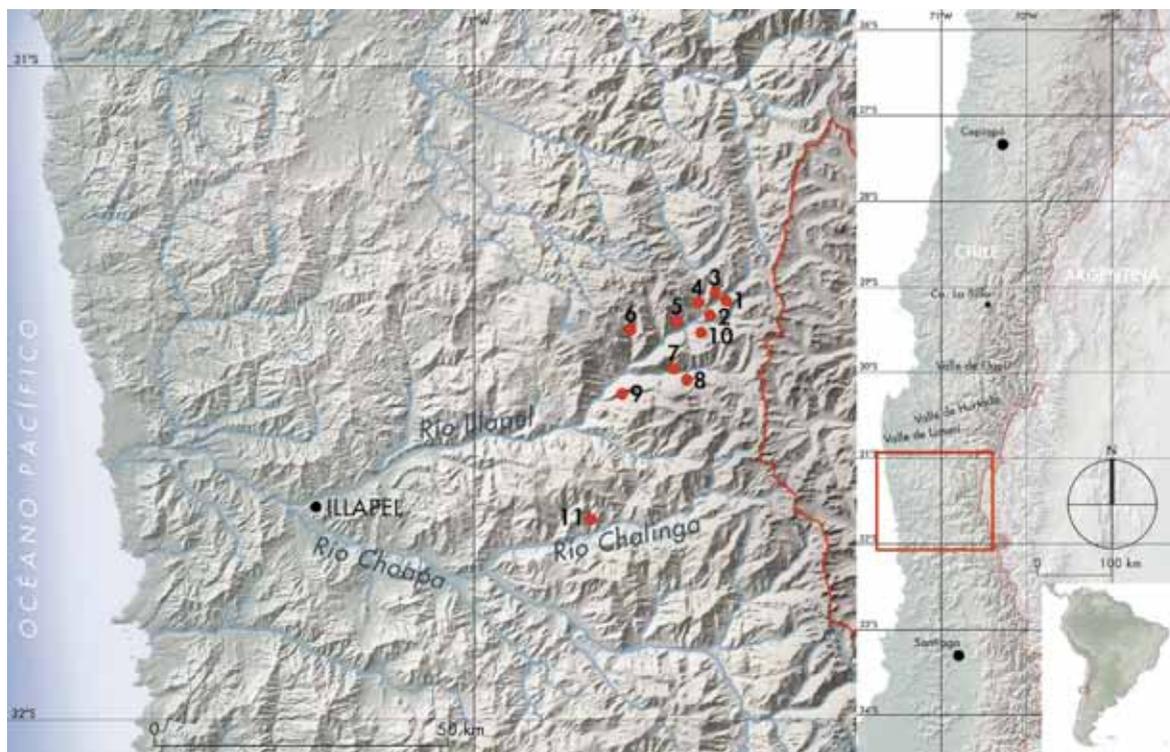


Figura 1. Mapa de la zona de estudio con indicación de las localidades mencionadas en el texto. 1) Los Mellizos, 2) La Junta, 3) La Bellaca, 4) Agua Negra, 5) Pichicavén, 6) Olla Rota, 7) Las Burras, 8) El Maitén de Las Burras, 9) Quebrada Lucumán, 10) Céspedes 3, 11) Ranqui 5. *Figure 1. Map of the study area indicating the localities mentioned in the text. 1) Los Mellizos, 2) La Junta, 3) La Bellaca, 4) Agua Negra, 5) Pichicavén, 6) Olla Rota, 7) Las Burras, 8) El Maitén de Las Burras, 9) Quebrada Lucumán, 10) Céspedes 3, 11) Ranqui 5.*

En efecto, en esta área no se han ejecutado investigaciones específicas orientadas a sistematizar los diferentes tipos de camélidos representados, ni se han aplicado metodologías específicas para reconocer si ellos corresponden a animales silvestres o domesticados. No obstante esta significativa falencia metodológica, se ha establecido y cimentado una prioritaria asociación entre petroglifos de camélidos y el Período Alfarero Temprano (0-900 DC) (Castillo 1985; Niemeyer et al. 1989; Niemeyer & Ballereau 1998; Jackson et al. 2002), aunque ciertos autores han sugerido la posibilidad de que algunos camélidos sean de época posterior (p. ej., Jackson 2005), específicamente del Período Tardío (1450 a 1530 DC), pero planteando a estos más bien como excepciones antes que como un patrón.

Estas representaciones de camélidos del Norte Semiárido han sido adscritas a dos estilos de arte rupestre (Castillo 1985): Estilo La Silla, con un claro predominio de este motivo, y Estilo Limarí, con una escasa frecuencia de camélidos; ambos asociados al Período Alfarero Temprano. Si bien el segundo de ellos ha estado bajo un fuerte cuestionamiento (Troncoso 1999; Cabello 2001, 2011; Jackson et al. 2002), existiendo en la actualidad sistematizaciones alternativas

(Troncoso et al. 2008), ha sido la derivación de la cronología general de estos conjuntos estilísticos lo que ha basado la cronología de los camélidos. Esta asociación ha descansado en dos fundamentos. El primero de ellos consiste en las relaciones espaciales entre los sitios-tipos de estos estilos y los depósitos estratigráficos del Alfarero Temprano, situación por la que se asume que todos los componentes de estos estilos han de remitir a tal cronología.

El segundo se basa en que el modelo social propuesto para el Alfarero Temprano se ha fundado en comprender a estos grupos como una sociedad agropastoral (Castillo 1986; Niemeyer et al. 1989), modelo que respondió a una lógica evolucionista en la que la aparición de la alfarería traía aparejada la agricultura y, en este caso, el pastoralismo, producto de la centralidad de esta práctica en los modelos sociales del mundo andino (Núñez & Dillehay 1995 [1979]). En esa línea, era esperable que las representaciones de camélidos y las escenas de pastoralismo fueran coherentes con tal contexto social (p. ej., Castillo 1985; Niemeyer et al. 1989).

Desafortunadamente, ambos fundamentos son hoy en día cuestionables a partir de los avances arqueológicos de las últimas décadas. Por un lado, a nivel general

vemos que el supuesto de una relación genética entre depósitos estratigráficos y bloques de arte rupestre ha sido fuertemente criticado en el caso del Estilo Limarí a partir de una reciente reevaluación del sitio Valle El Encanto (Troncoso et al. 2008) a lo que se suma el hecho de que recientes excavaciones en tal lugar han permitido recuperar alfarería asociada al Período Tardío (Troncoso 2009).

Por otro lado, a nivel específico observamos que las asignaciones cronológicas de los camélidos no han utilizado como recurso fundamental para su proposición un análisis específico de sus atributos y composiciones, por tanto, no es posible evaluar la homogeneidad/heterogeneidad de este conjunto de motivos. En ese plano, la situación es más compleja, por cuanto si bien se han segregado en dos estilos, el criterio diferenciador a nivel de animales es la frecuencia de camélidos, sin mayores trabajos orientados a discutir la variabilidad intra e interestilos. Este hecho fue claramente indicado por Niemeyer y colaboradores (1989: 257), al comentar que “es difícil, sin embargo, conciliar el estilo La Silla con el Limarí y suponer que ambos son expresiones de la misma tradición”.

Las revaluaciones sobre la prehistoria de la región en los últimos años han implicado importantes transformaciones sobre la conceptualización tanto del Período Alfarero Temprano como de los registros arqueofaunísticos. En efecto, trabajos realizados en el sector meridional del Norte Semiárido, en particular en los valles de Choapa y Combarbalá (Pavlovic 2004; Méndez et al. 2009), sugieren que las poblaciones Alfareras Tempranas responden a un modo de vida móvil con una fuerte orientación cazadora-recolectora, situación que se vislumbra al menos también para el valle de Limarí en los sitios Valle El Encanto y San Pedro Viejo de Pichasca (Troncoso & Pavlovic 2010), sin que exista evidencia arqueológica para un modo de vida pastoril.

Los análisis de restos zooarqueológicos para contextos de este momento indican que al menos en el valle de Choapa durante el Período Alfarero Temprano no se registran camélidos domesticados, sino guanacos (*Lama guanicoe*) (Becker 2004). La llama (*Lama glama*) ingresaría a esta región recién durante el Período Tardío asociado a la incorporación de este espacio al *Tawantinsuyu* (Becker 2004; Troncoso 2004, Troncoso et al. 2009). Esta ausencia de llamas se reconocería también en sectores más septentrionales, pues un reciente estudio sobre los camélidos del sitio Plaza de Coquimbo ubicado en el valle de Elqui, datado hacia el año 1000 DC y uno de los pilares para proponer un pastoralismo desde el Alfarero Temprano (Castillo 1989), ha mostrado que todos los animales ahí sacrificados corresponden a guanacos, y

no a llamas como se pensaba tradicionalmente (Becker & Cartajena 2005).

Estos datos niegan a ciencia cierta el carácter ganadero del Período Alfarero Temprano desde el valle de Elqui al Sur y, por ende, debilitan el argumento central que ha permitido adscribir los camélidos a tal momento y avalar proposiciones como que “aquellas escenas de domesticación, son hasta el momento, los más firmes argumentos a favor del pastoreo y sus orígenes tempranos” (Castillo 1985: 192). Los contextos materiales de los sitios del Período Alfarero Temprano también niegan esta hipótesis, pues ellos tienen una clara orientación hacia un sistema de vida cazador-recolector, sin que se reconozcan conjuntos ergológicos asociables a un manejo inicial de camélidos y los patrones de asentamiento muestran un sistema estructurado de movilidad residencial cazadora diferente al de un sistema pastoril (Pavlovic 2004; Méndez et al. 2009).

Por tanto, hoy en día es posible cuestionar la tradicional hipótesis de una asociación entre motivos de camélidos en el arte rupestre y el Período Alfarero Temprano, pues los fundamentos que la definen no son sostenibles con los nuevos datos disponibles. Es en tal contexto que el presente trabajo tiene como objetivo discutir la asignación cronológica cultural de las representaciones de camélidos en el arte rupestre del valle del Choapa (fig. 1). Se toma como referencia básicamente el registro recuperado desde el río Illapel y su integración en el contexto regional a partir de una comparación con el registro del río Chalinga. En particular, a partir de una sistematización de las representaciones de camélidos, usando sus atributos de construcción y compositivos, se discute su filiación cronológica cultural, para posteriormente evaluar estos datos a la luz de la prehistoria local y su repercusión en el entendimiento del arte rupestre del Norte Semiárido.

MATERIAL Y MÉTODO

Con el fin de abordar la sistematización de los camélidos en el arte rupestre se trabajó en dos niveles de análisis complementarios: atributos intrínsecos y extrínsecos de los camélidos (Troncoso et al. 2009). Los primeros se refieren a una caracterización de los elementos formales que definen la construcción del camélido: cantidad de extremidades, forma del cuerpo, forma del tronco, presencia/ausencia y disposición de orejas y cola, atributos métricos (largo total, alto, largo de cuerpo y largo de extremidades) y tipos de surco. Especial atención se puso también en las angulaciones de los cuellos, definiéndose dos conjuntos de rangos de

variabilidad, con el fin de cruzar en profundidad este atributo con los otros relevados. El primero de ellos establecía intervalos cada 20° y el segundo, cada 10°. En este aspecto se siguieron parte de las propuestas formales de Berenguer y colaboradores (2007) y González (2003), entre otros, intentando establecer conjuntos que tuviesen la flexibilidad de abordar un gran número de ejemplares en su interior, pero que a su vez permitieran reconocer la variabilidad de la construcción visual de los camélidos. En los casos posibles se aplicó también el test propuesto por Gallardo y Yacobaccio (2005, 2007), para la identificación de especies en camélidos, el que segrega entre animales domesticados y silvestres a partir de las proporciones que se observan entre los largos de las extremidades y cuerpo.

En un segundo nivel se consideraron los atributos extrínsecos a estas representaciones, es decir, las asociaciones a las que están sujetas, las que incluyeron, por un lado, la existencia de asociación con otros animales y/o antropomorfos y, por otro, la explicitación de escenas de pastoreo o interacción con humanos.

Posteriormente, esta información fue cruzada con la distribución regional de los diseños y la información disponible sobre las ocupaciones humanas identificadas en tales espacios, con el fin de discutir los conjuntos construidos en una primera instancia dentro del panorama regional. De esta manera se planteó un análisis que estableciera en un inicio un análisis formal de los

camélidos, para luego –a partir de sus atributos morfológicos, escénicos y contextuales– discutir su filiación cronológico-cultural y relación con la prehistoria local.

El análisis formal, escénico y contextual se aplicó sobre un total de 221 motivos de camélidos provenientes de un total de 97 bloques de arte rupestre ubicados a lo largo del río Illapel, específicamente de la cuenca superior (Tablas 1 y 2), los que representan un 43,7% del total de soportes con camélidos presentes en el Illapel y un 36,1% de los bloques con camélidos trabajados en el Choapa (Tabla 2). Se ocupó esta muestra pues los motivos provienen de los sitios registrados más exhaustivamente en terreno¹ y eran los que presentaban un mayor grado de completitud, debido al recurrente deplacamiento que ocurre en los bloques de arte rupestre de la zona.

El análisis de atributos métricos se realizó únicamente sobre un total de 154 casos (69,7% del total trabajado), que se corresponden con los que presentaban excelentes condiciones de preservación para realizar de manera idónea todas las mediciones.

RESULTADOS

Para ordenar y agrupar los camélidos se procedió en primera instancia a dividirlos en dos grandes grupos a partir de su forma de representación en función de los atributos intrínsecos considerados. Uno de ellos, el más

Tabla 1. Proveniencia de la muestra de camélidos analizados.

Table 1. Origin of the camelid samples analyzed.

Sector	Sitio	Número de bloques	Número camélidos
Agua Negra	Agua Negra 1	1	5
La Bellaca	Bellaca 1	3	11
La Bellaca	Bellaca 4	1	15
El Maitén de Las Burras	El Maitén 5	13	22
La Junta	La Junta 1	5	8
La Junta	Tres Quebradas	1	1
Las Burras	Las Burras 10	4	5
Las Burras	Las Burras 6	3	4
Los Mellizos	Los Mellizos	31	76
Los Mellizos	Mellizos 2	2	6
Los Mellizos	Meseta 1	5	19
Olla Rota	Olla Rota 1	2	2
Pichicavén	Pichicavén 1	22	43
Quebrada Lucumán	Quebrada Lucumán	4	4
	Total	97	221

Tabla 2. Distribución y frecuencias de camélidos en el arte rupestre del valle de Choapa.
Table 2. Distribution and frequency of camelids in Choapa Valley rock art.

Valle	Sector	Bloques de arte rupestre	Bloques con camélidos	Porcentaje bloque con camélidos
Illapel	Curso superior	817	207	25,3%
	Curso medio	230	13	5,6%
	Curso inferior	16	2	12,5%
Total Illapel		1063	222	20,8%
Chalinga	Curso superior	205	10	4,8%
	Curso medio	333	36	10,8%
	Curso inferior	29	1	3,4%
Total Chalinga		567	47	8,2%
Total general		1630	269	16,5%

frecuente (217 de 221), correspondió a camélidos con un bajo grado de figuración y que se definían por su construcción básicamente a partir de líneas rectas o rígidas. El segundo, muy escaso y presente en un solo sitio (cuatro de 221), correspondió a camélidos con un grado alto de figuración y cuya producción visual descansaba en el uso de líneas curvas que generan representaciones con volumen y de carácter más naturalista.

Sobre esta clasificación, el paso siguiente requería establecer una sistematización y tipología dentro de cada conjunto. Para el segundo grupo esta acción no era mayormente necesaria, pues consistía en cuatro ejemplares, todos muy homogéneos, por lo que fueron abordados a partir de la metodología de trabajo propuesta por Gallardo y Yacobaccio (2005, 2007). En contraposición, para el primer conjunto se intentó establecer agrupaciones a partir de las relaciones entre alto y

largo de los camélidos, ejercicio que no mostró utilidad para crear segregaciones debido a la concentración de los valores (Gráfico 1). Por el contrario, este aspecto indica una cercanía del conjunto analizado sugiriendo un importante grado de homogeneidad en sus atributos métricos. Esta tendencia a lo homogéneo es coherente con el bajo registro de superposiciones para los camélidos (N=16), y donde recurrentemente (N=14) ellas se disponen sobre otros motivos, patrón que es también coherente con el hecho que no hay mayores diferencias de pátinas entre los camélidos que comparten espacio dentro de un mismo bloque rocoso.

Por lo anterior, se decidió establecer una sistematización a partir de diferentes proporciones (p. ej., patas delanteras y tronco, patas traseras y tronco, patas delanteras/tronco y patas traseras/tronco), la que nuevamente mostró una homogeneidad del conjunto,

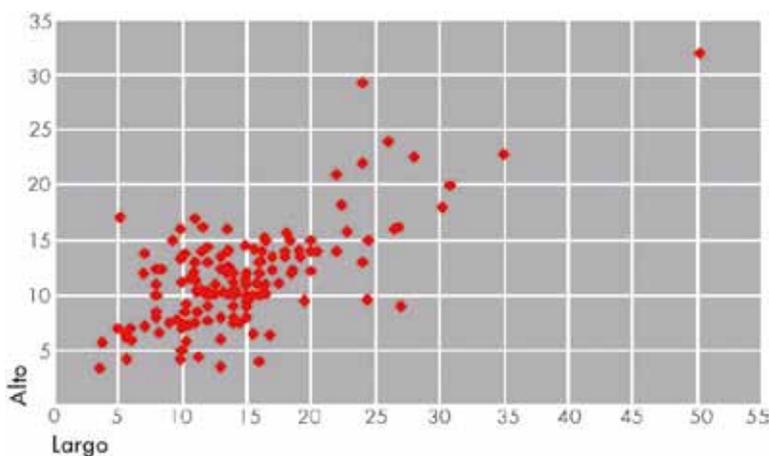


Gráfico 1. Distribución de atributos métricos de camélidos estudiados (largo-alto) sobre 154 casos. Medidas en centímetros.
Graph 1. Distribution of metric attributes among the camelids studied (length-height), based on 154 cases. Measured in centimeters.

la que se replicó al aplicar *cluster analysis* en el programa SPSS, sin conseguir resultados que permitiesen establecer una agrupación clara de los motivos a partir de sus atributos intrínsecos.

Tabla 3. Clasificación y representación de categorías de camélidos reconocidas en el estudio.

Table 3. Classification and categorical representation of camelids identified in the study.

Conjunto	Subconjunto	Total	%
Camélidos lineales	IA: 2 patas	16	7,2%
	IB: 3 patas	21	9,5%
	IC: 4 patas	172	77,8%
	ID: 5 patas	6	2,7%
	IE: 6 patas	1	0,5%
	IF: 7 patas	1	0,5%
	Total conjunto	217	98,2%
Camélidos no lineales		4	1,8%
	Total conjunto	4	1,8%
Total general		221	100%

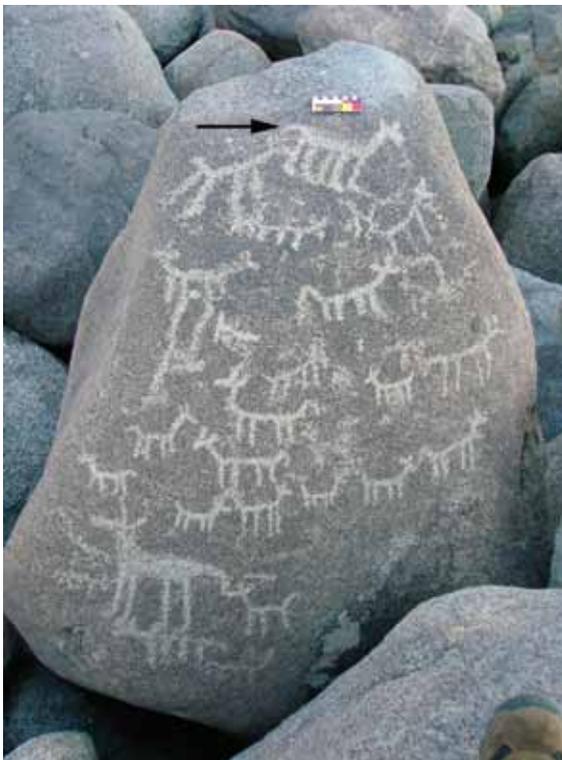


Figura 2. Conjunto de camélidos lineales del valle del Choapa, sector La Bellaca. Se indica camélido con cinco extremidades.

Figure 2. Group of line-drawn camelids in La Bellaca sector, Choapa Valley. Arrow indicates camelid with five extremities.

Ante estos resultados, se optó por usar a manera de elemento principal para su clasificación el número de extremidades que presentaban los camélidos. Debido a que su variabilidad no era tan alta, abarcando desde ejemplares con dos y hasta siete patas, fue posible agrupar conjuntos significativos, permitiendo evaluar su variabilidad interna (Tabla 3). En apoyo a este componente, se usaron las angulaciones de los cuellos en relación con los cuerpos, los que si bien se dispersan ampliamente, se consideró importante pues presentaban algunas concentraciones significativas y ha sido un criterio utilizado en la literatura arqueológica para discutir la cronología de algunas representaciones de camélidos en otras áreas (Gallardo & Vilches 1995, 2001; Vilches & Uribe 1999; Sepúlveda 2004, 2008). Por medio de estos criterios, especialmente el primero, se segregaron siete conjuntos de camélidos, los que serán discutidos en su particularidad a continuación.

Conjunto I: Camélidos lineales

Como indicamos, este conjunto se encuentra compuesto por un total de 217 ejemplares, los que han sido divididos en seis subconjuntos a partir de la cantidad de extremidades que ellos presentan (Tabla 3) (fig. 2).

Subconjunto IA: Camélidos de dos extremidades

Este subconjunto cuenta con un total de 16 ejemplares bastante homogéneos y con poca variabilidad, la que se refiere más que nada a la presencia/ausencia de segmentos del cuerpo (fig. 3). Se tiende a representar recurrentemente las cabezas, las colas y las orejas (Tabla 4), con un 50% de casos en que coexisten todos estos elementos. En relación con las posiciones de colas y orejas, predominan los especímenes con orejas hacia arriba y colas horizontales (Tabla 4).

Las angulaciones que presentan los cuellos se concentran en el intervalo entre los 81° y 100° (N=13 casos, 81,3%), y más específicamente entre los 85° y 94° (N=12, 75%) (Tabla 5). No se observa una tendencia de asociación entre ángulos de cuello y los atributos de orejas y colas.

En términos técnicos, hay un predominio de la creación de surcos lineales continuos y, de la misma manera, métricamente no hay una gran variabilidad (Tabla 4). Aunque se encuentran desviaciones estándar altas, ellas se deben a un solo caso que se dispara en sus atributos métricos.

Al analizar la conformación escénica de estos camélidos, nos encontramos con que en tres casos (20%) se encuentran en una composición interpretable como

Tabla 4. Atributos generales de cada subconjunto de camélidos definido (DS = Desviación estándar).
 Table 4. General attributes of each camelid subset (DS = Standard deviation).

Subconjunto	Total	Número extremidades	Angulación de cuello predominante	Presencia colas	Presencia orejas	Presencia cabezas	Representación más recurrente	Técnica	Largo máximo promedio (cm)	Ancho máximo promedio (cm)	Escenas pastoralismo
IA	16	2	81° a 100° (81,2%)	73,3%	73,3%	87,5%	Orejas hacia arriba y colas horizontales (54,5%)	Lineal continuo: 62,5% Lineal discontinuo: 37,5%	8,7 (DS: 6)	9,8 (DS: 6,4)	20%
IB	21	3	81° a 100° (47,6%)	95,2%	76,2%	90,5%	Colas y orejas hacia arriba (55%)	Lineal continuo: 57,1% Lineal discontinuo: 38,1% Lineal continuo/areal: 4,8%	14,9 (DS: 4,2)	12,5 (DS: 2,7)	9,1%
IC	172	4	81° a 100° (31,4%) y 101° a 120° (31,4%)	90,1%	75%	91,8%	Colas y orejas hacia arriba (30,3%)	Lineal continuo: 68,6% Lineal discontinuo: 28,5% Lineal continuo/areal: 2,9%	13,6 (DS: 4,1)	10,5 (DS: 3,1)	8,2%
ID	6	5	101° a 120° (50%)	100%	100%	100%	Colas hacia abajo y orejas hacia arriba (66,7%)	Lineal continuo: 71,4% Lineal discontinuo: 14,3% Lineal continuo/areal: 14,3%	17,9 (DS: 11,4)	13,2 (DS: 6,6)	0
IE	1	6	81° a 100° (100%)	0%	100%	100%	Oreja hacia atrás y sin cola (100%)	Lineal continuo: 100%	15,8	11,1	0
IF	1	7	81° a 100° (100%)	100%	100%	100%	Oreja hacia atrás y cola hacia abajo (100%)	Lineal continuo: 100%	24,4	9,6	100%

escena de pastoralismo, básicamente por la presencia de antropomorfos y lazos que unen a ambos seres (fig. 3d). Por sobre ello, todos los casos comparten panel ya sea con antropomorfos u otros camélidos. En este contexto, los camélidos en escenas de pastoreo presentan angulaciones de cuello tanto de 90° (N=2), como de 120° (N=1), sin que se observe un patrón con relación a cabezas y colas, ni con las técnicas de producción. Dentro de este

grupo se integra el ejemplar con los atributos métricos más altos de los camélidos.

En resumen, encontramos en este subconjunto una realidad bastante homogénea, con una conformación que prioriza las representaciones de colas, cabezas y cuellos, así como una técnica de producción de surcos basado en el uso del trazo lineal continuo. Tienen a representarse en asociación a otros camélidos y/o

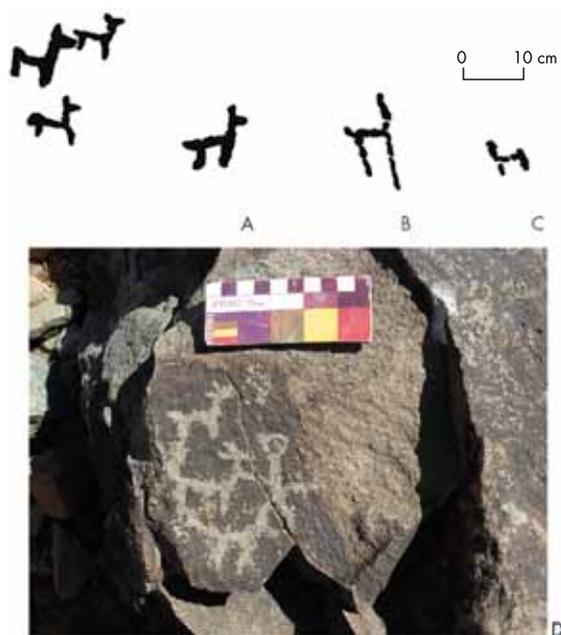


Figura 3. Camélidos lineales con dos extremidades: a) Agua Negra, b) Los Mellizos, c) Pichicavén y d) Las Burras.

Figure 3. Line-drawn camelids with two extremities: a) Agua Negra, b) Los Mellizos, c) Pichicavén and d) Las Burras.

personajes humanos, con presencia de escenas de pastoralismo en su interior. Así también, estos camélidos presentan diferentes grados de esquematismo, dado

básicamente por la rigidez del torso y angulaciones con sus patas y cuello, lo que produce ciertos matices al interior del conjunto, pero sin llegar a desvirtuar su homogeneidad. La variabilidad se da a nivel de los atributos métricos, con un ejemplar que se dispara en sus medidas, pero que podemos interpretar como un *outlier* que no aporta mayor variabilidad al conjunto. De hecho está presente en un panel que se caracteriza por diseños de gran tamaño, en particular el personaje antropomorfo que lo acompaña, por lo que este factor puede estar influenciando tal atributo.

Subconjunto IB: Camélidos de tres extremidades

Comprende un total de 21 ejemplares (9,5%), bastante homogéneos entre sí (fig. 4), con una alta representación de cabezas, colas y orejas (Tabla 4), los que están presentes en casi todos los ejemplares (N=15, 71,4%). En su disposición predominan los camélidos con orejas y colas hacia arriba (Tabla 4).

Las angulaciones de cuello de este subconjunto son algo más variadas que las del anterior, aunque vuelve a existir una concentración en el intervalo entre los 81° y 100° (N=10, 47,6%), y más específicamente entre los 85° y 94° (N=8; 38,1%) (Tabla 5). Nuevamente las distribuciones de colas y orejas se dan en los diferentes ángulos de cuellos, resaltando que los ejemplares sin orejas se concentran en la angulación 85°-94°.

Tabla 5. Distribución de angulaciones de cuello por subconjunto de camélidos.

Table 5. Distribution of neck positions by camelid subset.

Subconjunto / angulación de cuello	IA (2 patas)	IB (3 patas)	IC (4 patas)	ID (5 patas)	IE (6 patas)	IF (7 patas)
≥ 64°			1			
65°-74°			1			
75°-84°	1	1	6			
85°-94°	12	8	35	1	1	1
95°-104°	2	3	23	1		
105°-114°		3	24	2		
115°-124°	1	3	31	1		
125°-134°		2	11			
135°-144°			10			
145°-154°			4			
155°-164°			3			
165°-174°			1			
175°-180°			13			
Indeterminado		1	9	1		
Total	16	21	172	6	1	1

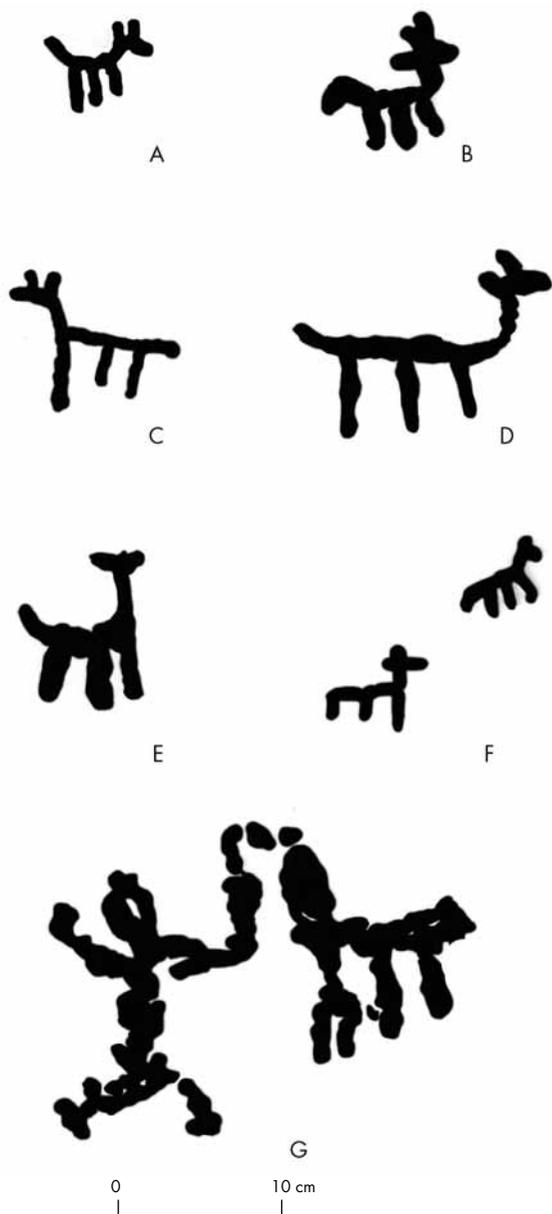


Figura 4. Camélidos lineales con tres extremidades: a, d, e y f) Los Mellizos; b y c) Las Burras; g) Quebrada Lucumán.

Figure 4. Line-drawn camelids with three extremities: a, d, e and f) Los Mellizos; b and c) Las Burras; g) Quebrada Lucumán.

En los surcos hay también una cierta variabilidad que viene dada por un predominio de surcos lineales continuos, registrándose un caso de lineal continuo y areal (Tabla 4). Los atributos métricos son homogéneos, pero mayores al conjunto anterior (Tabla 4).

En las escenas, solo en dos casos se reconoce una composición que sugiere pastoralismo (9,1%), con un tercero poco claro (fig. 4g). Ambos animales se asocian a angulaciones de cuello de 92° , uno con técnica lineal

continua y otro discontinua. Por sobre ello, 17 (80,9%) casos comparten panel ya sea con antropomorfos u otros camélidos.

Un elemento a destacar en este subconjunto es la presencia de un camélido con sus patas bisulcas,² con un cuello angulado en 92° y un surco lineal continuo (fig. 4g).

En resumen, si bien el subconjunto presenta un importante grado de homogeneidad, es más variable que el grupo descrito anteriormente, lo que es producto de la mayor dispersión que se observa en los ángulos de cuellos. De hecho, las estrategias de representación de los camélidos se reparten por todas las diferentes angulaciones presentes en este subconjunto, así como de las técnicas registradas, con una menor frecuencia de escenas de pastoralismo, aunque sus totales absolutos son igualmente bajos en ambos conjuntos. El único caso discordante sería el camélido con pata bisulca, pues su constitución visual se diferencia del resto, no obstante compartir una serie de otros atributos. Finalmente, es interesante que en términos métricos este subconjunto es más homogéneo y con valores un poco más altos que el anterior.

Subconjunto IC: Camélidos de cuatro extremidades

Corresponde al grupo más numeroso de la muestra con un total de 172 ejemplares y se asocia a una mayor variabilidad interna que todos los otros subconjuntos, no obstante mantener un cierto grado de homogeneidad (fig. 5). Se mantiene la tendencia a representar recurrentemente cabeza y colas y, en menor medida, orejas (Tabla 4), aunque en 20 casos (11,6%) no fue posible reconocer de forma clara su presencia o ausencia. Estos tres elementos están presentes en 119 casos (69,2%). La mayor heterogeneidad de este conjunto se observa en que el diseño básico de los camélidos se da por animales con colas y orejas hacia arriba con una baja frecuencia (30,3%), seguida por orejas arriba y cola horizontal (11,6%) (Tabla 4).

Las angulaciones de cuello son también muy variables, con una concentración en los rangos de 80° - 99° y 100° - 119° (31,4%, cada uno), con una leve concentración entre 85° - 94° (N=35, 20,3%) y 115° - 124° (N=31; 18%) (Tabla 5). Al considerar la relación entre las angulaciones y las presencias de los elementos constituyentes del camélido, no se reconoce patrón alguno, aunque se observa que la ausencia de colas y cabezas se distribuye homogéneamente entre los ejemplares con angulaciones de cuello entre 90° y 120° , lo que es esperable, pues acá se concentra la mayor cantidad de ejemplares.

La conformación de los surcos es menos variada que el aspecto anterior, con un predominio del surco

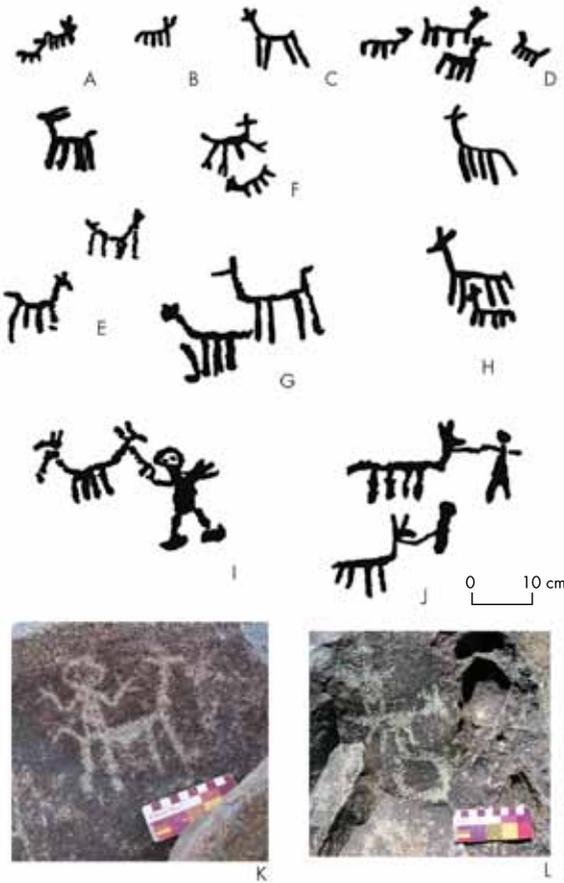


Figura 5. Camélidos lineales con cuatro extremidades: a, b, f, i) Los Mellizos; c) Olla Rota; d y l) La Junta; e) La Bellaca; g, h y k) El Maitén de las Burras; j) Pichicavén.

Figure 5. Line-drawn camélidos with four extremities: a, b, f, and i) Los Mellizos; c) Olla Rota; d) and l) La Junta; e) La Bellaca; g, h and k) El Maitén de las Burras; j) Pichicavén.

lineal continuo y un bajo registro de lineal continuo-areal (Tabla 4), sin que se observe una relación entre técnicas y angulaciones.

Es interesante hacer notar que dentro del conjunto de camélidos lineales discontinuos, se presenta una alta cantidad de ejemplares sin orejas ($N=17$, 34,7%), concentrando casi todas las ausencias de los camélidos de cuatro patas (77,3%), pero sin una relación con las angulaciones de los cuellos.

En términos métricos, y no obstante la variabilidad reconocida, los camélidos de este subconjunto son bastante homogéneos y con valores similares al subconjunto anterior (Tabla 4).

En términos de conformación de escenas, en 14 casos se reconoce una composición que sugiere pastoralismo, con otros cinco casos posibles, pero poco claros (fig. 5j). Todas estas escenas se distribuyen entre los cuellos con angulaciones entre 80° y 130° . Se presentan las tres

técnicas y en relación con sus frecuencias esperadas. Por sobre esto, en 110 bloques se reconocen asociaciones con antropomorfos (63,9%), y en 140 se asocian a otros camélidos (81,4%).

Finalmente, otros aspectos interesantes de este subconjunto son, primero, la presencia de individuos con patas bisulcas ($N=3$) (fig. 5f), todos los cuales fueron elaborados en técnica lineal continua y con angulaciones de 92° , 96° y 124° , respectivamente. Segundo, la representación de camélidos con cargas en sus lomos ($N=2$), elaborados con técnica lineal continua y lineal continua/areal, en cada caso, y angulaciones de cuello de 90° y 120° , respectivamente. Tercero, tres escenas de montas asociadas a técnicas lineal continua areal ($N=2$) y una a lineal continua, con angulaciones de cuello respectivas de 110° , 170° y 124° (figs. 5k, l).

En resumen, este subconjunto constituye la entidad más variada de representación de camélidos, lo que es esperable a partir de la alta cantidad de ejemplares que lo componen. Sin embargo, tras esa variabilidad se mantiene una cierta homogeneidad que le entrega un aire de familia, siendo destacable que la mayor variabilidad se da a nivel de los camélidos con una técnica del tipo lineal discontinuo.

En términos de características de las representaciones, destaca en este subconjunto la presencia de tres agrupaciones diferentes: a) escenas de monta, donde el cuadrúpedo sobre el que se establece la figura humana recuerda los rasgos de un camélido; b) escenas de camélidos cargados, donde un bulto se reconoce sobre el lomo del camélido, y c) escenas de pastoralismo, correspondientes a humanos asociados a camélidos, interactuando a través de lazos y donde en ocasiones los camélidos se encuentran en hilera (se incluyen en este conjunto algunos ejemplares con patas bisulcas). A pesar de la alta variabilidad representacional de este conjunto, las escenas de pastoralismo tienden a relacionarse con angulaciones de cuello cercanas a los 90° , las que se reiteran también en alguna escena de monta.

Finalmente, donde se observa la mayor variabilidad escénica y de constitución de estos camélidos es en aquellos que presentan angulaciones en sus cuellos entre los 120° y 180° .

Subconjunto ID: Camélidos de cinco extremidades

Presenta una menor frecuencia que los subconjuntos anteriores, al estar constituido solo por seis ejemplares, los que son muy homogéneos entre sí, tal como lo demuestra el hecho que todos presentan cabeza, oreja y cola (figs. 6a y b), predominando el diseño de animales con colas hacia abajo y orejas hacia arriba.

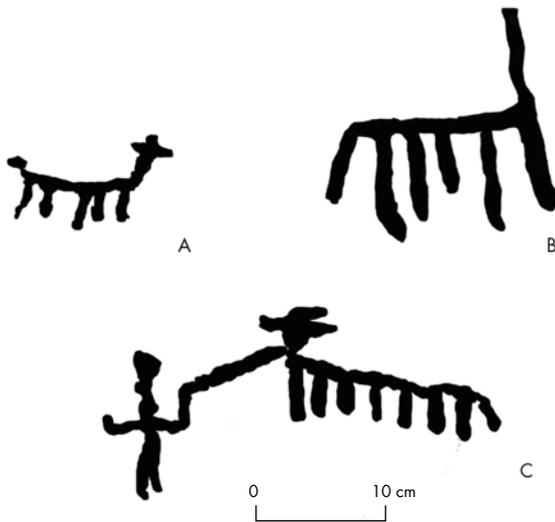


Figura 6. Camélidos lineales con más de cuatro extremidades: a) Los Mellizos, b) Pichicavén y c) Las Burras.
 Figure 6. Line-drawn camelids with more than four extremities: a) Los Mellizos, b) Pichicavén and c) Las Burras.

Las angulaciones de los cuellos muestran una mayor variabilidad, con un predominio de aquellas entre 101° y 120° ($N=3$; 50%), más específicamente entre 105° y 114° ($N=3$; 50%) (Tabla 5). Obviamente, en términos de composición de elementos, estos camélidos comparten todos sus rasgos no obstante la variabilidad en los ángulos de los cuellos.

En la técnica predominan los surcos lineales continuos con un caso de areal-lineal continuo (Tabla 4), correspondiente este último al ejemplar con un cuello angulado en 90° . Métricamente se mantiene una homogeneidad con valores un poco más altos que los conjuntos anteriores, pero con una mayor desviación estándar debido a un ejemplar que se diferencia en sus atributos métricos de todo el resto, pero que no se segrega en términos de composición.

No hay escenas de pastoralismo en este subconjunto. En seis casos (85,7%) comparten panel con otros camélidos y en cuatro, con antropomorfos (57,1%).

En resumen, este conjunto de camélidos, si bien pequeño, es altamente homogéneo, tanto en términos compositivos, como métricos, existiendo dos casos que se tienden a segregar: uno que es el camélido con un cuello de 90° y que se diferencia en los atributos de composición visual y otro, por sus atributos métricos y uso de la técnica lineal continua y areal. Este último caso es clara y totalmente divergente del resto de estos cuadrúpedos, lo que se refrenda en la misma manera de representar al camélido, distanciándose de todo el conjunto de ejemplares reconocidos en el valle (fig. 2).

Destacamos que no hay escenas de pastoralismo y la baja cantidad de angulaciones de cuello de 90° .

Subconjunto IE: Camélidos de seis extremidades

Incluido en esta categoría, aunque no constituye en sí un subconjunto, comprende un solo ejemplar con cabeza y oreja (dispuesta hacia atrás), sin que se pueda distinguir de buena manera la presencia de una cola. Tiene un cuello con una angulación de 92° . Técnicamente, el surco es del tipo lineal continuo. Sus atributos métricos son cercanos a los de los otros grupos (Tabla 4).

No se encuentra en una escena de pastoralismo, y comparte espacio en el panel con representaciones antropomorfas y camélidos.

Subconjunto IF: Camélidos de siete extremidades

Al igual que el subconjunto anterior, es solo un caso definido por la presencia de cabeza, oreja (hacia atrás) y cola (hacia abajo), en que el cuello tiene una angulación de 90° (fig. 6c). El surco es de tipo lineal continuo y sus atributos métricos son algo mayores a los tradicionales (Tabla 4). Este mayor largo se debe sin duda a la alta cantidad de extremidades que posee el camélido.

A diferencia del caso aislado del subconjunto anterior, este se encuentra en una escena de pastoralismo junto a un antropomorfo, pero no hay otros camélidos presentes en el panel.

Conjunto II: Camélidos no lineales

Como indicamos, es un conjunto de muy baja representación con solo cuatro ejemplares grabados en un bloque de arte rupestre al interior de la quebrada de Las Burras. Estos camélidos se definen por una composición areal que no se basa en la aplicación de trazos lineales, sino más bien en la creación de volúmenes rellenos que les entregan gracilidad y animación (fig. 7). Esta constitución visual permitió establecer un análisis métrico como el propuesto por Gallardo y Yacobaccio (2005, 2007), reconociéndose para todos los ejemplares valores correspondientes a llamas (*Lama glama*) (Tabla 6).

CAMÉLIDOS EN EL ARTE RUPESTRE DEL CHOAPA: UNA DISCUSIÓN TIPOLOGICO-CRONOLÓGICA

La sistematización que hemos propuesto en las páginas precedentes permite organizar el variado y rico registro de camélidos en el valle del Choapa, y a partir de ello,

Tabla 6. Atributos métricos camélidos no lineales.
Table 6. Metric attributes of camelid representations (not line-drawings).

N° figura	Cuerpo (C)	Patas delanteras (PD)	Patas traseras (PT)	Proporción PT/C	Proporción PD/C
1	2,8	2,1	2,2	0,78	0,75
2	3,1	4	3,4	1,09	1,29
3	2,6	2,8	2,5	0,96	1,07
4	4,7	3,5	2,5	0,5	0,74



Figura 7. Camélidos no lineales. El Maitén de Las Burras.
Figure 7. Camelids, not line-drawn. El Maitén de Las Burras.

establecer una discusión sobre sus asignaciones cronológicas considerando sus atributos intrínsecos, así como escenificaciones. Sin embargo, consideramos importante enfatizar que, no obstante la cantidad y la variedad de camélidos presentes en el primer conjunto –camélidos lineales–, ellos mantienen una homogeneidad visual y métrica que les entrega identidad, sin que se puedan discernir quiebres notables en la representación de estos animales.

Pensamos que una primera aproximación a la discusión cronológica de estos camélidos es a partir de las escenificaciones en las que se encuentran, en particular nos referimos a todas las representaciones que sugieren actividad pastoril (figs. 3d, 4g, 5j, 6c, 8). Todas aquellas escenas donde se establece una interacción de este tipo, ya sea por la presencia de hileras de camélidos laceados, o bien de ejemplares aislados laceados en posición pasiva, proponemos asignarlas al Período Tardío, por cuanto los trabajos zooarqueológicos efectuados en el Choapa han indicado que solo para este tiempo se conoce la presencia de camélidos domesticados (Becker 2004; Troncoso 2004). Este hecho es coherente con el registro material de la Cultura Diaguita, representante poblacional de los períodos Intermedio Tardío (1000-1450 DC) y

Tardío (1450-1530 DC) cuando los restos de camélidos son escasos, no se reconoce infraestructura asociada a corrales y hay una baja movilidad de estas poblaciones, como lo sugiere la nula presencia de bienes foráneos en la zona. En esa línea, la representación de escenas de pastoreo solo puede ser pensada y materializada en la zona durante época inkaica.

Esta asignación implica que dentro de los subconjuntos de camélidos de dos, tres, cuatro y seis patas se incluyen representaciones asignables a este momento, aunque con distintas frecuencias.

En esa línea, consideramos que se debe incluir dentro de este componente de arte rupestre del Período Tardío a todos aquellos camélidos con angulaciones de cuello cercanas a los 90° (intervalo 80°-100°). Esto se basa en dos hechos. Primero, que son los camélidos con estas angulaciones los que presentan una mayor frecuencia de representación de escenas de pastoreo. Del total de 20 escenas reconocidas, 13 (65%) abarcan camélidos con angulaciones de cuello entre los 81° y 100° y, más específicamente, hay nueve casos (45%) en que tales valores están entre los 85° y 95°. Muy lejanamente le sigue el rango de 101°-120° con cinco casos (25%). Esto implica que ya superado tal rango, son casi inexistentes las escenas de pastoreo.

Segundo, al igual como ocurre en el Norte Grande, pensamos que estas disposiciones de cuellos en angulaciones próximas a los 90° recuerdan las descripciones de los camélidos esquemáticos y rígidos asignados a este tiempo (Gallardo & Vilches 1995, 2001; Vilches & Uribe 1999; Sepúlveda 2008). En esa línea, si observamos la distribución de esta angulación de cuello (80°-100°), vemos que ella proporcionalmente está mayormente representada en el subconjunto IA (Tabla 5), que también alcanza las frecuencias más altas en relación con la presencia de escenas de pastoreo, estando algo menos representado en otros subconjuntos, en los que también se observa una más baja frecuencia de escenas de pastoreo.

Es a partir de tales antecedentes, por tanto, que proponemos que el subconjunto IA, camélidos lineales de dos patas, se adscribiría en su totalidad al Período

Tardío, tanto por la existencia de escenas de pastoralismo en su interior, como el predominio de angulaciones de cuello en el rango de los 80°-100°. A ello se puede agregar el predominio de los surcos lineales continuos, atributo técnico que es compartido con motivos propios a este momento (p. ej., ajedrezados) y que es poco frecuente en momentos previos. La variación que existe en este subconjunto en términos métricos se debería a las estrategias de composición de cada panel y no lo consideramos relevante.

Siguiendo tales propuestas, dividimos el subconjunto IB, camélidos lineales con tres patas, en representaciones propias al Período Tardío y otras de tiempos previos que definiremos a continuación. Las primeras corresponderían tanto a los camélidos que se encuentran en escenas de pastoralismo, como aquellos con angulaciones de cuello en el rango 80°-100° (N=10, 47,6%). Como en el caso anterior, en este grupo se observa una alta presencia de surcos lineales continuos y aparece la técnica lineal/continua/areal, la que hemos asociado de manera exclusiva con este momento (Troncoso 2010). Destaca en este grupo un individuo con patas bisulcas.

El segundo segmento de este subconjunto se define porque sus cuellos exceden angulaciones de 100° y no se registran escenas de pastoreo. Sugerimos su asociación con los períodos Intermedio Tardío y Tardío de manera genérica, por cuanto: a) presentan una homogeneidad interna tanto con los restantes camélidos de tres patas, como con aquellos del subconjunto IA; b) sus atributos técnicos muestran un predominio de surcos lineales continuos (seis de nueve) y lineal/continuo/areal que es propio a tiempos inkaicos, y c) los rangos de angulaciones de cuello de estos camélidos se tienden a concentrar en el rango 100°-120° (cinco de nueve), espacio donde como vimos anteriormente se dan también camélidos propios de tiempos tardíos. De la misma forma, no pensamos que ellos deban ser adscritos dentro de la categoría del Alfarero Temprano, por cuanto la homogeneidad y la similitud que se establece en sus ámbitos visuales y tecnológicos lleva a pensar en la ausencia de una gran distancia cronológica con los grabados asignados a la Cultura Diaguita. La imposibilidad de segregar entre aquello del Intermedio Tardío y Tardío a partir de los atributos de estos camélidos es algo coherente con la continuidad que se da en los patrones decorativos de la alfarería en tiempos Diaguita preinkaico e inkaico en el Choapa (González 2004; Troncoso et al. 2009).

Un razonamiento similar al anterior efectuamos con el subconjunto ID, camélidos lineales de cinco patas, donde hay un ejemplar que remite a los principios propios del Período Tardío (angulación de cuello de 90°) (fig. 4b), mientras que los restantes cinco los asignamos

al Período Intermedio Tardío y Tardío por las razones previamente indicadas, pues encontramos angulaciones mayormente entre 100° y 120°, así como uso de técnica lineal discontinua.

Asignamos también al Período Tardío el único ejemplar del subconjunto IF, camélidos lineales de siete patas, el que presenta todos los rasgos propios a este tiempo: técnica lineal continua, angulaciones de cuello de 90° y representación en una escena de pastoralismo (fig. 6c). Las dos primeras características están presentes también en el subconjunto IE, camélidos de seis patas, sugiriendo una asignación similar. Considerando lo inusual de estas representaciones pensamos que ambos casos pueden interpretarse como esquematizaciones de hileras de camélidos –es decir, caravanas–, siendo el número de extremidades el elemento que indica la existencia de más de un ejemplar (ver p. ej., fig. 8 para otras posibles escenas caravaneras). Esta propuesta es coherente con la forma de representación del camélido de siete patas y se podría vislumbrar su lógica de reducción en algunas escenas de pastoreo reconocidas en camélidos de dos y cuatro patas.

Mientras todos los subconjuntos anteriores no muestran una gran variabilidad, siendo posible adscribirlos mayormente al Período Tardío, y en menor medida al Intermedio Tardío, la situación cambia de manera importante dentro del subconjunto IC, camélidos lineales de cuatro patas, pues el alto número de ejemplares va de la mano con una mayor variabilidad en su interior.

Un primer grupo de camélidos puede remitirse al Período Histórico Temprano, debido a que ellos se encuentran montados por personajes humanos, pero sus técnicas son similares a las del arte rupestre prehispánico. Los tres casos reconocidos son camélidos de cuatro patas, con angulaciones de cuellos sobre los 120°, uso

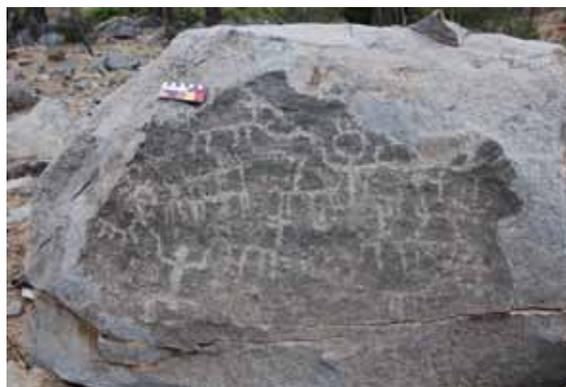


Figura 8. Escena de pastoreo con animales laceados y alineados (¿caravana?). Pichicavén.

Figure 8. Herding scene with roped animals in a line (caravan?). Pichicavén.

de técnica lineal continua (N=1), y lineal/continua/areal (N=2). Estos atributos son significativos, pues no solo muestran una continuidad técnica con los camélidos de los períodos Intermedio Tardío y Tardío, sino que ratifican la cronología de los últimos dada la cercanía visual que presentan en aspectos como el uso de técnica lineal/continua/areal y la presencia de patas bisulcas.

Si bien estos animales montados remiten a las convenciones visuales de los camélidos del Choapa, su configuración recuerda la noción de dualidad camélido/caballo (Gallardo et al. 1990; Martínez 2009), pues mientras su visualidad hace referencia al primer aspecto, su escenificación se relaciona con el segundo.

Pensamos que adscrito también a tiempos históricos –pero posiblemente algo más tardíos que las escenas de montas– es otro cuadrúpedo que asemeja más bien a un caballo que un camélido, y se encuentra laceado por un personaje antropomorfo que se diferencia también en sus patrones constructivos de los motivos humanos previos (fig. 5i). Pensamos en una data más tardía pues en ella el animal adquiere una visualidad más de caballo, mostrando una separación con lo conocido previamente, idea que ya avanzaron algunos autores (Arenas & Martínez 2009; Martínez 2009).

Un segundo conjunto, y de baja representación, se asociaría al Período Tardío y correspondería a aquellos camélidos que están en escenas de pastoralismo, o bien que se encuentran con sus lomos cargados, así como aquellos con angulaciones de cuello entre 80° y 100° y con una técnica del tipo lineal continua o lineal/continua/areal (p. ej., figs. 5a, e, g, h, j). Estos son bastante menores en proporción a los otros subconjuntos, lo que es coherente con la amplia variabilidad que presenta este grupo. En efecto, en este conjunto encontramos nuevamente que se da una cercana relación entre estos dos atributos, pues de los 14 casos con escenas de pastoralismo, ocho (57,1%) se encuentran en el rango de cuello entre 81° y 100°, seguido cercanamente por cuatro (28,6%) casos restantes en el rango siguiente (100°-120°) (Tabla 7).

Por sobre estos dos conjuntos se encuentra una gran cantidad de camélidos con angulaciones de cuello sobre los 100° y en los que se encuentran técnicas lineales continuas y discontinuas, así como una baja presencia de escenas de pastoralismo (p. ej., figs. 5a, c, f). Pensamos que es en este conglomerado donde se distribuye, por un lado, un conjunto de camélidos asignados al Período Tardío dado por sus atributos técnicos (lineal/continuo/areal) y, por otro, animales propios al Intermedio Tardío y que se definen más bien por el predominio de técnicas lineales discontinuas.

Al respecto, se podrá observar la ausencia clara de camélidos propios al Período Alfarero Temprano, no

Tabla 7. Distribución de escenas de pastoreo en asociación a subconjuntos de camélidos.

Table 7. Distribution of herding scenes associated with camelid subsets.

Escenas pastoralismo	80°-100°	100°-120°	120°-140°	Total
IA (2 patas)	2	1		3
IB (3 patas)	2			2
IC (4 patas)	8	4	2	14
ID (5 patas)				0
IE (6 patas)				0
IF (7 patas)	1			1
Total	13	5	2	

obstante las propuestas clásicas sobre el arte rupestre del Norte Semiárido que han tendido a enfatizar tal asociación. Más allá de las críticas que expusimos previamente, lo cierto es que no encontramos rasgo alguno que permita de manera directa establecer una asociación entre camélidos y tal momento de la prehistoria local. Muy por el contrario, los atributos de los camélidos presentes sugieren una adscripción mayormente a los períodos Intermedio Tardío y Tardío, situación que es coherente con cinco aspectos.

Primero, que todos los camélidos de tipo lineal mantienen una similitud y un aire de familia, refrendado por sus atributos métricos, que hacen difícil pensar en una amplia extensión cronológica de este motivo a lo largo de la prehistoria, pues son muy homogéneos entre sí.

Segundo, en términos de composición, la inserción de los camélidos tampoco es muy divergente al interior de la muestra de estudio, pues o bien ellos están en escenas de pastoreo, o bien se dispersan aislados o en conjuntos dentro de los bloques rupestres, sin que se observe una escenificación de actividades de cacería y que abra las puertas a otras configuraciones representacionales.

Tercero, los distintos conjuntos de camélidos comparten espacios reiteradamente en los bloques de arte rupestre y, como ya vimos, ellos no muestran mayores diferencias de pátinas dentro del panel como para sugerir grandes distancias cronológicas.

Cuarto, las escasas superposiciones muestran una cercanía temporal de las representaciones y el predominio de disponer camélidos sobre otros motivos lleva a pensar que su construcción se da en los momentos finales de intervención de los bloques rupestres. En los pocos casos en que estos están bajo otros motivos (dos de 16), se les superponen otros camélidos similares. Todo lo anterior, por tanto, sugiere fuertemente que

estos motivos son más bien propios de los momentos finales de la secuencia de producción de arte rupestre en el Choapa.

Quinto, los camélidos del Período Histórico Temprano guardan similitudes formales y técnicas con los de tiempos prehispánicos, lo que sugiere que entre ambos tipos de representación no hay una amplia distancia cronológica.

En este contexto, si bien no rechazamos de plano la presencia de camélidos del Alfarero Temprano, se requiere mayor evidencia para su reconocimiento, aunque por los atributos pensamos que de existir, ellos deberían encontrarse en el subconjunto de camélidos de cuatro patas con angulaciones entre los 120° y 180°, pues en tal rango no solo son escasas las escenas de pastoreo, sino también es donde está la mayor variabilidad de representación.

A su vez, estos resultados son coherentes con el contexto general del arte rupestre en el valle del Choapa, donde los últimos estudios han mostrado que el grueso de las representaciones se asocian a los períodos Intermedio Tardío y Tardío, replicándose en los grabados patrones de simetría e iconografía reconocida en la alfarería de tales momentos (González 2011; Troncoso 2011; Armstrong 2012).³

En síntesis, estos resultados nos permiten categorizar tres grandes agrupaciones de camélidos para la zona (Tabla 8).

Primero, camélidos de tiempos históricos (N=5), que se definen básicamente por su representación en escenas de monta, correspondiendo a cuadrúpedos de cuatro patas que, en ocasiones, presentan patas bisulcas y donde se da una técnica de producción lineal continua y lineal continua/areal. Todos los animales presentan cabeza, orejas y cola. Las primeras se disponen mayormente de forma horizontal (N=4), las orejas hacia arriba (N=3) y con las colas distribuidas de igual manera hacia arriba, abajo y en horizontal.

Segundo, camélidos del Período Tardío (N=100), donde, por un lado, encontramos los cuatro camélidos no lineales, los que se adscriben a este momento debido a su identificación como llamas (*Lama glama*). Por otro, en los camélidos lineales (N=96), encontramos representaciones de dos, tres, cuatro, cinco, seis y siete patas, las que se definen por presentar angulaciones de cuello entre los 80° y 100°, con una importante concentración alrededor de los 90°. Se encuentran algunos pocos ejemplares con patas bisulcas y hay un uso de técnicas lineal continua, lineal/continua/areal y, en menor cantidad, lineal discontinua. Se encuentran en este conjunto escenas de pastoralismo, o bien de animales con bultos en sus lomos.

La mayor parte de estos camélidos presentan cabeza (N=88, 90,7%), al igual que colas (N=82, 84,5%); las orejas se representan en menor cantidad (N=69, 71,1%). Si bien las cabezas se disponen de manera horizontal, hacia arriba y hacia abajo, hay un claro predominio de la primera posición (N=70, 79,5%); en contraposición, las colas se distribuyen de manera homogénea en las diferentes posiciones (adelante, arriba, atrás). Para el caso de las orejas, hay un predominio de su disposición hacia arriba y hacia atrás (N=36 y 27, respectivamente). Lo anterior muestra una gran heterogeneidad en la producción de los rasgos menores de estos camélidos, sin que se observe un patrón en la relación posición de colas, orejas y cabeza, situación que se reitera al considerar únicamente la configuración de los camélidos en escenas de pastoreo.

Un tercer grupo se remite al Período Intermedio Tardío (N=22), el que está constituido por camélidos de cuatro patas que tienen angulaciones de cuello sobre los 100°, alcanzando en algunos casos los 180°. No se reconocen individuos con patas bisulcas y hay un uso de las técnicas lineal discontinua y, en muy menor medida, lineal continua. Se tiende a representar a los animales

Tabla 8. Frecuencia de tipos de camélidos lineales por período cronológico.
Table 8. Frequency of types of line-drawings of camelids by chronological period.

	IA (2 patas)	IB (3 patas)	IC (4 patas)	ID (5 patas)	IE (6 patas)	IF (7 patas)	Total	%
PIT			21				21	9,7%
PIT-PT		9	79	3			91	41,9%
PT	16	12	65	1	1	1	96	44,3%
Histórico			5				5	2,3%
No determinado			2	2			4	1,8%
Total	16	21	172	6	1	1	217	100%

(PIT = Período Intermedio Tardío; PIT-PT = Período Intermedio Tardío-Tardío; PT = Período Tardío).

(*PIT = Late Intermediate Period; PIT-PT = Late Intermediate-Late Period; PT = Late Period*).

con colas (N=20, 90,9%), cabezas (N=17, 77,3%) y, con menos frecuencia, orejas (N=14, 63,6%). Las cabezas se disponen casi exclusivamente en horizontal (N=15, 88,2%), las orejas hacia arriba (N=9, 64,3%) y las colas de manera horizontal (N=20, 100%), lo que implica un predominio de camélidos con cabezas y colas horizontales (N=14).

Finalmente, se agrupan otros camélidos en una categoría genérica Intermedio Tardío y Tardío (N=91), por cuanto los rasgos de cada uno de ellos no fueron lo suficientemente diagnósticos para lograr establecer una separación tajante, reproduciendo la dinámica de continuidad observada en los conjuntos visuales plasmados en la alfarería de los períodos Intermedio Tardío y Tardío del Choapa (González 2004). De la misma manera, se dejaron cuatro ejemplares como indeterminados.

CAMÉLIDOS, ESPACIO Y PREHISTORIA EN EL VALLE DEL CHOAPA

La anterior formulación tipológica y cronológica de los camélidos puede complementarse integrando estos resultados dentro de las dinámicas espaciales de la prehistoria, aspecto que, por una parte, permite fortalecer nuestra proposición y, por otra, discutir la lógica de estos motivos a la luz de tales antecedentes.

Si observamos la representación espacial de los camélidos dentro de los patrones de ocupación del valle de Illapel y el vecino valle de Chalinga, encontramos una interesante relación. Por un lado, y como ya se observó, a nivel macroespacial los camélidos se encuentran mayormente representados en el valle de Illapel que en el valle de Chalinga (Tabla 2), situación que es paralela con el hecho de que los registros de la vida social prehispánica en ambos valles han mostrado un fuerte ocupación de la Cultura Diaguita, en contraposición a un escaso uso del valle de Chalinga, donde sus asentamientos son de carácter más restringido, a manera de enclaves, mostrando una pervivencia de grupos de tradición alfarera temprana hasta tiempos históricos (Pavlovic 2004; Troncoso 2004; Troncoso et al. 2009).

En ese contexto, la asignación mayormente hacia los períodos Intermedio Tardío y Tardío de los camélidos es coherente con las dinámicas e intensidades de ocupación reconocidas para cada espacio, pues su registro es más frecuente en Illapel que en Chalinga. De hecho, si los camélidos fueran mayormente tempranos debería esperarse al menos en Chalinga una recurrencia como la de Illapel.

Por otro lado, a nivel microrregional, la situación es aun más diagnóstica, por cuanto en el valle de Illapel los camélidos se representan con mayor fuerza en su

curso superior, que en el medio e inferior (Tabla 2). Esta situación es coherente con el emplazamiento en tal espacio de uno de los principales asentamientos de las comunidades diaguita-inkaicas en el valle de Illapel, el sitio Césped 3, que ha sido interpretado como un espacio desde el cual se establece un circuito de movilidad de recursos hacia la vertiente oriental de los Andes y en el que se han recuperado falanges de llamas cargueras, siendo posible pensar en la presencia de caravaneo (Troncoso et al. 2004). La alta proliferación de camélidos en tal espacio es, por tanto, coherente con las dinámicas de vida social establecidas en tiempos inkaicos por las comunidades locales.

En el caso de Chalinga, si bien son pocos los bloques con camélidos, es interesante hacer notar que ellos aparecen mayoritariamente en la cuenca media (Tabla 2), específicamente en los espacios próximos al área de Ranqui, lugar donde se dispone el principal asentamiento Diaguita-Inka de Chalinga (Ranqui 5) y en el que están presentes todos los tipos de camélidos asociados a este momento. Alejándose de este espacio los motivos de camélidos comienzan a desaparecer (Tabla 2). La menor frecuencia de representación se asociaría a una menor intensidad de la ocupación Diaguita-Inka en Chalinga, pero manteniendo el patrón de asociación de estas imágenes con el principal sitio Diaguita-Inka del valle.

Vemos entonces que las cronologías y las frecuencias reconocidas para los camélidos en el arte rupestre son coherentes con el comportamiento espacial de este tipo de registro, así como con los patrones de emplazamiento y dinámica espacial de las comunidades del Intermedio Tardío y Tardío. De hecho, una ampliación de la mirada hacia el restante registro rupestre en ambos espacios muestra también una mayor cantidad de grabados rupestres asignables a tiempos tardíos (p. ej., clepsidras, ajedrezados, máscaras escaleradas) (González 2011).

Esta mayor frecuencia de camélidos en el arte rupestre de la cuenca superior del río Illapel ya había sido reconocida por Castillo (1991), quien la había interpretado en relación con una mayor cantidad de camélidos poblando tales espacios. De esta manera, el aumento gradual que observaba en el número de representaciones de camélidos desde tierras bajas hacia tierras altas era coherente con el incremento de estos animales en el paisaje. Nuestros análisis no apoyan tal idea por dos razones. La primera es la escasa evidencia para sugerir una mayor población de camélidos en tierras altas en Illapel en comparación a tierras bajas; si bien ello es hoy en día real, es al menos en parte producto de la acción de las comunidades campesinas contemporáneas. La segunda, es que si tal hipótesis fuera correcta, debería encontrarse un patrón similar en el vecino valle de Chalinga, situación que no se da, lo

que sugiere, por tanto, que la dinámica de representación de los camélidos se articula con otros aspectos, donde a nuestro entender la centralidad de los imaginarios sociales, las prácticas de movimiento interregional y el registro de ocupaciones Diaguita y Diaguita-Inka son centrales para su comprensión.

Del mismo modo, nuestros resultados son coherentes con las dinámicas establecidas entre las comunidades humanas y los camélidos. En efecto, mientras solo se ha reconocido para época inkaica la presencia de camélidos domesticados, el registro zoológico de tiempos previos se define por una casi nula presencia de restos en el Alfarero Temprano, una baja cantidad en el Intermedio Tardío y un alto registro en época inkaica (Becker 2004).

Más allá de los posibles problemas tafonómicos que podrían afectar la muestra, lo cierto es que los modelos sociales para comprender los períodos Alfarero Temprano e Intermedio Tardío en el Choapa son coherentes con una escasa centralidad de los camélidos en la vida social de estas poblaciones (Troncoso 1999, 2004; Pavlovic 2004; Troncoso et al. 2009). Mientras en el caso de las sociedades Alfareras Tempranas se observa un modo de vida móvil con cultígenos a baja escala como la quínoa (*Chenopodium quinoa*), su patrón de asentamiento se asocia de preferencia a tierras altas en relación con espacios de cultivo de este cereal, con una baja existencia de avistaderos de caza, mayormente reconocidos en el valle de Chalinga (Pavlovic 2004).

El caso del Intermedio Tardío se caracteriza más bien por una dinámica campesina con bajas tasas de movilidad, como lo demuestra la ausencia de material foráneo a la zona, y donde la dinámica productiva es nuevamente hacia el ámbito de los cultivos por sobre otra cosa, no obstante la evidencia de caza de camélidos (Troncoso 1999). En ese contexto nos parece interesante señalar que de acuerdo a estas lógicas de modo de vida, la domesticación de camélidos no se constituye en un acto esencial para la vida social y dinámica de estas poblaciones, por lo que su ausencia es coherente con el registro material.

De esta manera, la sistematización que hemos propuesto para los camélidos se integra de manera lógica con la dinámica del registro arqueológico restante y los procesos sociales que han sido propuestos para la zona.

CONCLUSIONES: DEL CHOAPA AL NORTE SEMIÁRIDO

Los resultados alcanzados a partir de este primer intento de sistematización y discusión cronológico-cultural de

las representaciones de camélidos en el valle del Choapa sugieren una realidad muy diferente a lo clásicamente propuesto para el arte rupestre del Norte Semiárido, indicando una mayor intensidad en la creación de grabados de estos animales para los momentos finales de la historia prehispánica. La aparición de escenas de pastoralismo, la similitud de los camélidos en estas escenas con otros representados aisladamente y el registro de camélidos esquemáticos rígidos, son parte de las evidencias propuestas para una asignación a los períodos Intermedio Tardío y Tardío de un número importante de estos petroglifos.

Estos resultados dan cuenta de una coherencia entre el arte rupestre y el restante registro arqueológico conocido en el valle del Choapa, en que un tema central que ha sido abordado es el impacto de la incorporación de este territorio al *Tawantinsuyu*, proceso que implicó una importante modificación en las relaciones sociales y culturales de producción al interior de las comunidades Diaguita (Troncoso 2004). El aumento en las representaciones de camélidos, la ilustración de escenas de pastoreo sumado a su concentración en un espacio asociado al tráfico de bienes hacia la vertiente oriental de los Andes, muestran cómo estas transformaciones en los ámbitos infraestructurales fueron de la mano con una modificación tanto en los discursos visuales como en los imaginarios de las comunidades locales, anclando en la roca la materialidad y la inmaterialidad de tales cambios.

Asimismo, se observa cómo la dinámica espacial intravalles e intervalles de producción/consumo de arte rupestre es sensible a los contextos sociales que la definen, mostrando una heterogeneidad espacial que recién se está comenzando a explorar. Esta variabilidad pensamos que se da no solo dentro del Choapa al momento de comparar lo que son los valles de Illapel y Chalinga, sino que posiblemente ocurre en valles vecinos, tal como el Limarí, donde mientras en las tierras bajas los camélidos son relativamente escasos (Valle El Encanto, San Pedro de Quiles) (Ampuero & Rivera 1971; Niemeyer & Castillo 1996; Troncoso et al. 2008), en las tierras altas del valle de Hurtado se observa una mayor popularización de su registro (Ballereau & Niemeyer 1999).

En este contexto, no solo es necesario repensar las asignaciones cronoculturales y dinámicas del arte rupestre, y de las representaciones de camélidos en los valles más septentrionales del Norte Semiárido, sino también evaluar nuestra propuesta tipológico-cronológica en estos espacios. Sin embargo, una primera revisión a las referencias de camélidos para el valle del Limarí muestra un panorama similar al observado en Choapa (Ballereau & Niemeyer 1999; García 2005).

A su vez, se hace urgente reevaluar categorías como el Estilo La Silla, que si bien ha sido reconocido como propio del Período Alfarero Temprano usando a los camélidos como un elemento diagnóstico, adolece de análisis visuales específicos de estos animales como para sugerir una homogeneidad.

No obstante ello, el reconocimiento de posibles escenas de interacción entre humanos y animales domesticados en algunos soportes del sitio tipo La Silla (Niemeyer & Ballereau 1998: 291, 315), son un aliciente para pensar en que en este conjunto se incluyen producciones realizadas al menos en tiempos posteriores al Alfarero Temprano, idea que es reforzada al observar entre los motivos no figurativos el motivo Chacras (*sensu* Niemeyer & Ballereau 1986, lám. 13e; Briones et al. 1999), que ha sido asignado al Período Inka tanto en el Norte Grande (Briones et al. 1999; Valenzuela et al. 2004) como en la zona central del país (Troncoso 2008).

Sabemos que aunque los resultados alcanzados en este trabajo no son directamente extrapolables hacia los valles de Elqui y Limarí, ellos sí son una buena razón para reevaluar las sistematizaciones y las cronologías propuestas para el arte rupestre de tales sectores, y en particular, la supuesta exclusividad del motivo de camélidos en el arte rupestre del Período Alfarero Temprano.

RECONOCIMIENTOS Este trabajo ha sido posible gracias al apoyo de todo el equipo de terreno del Proyecto FONDECYT 1080360 que ha permitido relevar este registro y discutir varias de estas ideas. A Donald Jackson, Diego Salazar y evaluadores anónimos por sus comentarios que permitieron subsanar una serie de errores del trabajo. A Isabel Cartajena por discutir algunos aspectos de la representación de los camélidos y por su ayuda con los análisis estadísticos. A Andrea Torres por su ayuda editorial. Obviamente, errores y omisiones siguen siendo mi responsabilidad.

NOTAS

¹ Debemos recordar en este punto que en nuestros trabajos hemos reconocido un total de 1630 bloques de arte rupestre, lo que hace imposible el registro de todo este universo, por lo que se ha optado por seleccionar concentraciones de soportes para su fichaje. Esta selección ha tomado como criterios la complejidad de estos conjuntos, su emplazamiento, altura, tipos de diseño y técnicas presentes, entre otros.

² Corresponden a camélidos cuyas extremidades presentan pies partidos y fue utilizado por Ballereau y Niemeyer (1999), para describir algunos ejemplares del Norte Semiárido.

³ Debido a la alta heterogeneidad de los diseños no figurativos, que son los recurrentes acompañantes de los camélidos en los paneles, no es posible realizar un estudio más específico para evaluar la asociación que se da entre ambos conjuntos de representaciones en busca de algún patrón.

REFERENCIAS

- AMPUERO, G. & M. RIVERA, 1971. Las manifestaciones rupestres y arqueológicas del valle del Encanto. *Boletín del Museo Arqueológico de La Serena* 14: 71-103, La Serena.
- ARENAS, M. & J. L. MARTÍNEZ, 2009. Construyendo nuevas imágenes sobre los otros en el arte rupestre andino colonial. *Revista Chilena de Antropología Visual* 13: 17-36, Santiago.
- ARMSTRONG, F., 2012. Engraved memory: Petroglyphs and collective memory at Los Mellizos, Illapel, Chile. *Rock Art Research* 29 (1): 19-34.
- ASCHERO, C., 1999. El arte rupestre del desierto puneño y el noroeste argentino. En *Arte rupestre en los Andes de Capricornio*, J. Berenguer & F. Gallardo, Eds., pp. 97-134. Santiago: Museo Chileno de Arte Precolombino.
- BALLEREAU, D. & H. NIEMEYER, 1999. Los sitios rupestres del valle del río Hurtado Superior (Norte Chico, Chile). *Chungara* 31 (2): 229-292.
- BECKER, C., 2004. Animales que cuentan historias. *Chungara*, volumen especial, tomo II: 359-364.
- BECKER, C. & I. CARTAJENA, 2005. Las ofrendas de camélidos en el cementerio de la plaza Coquimbo, una nueva mirada. Fondo de Apoyo a la Investigación Patrimonial. Informes, pp. 77-86. Santiago.
- BERENGUER, J., 1998. Identificación de camélidos en el arte rupestre de Taira: ¿Animales silvestres o domésticos? *Chungara* 28 (1-2): 85-114.
- 2004a. Cinco milenios de arte rupestre en los Andes atacameños: Imágenes para lo humano, imágenes para lo divino. *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino* 9: 75-108.
- 2004b. *Caravanas, interacción y cambio en el desierto de Atacama*. Santiago: Ediciones Sirawi.
- BERENGUER, J.; G. CABELLO & D. ARTIGAS, 2007. Tras la pista del Inka en petroglifos paravecinales al Qhapaqñan en el Alto Loa, norte de Chile. *Chungara* 39 (1): 29-50.
- BRIONES, L.; P. CLARKSON, A. DÍAZ & C. MONDACA, 1999. Huasquiñas, las chacras y los geoglifos del desierto: una aproximación al arte rupestre andino. *Diálogo Andino* 18: 39-61, Arica.
- CABELLO, G., 2001. Acercamiento al arte rupestre Diaguita a partir de las máscaras del valle de Chalinga, IV Región. En *Actas del IV Congreso Chileno de Antropología*, tomo II, pp. 1363-1370, Santiago.
- 2011. De rostros a espacios compositivos: Una propuesta estilística para el valle de Chalinga, Chile. *Chungara* 43 (1): 25-36.
- CASTILLO, G., 1985. Revisión del arte rupestre Molle. En *Estudios en Arte Rupestre*, C. Aldunate, J. Berenguer & V. Castro, Eds., pp. 173-194. Santiago: Museo Chileno de Arte Precolombino.
- 1986. Sociedades agropecuarias tempranas y control de recursos en el ambiente semiárido de Chile. *Chungara* 16-17: 173-180.
- 1989. Agricultores y pescadores del Norte Chico: El Complejo Las Animas (800-1200 DC). En *Prehistoria: Desde sus orígenes hasta los albores de la conquista*, J. Hidalgo, V. Schiappacasse, H. Niemeyer, C. Aldunate & I. Solimano, Eds., pp. 265-276. Santiago: Editorial Andrés Bello.
- 1991. Desarrollo prehispánico en la hoya hidrográfica del río Choapa. Manuscrito depositado en el Museo Arqueológico de La Serena.
- GALLARDO, F., 2004. El arte rupestre como ideología: Un ensayo acerca de pinturas y grabados en la localidad del río Salado (norte de Chile). *Chungara*, volumen especial, tomo II: 427-440.
- GALLARDO, F.; V. CASTRO & P. MIRANDA, 1990. Jinetes sagrados en el desierto de Atacama: Un estudio de arte rupestre andino. *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino* 4: 27-56.
- GALLARDO, F. & F. VILCHES, 1995. Nota acerca de los estilos de arte rupestre en el pukara de Turi. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 23: 31-33, Santiago.
- 2001. Arte rupestre en la época de dominación Inka en el norte de Chile. En *Tras la huella del Inka en Chile*, pp. 34-43. Santiago: Museo Chileno de Arte Precolombino.

- GALLARDO, F. & H. YACOBACCIO, 2005. Wild or domesticated? Camelids in Early Formative Rock Art of the Atacama Desert (Northern Chile). *Latin American Antiquity* 16 (2): 115-130.
- 2007. ¿Silvestres o domesticados? Camélidos en el arte rupestre del Formativo Temprano en el desierto de Atacama (norte de Chile). *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino* 12 (2): 9-31.
- GARCÍA, J., 2005. Estudio espacial de los petroglifos del llano de San Agustín, valle del río Hurtado, IV Región, Chile. Memoria para optar al título de Arqueólogo. Departamento de Antropología, Universidad de Chile, Santiago.
- GONZÁLEZ, J., 2003. Etología de camélidos y arte rupestre de la subregión del río Salado (norte de Chile, II región). *Estudios Atacameños* 23: 23-32.
- GONZÁLEZ, P., 2004. Patrones decorativos y espacio: El arte visual Diaguita y su distribución en la cuenca del río Illapel. *Chungara*, volumen especial, tomo II: 767-781.
- 2011. Universo representacional del arte rupestre del sitio Los Mellizos (Provincia del Choapa): Convenciones visuales y relaciones culturales. *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino* 16 (2): 49-59.
- JACKSON, D., 2005. Camélidos en el arte rupestre de la cuenca hidrográfica del río Choapa, hacia una discusión de sus distinciones. Trabajo presentado en el V Congreso Nacional de Antropología, San Felipe.
- JACKSON, D.; D. ARTIGAS & G. CABELLO, 2002. *Trazos del Choapa: Arte rupestre en la cuenca del río Choapa, una mirada macroespacial*. Santiago: LOM.
- KLANCH, E. & M. ALDENDERFER, 2001. Qawrankasax waljawa: Arte rupestre de cazadores y pastores en el río llave (sur del Perú). *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino* 8: 47-58.
- MARTÍNEZ, J. L., 2009. Registros andinos al margen de la escritura: el arte rupestre colonial. *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino* 14 (1): 9-35.
- MÉNDEZ, C.; A. TRONCOSO, D. JACKSON & D. PAVLOVIC, 2009. Uso del espacio entre cazadores recolectores tardíos en espacios cordilleranos del norte semiárido de Chile. *Intersecciones en Antropología* 10: 313-326, Olavarría.
- NIEMEYER, H. & D. BALLEREAU, 1998. Los petroglifos del cerro La Silla, provincia de Coquimbo. *Chungara* 28 (1-2): 277-317.
- NIEMEYER, H. & G. CASTILLO, 1996. Los yacimientos arqueológicos del estero San Pedro de Quiles. *Boletín del Museo Arqueológico de La Serena* 19: 53-72, La Serena.
- NIEMEYER, H.; G. CASTILLO & M. CERVELLINO, 1989. Los primeros ceramistas del Norte Chico: Complejo El Molle (0 a 800 DC). En *Culturas de Chile. Prehistoria*, J. Hidalgo, V. Schiappacasse, H. Niemeyer, C. Aldunate & I. Solimano, Eds., pp. 227-263. Santiago: Editorial Andrés Bello.
- NÚÑEZ, L. & T. DILLEHAY, 1995 [1979]. *Movilidad giratoria, armonía social y desarrollo en los Andes Meridionales: Patrones de tráfico e interacción económica*. Antofagasta: Universidad Católica del Norte.
- PAVLOVIC, D., 2004. Dejando atrás la tierra de nadie: asentamientos, contextos y movilidad de las comunidades alfareras tempranas del Choapa. *Werken* 5: 39-46.
- SEPÚLVEDA, M., 2004. Esquemas visuales y emplazamiento de las representaciones rupestres de camélidos del Loa Superior en tiempos inkaicos, ¿una nueva estrategia de incorporación de este territorio al Tawantinsuyu? *Chungara* 36 (2): 439-452.
- 2008. Arte rupestre en tiempos inkaicos: Nuevos elementos para una nueva discusión. En *Lenguajes visuales del Inka*, P. González & T. Bray, Eds., pp. 111-124. Oxfordshire: British Archaeological Reports S1848.
- TRONCOSO, A., 1999. La Cultura Diaguita en el valle de Illapel: Una perspectiva exploratoria. *Chungara* 30 (2): 125-142.
- 2004. Relaciones socioculturales de producción, formas de pensamiento y ser en el mundo: Un acercamiento a los períodos Intermedio Tardío y Tardío en la cuenca del río Choapa. *Werken* 5: 61-68.
- 2008. Arte rupestre en la cuenca del río Aconcagua: formas, sintaxis, estilo y poder. *Trabajos de Arqueología e Patrimonio* (TAPA) 39, Santiago de Compostela.
- 2009. Formas, estilo y espacio en el arte rupestre del Valle El Encanto, IV región, Chile. Informe Final Proyecto SOC 07/17-2, Vicerrectoría de Investigación y Desarrollo. Santiago: Universidad de Chile.
- 2010. Formas, estilo y espacio en el arte rupestre de Illapel y Chalinga, Provincia del Choapa. Informe Final Proyecto FONDECYT 1080360.
- 2011. Personajes fuera de lugar: Antropomorfos tardíos en el arte rupestre del Norte Semiárido de Chile. *Intersecciones en Antropología* 12 (1): 221-230, Olavarría.
- TRONCOSO, A. & D. PAVLOVIC, 2010. Historia, saberes y prácticas: Un ensayo sobre el desarrollo de las comunidades alfareras del Norte Semiárido. *Revista Chilena de Antropología* [en prensa].
- TRONCOSO, A.; D. PAVLOVIC, C. BECKER, P. GONZÁLEZ & J. RODRÍGUEZ, 2004. Césped 3, asentamiento del período Diaguita-Inkaico sin cerámica Diaguita Fase III en el curso superior del río Illapel, IV Región, Chile. *Chungara*, volumen especial, tomo II: 893-906.
- TRONCOSO, A.; F. ARMSTRONG, F. VERGARA, P. URZÚA & P. LARACH, 2008. Arte rupestre en el valle El Encanto: Hacia una reevaluación del sitio-tipo del Estilo Limarí. *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino* 13 (2): 9-36.
- TRONCOSO, A.; C. BECKER, D. PAVLOVIC, P. GONZÁLEZ, J. RODRÍGUEZ & C. SOLERVICENS, 2009. El sitio IV099-B Fundo Agua Amarilla y la ocupación del período inkaico en la costa de la Provincia del Choapa-IV Región. *Chungara* 41 (2): 241-259.
- VALENZUELA, D.; C. SANTORO & A. ROMERO, 2004. Arte rupestre en asentamientos del período Tardío en los valles de Lluta y Azapa, Norte de Chile. *Chungara* 36 (2): 421-438.
- VILCHES, F. & M. URIBE, 1999. Grabados y pinturas del arte rupestre tardío de Caspana. *Estudios Atacameños* 18: 73-88.



ARTE RUPESTRE DEL NORTE DE GUASAPAMPA Y SERREZUELA. CONSTRUCCIÓN DEL PAISAJE Y REPRODUCCIÓN SOCIAL EN LAS SIERRAS DE CÓRDOBA (ARGENTINA)

*THE ROCK ART OF NORTHERN GUASAPAMPA AND SERREZUELA.
LANDSCAPE CONSTRUCTION AND SOCIAL REPRODUCTION IN THE
CÓRDOBA HILLS (ARGENTINA)*

SEBASTIÁN PASTOR*

En este artículo se presentan los resultados de investigaciones en cuatro áreas localizadas en la sección norte del valle de Guasapampa y en el cordón de Serrezuela, al occidente de la provincia de Córdoba (Argentina). El análisis se focaliza en los paneles con representaciones rupestres, específicamente sobre los motivos figurativos, que constituyen una de las principales expresiones arqueológicas del sector. Además de los aspectos formales (tipos de diseño, temas, técnicas de ejecución) se tiene en cuenta el contexto más amplio en el que se integraron las imágenes (elección de soportes, condiciones de visibilidad y otras prácticas asociadas a la producción y observación del arte rupestre). El análisis expone un panorama definido por una apreciable variabilidad local, no obstante la reducida escala geográfica del área considerada, dando cuenta de la participación diferencial de esta materialidad en el establecimiento y la delimitación de los vínculos sociales entre los grupos que la ocuparon en tiempos prehispánicos.

Palabras clave: arte rupestre, construcción del paisaje, reproducción social, variabilidad local, recursos forestales, aguadas

This paper presents the results of research conducted in four areas of the northern Guasapampa Valley and Serrezuela Hills, in the western part of Córdoba Province, Argentina. The analysis focuses on rock art panels, specifically on the figurative motifs that comprise one of the most conspicuous archaeological materialities of this sector. The evaluation considers the formal aspects of representation (design types, themes, execution techniques) as well as their context (rock support selection, visibility conditions and other practices associated with rock art production and observation). The analysis suggests considerable local variability, despite the small geographical scale of the research area, pointing to the differential participation of this materiality in establishing and defining social relations among groups inhabiting the area in pre-Hispanic times.

Key words: rock art, landscape construction, social reproduction, local variability, forest resources, water wells

INTRODUCCIÓN

En los últimos 20 años, la continuidad y la intensificación de las investigaciones en el centro de Argentina han permitido profundizar en diferentes líneas de información arqueológica e incrementar sensiblemente el conocimiento sobre los procesos prehispánicos locales, en particular en tiempos tardíos (*ca.* 1500/400 años AP; Berberían 1999; Laguens 1999; Pastor 2007a; Pastor & Berberían 2007; Medina 2008; Bixio et al. 2010; Pastor et al. 2012). Un importante conjunto de expectativas deriva del estudio del arte rupestre del occidente de las sierras de Córdoba (Recalde 2006, 2009; Pastor 2010, 2012; Recalde & Pastor 2011, 2012), en el que la ubicuidad de estas expresiones permitió establecer comparaciones con otros sectores de la región donde esta materialidad es inexistente o poco frecuente, o bien abundante pero de características disímiles, como ocurre en las sierras del norte de Córdoba (Gardner 1931; Vignati 1939; Urquiza 2011), en el sur de la sierra de Comechingones (Rocchietti 1991) y en las sierras de San Luis (Consens 1986).

Se entiende que el arte rupestre adquiere significación no solo por su forma, sino también por su emplazamiento, integrando y a la vez delimitando las prácticas sociales. En tal sentido, impone alteraciones en el paisaje que objetivan las particularidades de su

* Sebastián Pastor, CONICET, Área de Arqueología y Etnohistoria, Centro de Estudios Históricos "Prof. Carlos S. A. Segreti", M. C. del Corro 308, (5000) Córdoba, Argentina, email: pastorcvc@yahoo.com.ar

ocupación (Gallardo 2001), toda vez que permite –en forma consciente o inconsciente– fijar, reformular o reproducir pautas de comportamiento (Criado Boado 1999; Troncoso 2005; Aschero 2007). Por ejemplo, las condiciones de visibilidad, junto a las prácticas asociadas a su ejecución, pueden generar sentidos de igualdad y pertenencia, o de desigualdad y exclusión (Piazzini 2006), estableciendo formas de interacción entre las personas y los grupos, y entre estos y el entorno. En este trabajo se analiza y discute el papel diferencial del arte rupestre en la construcción del paisaje del occidente de Córdoba, contribuyendo a la caracterización y la comprensión del complejo mosaico cultural y de prácticas sociales que distinguieron a la región en los siglos previos a la invasión europea.

PAISAJES DE GUASAPAMPA Y SERREZUELA

El estudio se enfoca en cuatro áreas ubicadas en el valle de Guasapampa y en la sierra de Serrezuela. La primera de ellas, Totorá Huasi/Agua de Ramón (TH/AR), cubre buena parte de la sección norte del valle de Guasapampa (GN) y de las lomadas que constituyen la extremidad septentrional de las sierras de Pocho, con una extensión aproximada de 150 km² (fig. 1). El fondo de valle (500-600 msnm) está surcado por el río Guasapampa, de régimen intermitente en el extremo sur del área y únicamente activo después de las lluvias desde allí hacia el norte. A lo largo de su trayecto es acompañado por frondosos algarrobales (*Prosopis* sp.), que alternan con otras especies con frutos comestibles como el chañar (*Geoffroea decorticans*) y el mistol (*Zizyphus mistol*). Las lomadas hacia el occidente del fondo de valle (700-900 msnm) constituyen un paisaje agreste, topográficamente poco diferenciado y de tránsito dificultoso por una vegetación cerrada y agresivamente espinosa (aunque en los fondos de las quebradas crecen algarrobos, mistoles y otros árboles y arbustos beneficiosos). En la actualidad no hay cursos de agua activos en decenas de kilómetros de serranías, excepto tres o cuatro vertientes dispersas, permanentes aunque de modestísimo caudal. El resto se limita al agua de lluvia almacenada por algunos días o semanas en depósitos naturales ubicados en el interior de los cauces, en el fondo de quebradas (llamados “pozos” o “cajones” por los pobladores locales). En esta área se documentaron ocho sitios (sin contar aquellos que no incluyen arte rupestre), los cuales totalizan 13 paneles con representaciones grabadas y 111 motivos.

Ampiza (AM) es la segunda área en el extremo norte del valle, en su límite con el piedemonte y la llanura que desciende hacia las Salinas Grandes (fig. 1). La superficie prospectada alcanzó los 45 km². Aquí finalizan las sierras de Pocho (reducidas a lomadas de menos de 400 msnm), al igual que el cauce del río Guasapampa, que desaparece tras tomar contacto con los sedimentos semiarenosos de la planicie (150-250 msnm). La distribución de los recursos hídricos muestra pocas diferencias con el área anterior, con ausencia de arroyos o manantiales permanentes y aguadas efímeras en depósitos puntuales en la quebrada principal y otras de menor jerarquía. La importancia de los recursos forestales es similar o aun mayor, en particular en la quebrada principal donde los algarrobales alcanzan un notable desarrollo. Se registraron seis sitios arqueológicos (exceptuando aquellos sin arte rupestre), conteniendo un total de nueve paneles y 106 motivos grabados.

El área de Lomas Negras (LN) cubre una pequeña cerrillada (80 km²) en el piedemonte occidental de la sierra de Serrezuela (fig. 1). La altura máxima del cordón principal es de 900 m, mientras que la cerrillada varía entre 250 y 450 msnm. El sector se destaca por sus recursos forestales, pero el agua se limita a aquella almacenada en el interior de depósitos naturales (“pozos” y “cajones”) o artificiales (las represas que construyen los campesinos actuales con lomadas de tierra), puesto que no existen cursos permanentes. En total se documentaron 12 sitios con arte rupestre, distribuidos en 58 paneles y 301 motivos (288 grabados, 11 pintados y dos donde ambas técnicas de ejecución se combinan).

La cuarta área es Virgen de la Peña (VP), extendida por 25 km² en el piedemonte oriental de Serrezuela (ca. 300-400 msnm; fig. 1). Como ocurre en el piedemonte occidental, no existen cursos de agua permanentes, pero sí algunos pozos importantes que en la actualidad mantienen el líquido durante todo el año. Se registraron seis sitios que contienen nueve paneles con arte rupestre y 130 motivos. Cinco de ellos muestran representaciones grabadas mientras que el sexto y más destacado (Pozo de la Tosca 2) incluye dos motivos grabados y 115 pintados.

Para finalizar, nos referiremos brevemente a la sección sur del valle de Guasapampa (GS), localizada hacia el sur del área TH/AR (fig. 1) y reconocida por contener la mayor concentración de sitios con arte rupestre del noroccidente cordobés. En efecto, en una pequeña área que no sobrepasa los 20 km² se documentaron 35 sitios que conservan 64 paneles y 650 motivos.¹ La información obtenida (Recalde 2009; Recalde & Pastor 2012) será considerada en este trabajo por su inmediata proximidad geográfica y porque sus expresiones rupestres se relacionan con (y en parte dan cuenta de)

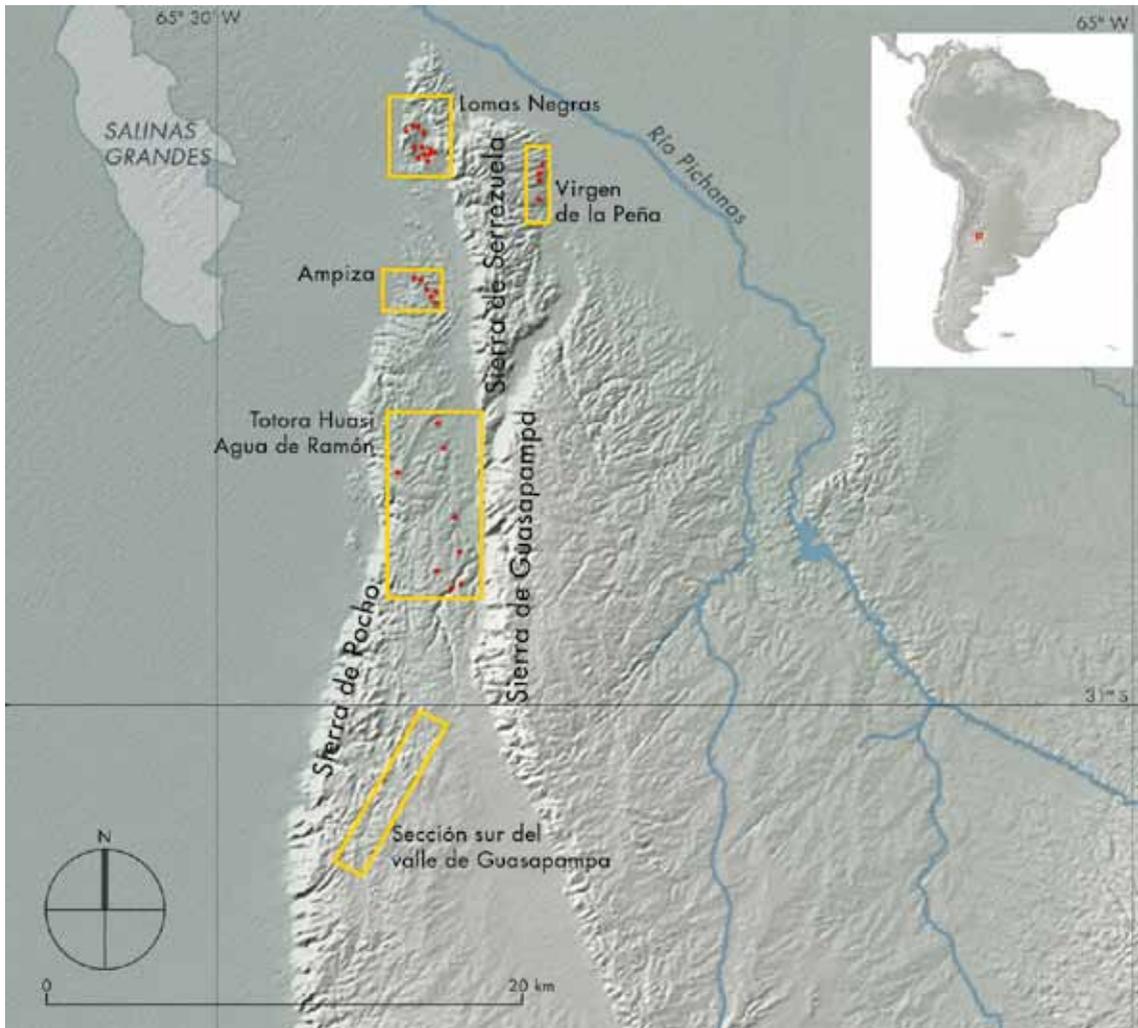


Figura 1. Localización de las áreas investigadas.
 Figure 1. Location of the areas of study.

los procesos e interacciones sociales investigados. Las características fisiográficas de GS son muy similares a GN, con un clima cálido, acentuada escasez hídrica con ausencia de cursos permanentes (excepto el río Guasapampa en sus tramos iniciales, donde discurre en forma intermitente) y abundancia y variedad de recursos forestales chaqueños.

TIPOS DE MOTIVO, CÁNONES Y PATRONES CONSTRUCTIVOS

Los tipos de motivo son divididos en figurativos y no figurativos, según la posibilidad de asignarlos o no a un referente objetivo. En el segundo caso no se niega su vínculo con algún referente del mundo material (persona,

animal, vegetal u objeto), solo que dicha posibilidad no puede ser establecida con certeza.

Entre los motivos figurativos predominan ampliamente los camélidos, los únicos registrados en todas las áreas aunque en proporciones variables (Tabla 1). Se observan distintas formas de construir la figura de estos animales, lo cual justifica la distinción de cánones y patrones constructivos (*sensu* Aschero 1996). Las principales características formales de estos diseños y las tendencias de su distribución espacial fueron analizadas en otra oportunidad (Recalde & Pastor 2011). En esta ocasión nos limitaremos únicamente a repasar los rasgos distintivos de los cánones más conspicuos en las áreas investigadas. El más frecuente es el canon A, definido inicialmente para GS (Recalde 2009) y presente en todas las áreas investigadas. Se muestra de perfil no

Tabla 1. Tipos de motivo.
Table 1. Types of motifs.

Tipo de motivo	A. de Ramón / Totora Huasi		Ampiza		Lomas Negras		Virgen de la Peña	
Camélido	2	1,8%	44	41,51%	112	37,21%	30	23,08%
Camélido bicápite	-	-	-	-	1	0,33%	1	0,77%
Cabeza de camélido	-	-	-	-	1	0,33%	-	-
Cánido	-	-	1	0,94%	1	0,33%	-	-
Felino	-	-	-	-	1	0,33%	2	1,54%
Pisada de felino	1	0,9%	-	-	8	2,66%	-	-
Lagarto	1	0,9%	-	-	1	0,33%	-	-
Rheido	-	-	-	-	-	-	1	0,77%
Pisada de ave	1	0,9%	-	-	1	0,33%	1	0,77%
Équido	-	-	-	-	1	0,33%	-	-
Cuero abierto	-	-	-	-	-	-	1	0,77%
Zoomorfo indeterminado	-	-	-	-	-	-	7	5,38%
Antropomorfo A	7	6,31%	4	3,77%	3	1,00%	1	0,77%
Antropomorfos A3-B-C (con aditamentos)	25	22,52%	16	15,09%	36	11,96%	-	-
Pisada humana (antropomorfo D)	-	-	-	-	3	1,00%	-	-
No figurativo	74	66,67%	41	38,68%	132	43,85%	86	66,15%
Total	111	100%	106	100%	301	100%	130	100%

absoluto (con indicación de dos orejas y cuatro patas), partiendo de un cuerpo de forma elíptica al que se agregan el cuello, la cabeza, la cola y las extremidades. Sus proporciones guardan relación con el referente objetivo. Se diferencian patrones constructivos a partir de variaciones en el grosor del cuello y cuerpo, el número de extremidades representadas, su forma de inserción en el cuerpo y otros detalles (figs. 2-6).

Otra modalidad corresponde al canon C, que se define por un cuerpo de contorno rectangular donde se insertan las patas y el cuello, que guardan relación directa con el referente formal (Recalde 2009). En GS se combinan dos planos, con el cuerpo y las extremidades de perfil absoluto (solo se indican dos patas) y la cabeza de tres cuartos de perfil, puesto que se señalan las dos orejas. En GN y Serrezuela diferenciamos patrones constructivos donde varían las combinaciones de planos y las proporciones entre las partes del animal (figs. 2 y 3).

Algunos diseños se limitan a sitios puntuales en Serrezuela y faltan por completo en el valle de Guasapampa (GN y GS). El canon F, sumamente esquemático, fue registrado en dos sitios cercanos del área LN. La cola, el cuerpo, el cuello y la cabeza se

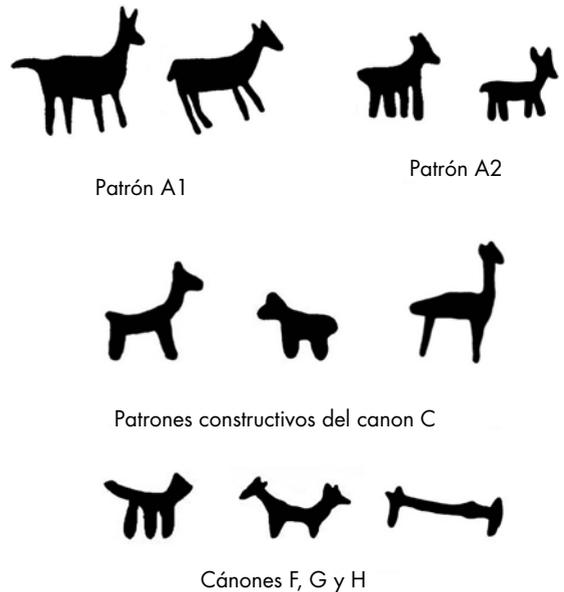


Figura 2. Algunos cánones y patrones constructivos de las figuras de camélidos.
Figure 2. Some canons and constructive patterns of the camelid figures.

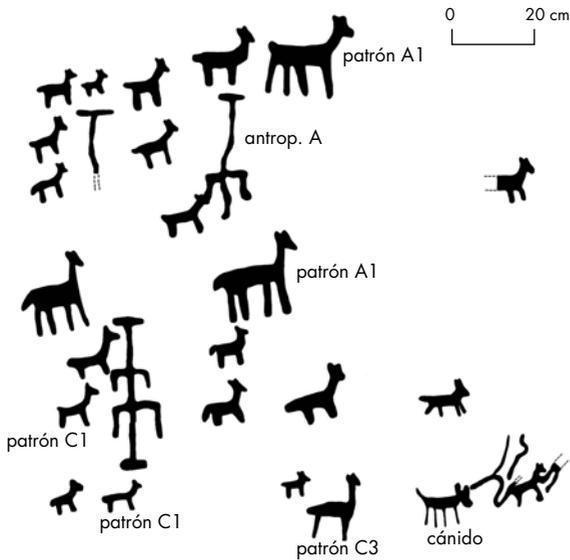


Figura 3. Representaciones grabadas en el sitio Ampiza 2.
Figure 3. Engraved representations from the Ampiza 2 site.

componen por un único trazo en forma de U y solo se indican tres patas (fig. 2). El canon G incluye a un motivo presente en la misma localidad de LN (Cajones del Igno) y a un segundo en el área VP. Se trata de un diseño esquemático, de perfil absoluto en el caso del cuerpo, con indicación de dos orejas y dos extremidades en el primer caso, y de dos orejas y cuatro extremidades en el segundo. La particularidad viene dada porque, en lugar de colas, se ejecutaron cuellos y cabezas de características similares a las primeras (bicápites; figs. 2 y 7). Por último, el canon H se limita a cuatro motivos estrechamente relacionados entre sí en el sitio Pozo de la Tosca 2 (área VP). Se trata de un diseño de máximo esquematismo, con indicaciones limitadas a un cuerpo de forma lineal, cola, una pata trasera, cabeza y una o dos orejas (figs. 2 y 8).

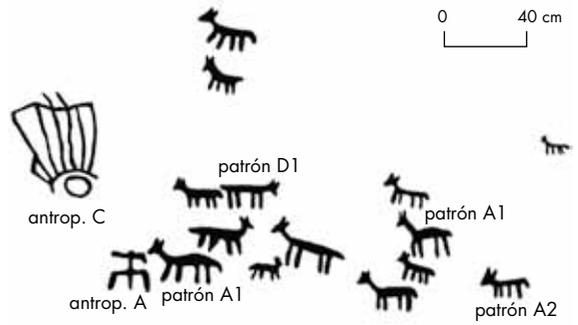


Figura 4. Panel N° 2 (y detalle) del sitio Cajones del Igno 3 (LN).
Figure 4. Panel N° 2 (and detail) from Cajones del Igno 3 site (LN).

Sin contar a los camélidos, los restantes motivos zoomorfos son menos frecuentes y se restringen a figuras puntuales o poco numerosas, localizadas en determinadas áreas o en sitios específicos (Tabla 1). Un motivo documentado en el área AM y otro en LN fueron asignados a cánidos, por sus similitudes con dichos referentes (p. ej., zorros [*Licalopex* sp.]). Presentan cuerpos delgados y rectangulares, patas alargadas, orejas y cola destacadas (fig. 3). Por su parte, una figura del sitio Cajones del Igno 1 (LN, fig. 9) y dos de Pozo de la Tosca 2 (VP, fig. 8)

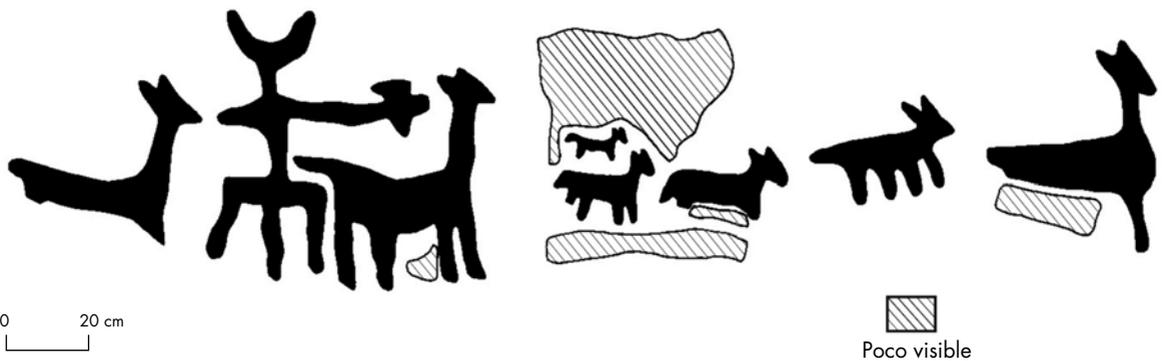


Figura 5. Grabados en el panel N° 4 del sitio Sacha Cabra 2 (LN).
Figure 5. Engravings on panel N° 4 of the Sacha Cabra 2 site (LN).

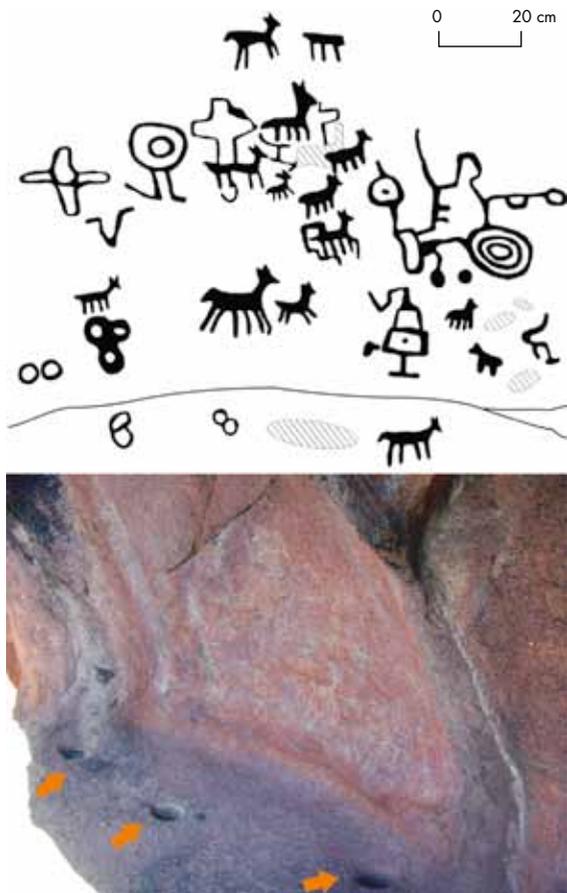


Figura 6. Articulación directa entre la ejecución/observación de las imágenes y el procesamiento de alimentos en útiles de mollienda. Sitio Cerco Quemado (LN).

Figure 6. Direct association between execution/observation of the images and food processing with grinding tools. Cerco Quemado site (LN).

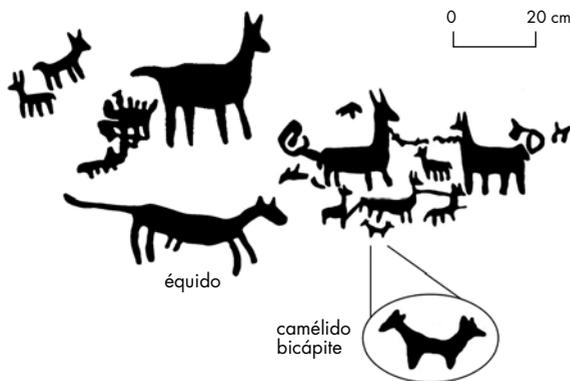


Figura 7. Grabados del sitio Cajones del Igno 4, panel N° 1 (LN).
Figure 7. Engravings from panel N° 1 of the Cajones del Igno 4 site (LN).

fueron referidas a felinos. Se diferencian por la forma de la cabeza, las orejas y/o por la cola larga y parada.

En dos sitios de LN y en uno de TH/AR se observaron pisadas de felino. Se trata de representaciones comunes en diversas regiones del país (Cuyo, Patagonia, Noroeste), pero fuera de estos ejemplos, están ausentes en el resto del noroccidente de Córdoba y son muy poco frecuentes en el centro de Argentina (Raggio 1979; Schobinger & Gradín 1985; Consens 1986; Rocchietti 1991; Falchi et al. 2011; Re et al. 2011). Su diseño parte de un círculo central de mayor tamaño, en torno al cual se disponen círculos menores indicando los dedos (fig. 10).

Dos tipos de motivos zoomorfos son exclusivos del sitio Pozo de la Tosca 2 (VP): un ñandú (*Rhea* sp.) y una figura interpretada como un cuero abierto (figs. 8 y 11).² En GS las figuras de rheidos son frecuentes y corresponden a un único canon, el cual “parte de una definición redondeada o elíptica del cuerpo, al cual se agregan un cuello largo, dos alas y dos extremidades inferiores que pueden o no culminar en las garras tridígitas del ave” (Recalde 2009: 46). Dicho canon incluye variantes definidas por una resolución más esquemática, entre las cuales se encuadra el motivo de VP.

En GS se documentaron representaciones de teídos (p. ej., *Tupinambis* sp.) de un canon de diseño básico y dos variantes diferenciadas por su grado de esquematismo. “En el primero se respetan las proporciones y los rasgos constitutivos, es decir una cabeza triangular, las cuatro extremidades cortas y extendidas, que pueden o no tener la indicación de los dedos, y la larga cola que se afina paulatinamente” (Recalde 2009: 46). El segundo patrón es una simplificación del primero y se distingue por presentar una cabeza redonda y el cuerpo y extremidades definidos por líneas rectas. En nuestra área solo observamos dos representaciones de teídos. Una de ellas se ubica en TH/AR y pertenece al segundo patrón definido para el sector contiguo de GS. La segunda se encuentra en LN y su deficiente conservación impide apreciar algunos detalles, aunque se trata de una resolución con un esquematismo intermedio entre los dos patrones definidos para GS (fig. 9).

En el sitio Cajones del Igno 4 (área LN) se conserva un panel que integra figuras de camélidos (algunos atados por el cuello con sogas y uno bicápite) y motivos no figurativos. La pátina más reciente indica que a este conjunto original se le agregó la imagen de un équido. No obstante se trata de una representación de apariencia antigua, ajustada a los cánones indígenas de diseño (fig. 7). En GS se documentaron representaciones de équidos en dos sitios de la subárea de Charquina (Recalde 2012), que sugieren cambios y continuidades en torno a la ejecución y la significación del arte rupestre

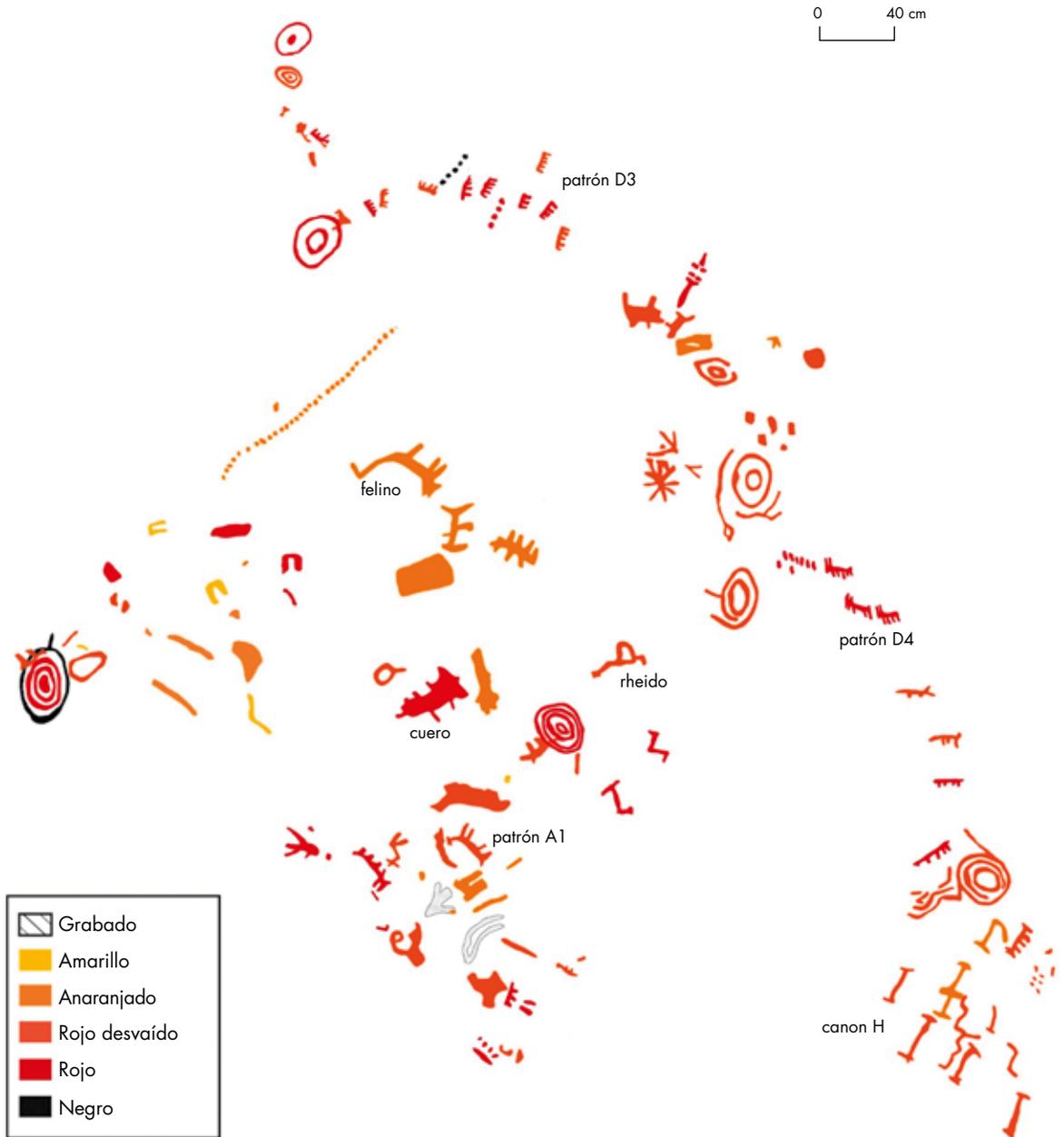


Figura 8. Panel del sitio Pozo de la Tosca 2 (VP).
 Figure 8. Panel of the Pozo de la Tosca 2 site (VP).

en tiempos coloniales tempranos (siglo XVI y principios del XVII). Los restantes motivos zoomorfos comprenden pisadas de ave (en sitios puntuales en tres de las cuatro áreas) y una representación de un camélido limitada a la cabeza del animal (en el área LN).

Las figuras antropomorfas también muestran una considerable variabilidad en sus diseños, lo cual ha justificado la definición de cánones y patrones constructivos (Recalde & Pastor 2012). El canon A, casi exclusivo

en GS, está presente en todas las áreas prospectadas en GN y Serrezuela. Se caracteriza por una resolución lineal, donde “los brazos apenas se destacan y [...] se despliegan conformando una ‘T’ o una ‘M’ con el torso [...] no está indicada la cabeza [...] y solo aparece como una prolongación del tronco o como un pequeño trazo perpendicular respecto al cuerpo” (Recalde 2009: 48). Una característica común es la indicación del sexo (figs. 3, 4 y 9).

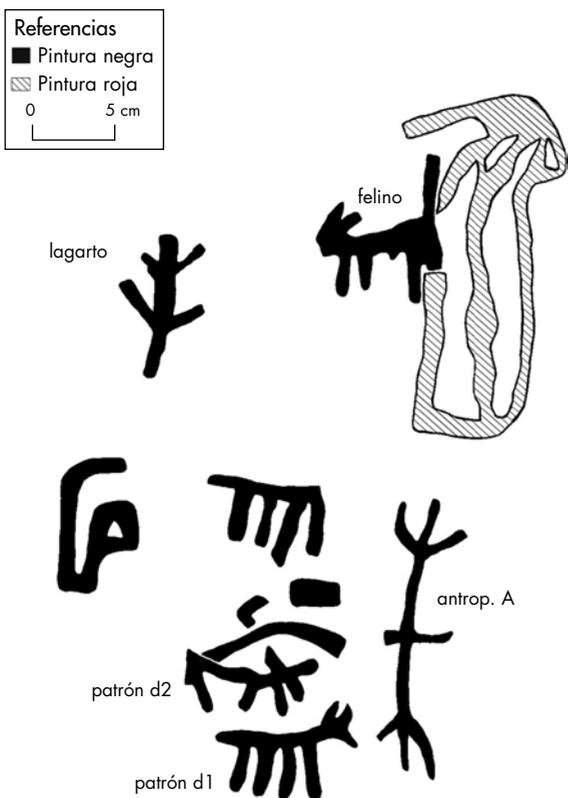


Figura 9. Representaciones pintadas en el sitio Cajones del Igno 1, panel N° 4 (LN).
 Figure 9. Painted representations from panel N° 4 of the Cajones del Igno 1 site (LN).

Las representaciones asignadas al canon B, así como las del patrón constructivo A3, comprenden figuras humanas de cuerpo completo, en tanto que las del canon C se limitan a la representación de la cabeza. En todos los casos destaca la indicación de aditamentos como tocados cefálicos, máscaras, vestimentas y objetos portados en las manos. Los diversos patrones constructivos son diferenciados según el mayor o menor grado de detalle y esquematismo (figs. 4, 5, 10, 12 y 13). Además de estar casi ausentes en GS, estos antropomorfos con aditamentos son inexistentes en VP. Por el contrario, se presentan en frecuencias relativamente bajas pero constantes en TH/AR, AM y LN (Tabla 1).

Finalmente, el canon D se restringe a tres pisadas humanas documentadas en un sitio del área LN (fig. 10). Las representaciones de huellas de pies humanos son frecuentes en sitios de la Patagonia (con el llamado “estilo de pisadas”; Menghin 1957), así como en Cuyo y el Noroeste Argentino (Schobinger & Gradin 1985; Falchi et al. 2011; Re et al. 2011). Sin embargo, en las sierras de Córdoba solo fueron registradas en un sitio del valle de Punilla (San Buenaventura), donde se asocian



Figura 10. Grabados en el sitio Cajones del Igno 1, panel N° 8 (LN).
 Figure 10. Engravings from panel N° 8 of the Cajones del Igno 1 site (LN).

a motivos no figurativos y a huellas de felinos y aves (Raggio 1979).

Los motivos no figurativos son altamente variables y se presentan en frecuencias significativas, con un mínimo del 39% en el área AM y un máximo del 66% en TH/AR y VP (Tabla 1). Su análisis merece un estudio detallado que, sin embargo, excede los límites de este trabajo. Se registraron diversas figuras simples (lineales, circulares, cuadrangulares) así como motivos geométricos más complejos (figs. 6-10 y 12). En el sitio El Cajón (LN) se conservan 12 paneles con numerosos hoyuelos pulidos pequeños (3 o 4 cm de diámetro por 1 cm de profundidad), distribuidos en forma aleatoria excepto en un panel donde aparecen en sucesión lineal



Figura 11. Detalles del panel del sitio Pozo de la Tosca 2 (VP).
 Figure 11. Panel detail from the Pozo de la Tosca 2 site (VP).

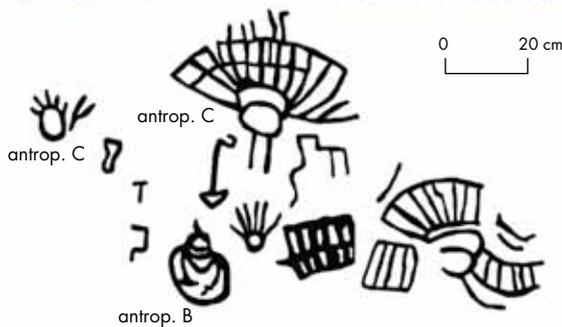


Figura 12. Grabados en el sitio Quebrada de los Zorros (TH/AR).
 Figure 12. Engravings from the Quebrada de los Zorros site (TH/AR).

(Pastor 2010). Se registraron representaciones similares en otros sitios del noroccidente cordobés (áreas de LN, AM, Piedrita Blanca y Ciénaga del Coro), así como en el resto de la región (valles de Punilla y Traslasierra, pampa de Achala, sierra de Comechingones), pero no en forma concentrada como ocurre en El Cajón, sino como paneles puntuales (Pastor 2007a; Rocchietti 2009; Recalde com. pers. 2010).

Como síntesis de la información cuantitativa sobre los diferentes tipos de motivo (Tabla 1) y sobre los diseños, se adelantan los siguientes resultados:

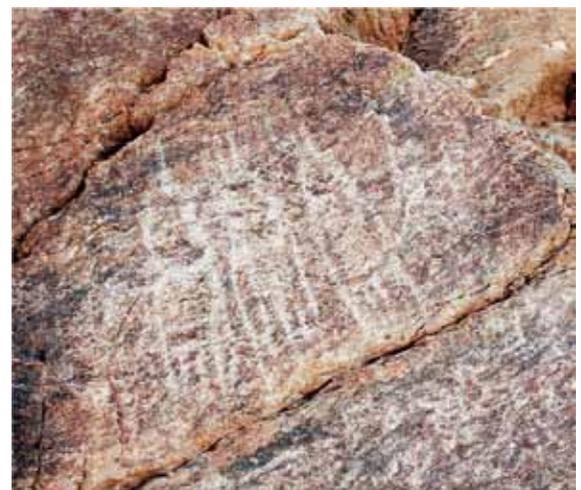


Figura 13. Antropomorfos del canon B en el sitio Río Guasapampa 2 (AM).
 Figure 13. Anthropomorphic figures from Canon B of the Río Guasapampa 2 site (AM).

- Entre los motivos figurativos destaca una alta representación de camélidos, con porcentajes elevados en todas las áreas (no menores al 25% del total),

excepto en TH/AR donde solo se registraron dos figuras (1,8% del total).

- Con respecto a los cánones y patrones constructivos: 1) los camélidos del canon A, y en particular los del patrón A1 y A2, son los más frecuentes y comunes a las distintas áreas investigadas; 2) las imágenes construidas a partir de los restantes patrones del canon A ocurren con escasa frecuencia o en ocasiones únicas, como sucede con los cánones B (*sensu* Recalde & Pastor 2011), F, G y H, y 3) el canon C, con sus diferentes patrones constructivos, se presenta en menor proporción que el A, pero fue registrado en todas las áreas y en varios sitios (n=7), excepto en TH/AR.
- Los restantes motivos zoomorfos se presentan en bajas proporciones o en una sola ocasión: cánidos (dos motivos en dos sitios), felinos (tres motivos en dos sitios), rheididos (motivo único), teñidos (dos motivos en dos sitios), équidos (motivo único), cuero abierto (motivo único, aunque ver nota 1) y pisadas de aves (tres motivos en tres sitios).
- Las pisadas de felino, aunque escasas, tienen una representación mayor que los anteriores. Se documentaron siete motivos en dos sitios cercanos del área LN y uno en un sitio de TH/AR.
- Los antropomorfos del canon A están presentes en todas las áreas (incluyendo GS), aunque en bajas proporciones. En el otro extremo, el canon D (pisadas) se limita a un único panel en LN.
- Los antropomorfos de los cánones B y C (así como los del patrón A3), definidos por la indicación de aditamentos, están presentes en todas las áreas con porcentajes bajos pero constantes (entre 8% y 15% del total), excepto en VP donde son inexistentes (al igual que en GS, con solo tres excepciones entre varios cientos de motivos).
- Los motivos no figurativos son mayoritarios en todas las áreas, donde comprenden cuanto menos la mitad de las representaciones (excepto en AM donde alcanzan un 37,5% del total, siendo superados por los camélidos).

TEMAS O ASOCIACIONES DE MOTIVOS

En la Tabla 2 se resume la información sobre los temas identificados en cada área.³ Como se puede apreciar, las figuras de camélidos son significativas en la conformación de nueve de los 19 temas, ya sea por su predominio en el total de representaciones o por el destaque de algunas figuras en particular. Algunos de estos temas

son relativamente comunes, pues han sido registrados en diferentes áreas y en más de una oportunidad (p. ej., la asociación de camélidos entre sí, de camélidos y no figurativos, o de camélidos y antropomorfos A). Otros son únicos ya que integran una mayor variedad de motivos, como zoomorfos de otras especies y antropomorfos. En gran medida, son estos motivos más puntuales los que otorgan singularidad a muchos paneles, contribuyendo así a la especificación de los lugares que los contienen.

También son nueve los temas definidos a partir de los antropomorfos con aditamentos (cánones B, C y patrón constructivo A3), ya sea por su número o la relevancia de algunas figuras particulares, dada por su tamaño y/o posición. Estos antropomorfos se presentan solos o acompañados por motivos no figurativos y muy escasos zoomorfos (camélidos, un lagarto y pisadas de felino). Los temas con antropomorfos con aditamentos no son comunes a todas las áreas, pues faltan por completo en VP y casi por completo en GS (excepto el sitio Barranca Honda 2).

El tema restante agrupa a los paneles con motivos no figurativos. Su tratamiento conjunto responde a un criterio arbitrario para esta etapa de la investigación. De hecho, se reconoce en este conjunto de expresiones la existencia de patrones, similitudes y diferencias, que ameritan un examen detallado que aún se encuentra en curso y por ello no es presentado en esta oportunidad.

El análisis de las diferencias tonales, grados de pátina y superposiciones aportó elementos necesarios para entender la formación de los conjuntos, definir o deslindar asociaciones temáticas, evaluar cambios y continuidades en el uso de los soportes y, comprendiendo al entorno circundante, en la construcción social del paisaje. Se efectuaron dos tipos de observaciones de interés. En numerosas ocasiones se confirmó el carácter "aditivo" del arte rupestre (Aschero 1997), lo cual sugiere en cada caso particular, determinadas continuidades y cambios en torno a las prácticas ligadas a su producción y significación en el pasado. En la mayoría de los casos las figuras fueron agregadas a los paneles sin alterar su temática (por ejemplo, asociaciones de camélidos formadas por la agregación sucesiva de las figuras individuales). En dos oportunidades (en un sitio de LN y en otro de AM) se quebró la concepción temática de las asociaciones originales, puesto que los motivos agregados son antropomorfos B y C que se superponen a camélidos, junto a rayados intencionales de vastos sectores de la superficie rocosa, realizados con el evidente propósito de destruir o invisibilizar a las imágenes pre-existentes (Pastor 2012).

La Tabla 3 reúne algunos datos sobre las asociaciones temáticas que comentaremos brevemente. En la primera

Tabla 2. Temas o asociaciones de motivos.
Table 2. Themes or motifs associations.

Tema	Totora Huasi / A. de Ramón	Ampiza	Lomas Negras	Virgen de la Peña
Antropomorfo A, camélidos	–	1	3	1
Antropomorfos A, camélidos, cánido y no figurativo	–	1	–	–
Antropomorfo A, camélidos, felino, lagarto y no figurativos	–	–	1	–
Antropomorfos A, B y C, camélido, lagarto y no figurativos	1	–	–	–
Antropomorfo A3, pisadas humanas (antropomorfo D) y de felino, no figurativos	–	–	1	–
Antropomorfos A3, B y C, camélidos, pisada de ave y no figurativos	–	–	1	–
Antropomorfos B alineados	–	1	–	–
Antropomorfo C	2	–	4	–
Antropomorfo C y no figurativos	1	1	2	–
Antropomorfos C y B, no figurativos	2	–	–	–
Antropomorfos C, pisadas de felino y no figurativos	1	–	2	–
Antropomorfos C, pisada de ave y no figurativo	1	–	–	–
Camélido aislado	1	–	4	2
Asociación de camélidos	–	–	3	1
Camélidos y no figurativos	–	3	4	–
Camélidos, cabeza de camélido, cánido y no figurativo	–	–	1	–
Camélidos, camélidos unidos por el cuello con sogas, équido y no figurativos	–	–	1	–
Camélidos, felinos, rheiro, cuero, pisada de ave, zoo indeterminado y no figurativos	–	–	–	1
No figurativos	4	2	31	4

Tabla 3. Riqueza, especificidad y afinidad temática entre áreas.
Table 3. Thematic richness, specificity and affinity of different areas.

	Totora Huasi / Agua de Ramón	Ampiza	Lomas Negras	Virgen de la Peña
% del total de temas (*)	42,1%	31,6%	68,4%	26,3%
% de temas propios (**)	15,8%	10,5%	26,3%	5,3%
Totora Huasi / Agua de Ramón	-	25%	62,5%	25%
Ampiza	33,3%	-	66,7%	33,3%
Lomas Negras	38,5%	30,8%	-	30,8%
Virgen de la Peña (***)	40%	40%	80%	-

* indicador de riqueza temática; ** indicador de especificidad; *** últimas cuatro filas, afinidad temática entre áreas.

fila se considera la riqueza temática por área (porcentaje del total de temas) y en la segunda su grado de particularidad, esto es, el porcentaje de temas propios, que no se repiten en las otras áreas consideradas (en rigor, no más allá de cada sitio particular). Dejando de lado las diferencias entre sí (que existen y son importantes) las áreas TH/AR, AM y VP incluyen un menor porcentaje del total de temas y poseen un menor porcentaje de temas propios que LN, que muestra el mayor nivel de riqueza y especificidad temática.⁴

En las últimas cuatro filas se considera el grado de afinidad temática en términos de relaciones bilaterales entre áreas (expresado en porcentaje de temas compartidos; ver Martel & Aschero 2007). Esta es una medida de interés ya que permitiría estimar, por ejemplo, hasta qué punto un sujeto habituado a recorrer un determinado territorio encontraría familiaridad o distancia al observar los temas del arte rupestre en otro. Se observan algunas tendencias significativas. Las áreas TH/AR, AM y VP muestran una menor afinidad en sus diferentes relaciones bilaterales, que la que sostiene cada una de ellas con LN. Es decir, que sujetos hipotéticos habituados a recorrer y significar esos entornos particulares encontrarían pocas similitudes en el arte rupestre de cualquier otro excepto en LN, donde todos hallarían mayores referencias conocidas. Por su parte, un sujeto habituado específicamente al entorno de LN, trasladado a cualquiera de los restantes, observaría más particularidades locales que temas compartidos o familiares a su experiencia (no obstante existentes; Gráfico 1).

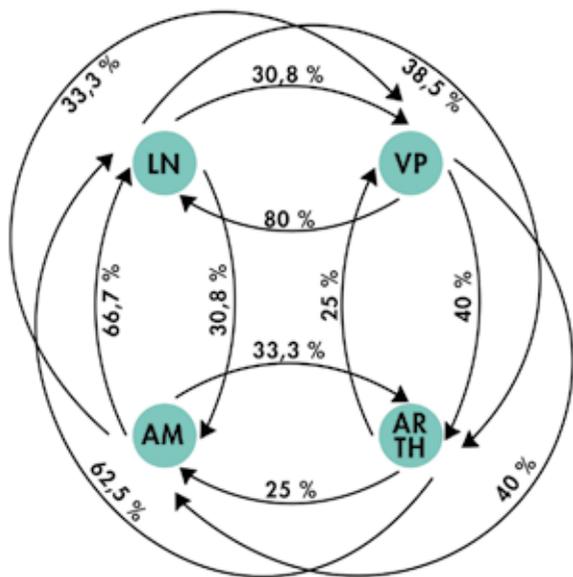


Gráfico 1. Afinidad temática entre áreas.
Graph 1. Thematic affinity among areas.

SELECCIÓN DE SOPORTES Y CONDICIONES DE VISIBILIDAD

La localización del soporte y en particular de los paneles con arte rupestre es el resultado de elecciones que tuvieron consecuencias directas sobre sus posibilidades de visualización y el modo de interacción con el paisaje. Estas decisiones pueden denotar la intención de hacer accesible a otros, o no, el conjunto de prácticas (rituales, culinarias, etc.) asociado a la ejecución y la interacción con las imágenes (Criado Boado 1999; Piazzini 2006). La Tabla 4 resume la información sobre los tipos de soporte utilizados y las condiciones de visibilidad. En GN (áreas TH/AR y AM), con predominio de las rocas metamórficas, se seleccionaron paredones y bloques a cielo abierto (n=20) y minoritariamente aleros (n=2). Son comunes los soportes y los paneles altamente visibles (59,1%) frente a aquellos con visibilidad media (31,8%) o baja (9,1%; fig. 14).⁵

En Serrezuela (áreas LN y VP), un paisaje caracterizado por las geoformas graníticas, se utilizaron soportes más variados. Sin embargo, se observan contrastes significativos en los criterios de selección en cada área, con consecuencias directas sobre la visibilidad del arte rupestre. En LN se eligieron paredones y bloques a cielo abierto, aleros y pequeñas oquedades. En un caso puntual (sitio El Cajón) se grabaron más de doscientos hoyuelos en el interior de un depósito de agua, en puntos de baja visibilidad. Más allá de este ejemplo, y de otros dos localizados en el sitio Cajones del Igno 1 que repiten la condición de baja visibilidad, predominan en el área los paneles con visibilidad media (46,6%) y alta (31,0%). Por el contrario, en VP se seleccionaron mayoritariamente aleros y tafones que impiden la observación de las figuras si no es a corta distancia, ingresando al interior de los refugios, y por pocas personas a la vez (fig. 15). En este aspecto, el arte rupestre de VP se aleja de los patrones de alta visibilidad, o de visibilidad no restringida, observados en las restantes áreas investigadas y se aproxima a la situación de GS, donde predominan los emplazamientos en el interior de abrigos rocosos con acceso visual restringido (Recalde 2009; Recalde & Pastor 2012).

ASOCIACIÓN CON RECURSOS NATURALES Y OTROS MATERIALES ARQUEOLÓGICOS

Los principales recursos asociados a los paneles con arte rupestre son de tipo hídrico y forestal (frutos comestibles de árboles, arbustos y cactáceas), además de la

Tabla 4. Elección de soportes y condiciones de visibilidad.
Table 4. Choice of support and visibility conditions.

Tipo de soporte / Visibilidad	Totora Huasi / A. de Ramón	Ampiza	Lomas Negras	Virgen de la Peña
Paredón o bloque a cielo abierto / Alta	9	4	3	–
Paredón o bloque a cielo abierto / Media	3	2	2	–
Paredón o bloque a cielo abierto / Baja	–	2	–	–
Paredón en pozo de agua / Media	–	–	1	–
Paredón en pozo de agua / Baja	–	–	10	2
Alero / Alta	–	–	5	–
Alero / Media	1	1	19	–
Alero / Baja	–	–	2	2
Oquedad / Alta	–	–	10	–
Oquedad / Media	–	–	5	–
Oquedad / Baja	–	–	1	–
Tafón / Baja	–	–	–	5



Figura 14. Elección de soportes altamente visibles en AM. Sitios Rodeo de Auti 8 (izquierda) y Río Guasapampa 2 (derecha).
Figure 14. Selection of highly visible supports at AM. Rodeo de Auti 8 (left) and Río Guasapampa 2 (right) sites.



Figura 15. Elección de soportes de baja visibilidad en el interior de abrigos rocosos. Sitios Pozo de la Tosca 1 (izquierda) y Pozo de la Tosca 2 (derecha), área VP.
Figure 15. Selection of low visibility supports inside rock shelters. Pozo de la Tosca 1 (left) and Pozo de la Tosca 2 (right) sites, VP area.

protección o el reparo que, en determinadas ocasiones, ofrecieron algunos abrigos rocosos. En las dos áreas prospectadas en GN (TH/AR y AM) todos los sitios con grabados se relacionan con la quebrada principal por donde discurre el río Guasapampa (normalmente seco), o con los fondos de quebradas laterales y tributarias. En general se ocuparon puntos específicos donde se almacena el agua de lluvia ("pozos" y "cajones"). Este panorama se extiende a las vertientes del cordón de Serrezuela, donde también se aprovecharon algunos aleros y tafones cercanos a las aguadas.

Los procesos erosivos que provocan la pérdida de los suelos, generalizados en la zona, atentaron contra la conservación de depósitos estratificados en casi todos los sitios y, en especial, en aquellos con arte rupestre, muchas veces relacionados con cauces que experimentan desbordes tras las lluvias torrenciales. En algunos casos (p. ej., los grabados en paredones en las márgenes del río) no existen indicios de la realización de otras actividades, más allá de la ejecución de las figuras. En otros sitios existen indicadores de prácticas asociadas de procesamiento y consumo de alimentos. Se han observado restos diversos en superficie (fragmentos cerámicos, instrumentos líticos, desechos de talla) relacionados con dichas tareas, aunque las dispersiones son pequeñas y nunca alcanzan altas densidades. La presencia de restos cerámicos y los diseños de las puntas de proyectil permiten asignar estas ocupaciones a momentos posteriores a *ca.* 1500 años AP.⁶

Un tipo de material ubicuo en el área (como en general en todas las sierras de Córdoba) comprende a los útiles de molienda pasivos (morteros y molinos) confeccionados en soportes rocosos fijos. Como el arte rupestre, estos útiles no son impactados por los procesos erosivos que afectan al suelo, pero presentan similares inconvenientes para su datación absoluta. Considerando en conjunto al sector central de las sierras de Córdoba, se conocen dataciones directas para contextos estratificados próximos a bloques rocosos con útiles de molienda (Pastor 2007b; Rivero et al. 2007-2008; Medina 2008; Recalde 2009). Estos fechados se concentran en el Holoceno Tardío, particularmente en el período 1500-350 años AP, en tanto que los contextos más antiguos podrían remontarse hasta fines del Holoceno Medio (*ca.* 4000/3000 años AP). De este modo, se define para la mayoría de los sitios (que son exclusivamente superficiales) un marco cronológico de grano grueso, comprendiendo buena parte del Holoceno Tardío. Aunque no se puede acceder a fechas absolutas ni a procesos o eventos de corta duración, el análisis de la distribución, la densidad y las características de los instrumentos nos informa positivamente sobre tendencias de largo plazo en el modo de ocupación del paisaje. Hemos potenciado el

registro y el análisis de esta materialidad en un contexto donde escasean o faltan los depósitos estratificados, con las consecuentes limitaciones informativas (solo comentaremos aquí algunos resultados generales de este trabajo). El mismo ha permitido, específicamente, una aproximación a: 1) los criterios de elección de los lugares donde se desarrollaron las prácticas de molienda y, con toda probabilidad, otras relacionadas con la preparación y el consumo de alimentos; 2) el grado de articulación espacial con los paneles con representaciones rupestres; 3) la intensidad de la ocupación del paisaje a diferentes escalas, y 4) el tamaño probable del grupo de personas que habitualmente interactuaba en cada sitio o localidad.

En GN (áreas TH/AR y AM) los sitios con útiles de molienda se localizan en quebradas de diferente jerarquía y en relación con aguadas, como ocurre con el arte rupestre. En pocos casos se aprovechó la protección de abrigos rocosos. Sin embargo, a pesar de ocupar las mismas unidades del paisaje, la localización puntual de los sitios de molienda no tiende a coincidir con los lugares donde se ejecutaron los grabados.

En LN y VP, sobre ambas vertientes del cordón de Serrezuela, se ocuparon afloramientos y bloques cercanos a pozos de agua, aleros y tafones. La articulación con los paneles con arte ocurre de manera diferente en cada área. En LN los paneles se asocian directamente con los útiles de molienda (fig. 6), mientras que en VP el vínculo es indirecto, ya que se localizan a cierta distancia sin que sea posible, desde la posición de los operadores, la observación de los motivos.⁷ En ambos casos se aprecian diferencias con GN, donde la asociación espacial entre ambas esferas de actividad fue inexistente en la mayoría de los casos (solo en cuatro sitios de GN, sobre un total de 36, coincide la localización de útiles de molienda y motivos rupestres).

En cuanto a las estimaciones sobre la intensidad de la ocupación, debemos comentar dos resultados significativos (Gráfico 2). Tres de las cuatro áreas investigadas (AM, LN y VP) presentan una densidad casi idéntica de útiles de molienda por unidad de superficie. Frente a esto, la densidad registrada en TH/AR es muy baja. Estas apreciaciones pueden ser ampliadas considerando, adicionalmente, la densidad de motivos rupestres. Así, se observa que las tres áreas que presentan una densidad similar de útiles de molienda, muestran diferencias notables en cuanto a los motivos rupestres (la mayor densidad se registra en VP, seguida por LN y finalmente AM). Pero aquí nuevamente, y por una vía independiente, se detectan indicadores de una intensidad de ocupación muy baja para TH/AR, que es el área con menor densidad de imágenes rupestres.

Con respecto al tamaño de los grupos habitualmente integrados en cada sitio, también se efectuaron

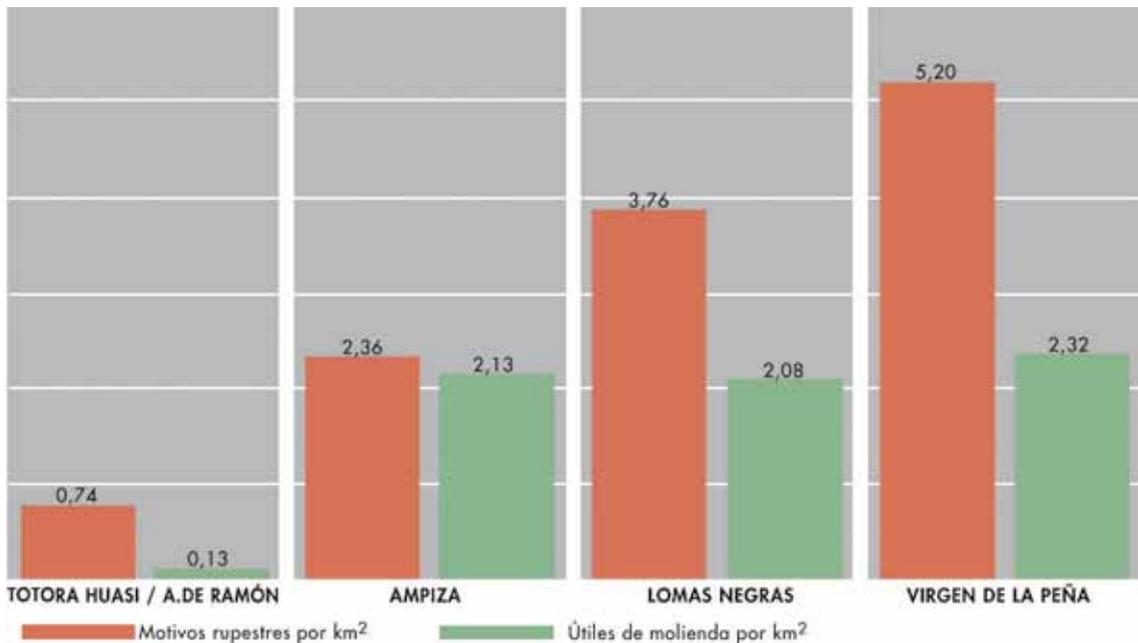


Gráfico 2. Densidad de motivos rupestres y útiles de molienda fijos en las áreas consideradas.
 Graph 2. Density of rock art motifs and stationary grinding tools in the areas considered.

observaciones de interés por sus consecuencias para la identificación de diferentes escalas de interacción social. En TH/AR los sitios son escasos y pequeños. El número posible de personas operando simultáneamente los equipos de molienda de un mismo tipo (NOP-T) no supera las cuatro.⁸ De un modo general, los sitios son atribuidos a una escala doméstica de interacción, o a lo sumo, implicando la participación de pocas unidades familiares. El panorama es similar en AM y VP, aunque en la primera se detectaron sitios con valores de NOP-T de 8 y 9, en tanto que en la segunda se registró un único sitio con un NOP-T de 12. Estos lugares puntuales sugieren la integración de colectivos sociales más inclusivos que, seguramente, excedían la simple escala doméstica. Estas tendencias son más marcadas en LN, donde sobresalen tres sitios que sugieren la conformación de grupos de un tamaño considerable, referidos a una escala comunitaria. Los mismos se ubican en los pozos de agua más importantes: Pozo de la Sacha Cabra (NOP-T = 18), Cajones del Igno 1 (NOP-T = 19) y El Cajón 1 (NOP-T = 38).

DISCUSIÓN Y COMENTARIOS FINALES

El problema fundamental que orienta la investigación es la participación del arte rupestre en la construcción del paisaje, la estructuración de lugares y territorios

y la delimitación y la reproducción de las relaciones sociales. En esta perspectiva de análisis, interesa tanto aquello que se representa (motivos, cánones de diseño, temas), como el contexto más amplio que integra a las imágenes (elección de soportes, visibilidad, posibilidades de acceso a los recursos y otras prácticas asociadas).

El estudio se enfoca en cuatro áreas del cordón occidental de las sierras de Córdoba (Argentina) y comprende un período que se extendió por aproximadamente un milenio antes de la invasión europea en el siglo XVI, para continuar luego por unos pocos años o décadas. Se trata de un paisaje árido, definido por la escasez hídrica y por el valor de sus recursos forestales, en particular las especies dotadas de frutos comestibles. Los grupos indígenas de este período habían consolidado oasis agrícolas en los valles más fértiles que se extienden hacia el oriente (20-50 km, aproximadamente), donde tenían asentados sitios habitacionales y parcelas de cultivo (Pastor & Berberían 2007; Medina 2008; Pastor et al. 2012). Los datos disponibles dan cuenta de una alta movilidad residencial y de la ocupación efectiva de los diferentes microambientes serranos, en relación con procesos de fisión o dispersión estacional. En este marco, la ocupación temporal de los cordones occidentales (Pocho, Guasapampa y Serrezuela) durante la estación estival, con mayor disponibilidad hídrica y de frutos silvestres, es un mecanismo indicado por diferentes líneas de evidencia (Recalde 2009; Pastor &

Recalde 2009; Pastor 2010). Una huella arqueológica muy débil para momentos anteriores a *ca.* 1500 años AP nos presenta este espacio como un paisaje poco frecuentado, cuya ocupación efectiva fue posterior y coincidente con transformaciones profundas en el modo de vida indígena con la adopción de prácticas agrícolas y cambios tecnológicos; en los patrones de asentamiento y movilidad; en la intensidad de explotación de los recursos, de las interacciones extrarregionales y en la organización sociopolítica (Berberían 1999; Laguens 1999; Bixio et al. 2010; Pastor et al. 2012).

Los resultados de dos trabajos previos (Recalde 2009; Recalde & Pastor 2012) definen un punto de partida para encuadrar el análisis y la interpretación que se presentan en esta oportunidad. En primer término, en el caso de la concentración de sitios con arte rupestre de GS, casi siempre se seleccionaron soportes de visibilidad media o baja, en el interior de aleros y tafones (las representaciones solo pueden ser observadas a corta distancia, ingresando al interior de los refugios). Se registró un uso mayoritario de las pinturas frente a los grabados, así como de motivos zoomorfos con un amplio predominio de los camélidos, que resultan fundamentales en la constitución de las asociaciones temáticas (con menos frecuencia se representaron cérvidos, cánidos, ruidos, équidos, teñidos, felinos y suidos). También se documentaron antropomorfos (en su mayoría del canon A), motivos fitomorfos como cactáceas y no figurativos. Los materiales recuperados en depósitos estratificados informan sobre las actividades de procesamiento y consumo de alimentos y acerca de las repetidas reocupaciones durante un período extendido entre *ca.* 1400 y 400 años AP (en el mismo sentido del retorno reiterado apuntan las diferencias tonales y en ocasiones, la superposición de motivos rupestres).

Se ha planteado que, más allá de su variabilidad, el arte rupestre de GS fue un medio importante para la significación de lugares puntuales, esto es, pequeños refugios rocosos utilizados en forma transitoria pero repetida por unidades sociales mínimas (p. ej., familias nucleares). La existencia de motivos, cánones y temas de amplia circulación, junto a otros restringidos a localidades o sitios puntuales, fue relacionada con la reproducción de sentidos de identidad y pertenencia entre estos grupos mínimos, apelando a temas y significados altamente generalizados, así como a otros menos compartidos. Teniendo en cuenta la frecuente invisibilidad de las imágenes desde el exterior, se planteó que estas construcciones fueron limitadas al seno de cada grupo familiar y, de algún modo, negadas u omitidas en la interacción con otras personas. En el caso de GS, el conjunto de datos disponibles (arte rupestre, útiles de

molienda, contextos estratificados) sugiere una intensa ocupación y significación de este paisaje, presumiblemente compartido por los diferentes grupos que retornaban al mismo en forma periódica. Esto es, un espacio sin límites o restricciones para la circulación y el acceso a los recursos (Recalde 2009).

Evidentemente estos planteamientos no pueden ser sostenidos en los mismos términos en GN, y este fue el problema abordado en el segundo trabajo (Recalde & Pastor 2012), en el que se pusieron de relieve los contrastes del arte rupestre de ambas secciones del valle. En GN se presentan grabados en soportes altamente visibles, no se utilizaron abrigos rocosos como refugios, los camélidos tienen una menor frecuencia y, frente a ellos, los motivos no figurativos alcanzan una mayor representación. Además, destacan los antropomorfos con aditamentos que, por su predominio en el total de representaciones o por el destaque de algunas figuras particulares, estructuraron una cierta cantidad de temas. Contemplando estas diferencias, se argumentó que el arte de GN participó de un modo distinto en la construcción del paisaje. No se trataría, como en GS, de la significación de lugares puntuales por grupos mínimos de pertenencia, de una práctica limitada a la interacción entre pocas personas e invisibilizada hacia el exterior, en un paisaje intensamente apropiado y compartido. Por el contrario, estaría ligado a la demarcación de territorios y sus sitios más valiosos. La alta visibilidad y los temas definidos por los antropomorfos con aditamentos (posibles referencias jerárquicas o de poder), fueron interpretados como testimonios de la imposición de límites a la circulación y el acceso a los hitos clave en este ambiente semidesértico (las aguadas estacionales), cuyo aprovechamiento habría sido restringido o controlado por unos grupos frente a otros.

En la Tabla 5 se sintetizan, mediante palabras y conceptos clave, las principales observaciones efectuadas en cada una de las áreas incluidas en este trabajo. Un resultado importante y que merece ser destacado es que, a pesar de su reducido tamaño (unos 60 por 20 km, 1200 km², aproximadamente), el área de estudio (incluyendo GS) muestra diferencias significativas en sus modos de ocupación y significación, con acentuadas variaciones locales. El conjunto de datos indica una utilización discontinua de los sitios, con eventos sucesivos de abandono y reutilización. Solo la ocupación y la explotación del paisaje en la temporada estival, cuando coincidían la mayor disponibilidad hídrica y los frutos silvestres, serían aspectos comunes a todos sus sectores.

En otros aspectos sobresalen los contrastes antes que las similitudes entre áreas. Por ejemplo la intensidad de la ocupación, estimada por la densidad de útiles de

Tabla 5. Principales características de las áreas.
Table 5. Main features of the areas.

	TH/AR	AM	LN	VP
Intensidad de la ocupación	Mínima, territorio poco ocupado.	Media.	Alta.	Media / alta.
Escalas de interacción social	Unidades sociales mínimas.	Grupos mayores a la unidad mínima en sitios puntuales.	Escala comunitaria en pozos de agua principales.	Escala comunitaria en un sitio puntual (pozo principal).
Emplazamiento de los paneles con arte rupestre	En relación con aguadas, sin coincidir con los lugares de procesamiento y consumo.	En relación con aguadas, sin coincidir con los lugares de procesamiento y consumo.	Pozos de agua y aleros, en articulación directa con procesamiento y consumo.	Tafones y aleros cercanos a pozos de agua y a sitios de molienda.
Visibilidad / función	Alta. Demarcación de territorios e hitos importantes en el paisaje como aguadas y algarrobales. Imposición de restricciones a la circulación y el acceso a los recursos.	Alta. Demarcación de territorios e hitos importantes en el paisaje como aguadas y algarrobales. Imposición de restricciones a la circulación y el acceso a los recursos.	Predomina alta. Demarcación de hitos importantes en el paisaje (pozos) y geoformas destacadas o con buen control visual (conteniendo aleros). Imposición de restricciones a la circulación y acceso a los recursos.	Baja. Significación de refugios de uso reiterado, como práctica "hacia adentro" entre grupos mínimos. Paisaje compartido, sin restricciones a la circulación y acceso a los recursos.
Motivos / temas	Marcada especificidad local. Frecuencia mínima de camélidos.	Elementos únicos o poco frecuentes junto a otros de amplia circulación (camélidos A1 y A2, antropomorfos A).	Mayor cantidad de temas y de temas propios. En cuanto a afinidad temática, fue la mayor referencia para las restantes áreas.	Marcada especificidad local, aunque se presentan elementos de mayor circulación (camélidos A y C, antropomorfos A).
Antropomorfos A3, B y C (y temas que los incorporan)	Refuerzan la oposición con GS y denotan continuidad con AM y LN.	Continuidad con las áreas contiguas (LN y TH/AR) y distancia con GS y con VP.	Continuidad con GN y distancia con GS y VP (área contigua).	No se presentan.
No figurativos	Máxima representación, con un 66% de motivos.	Menor representación, con un 39% de los motivos.	Menor representación, con un 44% de los motivos.	Máxima representación, con un 66% de motivos.

molienda y de motivos rupestres, muestra diferencias significativas, con áreas intensamente ocupadas (LN y VP), otras con valores medios (AM) y finalmente el caso de TH/AR, que se presenta como un paisaje poco habitado.

Los sitios donde se procesaron y consumieron alimentos muestran relaciones variables con las aguadas, abrigos rocosos y paneles con arte rupestre (desde una articulación estrecha hasta la ausencia de vinculaciones directas o indirectas). También se observan diferencias en las probables escalas de interacción social. En TH/AR solo habrían interactuado unidades sociales pequeñas y muy dispersas. Este panorama general se extendería a AM y VP, solo que en algunos lugares puntuales, en ocasiones, se habrían conformado grupos de mayor tamaño. En tanto que en LN, en los pozos de agua

principales, solían integrarse colectivos sociales aun mayores, referidos a una escala comunitaria de participación (Pastor 2010).

En este marco la variabilidad del arte rupestre, tanto a nivel de lo representado como en los contextos de producción, se constituye en un indicador firme de su participación diferencial en los procesos de construcción del paisaje. La modalidad distintiva de GS no se repite en las restantes áreas, no obstante sus principales elementos son reconocidos en VP. En ambos casos, el arte se asocia a refugios ocupados en forma repetida por grupos pequeños que desarrollaron diversas actividades cotidianas además de la ejecución de las imágenes. Tales acciones permanecían invisibles desde el exterior, donde los ocupantes de los abrigos circulaban, recolectaban frutos

silvestres y realizaban algunas etapas de su procesamiento en morteros. Esto último, muchas veces, implicando la interacción con otras personas posiblemente cercanas (p. ej., por vínculos de parentesco o vecindad), pero ajenas a la unidad social mínima.

De este modo, el planteamiento general de Recalde (2009) para GS puede ser extendido al área VP, esto es, que el arte rupestre tuvo una participación activa en la significación de lugares puntuales y en la construcción de sentidos (p. ej., de identidad, de pertenencia) entre grupos mínimos, en un paisaje intensamente recorrido y explotado, pero a la vez compartido con otras unidades sociales semejantes. Pero es importante advertir que también se presentan particularidades y diferencias notables. Por ejemplo, la densidad de refugios utilizados y de motivos rupestres es inmensamente superior en GS, respecto a VP.

Por otra parte, la definición de una modalidad estilística propia para GN (Recalde & Pastor 2012) se basa en la ponderación de los elementos ampliamente compartidos entre TH/AR y AM. A partir de los datos expuestos en esta oportunidad, los contrastes entre ambas áreas han quedado igualmente manifiestos. AM fue recorrida y explotada con una intensidad similar a otros sectores, en tanto que TH/AR muestra una intensidad de ocupación mínima. También se aprecian diferencias en las imágenes representadas, no menos significativas que las semejanzas. Los camélidos y los temas conformados a partir de estos, en el caso de AM, si bien ocurren con menos frecuencia que en GS, alcanzan porcentajes importantes (más del 40% del total). En TH/AR estos motivos son casi inexistentes, mientras que los no figurativos son dos veces más frecuentes. Estos aspectos acentúan las diferencias temáticas de TH/AR con el resto de las áreas, en particular con el sector contiguo de GS.

Aunque las escalas de interacción fueron semejantes en las dos secciones del valle (GN y GS), implicando una o pocas unidades familiares en cada sitio de molienda, es claro que el arte rupestre no participó del mismo modo en la reproducción de los vínculos entre personas y grupos, y de estos con el paisaje. En GN la elección de soportes visibles, los temas incluyendo antropomorfos A3, B y C (posibles referencias jerárquicas o de poder), su localización relacionada con aguadas y vías de tránsito, y su separación del resto de las actividades cotidianas, coloca a estas expresiones en las antípodas de lo registrado en GS, así como en VP. No se trataría de una práctica orientada hacia un “nosotros” íntimo y familiar, sino lo contrario, de una acción asimismo dirigida hacia “otros”, transmitiendo un mensaje diferente vinculado a la demarcación territorial. La máxima oposición temática

entre TH/AR (un entorno poco habitado) y GS (uno intensamente explotado) indicaría posibles impedimentos o “prohibiciones” para la penetración y la circulación de los códigos desplegados en esta última, y con ello, de las personas que los significaban.

La situación de LN difiere de las anteriores. Como ocurre en GS y VP, y a diferencia de GN, el arte rupestre y las actividades de procesamiento y consumo tendieron a asociarse en los mismos lugares. En otro aspecto, la elección de soportes de visibilidad no restringida establece similitudes con GN y contrastes con GS y VP. En LN el arte rupestre se relaciona con pozos de agua donde interactuaron grupos pequeños excepto en aquellos de mayor jerarquía, donde ocasionalmente se integraron grupos más inclusivos. En esto se aprecian diferencias con las áreas restantes (excepto un sitio puntual en VP). La pequeña concentración de paneles con arte rupestre de LN (con relación a la concentración principal de GS), junto a otras líneas de información arqueológica, presentan a esta área como un paisaje intensamente explotado y significado. Los variados motivos y temas ejecutados en posiciones con un amplio acceso visual y, en ocasiones, en lugares de importancia pública, pudieron transmitir mensajes para un “nosotros” extendido (más allá de las relaciones domésticas), así como eventualmente para “otros”. En cualquier caso, apelando a motivos y temas comunes con GN, donde algunas imágenes habrían cumplido un rol activo en la demarcación territorial. El análisis de las asociaciones de motivos y cánones indicó que en LN se desplegó la mayor cantidad de temas y existieron más temas propios o exclusivos, que no circularon fuera del área. Los cálculos de afinidad temática la señalaron como la mayor referencia para los hipotéticos ocupantes de las áreas adyacentes, quienes compartían entre sí pocos elementos relacionados con la producción y, probablemente, la significación del arte rupestre.

Este conjunto de observaciones permite plantear una serie de hipótesis sobre las relaciones políticas y territoriales entre los grupos que ocuparon el área de estudio. El avance sobre las mismas requerirá profundizar la investigación sobre distintas líneas, tanto en la zona como en los oasis agrícolas desde donde provenían sus antiguos pobladores.

Probablemente, a lo largo del período considerado diferentes comunidades (entendidas como colectivos multifamiliares con cierto grado de centralización y agencia política) ocupaban estacionalmente –durante la temporada estival– ambas secciones del valle de Guasapampa (GS y GN) y ambas vertientes del cordón de Serrezuela (LN y VP). Algunas de estas comunidades, o sus segmentos constitutivos (linajes, familias),

podieron apropiarse en forma particular de determinados territorios, donde producían un arte rupestre que, más allá de los elementos compartidos, mostraba notables variaciones locales. Estas particularidades podrían indicar la importancia de la producción del arte en relación con la reproducción social de los grupos de base (p. ej., unidades familiares nucleares, familias extensas), como proceso inseparable de la apropiación y significación de determinados sectores e hitos del paisaje.

La pertenencia a una comunidad o formación política mayor se materializaba, entre otras instancias, en el curso de celebraciones grupales o festines, como las “juntas” y “borracheras” que describieron los españoles en el tiempo de la conquista (Pastor 2007b). Las mismas habrían tenido lugar en torno a las aguadas principales, especialmente en el área LN. Estos agrupamientos debieron comprometer a personas habituadas a recorrer específicamente ese territorio así como a otras que normalmente accedían, explotaban y significaban bajo sus propios términos, otras zonas adyacentes. Eventualmente, unos y otros pudieron integrar una misma formación política, o bien grupos afines relacionados por la negociación, en cualquier caso con un determinado acceso y control territorial.

El poder de estas formaciones políticas pudo ser suficiente como para subexplotar y a la vez restringir el acceso a un territorio rico y dilatado como el que cubre el área TH/AR. Los “otros” hacia quienes se dirigía el mensaje restrictivo que distingue al arte rupestre del área, pudieron ser los grupos que hacían una intensa explotación y significación del paisaje contiguo de GS, pero bajo parámetros totalmente disímiles. Adicionalmente, el piedemonte occidental de las sierras de Pocho y Serrezuela pudo constituir un límite del rango de acción para los grupos asentados en las sierras de Los Llanos (La Rioja), a unos 80 o 100 km hacia el oeste. La posibilidad de compartir e interactuar en dichos espacios ofreció distintas alternativas de cooperación, intercambios y conflictos, estos últimos manifiestos, probablemente, en la temática jerárquica y restrictiva de buena parte del arte rupestre de GN y LN. Estos temas y significados no fueron expresados en VP, un área más cercana a los oasis agrícolas del río Pichanas y quizás, fuera del límite de acción de los grupos del sur riojano y de aquellos que ocupaban el área GS.

Los derechos sobre recursos estratégicos como las aguadas de mayor capacidad fueron objeto de negociación y base para el establecimiento y reproducción de asimetrías y desigualdades entre grupos (por ejemplo a favor de “linajes principales”), pero también para la cohesión interna de las comunidades. Las fuentes documentales del tiempo de la conquista muestran que

los vínculos jerárquicos entre autoridades étnicas eran reconocidos y reforzados en situaciones públicas como las “borracheras”, ocasionalmente bajo circunstancias coyunturales, como en años de sequía, cuando grupos relativamente autónomos debían negociar el acceso a los pozos de agua principales (que se mantenían con agua) con sus titulares (Montes 2008).

Lo expuesto hasta aquí son ideas y expectativas justificadas por los datos recuperados y por el grado de avance de los análisis desarrollados sobre los mismos. Cada una de ellas podrá ser mejor definida o sustentada a medida que se continúen y profundicen las investigaciones. En dicha instancia será conveniente abordar, por ejemplo, el análisis de las características y la variabilidad entre los motivos no figurativos, la comparación con el arte rupestre de zonas cercanas (lamentablemente poco conocidas hasta el presente, como las sierras de Los Llanos de La Rioja), así como potenciar los esfuerzos para obtener dataciones absolutas y, eventualmente, lograr la diacronización de algunas de sus principales modalidades.

RECONOCIMIENTOS Esta investigación forma parte del proyecto “Condiciones de posibilidad de reproducción social en sociedades prehispánicas y coloniales tempranas de las sierras pampeanas (República Argentina)”, bajo la dirección del Dr. Eduardo Berberrián y con la financiación del CONICET (PIP 112-200801-02678). Deseo expresar mi reconocimiento a los doctores Andrea Recalde y Matías Medina por sus útiles observaciones al manuscrito, y a los estudiantes Luis Tissera, Ignacio Fernández, Iván Díaz y Luciano Cabezas por su participación en los trabajos de campo. Las ideas expuestas en el artículo son de mi exclusiva responsabilidad.

NOTAS

¹ Según datos fidedignos en el pasado existieron más sitios en esta área, lamentablemente desaparecidos por la intensa explotación de las canteras de granito donde se ubican muchos de los aleros y tafones con arte rupestre. En la década de 1970 se llegaron a registrar hasta 60 sitios (Romero et al. 1973), hoy reducidos en su número casi a la mitad.

² Otros dos motivos de este sitio podrían corresponder a cueros abiertos, pero son menos claros y fueron clasificados como “no figurativos”. En GS también se documentó un motivo que se interpreta como un cuero abierto (Recalde com. pers. 2010).

³ Siguiendo a Aschero (1997) usamos “tema” como asociaciones espaciales de clases de motivos, que pueden ocurrir en uno o en más de un sitio. Sin embargo, no tomamos el criterio de recurrencia (su repetición en más de una oportunidad) en términos absolutos, pues en nuestro caso la variabilidad del repertorio iconográfico y de las asociaciones es muy marcada. De este modo, numerosas asociaciones coherentes de motivos, por su cercanía y tonalidad o grado de pátina, serían excluidas del análisis por ocurrir en una sola oportunidad, según lo conocido hasta el momento. Metodológicamente, creemos conveniente incluir estos casos que aportan una medida de la especificidad local para determinados sitios y las áreas que los contienen. Según los parámetros definidos por el autor citado, también se consideran algunos temas definidos por motivos con distinto grado de pátina, pero en situaciones de proximidad espacial y con continuidad en las clases de motivos agregados.

⁴ Probablemente esta observación es inseparable del hecho de que en LN se documentó el mayor número de paneles y motivos. Sin embargo, más que un obstáculo para las comparaciones a nivel cuantitativo, la distribución concentrada de sitios constituye un dato en sí mismo, que debe ser tenido en cuenta en el momento de integrar y discutir los resultados.

⁵ Los paneles con alta visibilidad se distinguen por la inexistencia de restricciones para la observación de las imágenes, incluso en forma simultánea por numerosas personas. Las figuras pueden ser percibidas sin dificultades hasta cierta distancia (10 m o más), circunstancia favorecida por sus posiciones específicas (p. ej., elección de partes altas de los soportes) y/o por su tamaño. La visibilidad media comprende casos donde los motivos pueden ser vistos en el rango de 4-5 m hasta 8-10 m, ya sea por limitantes estructurales de los soportes rocosos, por la elección de posiciones de baja altura, por el tamaño pequeño de las figuras, etc. La visibilidad baja incluye paneles cuyas representaciones solo pueden ser apreciadas a corta distancia (menos de 3 m), por parte de pocos observadores simultáneos, casi siempre en el interior de abrigos rocosos.

⁶ Esto concuerda con el panorama detectado en GS, donde se conservan contextos estratificados que han podido ser datados directamente, con un rango de fechados entre 1360 y 390 años AP (Recalde 2009). También coincide con los resultados preliminares de sondeos efectuados en el único abrigo rocoso que conserva sedimentos en el área VP, donde se obtuvieron materiales en baja densidad incluyendo un pequeño conjunto cerámico, desechos de talla en cuarzo, rocas silíceas e incluso dos lascas de vidrio. Estas últimas, así como las representaciones de équidos y jinetes, indican la continuidad de la ocupación de determinados sitios y sectores del paisaje en tiempos coloniales tempranos.

⁷ Excepto en Pozo de la Tosca 2 (área VP), donde se registraron dos molinos en el interior del tafón. Sin embargo, los morteros utilizados en forma complementaria se encuentran fuera del refugio, en posiciones cercanas a cielo abierto, lo cual indica que otras etapas de la molienda ocurrían en el exterior, implicando probablemente la interacción con otras personas.

⁸ La medida NOP-T, relativa al número potencial de usuarios simultáneos de los instrumentos de molienda, ha sido estimada según los criterios de Babot (2007) con modificaciones. El número de usuarios propuesto se refiere a aquellos que pudieron utilizar simultáneamente los útiles del grupo tipológico más representado en el sitio, en concreto aquellos que aún se encuentran en condiciones de uso por no haber sufrido roturas.

REFERENCIAS

ASCHERO, C., 1996. ¿Adónde van esos guanacos? En *Arqueología. Solo Patagonia*, J. Gómez Otero, Ed., pp. 153-162. Puerto Madryn: Centro Nacional Patagónico.

— 1997. De cómo interactúan emplazamientos, conjuntos y temas. En *Actas del XI Congreso Nacional de Arqueología Argentina. Revista del Museo de Historia Natural de San Rafael XVI* (1/4): 17-28, San Rafael, Mendoza.

— 2007. Íconos, huancas y complejidad en la Puna Argentina. En *Producción y circulación prehispanicas de bienes en el sur andino*, A. Nielsen, V. Seldes, M. Vázquez & P. Mercolli, Comps., pp. 135-165. Córdoba: Editorial Brujas.

BABOT, M., 2007. Organización social de la práctica de molienda: casos actuales y prehispanicos del Noroeste Argentino. En *Procesos sociales prehispanicos en el sur andino: la vivienda, la comunidad y el territorio*, A. Nielsen, V. Seldes, M. Vázquez & P. Mercolli, Comps., pp. 259-290. Córdoba: Editorial Brujas.

BERBERIÁN, E., 1999. Sierras centrales. En *Nueva historia de la nación argentina*, Academia Nacional de la Historia, Ed., tomo I, pp. 135-158. Buenos Aires: Editorial Planeta.

BIXIO, B.; E. BERBERIÁN & S. PASTOR, 2010. *Historia prehispanica de Córdoba*. Córdoba: Editorial Brujas.

CONSENS, M., 1986. *San Luis - el arte rupestre de sus sierras*. San Luis: Fondo Editorial Sanluisense.

CRIAO BOADO, F., 1999. Del terreno al espacio: planteamientos y perspectivas para la arqueología del paisaje. *CAPA* 6: 1-63, Santiago de Compostela.

FALCHI, M.; M. PODESTÁ, D. ROLANDI, A. RE & M. TORRES, 2011. Arte rupestre entre las sierras y los llanos riojanos: localidad arqueológica Palancho. *Comechingonia* 15: 39-63, Córdoba.

GALLARDO, F., 2001. Arte rupestre y emplazamiento durante el Formativo Temprano en la cuenca del río Salado (desierto de Atacama, norte de Chile). *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino* 8: 83-97.

GARDNER, G., 1931. *Rock-painting of north-west Córdoba*. Oxford: Clarendon Press.

LAGUENS, A., 1999. *Arqueología del contacto hispano-indígena. Un estudio de cambios y continuidades en las sierras centrales de Argentina*. Oxford: BAR, International Series 801.

MARTEL, A. & C. ASCHERO, 2007. Pastores en acción: imposición iconográfica vs. autonomía temática. En *Producción y circulación prehispanica de bienes en el sur andino*, A. Nielsen, V. Seldes, M. Vázquez & P. Mercolli, Comps., pp. 329-349. Córdoba: Editorial Brujas.

MEDINA, M., 2008. Diversificación económica y uso del espacio en el tardío prehispanico del norte del valle de Punilla, pampa de Olaen y llanura noroccidental (Córdoba, Argentina). Trabajo para optar al título de Doctor, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.

MENGHIN, O., 1957. Estilos del arte rupestre de Patagonia. *Acta Praehistorica* I: 57-87, Buenos Aires.

MONTE, A., 2008. *Indígenas y conquistadores de Córdoba*. Buenos Aires: Editorial Isquitiqpe.

PASTOR, S., 2007a. Arqueología del valle de Salsacate y pampas de altura adyacentes (sierras centrales de Argentina). Una aproximación a los procesos sociales del período prehispanico tardío (900-1573 DC). Trabajo para optar al título de Doctor, Facultad de Ciencias Naturales y Museo, Universidad Nacional de La Plata.

— 2007b. "Juntas y cazaderos". Las actividades grupales y la reproducción de las sociedades prehispanicas de las sierras centrales de Argentina. En *Procesos sociales prehispanicos en el sur andino: la vivienda, la comunidad y el territorio*, A. Nielsen, V. Seldes, M. Vázquez & P. Mercolli, Comps., pp. 361-376. Córdoba: Editorial Brujas.

— 2010. Aproximación inicial a la arqueología del norte de la sierra de Guasapampa y cordón de Serezuola (Córdoba, Argentina). *Arqueología* 16: 151-174, Buenos Aires.

— 2012. Arte rupestre, paisaje y tensión social: Un caso de estudio en Córdoba, Argentina. *Revista Chilena de Antropología* 26 [en prensa].

PASTOR, S. & E. BERBERIÁN, 2007. Arqueología del sector central de las sierras de Córdoba (Argentina). Hacia una definición de los procesos sociales del período prehispanico tardío (900-1573 DC). *Intersecciones en Antropología* 8: 31-49, Olavarría.

PASTOR, S. & A. RECALDE, 2009. Primeras perspectivas sobre la ocupación prehispanica del norte del valle de Guasapampa (Córdoba, Argentina). *Anuario de Arqueología* 1: 19-28, Rosario.

PASTOR, S.; M. MEDINA, A. RECALDE, L. LÓPEZ & E. BERBERIÁN, 2012. Arqueología de la región montañosa central de Argentina. Avances en el conocimiento de la historia prehispanica tardía. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología XXXVII* (1): 89-112, Buenos Aires.

PIAZZINI, C., 2006. Arqueología, espacio y tiempo: Una mirada desde Latinoamérica. *Arqueología Sudamericana* 2 (1): 3-25, Cauca.

RAGGIO, M., 1979. La roca grabada de San Buenaventura (Córdoba). *Miscelánea de Arte Rupestre de la República Argentina. Monografías de Arte Rupestre, Arte Americano* 1, Barcelona.

RE, A.; M. PODESTÁ & G. ROMERO, 2011. Ocupaciones humanas y grabados rupestres del norte de la sierra de Valle Fértil (Provincia de San Juan). *Comechingonia* 15: 65-92, Córdoba.

- RECALDE, A., 2006. Las representaciones rupestres y su relación con el paisaje. Aproximación a un análisis regional en el sector occidental de las sierras de Córdoba. *Comechingonia* 9: 77-90, Córdoba.
- 2009. Diferentes entre iguales: El papel del arte rupestre en la reafirmación de identidades en el sur del valle de Guasapampa (Córdoba, Argentina). *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino* 14 (2): 39-56.
- 2012. Análisis de la construcción de las figuras equinas en el arte rupestre del valle de Guasapampa como evidencia de una apropiación simbólica del conquistador (Córdoba, Argentina). *Chungara* 44 (1): 69-79.
- RECALDE, A. & S. PASTOR, 2011. Variabilidad y dispersión de los diseños de camélidos en el occidente de Córdoba (Argentina). Circulación de información, reproducción social y construcciones territoriales prehispánicas. *Comechingonia* 15: 93-114, Córdoba.
- 2012. Contextos “públicos” y “privados” para la ejecución del arte rupestre en el valle de Guasapampa (Córdoba, Argentina). *Latin American Antiquity* 23 (3): 327-345, Washington, D. C.
- RIVERO, D.; V. FRANCO SALVI & H. PARADELA, 2007-2008. Funcionalidad de sitio y uso del espacio en las sierras de Córdoba durante el Holoceno (8000-3000 AP). *Arqueología* 14: 77-101, Buenos Aires.
- ROCCHIETTI, A., 1991. Estilo y diferencia: Un ensayo en área espacial restringida. En *El arte rupestre en la arqueología contemporánea*, M. Podestá, M. Hernández Llosas & S. Renard de Coquet, Eds., pp. 25-30, Buenos Aires.
- 2009. El petroglifo del pinar del Cerro Negro: una aproximación al arte arqueológico. *Revista de la Escuela de Antropología* XV: 21-34, Rosario.
- ROMERO C.; E. ARGUELLO DE DORSCH & M. UANINI, 1973. El arte rupestre de Córdoba. *Proyecciones. Edición especial en homenaje al IV Centenario de la Fundación de Córdoba* N° 8, Córdoba.
- SCHOBINGER, J. & C. GRADIN, 1985. *Cazadores de la Patagonia y agricultores andinos. Arte rupestre de la Argentina*. Madrid: Ediciones Encuentro.
- TRONCOSO, A., 2005. Un espacio, tres paisajes, tres sentidos: La configuración rupestre en Chile central. *CAPA* 33: 69-75, Santiago de Compostela.
- URQUIZA, S., 2011. Arte rupestre de las sierras del norte de Córdoba, Argentina. *Comechingonia* 15: 115-137, Córdoba.
- VIGNATI, M., 1939. El arte parietal indígena en Máscaras. Al norte de la provincia de Córdoba. *Notas del Museo de La Plata*, tomo IV, Antropología 14: 264-284.



INDICADORES DE TECNOLOGÍA Y ETNODINAMIA: EL ANÁLISIS DE PIGMENTOS EN EL PARAJE ARQUEOLÓGICO COMALLO ARRIBA, PROVINCIA DE RÍO NEGRO, ARGENTINA

INDICATORS OF TECHNOLOGY AND ETHNODYNAMICS: ANALYSIS OF PIGMENTS FROM THE ARCHAEOLOGICAL LOCALITY OF COMALLO ARRIBA, RÍO NEGRO PROVINCE, ARGENTINA

GABRIELA I. MASSAFERRO*, GLORIA I. ARRIGONI**, MARÍA TERESA BOSCHÍN***, MABEL M. FERNÁNDEZ****, EDUARDO A. CRIVELLI***** & JOSÉ AGUSTÍN CORDERO*****

Mediante el análisis por difracción de rayos X se buscó determinar si en los pigmentos de las pinturas rupestres de la cueva Comallo I, en la estepa rionegrina, se utilizaron minerales de los afloramientos cercanos. Los resultados indicaron que solo el rojo pudo tener un abastecimiento local. No se localizaron fuentes para los demás colores, por lo que se proponen dos alternativas no excluyentes: los rangos de acción de esas poblaciones variaban desde una escala local a otra regional y/o se recurría a prácticas de intercambio.

Palabras clave: arqueología, prehistoria, Patagonia, arte rupestre, pigmentos, tecnología, etnodinamia

X-ray diffraction analysis of samples was employed in an attempt to determine whether minerals from nearby outcrops were used for the pigments of the rock paintings of Comallo I cave, located in the Río Negro steppe. The results showed that only the red pigment could be of local origin. As no sources were identified for the other colors, two alternatives were proposed that are not mutually exclusive: the range of action of those populations varied from the local to the regional scale and/or they practiced exchange.

Key words: archaeology, prehistory, Patagonia, rock art, pigments, technology, ethnodynamics

INTRODUCCIÓN

El objetivo principal de este trabajo es determinar, a través de la composición mineralógica de las pinturas de cueva Comallo I y de muestras obtenidas en las formaciones geológicas que afloran en las cercanías, si estas últimas han constituido las fuentes de aprovisionamiento de la fracción inorgánica de las pinturas rupestres. Los siguientes son algunos de los interrogantes que nos hemos planteado: ¿Qué aporte brinda este tipo de estudios? ¿Qué tipo de tecnología estaba involucrada en la preparación de las pinturas? ¿Qué mezclas pigmentarias se requerían para lograr la escala cromática deseada? ¿Qué grado de conocimiento debieron tener estos artesanos acerca del medio ambiente con el cual interactuaban?¹ ¿Cuáles fueron los rangos de acción para el aprovisionamiento de los recursos?²

Mucho se ha avanzado en la determinación de los elementos inorgánicos de las pinturas rupestres de la Patagonia;³ pese a ello, han sido escasos los intentos para ubicar y determinar los lugares de extracción y obtención de los minerales.⁴ El tratamiento en extenso de los antecedentes sobre análisis de las fracciones

* Gabriela I. Massafarro, CENPAT-CONICET. Bvd. Brown 2915, U9120ACD Puerto Madryn, Argentina, email: gim@cenpat.edu.ar

** Gloria I. Arrigoni, Museo Regional Rada Tilly. Martín García 176, 9001 Rada Tilly, Prov. del Chubut, Argentina, email: arrigonigi@speedy.com.ar

*** María Teresa Boschín, CENPAT-CONICET. Bvd. Brown 2915, U9120ACD Puerto Madryn, Argentina, email: mboschin@cenpat.edu.ar

**** Mabel M. Fernández, CIAFIC-CONICET, Universidad Nacional de La Pampa y Universidad Nacional de Luján. Paul Groussac 151, 1826 Remedios de Escalada, Prov. de Buenos Aires, Argentina, email: mabelmfer@yahoo.com.ar

***** Eduardo A. Crivelli, CIAFIC-CONICET y Departamento de Ciencias Antropológicas, Universidad de Buenos Aires. Loyola 104, 7° A, 1414 Ciudad de Buenos Aires, Argentina, email: eduardocrivelli@yahoo.com.ar

***** José Agustín Cordero, CIAFIC. Federico Lacroze 2100, 1426 Ciudad de Buenos Aires, Argentina, email: agustincordero74@yahoo.com.ar

inorgánicas y orgánicas de pinturas rupestres y pastas recuperadas en estratigrafía se ha efectuado en un trabajo reciente, al cual remitimos (Boschín et al. 2011).

ASPECTOS BIOGEOGRÁFICOS

El Paraje Arqueológico Comallo Arriba, ubicado en las proximidades de la confluencia del arroyo homónimo con el arroyo Las Vacas (Departamento Pilcaniyeu, provincia de Río Negro), es parte de la denominada Patagonia extraandina, situada entre 40°40' y 41°50' S y 71° y 68°30' O. Su paisaje actual corresponde al ambiente estepario propio del interior patagónico. Fisiográficamente, se caracteriza por la alternancia de mesetas, cerros y lomas bajas que enmarcan bajos y valles. Dichas geformas organizaron el uso del espacio en tiempos pretéritos. Los agentes erosivos permitieron la formación de un importante número de reparos rocosos que ofrecieron abrigo y soporte para la ejecución de arte rupestre. El arroyo Comallo tiene una longitud de 130 km y desagua en la margen derecha del río Limay (Boschín 2009).

El clima de la zona es frío y árido, con fuertes vientos dominantes del oeste que soplan durante todo el año. Las temperaturas medias son de 16,4° para el mes de enero y de 2,3° para julio. La precipitación media anual es de 168 mm, siendo de 19 mm para el trimestre más cálido (diciembre, enero y febrero) y de 82 mm para el más frío (junio, julio, agosto) (Angulo 1975).

Pese a las bajas temperaturas, actualmente en este Paraje es posible la explotación ganadera "año redondo", es decir, que los animales pueden permanecer todo el año sin que sea necesario desplazarlos a veranadas o invernadas. Dado que hacia ca. 3000 años AP se establecieron las condiciones climáticas actuales, con las excepciones de la Anomalía Climática Medieval y de la Pequeña Edad del Hielo (Villalba 1994), se presupone que durante el Holoceno Tardío, Comallo Arriba habría posibilitado asentamientos de ciclo anual.

CUEVAS DE COMALLO

Las cuevas Comallo I, II, III y IV se sitúan en la margen oriental del arroyo homónimo, a 41°12'38,2" S y 70°27'1,9" O, en la confluencia con el arroyo Las Vacas, dentro del ámbito de la Hoja Geológica Ingeniero Jacobacci (González et al. 2003; figs. 1 y 2). Su estudio sistemático fue iniciado hace tres décadas durante las campañas de los años 1973, 1974 y 1975, en las que se individualizaron dos componentes –acéramico y cerámico– correspondientes a sociedades cazadoras-recolectoras (Arrigoni 2010). En

2009, nuestro equipo retomó las investigaciones en la Cueva I. Recientemente, se obtuvieron cuatro fechados radiocarbónicos –tres en base a muestras tomadas durante las excavaciones de Arrigoni y uno de una muestra recolectada en 2009– que acotan la cronología del sitio al lapso transcurrido entre los siglos VI y IX de nuestra era (Arrigoni et al. 2010, 2011). Por el hallazgo estratificado de fauna introducida en época posconquista y por las pinturas que reproducen cueros de caballo, el rango temporal antedicho se amplía al siglo XVIII.

En Cueva I se destacan los siguientes motivos rupestres: rastros de fauna local, figuras humanas, puntos, rectas, cruces, círculos, elipses, figuras almenadas y escaleriformes, y representaciones de adornos, armas, blasones, hachas, clavos, *kultrunes*, placas, cueros pintados y textiles.

La técnica de ejecución fue la pintura monocroma, bicroma y policroma. La paleta se integra con los siguientes colores, en orden cuantitativo decreciente: rojo anaranjado (26,89%), rojo y rojo oscuro (26,18%), rosa (16,04%), blanco (13,44%), ocre y amarillo (8,72%), anaranjado (6,13%) y verde (2,60%) (Boschín 2009).

MATERIALES Y MÉTODOS

La muestra analizada comprende:

- Una selección de rocas que afloran en las proximidades, cuyos colores macroscópicamente coinciden con los muestreados en los motivos de la Cueva I (muestras 1 a 7; fig. 2; figs. 3a y b y Tabla 1).
- Ocho muestras de pinturas rupestres de diferentes colores, tomadas con un mini *scraper* (NG 3700), con hoja de carburo de tungsteno (Tabla 2, muestras 8 a 15; figs. 4a y b). En laboratorio fueron examinadas bajo lupa binocular para separar las impurezas y los fragmentos de la roca de caja arrastrados junto con la pintura.
- Por último, una muestra de pátina negra de la roca de la Cueva I y un fragmento de pigmento rojo recuperado en excavación (Tabla 2, muestras 16 y 17, respectivamente).

Las muestras se enviaron al laboratorio del INTEMIN, donde fueron analizadas por difracción de rayos X (Tabla 2) bajo las siguientes condiciones: para las muestras N° 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 9, 10 y 16 se confeccionó una preparación de polvo no orientada de cada una utilizando portamuestras circulares de rutina. Las muestras N° 8, 11, 12, 13, 14, 15 y 17, dada su escasa cantidad, se prepararon sobre portamuestras circulares de silicio monocristal de fondo cero. La colección de datos se realizó con un difractómetro de rayos X, marca Philips, modelo

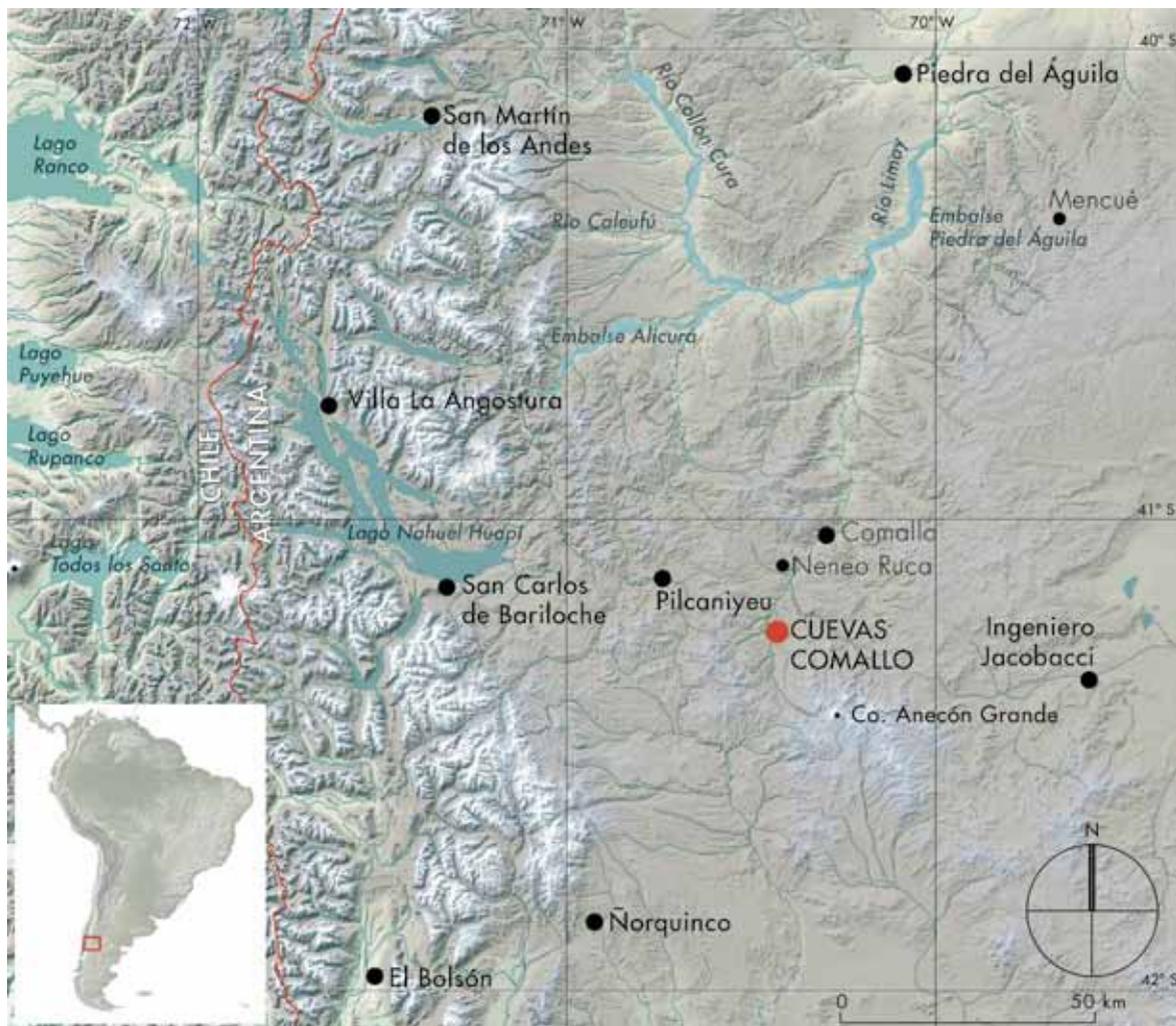


Figura 1. Mapa de ubicación de las Cuevas Comallo.
 Figure 1. Map showing the location of Cuevas Comallo.

Tabla 1. Ubicación de las muestras.
 Table 1. Location of the samples.

Nº de muestra	Formación	Color	Latitud	Longitud
1	Sañicó	Verde	-41.06595	-70.25117
2	Sañicó	Rojo oscuro	-41.06595	-70.25117
3	Angostura Colorada	Anaranjado	-41.13044	-70.39329
4	Angostura Colorada	Rojo	-41.13593	-70.39088
5	Angostura Colorada	Ocre	-41.20119	-70.43805
6	Collón Cura	Blanco	-41.20575	-70.44570
7	Collón Cura	Rosa	-41.20575	-70.44570

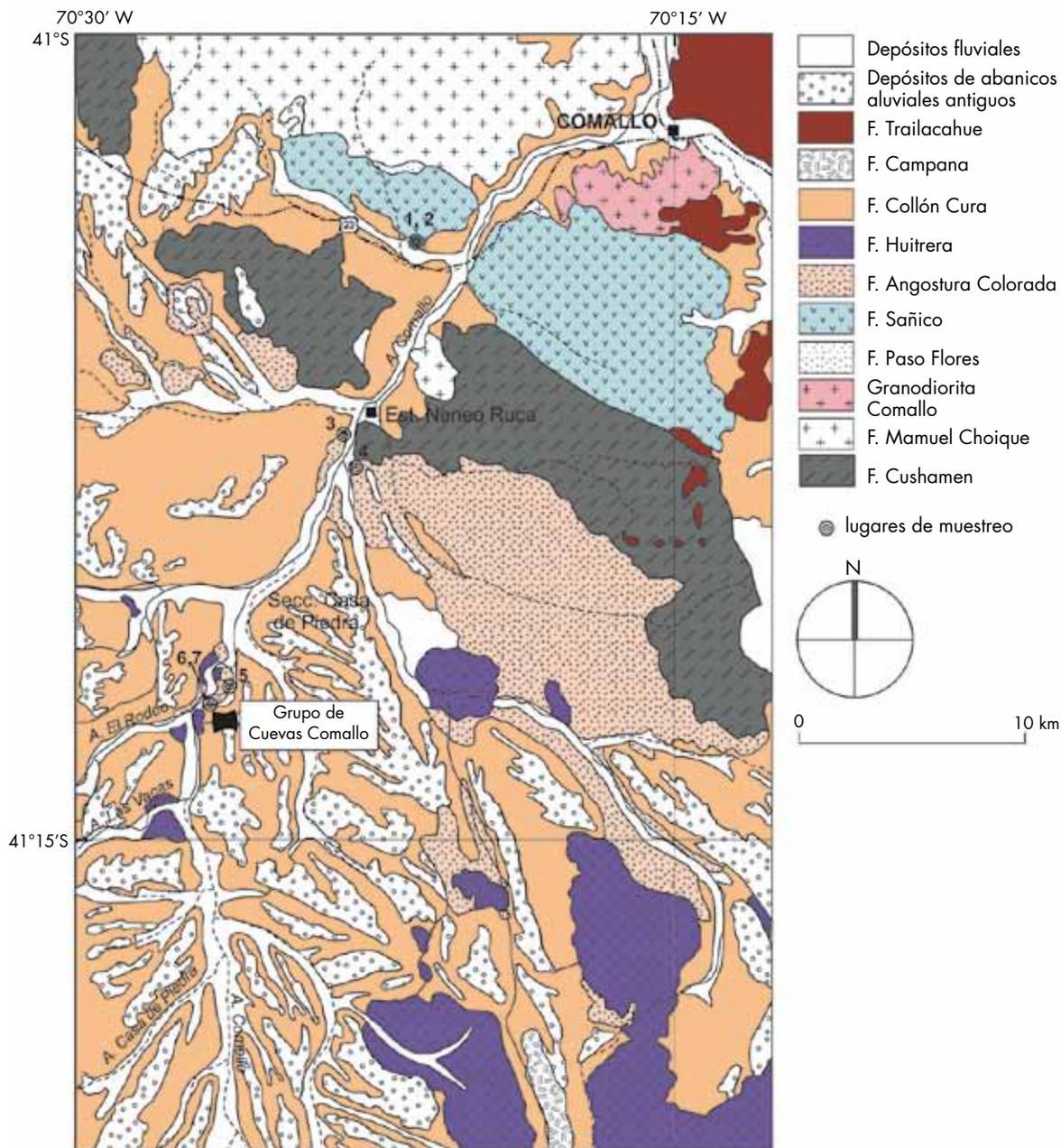


Figura 2. Mapa geológico del área de las Cuevas Comallo y ubicación de los sectores de muestreo. Geología tomada de González y colaboradores (2003).

Figure 2. Geological map of the area around Cuevas Comallo and the location of the sampling sectors. Geology taken from González et al. (2003).

X'Pert MPD, con radiación $K\alpha$ de Cu, a 40Kv/40mA, en el intervalo de barrido 2 theta comprendido entre 5-70 Å con paso/tiempo de 0,03 Å/1s para los portamuestras de rutina y de 0,03Å/2s para los de silicio de fondo cero. Se utilizaron rendijas de divergencia de 1 Å, rendija de recepción de 0,2 mm y portamuestra giratorio. El análisis

de datos se realizó utilizando el programa High Score Plus de PANalytical y la base de datos del ICDD, año 1997. De las muestras petrográficas se realizaron secciones delgadas que fueron estudiadas en un microscopio con luz polarizada transmitida.

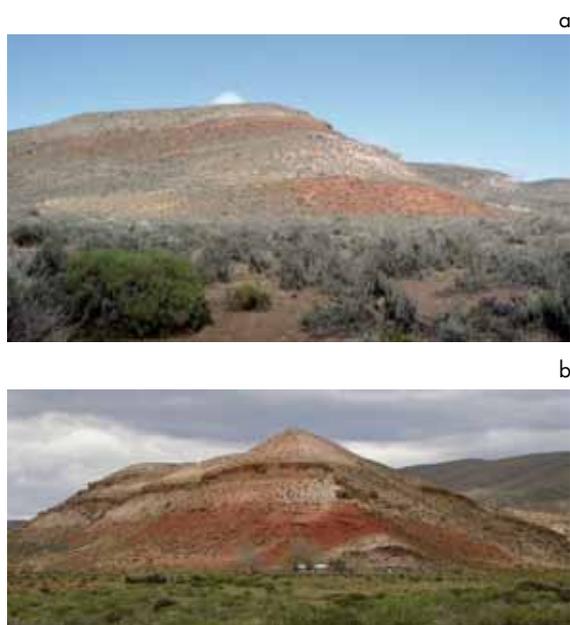


Figura 3a) Afloramiento de la Formación Angostura Colorada donde se tomó la muestra N° 3; b) Afloramiento de la Formación Angostura Colorada donde se tomó la muestra N° 4.

Figure 3a) Outcrop of the Angostura Colorada Formation, where sample N° 3 was obtained; b) Outcrop of the Angostura Colorada Formation where sample N° 4 was obtained.

MARCO GEOLÓGICO

El arroyo Comallo nace en el cerro Anecón Grande (sudoeste de Río Negro) y corre en sentido S-N hasta su desembocadura en el río Limay. A lo largo de su

recorrido atraviesa distintas formaciones geológicas. Las más antiguas comprenden una serie de esquistos y granitoides premesozoicos que constituyen el basamento cristalino de la región (formaciones Cushamen, Manuel Choique, Neneo Ruca, Comallo y Lipetrén).

El primer evento extrusivo de esta zona está representado por la Formación Sañicó o, como la denominara informalmente Rabassa (1979), “Estratos de Comallo”. Esta unidad volcano-sedimentaria está integrada por andesitas, brechas y aglomerados volcánicos andesíticos, escasas tobas ácidas y riolitas. Conforman los afloramientos sobre la ruta 23 al oeste de la localidad de Comallo, donde la formación alcanza su máximo espesor. En esta unidad se tomó una muestra de una arenisca tobácea fina a gruesa de color verde fácilmente reconocible en el campo por su tonalidad única (muestra 1, Tabla 1 y fig. 2), de la cual se presumió podrían haberse tomado las materias primas para el pigmento del mismo color. González (1995, 1998) asignó esta Formación al Triásico superior. La muestra 2 corresponde a una arenisca tobácea morada tomada en el mismo afloramiento.

La Formación Angostura Colorada (Volkheimer 1973) o “Estratos de Neneo Ruca” (Rabassa 1979), que conforma los característicos cerros coloreados (figs. 3 a y b), está depositada en discordancia por encima de la Formación Sañicó. Está constituida por sedimentitas continentales, en su mayoría fluviales (Manassero & Maggi 1995), de colores predominantemente rojizos y blanquecinos. La granulometría de los clastos es variable, incluyendo areniscas, sabulitas y conglomerados; en algunos casos se ha observado la participación de

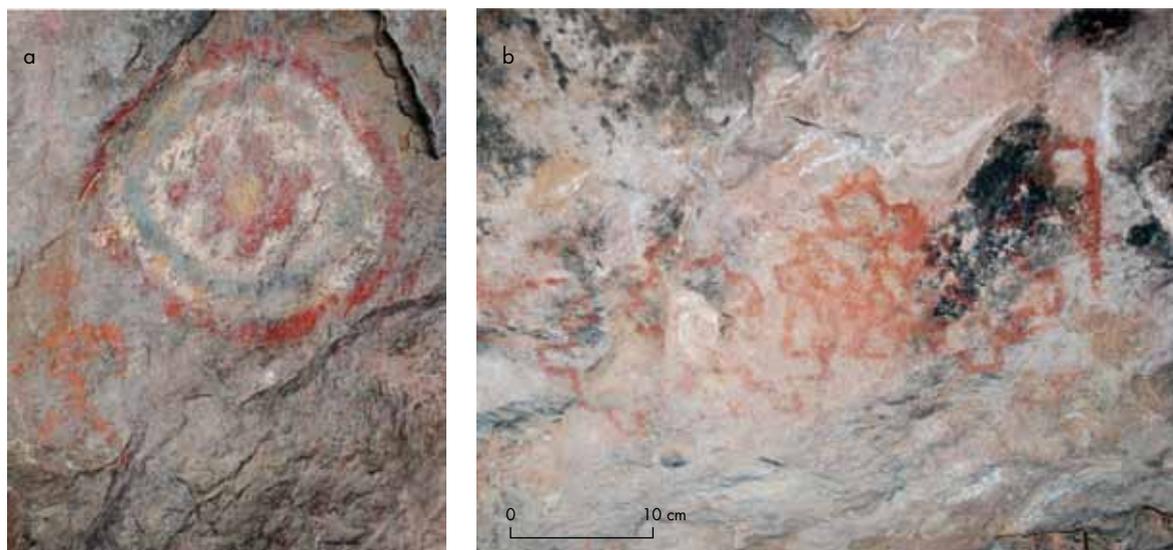


Figura 4a) Antropomorfo muestreado para pigmento anaranjado. Del kultrún de círculos concéntricos con sol interior se muestrearon el verde y el blanco; b) Motivo muestreado para pigmento rojo.

Figure 4a) Anthropomorphic figure sampled for orange pigment. Green and white pigments were taken from the kultrun with concentric circles enclosing the sun motif; b) Motif from which a sample of red pigment was taken.

Tabla 2. Análisis por difracción de rayos X de las muestras de roca y pigmentos.
Table 2. X-ray diffraction analysis of the samples of rock and pigment.

Identificación muestra		Componentes minerales		
		Mayoritarios	Minoritarios	Accesorios
Muestra 1	Arenisca tobácea verde	Qtz	Pl, FK, Anl, Mi	
Muestra 2	Arenisca tobácea morada	Qtz, Cal, Pl	Anl, FK	Hem
Muestra 3	Conglomerado / arenisca anaranjada	Qtz	K, Cal, Mi	FK, Gt
Muestra 4	Arenisca roja	Qtz	K, FK, Mi	Cal, Gt
Muestra 5	Sedimento ocre	Ha-7Å	Pl, Qtz	Ant?, Gt, Crs, Sm
Muestra 6	Toba blanca	Qtz	Pl, Clp, Mor	
Muestra 7	Toba rosada	Qtz	Pl, Clp, Mor	
Muestra 8	Pigmento verde	Qtz	Cel, Pl, Gp	Clp, Wed
Muestra 9	Pigmento rojo oscuro	K, Am	Qtz, Pl	Gp, Hem, Gt
Muestra 10	Pigmento amarillo	Mi/I, Qtz	Pl, FK	Gp, K/Cl?, Jar, Wed
Muestra 11	Pigmento rojo	Hem	Qtz, Mi/I, Pl	Gp, Jar, Wed
Muestra 12	Pigmento rosado	K, Am	Qz, Wed, Gt, Pl	Whe?, Ant, Gp, Hem
Muestra 13	Pigmento anaranjado	Gp, K, Mi/I	Qtz, Am	Wed, Hem, Gt, Pl
Muestra 14	Pigmento rojo anaranjado	K, Am, Qtz	Gp, Hem, Wed	Whe?, Pl
Muestra 15	Pigmento blanco	Qtz	Pl, Mi/I, Am	Gp, Wed
Muestra 16	Pátina negra	Am, Qtz	Pl, FK	Gp, Wed
Muestra 17	Fragmento de pigmento rojo recuperado en excavación	Pl, Am	Qtz	Ap

Referencias: Qtz: Cuarzo; Pl: Plagioclasas; FK: Feldespato Potásico; Anl: Analcima; Mor: Mordenita; Clp: Clinoptilolita; Gp: Yeso; Cal: Calcita; Hem: Hematita; Am: Amorfo; Jar: Jarosita; Ap: Apatita; Crs: Cristobalita; Wed: Weddellita; Whe: Whewellita; Gt: Goethita; Ant: Anatasa; Cel: Celadonita; K: Caolinita; Cl: Clorita; Ha-7Å: Halloysita-7Å; Mi/I: Mica/illita; Sm: Esmeclitas; ?: componente dudoso.

material piroclástico. Esta secuencia fue asignada por Volkheimer (1973) al Cretácico Superior sobre la base de sus relaciones estratigráficas. De estos estratos se obtuvieron las muestras 3, 4 y 5 (Tabla 1 y fig. 2).

Sobre ambas márgenes del arroyo Comallo se disponen escasos afloramientos de domos riolíticos asignados por González y colaboradores (2003) a la Formación Huitrera (Ravazzoli & Sessana 1977), que sería equivalente a la Serie Andesítica de Feruglio (1927). Este tipo de rocas, por sus características físicas, propicia la formación de cuevas y aleros, algunos de los cuales constituyen el grupo de las cuevas de Comallo. Las dataciones radiométricas de esta Formación (González Díaz 1979; Rapela et al. 1983, 1984; Cazau et al. 1989) indican una edad comprendida entre el Paleoceno Tardío y el Eoceno Medio Alto.

La secuencia está coronada por los estratos de la Formación Collón Cura. Si bien este nombre fue formalmente establecido por Yrigoyen (1969), Roth (1899) fue

el primero en utilizar la denominación "Colloncureense" para las sedimentitas aflorantes en las barrancas del río Collón Cura. Nullo (1979) realizó una detallada descripción de esta unidad y la dividió en tres facies: clásica inferior, piroclástica y clásica superior. Resumidamente, la Formación Collón Cura está integrada por tobas, ignimbritas, aglomerados, conglomerados, areniscas y limolitas de tonos claros y origen continental (fluvial). Roth (1899) asignó estas sedimentitas al Mioceno por su contenido fosilífero; Pascual y Odreman Rivas (1971), al Mioceno medio-superior, coincidentemente con las dataciones radiométricas obtenidas por Rabassa (1975) y Mazzoni y Benvenuto (1990). De esta Formación se obtuvieron dos muestras de tobas, una blanca y otra rosada (muestras 6 y 7 respectivamente, Tabla 1 y fig. 2).

Por último, durante el Plio-Pleistoceno se registraron en el área efusiones volcánicas que dieron origen a mantos de basaltos olivínicos que constituyen las Formaciones Campana y Trailacahue.

El Pleistoceno está representado por gravas, arenas, limos y arcillas de origen fluvial y en escasos sectores por bloques de volcanitas y sedimentitas generados por procesos de remoción en masa.

RESULTADOS

En la Tabla 2 se presentan los resultados obtenidos de los análisis de difracción de rayos X.

ANÁLISIS PETROGRÁFICO

A 8 km al SO de la localidad de Comallo hay extensos afloramientos de la Formación Sañicó, de los cuales se muestrearon una roca verde y otra de color morado o rojo oscuro.

La roca de color verde (muestra 1) es una arenisca tobácea medianamente consolidada que al microscopio presenta una textura clástica, compuesta por vitroclastos, cristaloclastos y litoclastos en orden decreciente de abundancia. Esta fracción clástica varía en tamaño entre 0,5 y 0,12 mm. El porcentaje de matriz y cemento no supera el 10%. Los vitroclastos son redondeados y están reemplazados por analcima. Los cristaloclastos más abundantes son cuarzo y plagioclasas de forma angulosa y secciones laminares de clorita. Los litoclastos son más redondeados y se encuentran alterados a arcillas. Corresponden a rocas volcánicas riolíticas o andesíticas. La matriz es argílica y el cemento parece estar constituido por arcillas y analcima.

La muestra de color morado (muestra 2) obtenida del mismo afloramiento corresponde también a una arenisca tobácea con textura clástica, clasto sostén, compuesta por abundantes litoclastos, cristaloclastos y muy escasos vitroclastos. Los litoclastos son los de mayor tamaño (1,25 mm) y pertenecen a rocas volcánicas ácidas desvitrificadas o andesitas alteradas a arcillas o a carbonato. Hay otros fragmentos que podrían derivar de pelitas o volcanitas totalmente alteradas a arcillas. Los cristaloclastos pertenecen en su mayoría a plagioclasa alterada parcial o totalmente a carbonato y a ceolitas (analcima). Entre los vitroclastos se distinguieron un fragmento pumíceo reemplazado por arcillas y escasas trizas vítreas también reemplazadas. Los clastos presentan un delgado recubrimiento de óxidos de hierro. La matriz argílica es muy difícil de diferenciar de la alteración que presenta la roca pero se estima que su porcentaje es inferior al 10%.

A 16 km aguas arriba del arroyo Comallo, partiendo de la localidad del mismo nombre, comienzan a aflorar

los estratos de la Formación Angostura Colorada, caracterizados por sus colores rojos y blancos (figs. 3a y b). Se muestrearon dos afloramientos, uno de franca tonalidad anaranjada (fig. 3a) y otro levemente más rojizo (fig. 3b). En el primero se tomó la muestra N° 3 de un nivel de color rojo anaranjado constituido por un conglomerado matriz sostén con clastos redondeados de cuarzo de hasta 1 cm de diámetro. La matriz es muy abundante, tamaño arena fina, y en ella se distinguen láminas de muscovita. El grado de consolidación de esta muestra es bajo, por lo que buena parte del afloramiento está cubierto por material inconsolidado de color rojo anaranjado. La roca presenta textura clástica, con pobre selección. De la fracción clástica participan cuarzo anguloso a subredondeado y con evidencias de deformación, fragmentos de cuarzo policristalino y secciones de biotita alterada y deformada. Los líticos corresponden a pastas ácidas desvitrificadas a esferulitas, granófiros, areniscas y otros fragmentos alterados a carbonato y a micas. La matriz es pelítica y el cemento es en parte carbonático y de óxidos de hierro. La muestra 4 es muy similar pero no se observa cemento carbonático; parece ser todo cemento de óxido de hierro (goethita, tabla2).

La muestra 5, de color ocre, procede de una zona de roca muy alterada, disgregada y formada fundamentalmente por halloysita 7Å en la cual se distinguen clastos de piroxenos, anfíboles, plagioclasa, cuarzo, algunos pumíceos y líticos. El color ocre posiblemente se deba a la presencia de limonita, no detectada por los RX por ser una sustancia amorfa.

Las muestras 6 y 7 pertenecen a un afloramiento de la Formación Collón Cura, muy próximo a la Cueva. Se muestrearon una toba blanca y una rosada. La primera corresponde a una toba lapillítica de color blanco; presenta cristaloclastos angulosos de cuarzo, plagioclasa, biotita, escasos fragmentos líticos angulosos y pumíceos blancos. En el microscopio se observaron abundantes trizas vítreas y el reemplazo de fragmentos vítreos por una ceolita de muy baja birrefringencia (clinoptilolita). La segunda muestra tiene una composición muy similar, pero su granulometría es más fina (toba), y es de color rosado por una leve tinción con óxidos de hierro.

DISCUSIÓN

La interpretación de los resultados de la Tabla 2 permite concluir que el pigmento de color verde de las pinturas está constituido por celadonita $(K(Mg,Fe_2+)(Fe_3+,Al)Si_4O_{10}(OH)_2)$, un mineral arcilloso que se forma por alteración de rocas volcánicas básicas o intermedias y que, después de molido, da un polvo de color verde-azulado

(Odin et al. 1988). No se ha reconocido la presencia de este mineral en las cercanías de la cueva Comallo I y la arenisca tobácea verde (muestra 1), de la cual se suponía se pudo haber extraído el pigmento, solo tiene clorita como mineral colorante. No se detectó por DRX la presencia de clorita en el pigmento. En la bibliografía (Wainwright et al. 2000; Boschín et al. 2003; Podestá & Albornoz 2007, Bellelli et al. 2003), la celadonita y/o glauconita son prácticamente los únicos minerales que se relacionan con esta coloración en Patagonia.

Las distintas tonalidades de rojo empleadas en la elaboración de los motivos tienen proporciones variables de hematita ($\alpha\text{-Fe}_2\text{O}_3$) y goethita ($\alpha\text{-FeOOH}$). La goethita forma parte de las sedimentitas de la Formación Angostura Colorada y los afloramientos se encuentran a muy poca distancia de la cueva (10 km) (fig. 2). Prácticamente no se ha determinado hematita en las sedimentitas rojizas locales. Si bien no se puede negar la posible existencia de hematita en la zona, existen en la literatura referencias sobre su obtención a partir de la deshidratación de goethita por calentamiento (Rial & Barbosa 1983-1985; Barbosa & Gradin 1988; Pomiès et al. 1998, 1999; Belardi et al. 2000). Por lo tanto, planteamos como posibilidad de que se usara la goethita disponible en las rocas sedimentarias para obtener ambos minerales. Las otras especies presentes en los análisis por difracción de rayos X pueden provenir tanto de las fuentes como de la roca soporte. En una muestra de pintura roja de la cueva Comallo I analizada por Boschín y colaboradores (2003) también se evidenció la presencia de hematita.

En el pigmento amarillo, el único mineral cromógeno detectado es la jarosita ($\text{KFe}_3^{3+}(\text{SO}_4)_2(\text{OH})_6$), que aparece también en el pigmento color rojo. Es un mineral poco común ya que se forma por alteración de sulfuros en un medio ácido. Se desconoce su procedencia en este entorno. Cabe destacar que análisis realizados por Boschín y colaboradores (2003) sobre pigmentos amarillos de la cueva Comallo I arrojaron la presencia de limonita ($\text{FeO}(\text{OH})\cdot n\text{H}_2\text{O}$).

Para el blanco, aparentemente la mezcla utilizada es de cuarzo, plagioclasa, mica (muscovita/illita) ($\text{KAl}_2(\text{Si}_3\text{Al})\text{O}_{10}(\text{OH},\text{F})_2$) y yeso ($\text{SO}_4\text{Ca}\cdot 2\text{H}_2\text{O}$), en menor proporción. Esta asociación no coincide con la observada en las tobas blancas de la Formación Collón Cura, que por su cercanía podrían haber sido una fuente probable de este color. La asociación es muy general y no acota ninguna fuente en particular. Sin embargo, en una muestra de pintura obtenida por Boschín y colaboradores (2003), el análisis del pigmento blanco arrojó caolinita ($\text{Al}_4(\text{OH})_8\text{Si}_4\text{O}_{10}$).

Cabe mencionar que en estudios previos a este trabajo se determinó que el color rosado se obtenía mezclando caolinita con hematita (Boschín et al. 2003).

Por último, se muestreó una pátina negra de la roca soporte, en un sector sin pintura. No se detectó la presencia de minerales de Mn, por lo que se presume que el color se debe a la combustión del carbón. Los resultados obtenidos son similares a los expuestos por Boschín y colaboradores (2003, 2011), donde no se detectó la presencia de Mn (ni por DRX ni por SEM-EDS) en ninguna de las pátinas negras de las cuevas analizadas. Por otro lado, en esta pátina se reconocieron, además de la mineralogía de la roca de caja, yeso y wedellita ($\text{CaC}_2\text{O}_4\cdot 2\text{H}_2\text{O}$). Estos minerales se hallan presentes también en la mayoría de las pinturas muestreadas. El tema del yeso fue tratado en extenso por Boschín y colaboradores (2011), analizando las distintas funciones que cumplía este mineral: agregado como carga en la mezcla, en forma de estucado en la pared o como una pátina natural. En este muestreo, el hecho de que se encuentre presente en la pátina negra sin pintura sugiere que, al menos en la cueva Comallo I, es una acreción natural. Una conclusión similar se puede esbozar sobre la wedellita y la whewellitita ($\text{CaC}_2\text{O}_4\cdot \text{H}_2\text{O}$). Ambos son oxalatos de calcio que se consideran biominerales debido a que se originan por la actividad metabólica de organismos tales como bacterias, hongos y líquenes que pueden habitar las paredes de las rocas (Osterrieth et al. 2000).

CONSIDERACIONES FINALES

Se sugiere que las sedimentitas de la Formación Angostura Colorada –que aflora a 10 km al N de la cueva Comallo I– posiblemente hayan constituido una de las fuentes de aprovisionamiento de goethita. Esta se utilizó para distintos tonos de rojo, en algunos casos mezclándola con hematita (Tabla 2). Se infiere que este mineral se habría obtenido por calentamiento de la goethita porque no se han encontrado fuentes de hematita próximas a la Cueva. Una alternativa por considerar es que las mismas se localicen a mayor distancia o que se trate de un sesgo en el muestreo.

La localización de las fuentes del amarillo y del blanco no se alcanzó a determinar en esta etapa de la investigación. Se descarta la existencia de fuentes locales para el abastecimiento del color verde.

La presencia de yeso en la pátina negra de la roca soporte sin pintura sugiere que este es una acreción natural en esta cueva. Los oxalatos de calcio detectados en alguno de los pigmentos serían de origen biogénico.

Los aportes de la línea de investigación que hemos desarrollado en sucesivos trabajos (Arrigoni 1997; Boschín et al. 2000, 2003, 2004, 2011) permiten una aproximación

hacia el conocimiento de la tecnología involucrada en la manufactura de las pinturas rupestres: composición inorgánica, alteración de las propiedades de los minerales y mezclas destinadas a definir la paleta cromática.

Dado que habrían existido diferentes distancias hasta las fuentes, se infiere que los rangos de acción de estas poblaciones variaban desde una escala local a una regional.⁵ En Norpatagonia, un ejemplo de abastecimiento local de algunos de los materiales colorantes ha sido señalado por Bellelli y colaboradores (2003) para sitios de la Comarca Andina del Paralelo 42°.

Una prueba más del alcance de los desplazamientos y/o de la interacción entre grupos en Norpatagonia, tanto en los actuales territorios de Argentina como de Chile, reside en la ubicuidad de ciertos motivos rupestres de patrón geométrico complejo que se han documentado en sitios del bosque y de la estepa (Boschín 2009; Podestá & Tropea 2001; Podestá & Alborno 2007; Podestá et al. 2008, entre otros). Esos rangos de acción son propios del Período Tardío en el que se sitúan las ocupaciones de la cueva Comallo I y que se caracterizó por fenómenos de integración regional (Crivelli 2006; Fernández 2006; Boschín 2009). La cronología radiocarbónica y la presencia de diseños de factura posconquista en su arte, tornan consistente esta observación. Se trata de sociedades que han pasado de una explotación de recursos en un territorio circunscrito a sus bases residenciales, a un aprovechamiento de los mismos en un espacio mayor que necesariamente demandaba un conocimiento no solo del territorio propio, sino del de los vecinos. Esos desplazamientos implicaban una mayor interacción con el medio ambiente que la requerida por la escala local y permitían el intercambio con otros grupos, habilitando la socialización de los conocimientos tecnológicos y la circulación de ideas, recursos y productos.

Estas interacciones habrían asumido varias modalidades: intercambios directos entre dos grupos o indirectos, cuando implicaban la participación de uno o más asentamientos que oficiaban de intermediarios. Un ejemplo habría sido el abastecimiento del mineral que aportaba el color verde.⁶

RECONOCIMIENTOS Agradecemos a Argovis S. A. en las personas de los señores Luis Tanke y Marcos Tanke, la autorización y las facilidades puestas a nuestra disposición para ejecutar investigaciones en Establecimiento Casa de Piedra y al señor Hernández las atenciones dispensadas en el día a día de los trabajos de campo.

NOTAS

¹ Por artesanos se entienden a aquellos especialistas en ciertas actividades. Un chamán corresponde a esta categoría. Nos encontramos trabajando en la elucidación de la posible relación entre

prácticas chamánicas y rupestres en las cuevas de Comallo, y en la búsqueda de indicadores empíricos que la sustenten.

² Se consideran recursos locales aquellos ubicados en un radio no mayor de 10 km tomando al sitio como punto central.

³ Antecedentes referidos a sitios de Patagonia continental argentina: Pedersen (1970), Gradín y colaboradores (1977), Iníguez y Gradín (1978), Aschero (1985), Barbosa y Rial (1985), Barbosa y Gradín (1988), Gómez Otero (1991), Arrigoni (1997), Abad y colaboradores (1999), Belardi y colaboradores (2000), Boschín y colaboradores (2000, 2003, 2004), Wainwright y colaboradores (2000, 2002a, 2002b), Podestá y Alborno (2007).

⁴ Dentro de este tipo de estudio, en el mismo ámbito que el referido en la nota 3, remitimos a los trabajos realizados por Iníguez y Gradín (1978), Belardi y colaboradores (2000), Bellelli y colaboradores (2003) y Podestá y Alborno (2007).

⁵ La hipótesis de abastecimiento regional está referida estrictamente al aprovisionamiento de materias primas para la preparación de pinturas y no a otras materias primas (lítico, cerámico, etc.).

⁶ Sobre un total de 19 sitios de las subcuencas de los arroyos Pichileufu, Comallo y Maquinchao con un total de 1123 motivos pintados, solo en tres sitios (Alonso I, Comallo I y Cuadro Leleque) se registraron 34 motivos en color verde (2,80%).

REFERENCIAS

- ABAD, G.; M. MAIER, J. AZNARES, E. G. GROS, A. M. SELDES, M. T. BOSCHÍN & A. PÉREZ, 1999. Química arqueológica: un enfoque pluridisciplinario para el estudio del arte rupestre en la Patagonia. Poster. *XII Simposio Nacional de Química Orgánica* (Los Cocos, Córdoba), pp. 131-132. Córdoba: Sociedad Argentina de Investigaciones en Química Orgánica.
- ANGULO, R., 1975 Ms. Informe geológico de las Cuevas de Comallo. Sector Ciencias de la Tierra. Viedma: Centro de Investigaciones Científicas [informe inédito].
- ARRIGONI, G., 1997. Pintando entre lagos y bosques (Las pinturas rupestres del Parque Nacional Los Alerces. Chubut). *Arte Rupestre de la Argentina. Revista del Museo de Historia Natural de San Rafael (Mendoza) Actas y Memorias XVI* (1/4): 241-268, San Rafael.
- 2010. Excavaciones arqueológicas en las cuevas de Comallo, departamento Pilcaniyeu, provincia de Río Negro. Algunos aportes a la problemática de la cultura patagónica (1982). *Rastros. Arqueología e historia de la cuenca del río Limay* 3: 1-78. Buenos Aires: Ciafic.
- ARRIGONI, G.; M. T. BOSCHÍN, A. CORDERO, E. CRIVELLI, M. FERNÁNDEZ & G. MASSAFERRO, 2011. Arqueología de la subcuenca del arroyo Comallo (Prov. de Río Negro): Territorio, signos y cronología. En *viii Jornadas de Arqueología de la Patagonia, Libro de Resúmenes*, pp. 10-11. Malargüe: Museo de Historia Natural de San Rafael.
- ARRIGONI, G.; M. T. BOSCHÍN, J. A. CORDERO, E. A. CRIVELLI, M. M. FERNÁNDEZ & G. I. MASSAFERRO, 2010. Arqueología del sudoeste de la provincia de Río Negro. Nuevas investigaciones en las cuevas de Comallo. *Rastros. Arqueología e historia de la cuenca del río Limay* 3: 1-11. Buenos Aires: Ciafic.
- ASCHERO, C. A., 1985. Notas sobre el uso de pigmentos minerales en el sitio CCP-5, Prov. de Santa Cruz, Argentina. *Primeras Jornadas de Arte y Arqueología*, pp. 13-20. Santiago: Museo Chileno de Arte Precolombino.
- BARBOSA, C. E. & C. J. GRADIN, 1988. Estudio composicional por difracción de rayos X de los pigmentos provenientes de la excavación del Alero Cárdenas (Provincia de Santa Cruz). *Relaciones XVII/1*: 143-171, Buenos Aires.
- BARBOSA, C. E. & G. E. RIAL, 1985. Análisis mineralógico por difracción de rayos X de muestras de pintura de Cerro Casa de Piedra, sitio CCP-5, Provincia de Santa Cruz, República Argentina. *Primeras Jornadas de Arte y Arqueología*, pp. 21-24. Santiago: Museo Chileno de Arte Precolombino.

- BELARDI, J. B.; A. SÚNICO & D. PUEBLA, 2000. Análisis de pigmentos minerales y sus fuentes potenciales de aprovisionamiento en el área del Lago Roca (Sector Chorrillo Malo), provincia de Santa Cruz. *Anales del Instituto de la Patagonia* 28: 291-304, Punta Arenas.
- BELLELLI, C.; M. CARBALLIDO, P. FERNÁNDEZ & V. SCHEINSOHN, 2003. El pasado entre las hojas. Nueva información arqueológica del noroeste de la provincia del Chubut. *Werken* 4: 25-42.
- BOSCHÍN, M. T., 2009. *Tierra de bechiceros. Arte rupestre de Patagonia septentrional argentina*. Salamanca: Ediciones Universidad Salamanca y Servicio de Publicaciones de la Universidad de Córdoba.
- BOSCHÍN, M. T.; A. M. SELDES & R. M. CASAMIQUELA, 2000 Ms. Arqueología, etnografía y química: Un abordaje pluridisciplinario para el análisis del arte rupestre de la Patagonia septentrional argentina. 50 Congreso Internacional de Americanistas, Varsovia.
- BOSCHÍN, M. T.; A. M. SELDES, M. S. MAIER, R. M. CASAMIQUELA, R. E. LEDESMA & G. E. ABAD, 2003. Análisis de las fracciones inorgánica y orgánica de pinturas rupestres y pastas de sitios arqueológicos de la Patagonia septentrional argentina. *Zephyrus* LV: 183-198, Salamanca.
- BOSCHÍN, M. T.; M. S. MAIER, M. F. DEL CASTILLO BERNAL & S. D. PARERA, 2004. Análisis químico de pastas procedentes del nivel inferior de la Cueva Loncomán, Provincia de Río Negro. En *Actas del XV Congreso Nacional de Arqueología Argentina*, pp. 409-410, Río Cuarto.
- BOSCHÍN, M. T.; M. S. MAIER & G. I. MASSAFERRO, 2011. Une lecture pluridisciplinaire des analyses chimiques et minéralogiques de peintures rupestres de la Patagonie argentine. *L'Anthropologie* 115 (3): 360-383, París.
- CAZAU, L.; D. MANCINI, J. CANGINI & L. SPALLETTI, 1989. Cuenca de Niriuhau. En *Cuencas Sedimentarias Argentinas*, G. Chebli & L. Spalletti, Eds., pp. 299-318, Tucumán.
- CRIVELLI, E. A., 2006. Frecuencia de creación de sitios de arte rupestre en la cuenca media y superior del río Limay (noroeste patagónico). En *Tramas en la piedra. Producción y usos del arte rupestre*, D. Fiore & M. M. Podestá, Eds., pp. 63-74, Buenos Aires.
- FERNÁNDEZ, M., 2006. Cronología del Estilo de Grecas en la cuenca superior y media del río Limay. En *Tramas en la piedra. Producción y usos del arte rupestre*, D. Fiore & M. M. Podestá, Eds., pp. 75-83, Buenos Aires.
- FERUGLIO, E., 1927. Estudio geológico de la región pre y subandina en la latitud de Nahuel Huapí. *Boletín de Informaciones Petrolíferas* 4: 111-119, Buenos Aires.
- GÓMEZ OTERO, J., 1991. Cazadores tardíos en la zona fronteriza del paralelo 52 Sur. I. El Paraje de Juni Aike. *Anales Instituto de la Patagonia* 19: 47-71, Punta Arenas.
- GONZÁLEZ DÍAZ, E., 1979. La edad de la Formación Ventana en el área al norte y al este del lago Nahuel Huapí. *Revista de la Asociación Geológica Argentina* 34 (2): 113-124, Buenos Aires.
- GONZÁLEZ, P., 1995. *Mapa geológico E. 1:200.000 de la Hoja 40 c, Comallo, Provincia de Río Negro*. Instituto de Geología y Recursos Minerales. Buenos Aires: SEGEMAR [inédito].
- 1998. Geología y estratigrafía del magmatismo fanerozoico de la comarca norpatagónica entre Comallo y Añecón Grande, Río Negro, Argentina. En *Actas 10º Congreso Latinoamericano de Geología y 6º Congreso Nacional de Geología Económica*, pp. 78-83, Buenos Aires.
- GONZÁLEZ, P.; A. COLUCCIA & M. FRANCHI, 2003. *Hoja 4169-III Ingeniero Jacobacci, Carta Geológica de la República Argentina, escala 1:250.000*. Buenos Aires: Servicio Geológico Minero Argentino.
- GRADIN, C. J.; C. A. ASCHERO & A. M. AGUERRE, 1977. Investigaciones arqueológicas en la Cueva de las Manos, Estancia Alto Río Pinturas (Provincia de Santa Cruz). *Relaciones* X: 201-250, Buenos Aires.
- ÍNIGUEZ, M. & C. J. GRADIN, 1978. Análisis mineralógico por difracción de rayos X de muestras de pinturas de la Cueva de las Manos, Estancia Alto Río Pinturas (provincia de Santa Cruz). *Relaciones* NS XI: 121-128, Buenos Aires.
- MANASSERO, M. & J. MAGGI, 1995. Análisis sedimentológico de la Formación Angostura Colorada (Cretácico Superior) en la región de Comallo-Jacobacci, provincia de Río Negro. *Revista de la Asociación Geológica Argentina* 50 (1-4): 132-142, Buenos Aires.
- MAZZONI, M. & A. BENVENUTO, 1990. Radiometric ages of Tertiary ignimbrites and the Collón Cura Formation, northwestern Patagonia. En *Actas 11º Congreso Geológico Argentino* 1, pp. 87-90, Buenos Aires.
- NULLO, F., 1979. Descripción geológica de la Hoja 39c, Paso Flores, provincias de Río Negro y Neuquén. *Boletín* 167. Buenos Aires: Servicio Geológico Nacional.
- ODIN, G. S.; A. DESPRAIRIES, P. D. FULLAGAR, H. BELLON, A. DECARREAU, F. FROHLICH & M. ZELVELDER, 1988. Chapter D. Nature and Geological Significance of Celadonite. *Developments in Sedimentology* 45: 337-398.
- OSTERREITH, M.; F. OYARBIDE & V. BORDAS, 2000. Biominerales de oxalato de calcio en suelos de Laguna de los Padres, Buenos Aires, Argentina. *Ciencia del suelo* 18: 50-58.
- PASCUAL, R. & O. ODREMAN RIVAS, 1971. Evolución de las comunidades de los vertebrados del Terciario Argentino. Los aspectos paleo-zoogeográficos y paleoclimáticos relacionados. *Ameghiniana* 8 (3-4): 372-412, Buenos Aires.
- PEDERSEN, A., 1970. El arte rupestre del Parque Nacional Perito Moreno (Prov. de Santa Cruz, Patagonia, República Argentina). En *Actes du Symposium International d'Art Préhistorique*, pp. 443-460. Capo di Ponte: Edizione del Centro.
- PODESTÁ, M. M. & E. TROPEA, 2001. Expresiones del arte rupestre tardío en el ecotono bosque-estepa (Comarca Andina del paralelo 42º. Patagonia). En *Actas XVI Congreso Nacional de Arqueología Argentina* III, pp. 555-571, Buenos Aires.
- PODESTÁ, M. M. & A. M. ALBORNOZ, 2007. El arte rupestre del sitio Paredón Lanfré dentro del contexto arqueológico del valle del río Manso inferior (Pcia. de Río Negro). *Resúmenes ampliados, XVI Congreso Nacional de Arqueología Argentina* 3, pp. 118-123, San Salvador de Jujuy.
- PODESTÁ, M. M.; C. BELLELLI, R. LABARCA, A. ALBORNOZ, A. VASSINI & E. TROPEA, 2008. Arte rupestre en pasos cordilleranos del bosque andino patagónico (El Manso, Región de Los Lagos y Provincia de Río Negro, Chile-Argentina). *Magallania* 36 (2): 145-156, Punta Arenas.
- POMIÉS, M. P.; G. MORIN & C. VIGNAUD, 1998. XRD study of goethite-hematite transformation: application to the identification of heated prehistoric pigments. *European Journal of solid state and Inorganic Chemistry* 35: 9-25.
- POMIÉS, M. P.; M. MENU & C. VIGNAUD, 1999. Red Paleolithic pigments: natural hematite or heated goethite? *Archaeometry* 41: 275-285.
- RABASSA, J., 1975. Geología de la región de Pilcaniyeu-Comallo, provincia de Río Negro, Argentina. Fundación Bariloche, *Publicaciones del Dpto. de Recursos Naturales y Energía*, 17, San Carlos de Bariloche.
- 1979. Estratigrafía de la región de Pilcaniyeu-Comallo, provincia de Río Negro. En *Actas 7º Congreso Geológico Argentino* 1, pp. 731-746, Buenos Aires.
- RAPELA, C.; L. SPALLETTI & J. MERODIO, 1983. Evolución magmática y geotectónica de la "Serie Andesítica" andina (Paleoceno-Eoceno) en la Cordillera Norpatagónica. *Revista de la Asociación Geológica Argentina* 38 (3-4): 469-484, Buenos Aires.
- RAPELA, C.; L. SPALLETTI, J. MERODIO & E. ARAGÓN, 1984. El vulcanismo paleoceno eoceno de la provincia andino-patagónica. En *Geología y recursos naturales de la Provincia de Río Negro*, 1 (8), V. Ramos, Ed., pp. 189-214, Buenos Aires.
- RAVAZZOLI, I. & F. SESANA, 1977. Descripción geológica de la Hoja 41 c Río Chico. *Boletín* 148. Buenos Aires: Servicio Geológico Nacional.
- RIAL, G. & C. BARBOSA, 1983-1985. Análisis mineralógico por difracción de rayos X de muestras de pinturas del cerro Casa de Piedra, Sitio CCP5 (Provincia de Santa Cruz, República Argentina). *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología* 10: 307-311.
- ROTH, S., 1899. Reconocimiento de la región andina de la República Argentina. Apuntes sobre la geología y paleontología de Río Negro y Neuquén. *Revista Museo de La Plata* 9:141-197.

- VILLALBA, R., 1994. Fluctuaciones climáticas en latitudes medias de América del Sur durante los últimos mil años: sus relaciones con la Oscilación del Sur. *Revista Chilena de Historia Natural* 67: 453-461.
- VOLKHEIMER, W., 1973. Observaciones geológicas en el área de Ingeniero Jacobacci y adyacencias, provincia de Río Negro. *Revista de la Asociación Geológica Argentina* 28 (1): 13-36, Buenos Aires.
- WAINWRIGHT, I. N. M.; K., HELWIG, M. M. PODESTÁ & C. BELLELLI, 2000. Analysis of pigments from rock painting sites in Río Negro and Chubut Provinces, Argentina. En *Arte en las rocas*, M. M. Podestá & M. de Hoyos, Eds., pp. 203-206. Buenos Aires: Sociedad Argentina de Antropología, AINA.
- WAINWRIGHT, I. N. M.; K. HELWIG, D. S. ROLANDI, C. GRADIN, M. M. PODESTÁ, M. ONETTO & C. A. ASCHERO, 2002a. Rock painting conservation and pigment analysis at Cueva de las Manos and Cerro de los Indios, Santa Cruz (Patagonia), Argentina. *13th Triennial Meeting*, pp. 582-588. Río de Janeiro: ICOM Committee for Conservation.
- WAINWRIGHT, I. N. M.; K. HELWIG, D. S. ROLANDI, C. A. ASCHERO, C. GRADIN, M. M. PODESTÁ, M. ONETTO & C. BELLELLI, 2002b. Identification of pigments from rock painting sites in Argentina. En *10^o Journées d'études de la Section Française de l'Institut International de Conservation*, pp. 15-24, París.
- YRIGOYEN, M., 1969. Problemas estratigráficos del Terciario de Argentina (Relato). Asociación Paleontológica Argentina. *Ameghiniana* 6 (4), Buenos Aires.



GUÍA PARA LA PUBLICACIÓN DE ARTÍCULOS EN EL BOLETÍN DEL MUSEO CHILENO DE ARTE PRECOLOMBINO

El *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino* es una revista bianual fundada en 1985. Se publican ensayos, artículos e informes de investigación en español o inglés sobre arte aborígen americano, especialmente arte preeuropeo. Se reciben contribuciones en áreas tales como arquitectura, artes visuales, cognición, cosmología, ecología, economía, etnicidad, historia cultural, ideología, musicología, simbolismo, tecnología y otras materias relacionadas, siempre que el contenido y el material gráfico de estas contribuciones muestren una clara y justificada vinculación con el tema central de la revista (arte aborígen de América). Aquellos artículos que combinan dos o más de estas áreas temáticas son especialmente bienvenidos.

El acuso de recibo de un manuscrito es vía e-mail y no supone su aceptación. Todos los manuscritos son revisados por el Editor, el Comité Editorial del *Boletín* y, anónimamente, por al menos tres consultores externos calificados. Nuestro sistema de evaluación es de "doble ciego", es decir, considera el anonimato del evaluador y del autor hasta el momento de la publicación del artículo.

El proceso de evaluación puede requerir varios meses, pero es responsabilidad de la Coeditora informar a los autores tan pronto como sea posible acerca de la aceptación o el rechazo de un manuscrito.

Las sugerencias de los evaluadores, junto a observaciones del Comité Editorial y los editores, son remitidas a los autores, quienes deben acusar recibo de este material y responder según el plazo especificado, indicando qué aspectos se consideraron y cuáles fueron omitidos, justificando su opción en este caso. Una vez recibido el manuscrito corregido, la revista decide finalmente sobre su aceptación o rechazo.

Los autores son responsables del contenido de sus contribuciones, la exactitud de las citas y referencias bibliográficas y el derecho legal de publicar el material propuesto, por lo que deben contar anticipadamente con el permiso para reproducir figuras y datos protegidos por la legislación vigente.

Los trabajos deben ser originales e inéditos durante el proceso de edición en esta revista y no pueden estar bajo consideración editorial en otra publicación. Una vez publicados por el *Boletín*, no pueden ser divulgados en otra revista, salvo en un idioma distinto al original.

Presentación del escrito

Los manuscritos se reciben en cualquier momento y serán publicados en orden de aceptación. Los trabajos (el texto y las figuras en alta resolución) deben enviarse grabados en un CD, dirigido a:

José Berenguer R.
Editor *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino*
Bandera 361, Casilla 3687
Santiago, Chile.

Se solicita enviar también el texto (y las figuras solo en una versión liviana) vía email al Editor, con copia a la Coeditora, Andrea Torres, a las siguientes direcciones electrónicas:

jberenguer@museoprecolombino.cl
atorres@museoprecolombino.cl

Se asume que los autores retienen en su poder una copia de su artículo al momento del envío.

Formalidades de la presentación

El texto debe estar en versión de procesador de textos Word, con sus páginas correctamente foliadas, en tamaño carta (216 x 279 mm), en una fuente de tamaño 12, a doble espacio, con márgenes de 3 cm en todas las direcciones de la página. Considerando todas las secciones (resumen y *abstract*, texto, referencias, notas, figuras, anexos, etc.), el trabajo no debe sobrepasar las 9.000 palabras.

Primera página

Incluye solamente el nombre, filiación institucional (si corresponde), dirección postal y dirección electrónica del autor, así como los agradecimientos (si los hay). Esto se hace con el fin de facilitar el anonimato en el proceso de revisión.

Segunda página (previa al texto)

Incluye el título en castellano e inglés del artículo, además de un resumen de no más de 150 palabras, también en versión bilingüe. Se debe incluir además una lista de tres a siete palabras clave en ambos idiomas. Las traducciones al inglés serán revisadas por un profesional y modificadas de acuerdo a su criterio, pero con la supervisión del Editor.

Titulaciones

El título del artículo y los subtítulos en el texto deberán ser concisos, en particular estos últimos. El Editor se reserva el derecho de modificarlos, si es necesario. Los subtítulos primarios, secundarios o terciarios deben estar claramente jerarquizados, ya sea por tamaño de letra, números u otro tipo de notación.

Numeraciones

Los autores procurarán evitar el exceso de numeraciones (p. e., itemizaciones o descripciones “telegráficas”), en favor de un desarrollo más literario y fluido.

Notas al texto

Se acompañan en hoja aparte bajo el epígrafe de “Notas” y sus llamados en el texto se indican en forma consecutiva con números arábigos en modo superíndice. Estos últimos van siempre después de un punto seguido o punto aparte, nunca en medio de una oración. Debe evitarse el exceso de notas y limitarse su extensión. El Editor podrá reducir aquellas demasiado extensas.

Citas en el texto

Las citas textuales deben ir entre comillas y claramente referidas a la bibliografía, incluyendo paginación, según la siguiente fórmula: (Cruzat 1898: 174-178).

Si en el texto se menciona el autor, su apellido puede aparecer seguido del año de publicación del título entre paréntesis, y con el número de página si la referencia lo amerita: Cruzat (1898: 174-178) afirma que...

Se citan hasta dos autores. Si son más de dos, se nombra al primer autor y se agrega et al.: (Betancourt et al. 2000: 312).

Los autores de diferentes publicaciones citados en un mismo paréntesis o comentario, deben ordenarse cronológica y no alfabéticamente.

Aquellas citas que excedan las 40 palabras –con un máximo de 80–, van sin comillas y a renglón seguido del texto (hacia arriba y hacia abajo), con sangría en su margen izquierdo y con una fuente de tamaño 10, es decir, dos puntos inferior al texto general. Al término de la cita se deberá indicar entre paréntesis la referencia correspondiente (autor, año y página). Para estos efectos no se deben utilizar notas, salvo que la cita requiera de alguna precisión o comentario. En ese caso, el número de la nota va inmediatamente después de la referencia entre paréntesis.

Referencias

En hoja aparte y bajo el epígrafe de “Referencias”, debe incluirse un listado bibliográfico limitado exclusivamente a aquellas referencias citadas en el texto, en las notas al texto y en los pies de ilustraciones, tablas y cuadros. Dicho listado va ordenado alfabéticamente por autor y cronológicamente en el caso de dos o más títulos por un mismo autor.

Los datos editoriales de cada referencia deben estar completos y deberán ordenarse de la siguiente manera: autor(es), año de edición, título, lugar de publicación, imprenta o editorial y otros datos cuyas características variarán según se trate de una referencia a libro, artículo, revista, etc. Los siguientes son algunos ejemplos para distintos tipos de obras:

Libros

MURRA, J., 1978. *La organización económica del Estado Inca*. México, D. F.: Siglo XXI Editores.

Si corresponde, se debe poner año de primera edición o del manuscrito original entre corchetes, principalmente en el caso de las fuentes coloniales:

BERTONIO, L., 1956 [1612]. *Vocabulario de la lengua aymara*. Cochabamba: Ediciones Ceres.

Capítulos o artículos insertos en libros

Todos los artículos de revista o los artículos insertos en publicaciones de libros, deben llevar el número de páginas. El nombre de la publicación debe ir en cursivas.

KUBLER, G., 1981. Period, style and meaning in ancient American art. En *Ancient Mesoamerica*, J. Graham, Ed., pp. 11-23. Palo Alto: A Peek Publication.

Artículos en revistas

CONKLIN, W. J., 1983. Pukara and Tiahuanaco tapestry: Time and style in a Sierra weaving tradition. *Ñawpa Pacha* 21: 1-44. Berkeley: Institute of Andean Studies.

LLAGOSTERA, A.; C. M. TORRES & M. A. COSTA, 1988. El complejo psicotrópico en Solcor-3 (San Pedro de Atacama). *Estudios Atacameños* 9: 61-98.

Artículos en publicaciones de congresos o anales

IRIBARREN, J. & H. BERGHOLZ, 1972. El camino del Inca en un sector del Norte Chico. En *Actas del VI Congreso de Arqueología Chilena*, H. Niemeyer, Ed., pp. 229-266. Santiago: Universidad de Chile/Sociedad Chilena de Arqueología.

Manuscritos

SINCLAIRE, C., 2004 Ms. Ocupaciones prehispánicas e históricas en las rutas del despoblado de Atacama: primera sistematización. Informe parcial arqueológico, Proyecto FONDECYT N° 10400290.

Memorias, seminarios de título o tesis

VILCHES, F., 1996. Espacio y significación en el arte rupestre de Taira, río Loa, II Región de Chile: Un estudio arqueoastronómico. Memoria para optar al título de Arqueólogo, Departamento de Antropología, Universidad de Chile.

Recursos electrónicos

MERCADO, C., 1996. Música y estados de conciencia en fiestas rituales de Chile central. Inmenso puente al universo. *Revista Chilena de Antropología* 13, 1995-1996 [online] pp. 106-125 <http://csociales.uchile.cl/publicaciones/antropologia/13/docs/antropologia_13.pdf> ISSN 0716-2790 [Citado 21-07-06].

Películas

MENESES, M., 1994. *Wichan: El juicio*. 25 min. Kien Producciones, Chile.

Figuras

Cada trabajo puede contener hasta 30 ilustraciones, considerando fotografías, diagramas, planos, mapas y dibujos. Todas las ilustraciones se denominan “figuras” y en el texto deben ser llamadas de forma abreviada: (fig.1), (figs. 3-7). Además, deben ser numeradas secuencialmente, en el mismo orden que son citadas en el texto. En documento aparte deben entregarse los textos asociados a las imágenes, también numerados correlativamente. Los textos deben ser breves (no más de 30 palabras), pero señalando los créditos correspondientes.

Toda ilustración que lo precise debe llevar indicaciones de tamaño en sistema métrico; una escala gráfica en el caso de los mapas y dibujos, y medidas en el caso de las fotografías (ancho, largo o alto). Las leyendas que vayan dentro de la caja de ilustración serán hechas digitalmente o a través de otro procedimiento estandarizado (en ningún caso irán manuscritas).

Las figuras deben entregarse en formato digital, en archivos independientes, formato JPEG o TIFF. Las fotografías originalmente digitales o escaneadas deben tener una resolución no inferior a los 300 dpi o 120 píxeles por centímetro. Es posible enviar fotografías convencionales en papel, así como dibujos, diagramas, mapas y planos impresos, pero siempre que su calidad sea óptima y a nivel profesional. Si se dispone de material impreso que deba ser escaneado, es preferible la entrega de los originales. El Editor se reserva el derecho de decidir el tamaño de las ilustraciones y de evaluar su publicación en color o en blanco y negro, a menos que el autor señale expresamente la necesidad de uno u otro. La calidad técnica y artística de las ilustraciones es un criterio importante en la aceptación del artículo.

En el caso de los mapas, no es necesaria una resolución ni tamaño de archivo específico, ya que la cartografía es rediseñada según un estilo ya definido. Para esto, es fundamental que los autores señalen las coordenadas geográficas exactas del área que necesita ser representada. Además, en una versión digital del área aludida, los autores deben marcar los principales topónimos y/o accidentes geográficos citados en el texto.

Tablas, cuadros y gráficos

Todas las tablas, los cuadros y los gráficos deberán entregarse en la forma de archivos del procesador de palabras Word. El material debe identificarse con un breve título descriptivo, debe ordenarse correlativamente con números arábigos y presentarse en hoja aparte bajo el epígrafe de “Tablas”, “Cuadros” o “Gráficos”. Este tipo de material debe aparecer citado en el texto.

